MOCKINGJAY



SUZANNE COLLINS

AGRADECIMIENTOS

Les agradecemos su apoyo incondicional, su contribución, dedicación e interés en sacar adelante este proyecto, haciendo que las traducciones y correcciones tuvieran la mejor calidad. Igualmente se le agradece a todos aquellos que demuestran su interés leyendo nuestras traducciones.

TRADUCTORAS:

- Andre27xl
- ANDRE_G
- Caty
- Cowdiem
- cYeLy DiViNNa
- Ellie
- Esmeralda38
- Golden Rose
- Kanon ♪♫♪
- Kuami
- Selune
- Sera
- Unstopabble
- Vanille
- Virtxu

CORRECCIÓN:

- Andre27xl
- Andy Parth
- cYeLy DiViNNa
- Ellie
- ginabm
- Mona
- Selune
- Sera
- Vanille
- Virtxu

RECOPILACIÓN:

- Mona

DISEÑO:

- Virtxu



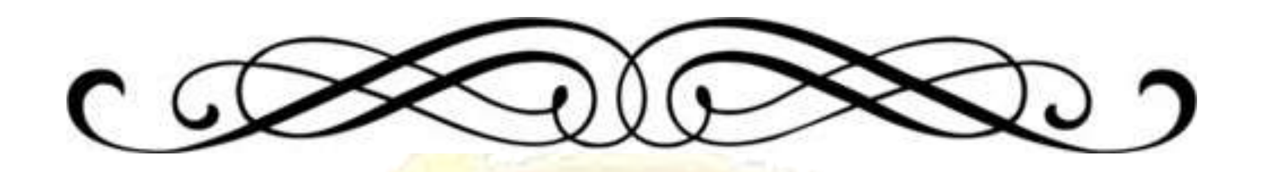

FORO PURPLE ROSE

INDICE

SINOPSIS

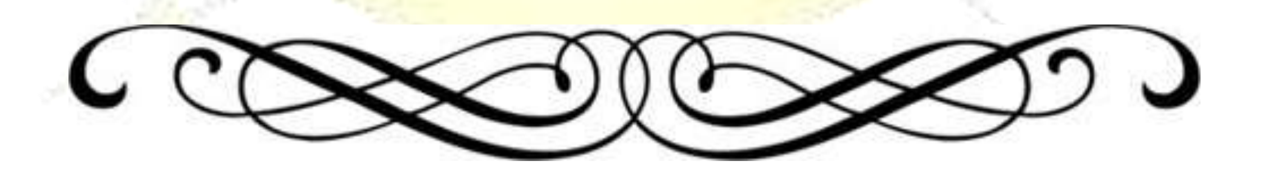
Contra todo pronóstico, Katniss Everdeen ha sobrevivido a los Juegos del Hambre dos veces. Pero ahora que ha salido de la ensangrentada arena con vida, todavía no está a salvo. El Capitolio está furioso. El Capitolio quiere venganza. ¿Quién creen que debería pagar por las molestias? Katniss. Y lo que es peor, el Presidente Snow ha dejado claro que nadie más está a salvo tampoco. Ni la familia de Katniss, ni sus amigos, ni la gente del Distrito 12. Poderosa e inquietante, la emocionante última entrega de la innovadora trilogía de Los Juegos del Hambre promete ser uno de los libros más discutidos de todo el año.

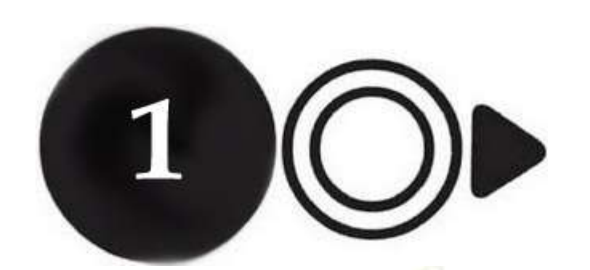




PARTE I

"LAS CENIZAS"





Traducido por Vanille

Corregido por Mona

Bajo la mirada hacia mis zapatos, observando mientras una fina capa de cenizas se asienta sobre el gastado cuero. Aquí es donde estaba la cama que compartía con mi hermana, Prim. Allí estaba la mesa de la cocina. Los ladrillos de la chimenea que colapsaron en una carbonizada pila, proveen un punto de referencia para el resto de la casa. ¿De qué otra manera podría orientarme en este mar gris?

No queda casi nada del Distrito 12. Hace un mes, las bombas del Capitolio arrasaron con las pobres casas de los mineros en la Veta, las tiendas de la ciudad, incluso con el Edificio de Justicia. La única zona que escapó de la incineración fue la Aldea de los Vencedores. No sé exactamente por qué. Quizá para que quien se vea obligado a venir aquí por asuntos del Capitolio, tenga un lugar decente para quedarse. Los raros reporteros. Un comité evaluando la condición de las minas de carbón. Una cuadrilla de Agentes de la Paz buscando refugiados que hayan vuelto.

Pero nadie ha vuelto, excepto yo. Y es sólo para una breve visita. Las autoridades del Distrito 13 estaban en contra de mi regreso. Lo veían como un riesgo costoso y sin sentido, dado que al menos una docena de aerodeslizadores invisibles están haciendo círculos arriba para mi protección, y no hay inteligencia alguna por ganar. Sin embargo, tenía que verlo. Tanto, que lo convertí en una condición para cooperar con cualquiera de sus planes.

Finalmente, Plutarch Heavensbeen, el líder organizador de los juegos, que había organizado a los rebeldes en contra del Capitolio, alzó sus manos.

—Déjenla ir. Más vale desperdiciar un día que otro mes. Quizá un breve recorrido por el 12 es justo lo que ella necesita para convencerse de que estamos del mismo lado.

El mismo lado. Un dolor apuñala mi sien izquierda y presiono mi mano contra ella. Justo en el lugar donde Johanna Mason me golpeó con el rollo de cable. Los recuerdos giran en espiral mientras trato de separar lo que es cierto y lo que es falso. ¿Qué serie de eventos me guiaron a estar de pie sobre las ruinas de mi ciudad? Esto es difícil porque los efectos de la concusión que ella me provocó no se han apaciguado y mis pensamientos aún tienen una tendencia a mezclarse. Además, las drogas que usan para controlar mi dolor y mi humor, algunas veces me hacen ver cosas. Supongo. Aún no estoy totalmente convencida de que estaba alucinando la noche en que el piso de mi habitación de hospital se transformó en una alfombra de serpientes retorciéndose.

Uso una técnica que uno de los doctores sugirió. Comienzo con las cosas más simples que sé que son ciertas y trabajo hacia las más complicadas. La lista comienza a rodar en mi cabeza…

Mi nombre es Katniss Everdeen. Tengo diecisiete años. Mi hogar es el distrito 12. Estuve en los juegos de Hambre. Escapé. El Capitolio me odia. Peeta fue tomado prisionero. Se cree que está muerto. Muy posiblemente esté muerto. Probablemente es mejor si lo está…

—Katniss. ¿Debería bajar? —La voz de mi mejor amigo Gale me alcanza a través del auricular que los rebeldes insistieron en que usara. Él está arriba en un aerodeslizador, observándome cuidadosamente, listo para abalanzarse si algo va mal. Me doy cuenta que estoy agachada ahora, con los codos sobre mis muslos, y mi cabeza apoyada entre mis manos. Debo verme como al borde de alguna clase de colapso. Esto no sucederá. No cuando finalmente me están liberando de la medicación.

Me enderezo y rechazo su ofrecimiento.

—No, estoy bien. —Para reforzar esto, comienzo a alejarme de mi vieja casa y voy hacia el pueblo. Gale pidió ser dejado en el Distrito 12 conmigo, pero no forzó la cuestión cuando rechacé su compañía. Él entiende que no quiero a nadie conmigo hoy. Ni siquiera a él. Algunos paseos tienes que hacerlos solo.

El verano está siendo abrazadoramente caliente y seco como un hueso. No ha habido casi nada de lluvia que perturbe las pilas de cenizas dejadas atrás por el ataque. Se mueven aquí y allá, en reacción a mis pasos. Sin brisa que las disperse. Mantengo mis ojos en lo que recuerdo como el camino, porque

cuando aterricé por primera vez en la Pradera, no fui cuidadosa y choqué justo con una roca. Sólo que no era una roca, era el cráneo de alguien. Rodó y rodó y aterrizó boca arriba, y por un largo rato no pude dejar de mirar los dientes, preguntándome de quién era, pensando en cómo los míos probablemente lucirían de la misma manera bajo circunstancias similares.

Me ciño al camino por hábito, pero es una mala elección, porque está lleno de restos de aquellos que trataron de huir. Algunos están completamente incinerados. Pero otros, probablemente derrotados por el humo, escaparon de lo peor de las llamas y ahora están tendidos apestando en varios estados de descomposición, como carroña para los animales carroñeros, y cubiertos de moscas. *Yo te maté*, pienso mientras paso una pila, *Y a ti. Y a ti.*

Porque lo hice. Fue mi flecha, apuntando hacia la grieta en el campo de fuerza rodeando la arena, lo que trajo esta tormenta de fuego como castigo. Eso envió al país entero de Panem al caos.

En mi cabeza escucho las palabras del Presidente Snow, pronunciadas la mañana que yo iba a empezar el Tour de la Victoria. "*Katniss Everdeen, la chica en llamas, tú has proporcionado la chispa que, de quedar desatendida, puede crecer en un infierno que destruya Panem*". Resulta que él no estaba exagerando o simplemente tratando de asustarme. Él estaba, quizá, genuinamente intentando enlistar mi contribución. Pero yo ya había puesto algo en movimiento que no tenía la habilidad de controlar.

Quemando. Aún quemando, pienso de manera entumecida. Las llamas en las minas de carbón arrojan humo blanco en la distancia. Aunque no queda nadie para que las cuide. Más del noventa por ciento de la población del distrito está muerta. Los restantes ochocientos o algo así están refugiados en el Distrito 13, lo cual, en lo que a mí respecta, es lo mismo que estar sin hogar para siempre.

Sé que no debería pensar eso; sé que debería estar agradecida por la manera en que hemos sido recibidos. Enfermos, heridos, muriéndonos de hambre, y con las manos vacías. Aún así, nunca puedo superar el hecho de que el Distrito 13 fue una contribución en la destrucción del 12. Eso no me absuelve de culpa (hay bastante culpa para circular). Pero sin ellos, yo no habría sido parte de un gran complot para derrocar al Capitolio ni hubiera tenido los recursos para hacerlo.

Los ciudadanos del Distrito 12 no han organizado movimientos de resistencia por su cuenta. Por no decir en algo de esto. Ellos sólo tienen el infortunio de tenerme. Aunque algunos sobrevivientes piensan que es buena suerte, estar libres del Distrito 12 al fin. Haber escapado del hambre y la opresión interminables, de las peligrosas minas, del látigo de nuestro último Agente de la Paz en jefe, Romulus Thread. Tener una nueva casa siquiera es visto como una maravilla ya que, hasta hace poco tiempo, ni siquiera sabíamos que el Distrito 13 aún existía.

El crédito por el escape de los sobrevivientes ha caído firmemente sobre los hombros de Gale, aunque él está reacio a aceptarlo. Tan pronto como el Quarter Quell había terminado (tan pronto como yo había sido levantada de la arena), la electricidad en el distrito 12 fue cortada, las televisiones se pusieron negras, y la Veta se quedó tan silenciosa; la gente podía escuchar los latidos de los demás. Nadie hizo nada para protestar o celebrar lo que había sucedido en la arena. Aunque en los siguientes quince minutos, el cielo estuvo lleno con aerodeslizadores y las bombas estaban lloviendo.

Fue Gale quien pensó en la Pradera, uno de los pocos lugares que no estaba lleno con viejas casas de madera incrustadas con polvo de cenizas. Él reunió a los que pudo en su dirección, incluyendo a mi madre y a Prim. Él formó el equipo que derribó la cerca (que es ahora sólo una inocua valla de cadenas, con la electricidad apagada) y guió a las personas dentro del bosque. Los llevó al único lugar en el que pudo pensar, el lago que mi padre me mostró cuando yo era pequeña. Y fue desde allí donde observaron las distantes llamas devorando todo lo que conocían en el mundo.

Para el amanecer, los bombarderos se habían ido desde hacía mucho tiempo, las flamas estaban muriendo, y los rezagados finales estaban acorralados. Mi madre y Prim habían instalado un área médica para los heridos y estaban intentando tratarlos con lo que fuera que podían conseguir del bosque. Gale tenía dos juegos de arco y flechas, un cuchillo de caza, una red de pesca, y más de ochocientas personas aterrorizadas que alimentar. Con la ayuda de aquellos que eran físicamente capaces, se las arreglaron por tres días. Y ahí fue cuando el aerodeslizador inesperadamente llegó para evacuarlos a todos al Distrito 13, donde había más que suficientes compartimentos blancos y limpios para vivir, montones de ropa, y tres comidas al día. Los compartimentos tenían la desventaja de estar bajo tierra, la ropa era idéntica, y la comida era

relativamente insípida, pero para los refugiados del 12, estas eran consideraciones menores. Ellos estaban a salvo. Estaban siendo cuidados. Estaban vivos y siendo ansiosamente recibidos.

Este entusiasmo fue interpretado como bondad. Pero un hombre llamado Dalton, un refugiado del Distrito 10 que llegó al 13 a pie hace unos cuantos años, me reveló el verdadero motivo.

—Ellos te necesitan. A mí. Nos necesitan a todos. Hace un tiempo, hubo una especie de epidemia de varicela que mató a un montón de ellos y dejó infértiles a un montón más. Nuevo linaje de crianza. Así es como nos ven.

Antes, en el distrito 10, él trabajó en unas haciendas de ganado, manteniendo la diversidad genética de la manada con la implantación de embriones de vacas congelados desde hace mucho tiempo. Él es muy prometedor justo en el distrito 13, porque no parece haber casi suficientes niños por ahí. Pero ¿entonces qué? No estamos siendo encerrados en corrales, estamos siendo entrenados para el trabajo, los niños están siendo educados. A aquellos mayores de catorce les han sido otorgados rangos de principiantes en el ejército y están siendo llamados respetuosamente como "Soldados". A cada uno de los refugiados le fue otorgada la ciudadanía automática por las autoridades del 13.

Aún así, los odio. Pero, por supuesto, yo odio a casi todos ahora. A mí misma más que a nadie.

La superficie bajo mis pies se endurece, y bajo la alfombra de cenizas, siento las piedras del pavimento de la plaza. Alrededor del perímetro está una poco profunda orilla de basura donde las tiendas estaban. Un montón de ennegrecidos escombros han reemplazado el Edificio de Justicia. Camino al sitio aproximado de la pastelería que le pertenecía a la familia de Peeta. No queda mucho excepto un pedazo derretido del horno. Los padres de Peeta, y sus dos hermanos mayores, ninguno de ellos logró llegar al Distrito 13. Menos de una docena de lo que pasó por el próspero escape del fuego del Distrito 12. Peeta no habría tenido nada por lo que venir a casa. Excepto a mí…

Me alejo retrocediendo de la pastelería y choco contra algo, pierdo el equilibrio, y me encuentro a mí misma sentada sobre un trozo de metal calentado por el sol. Medito lo que podría haber sido, el recordar la reciente renovación de la plaza hecha por Thread. Los cepos, los postes de azotes, y esto, los restos de las

horcas. Malo. Esto es malo. Causan un torrente de imágenes que me atormentan, dormida o despierta. Peeta siendo torturado: ahogado, quemado, lacerado, electrocutado, lisiado, golpeado, mientras el Capitolio trata de obtener información sobre la rebelión de la que él no sabe. Cierro mis ojos e intento alcanzarlo a través de los cientos y cientos de millas, para enviar mis pensamientos dentro de su mente, para dejarle saber que no está solo. Pero lo está. No puedo ayudarlo.

Corro. Lejos de la plaza hacia el lugar que el fuego no destruyó. Paso los restos de la casa del alcalde, donde mi amiga Madge vivía. Ni una sola palabra sobre ella o su familia. ¿Fueron evacuados al Capitolio por la posición de su padre, o dejados en las llamas? Las cenizas se ondulan a mí alrededor, y subo el dobladillo de mi camiseta sobre mi boca. No es de extrañar lo que inhalo, sino quién, que amenaza con sofocarme.

El pasto ha sido quemado y la nieve gris cae aquí y allá, pero las doce finas casas de la Aldea de los Vencedores están ilesas. Entro a la casa en la que viví durante el último año, cierro la puerta de golpe, y me reclino contra ella. El lugar parece intacto. Limpio. Espeluznantemente tranquilo. ¿Por qué regresé al 12? ¿Cómo puede esta visita ayudarme a responder las preguntas de las que no puedo escapar?

—¿Qué voy a hacer? —susurro hacia las paredes. Porque realmente no lo sé.

Las personas se mantienen hablando, hablando, hablando, hablando. Plutarch Heavensbeen. Su calculadora asistente, Fulvia Cardew. Un revoltijo de líderes de distrito. Oficiales del ejército. Pero no Alma Coin, la presidenta del 13, quien sólo observa. Ella tiene cincuenta años o algo así, con cabello gris que cae en una ininterrumpida capa hacia sus hombros. Estoy de alguna manera fascinada por su cabello, ya que es tan uniforme, sin ningún defecto, mechón, ni siquiera una grieta. Sus ojos son grises, pero no como los de las personas de la Veta. Los de ella son muy pálidos, casi como si todo el color hubiera sido succionado de ellos. El color del aguanieve que deseas que se derrita.

Lo que ellos quieren es que yo propiamente tome el papel que diseñaron para mí. El símbolo de la revolución. El sinsajo. No es suficiente, lo que he hecho en el pasado, desafiando al Capitolio en los Juegos, proporcionando un punto de reunión. Debo ahora convertirme en la líder real, la cara, la voz, la personificación de la revolución. La persona con la que los distritos, la mayoría

de los cuales están ahora abiertamente en guerra con el Capitolio, puedan contar para que abra el sendero hacia la victoria. No tendré que hacerlo sola. Ellos tienen un equipo entero de personas que me cambien, me vistan, escriban mis discursos, orquesten mis apariciones, como si eso no sonara horriblemente familiar, y todo lo que tengo que hacer es interpretar mi parte. Algunas veces, los escucho y algunas veces simplemente observo la perfecta línea del cabello de Coin y trato de decidir si es una peluca. Eventualmente, dejo la habitación porque mi cabeza comienza a doler o es tiempo de comer o porque si no subo podría empezar a gritar. No me molesto en decir nada. Simplemente me levanto y salgo.

Ayer en la tarde, mientras la puerta estaba cerrándose detrás de mí, escuché a Coin decir: "Te dije que deberíamos haber rescatado al chico primero", refiriéndose a Peeta. No podría estar más de acuerdo. Él habría sido un excelente vocero.

¿Y a quién sacaron ellos de la arena en su lugar? A mí, quien no cooperará. Beetee, un viejo inventor del Distrito 3, a quien raramente veo porque fue puesto en el desarrollo de armas en el mismo minuto en que pudo sentarse erguido. Literalmente, hicieron rodar su cama hasta un área súper secreta y ahora él sólo aparece ocasionalmente para las comidas. Él es muy listo y está muy dispuesto a ayudar a la causa, pero no realmente como material de alboroto. Entonces está Finnick Odair, el símbolo sexual del distrito de pesca, quien mantuvo a Peeta vivo en la arena cuando yo no pude. Ellos quieren transformar a Finnick en un líder rebelde también, pero primero tendrán que conseguir que permanezca despierto durante más de cinco minutos. Incluso cuando está consciente, tienes que decirle todo tres veces para llegar a su cerebro. Los doctores dicen que es por el choque eléctrico que recibió en la arena, pero yo sé que es mucho más complicado que eso. Sé que Finnick no puede concentrarse en nada en el distrito 13 porque está tratando con mucha fuerza de ver lo que le está sucediendo en el Capitolio a Annie, la chica loca de su distrito que es la única persona en la tierra a quien él ama.

A pesar de las serias reservas, tengo que perdonar a Finnick por su papel en la conspiración que me trajo aquí. Él, al menos, tiene alguna idea de lo que estoy atravesando. Y requiere demasiada energía permanecer enojada con alguien que llora tanto.

Me muevo a través del primer piso con pies de cazadora, reacia a hacer algún sonido. Recojo unos pocos recuerdos: una fotografía de mis padres el día de su boda, un listón azul para el cabello de Prim, el libro familiar de plantas medicinales y comestibles. El libro cae abierto en una página con flores amarillas y lo cierro rápidamente porque fue el pincel de Peeta el que las pintó.

¿Qué voy a hacer?

¿Tiene algún sentido hacer algo en absoluto? Mi madre, mi hermana, y la familia de Gale están finalmente a salvo. Mientras para el resto del Distrito 12, las personas están muertas, lo cual es irreversible, o protegidas en el 13. Eso deja a los rebeldes en los distritos. Por supuesto, odio al Capitolio, pero no tengo confianza alguna en que el hecho de que yo sea el Sinsajo beneficiará a aquellos que están tratando de echarlo abajo. ¿Cómo puedo ayudar a los distritos cuando cada vez que hago un movimiento, resulta en sufrimiento y pérdida de vidas? El anciano al que le dispararon en el Distrito 11 por silbar. Las medidas represivas en el 12 después de que intervine en los azotes que le estaban dando a Gale. Mi estilista, Cinna, siendo arrastrado, sangriento e inconsciente, de la Sala de Lanzamiento antes de los juegos. Las fuentes de Plutarch creen que fue asesinado durante el interrogatorio. El brillante, enigmático, y adorable Cinna está muerto por mi culpa. Alejo el pensamiento porque es demasiado imposiblemente doloroso insistir sin perder mi frágil agarre de la situación completamente.

¿Qué voy a hacer?

Convertirme en un Sinsajo… ¿podría algo bueno que yo hiciera posiblemente pesar más que el daño? ¿En quién puedo confiar para responder esa pregunta? Ciertamente, no esas personas en el 13. Juro, ahora que mi familia y la de Gale están a salvo, que yo podría huir. Excepto por una pieza sin finalizar del asunto. Peeta. Si yo estuviera segura que él está muerto, podría sólo desaparecer en el bosque y nunca mirar atrás. Pero hasta que no lo sepa, estoy atrapada.

Giro sobre mis talones ante el sonido de un siseo. En la puerta de la cocina, arqueado hacia atrás, con las orejas achatadas, está el gato más feo del mundo.

—Buttercup —digo. Miles de personas están muertas, pero él ha sobrevivido e incluso se ve bien alimentado. ¿A base de qué? Él puede entrar y salir de la casa

a través de la ventana que siempre dejamos entreabierta en la despensa. Él debe haber estado comiendo ratones de campo. Me niego a considerar la alternativa.

Me pongo en cuclillas y extiendo una mano.

—Ven aquí, chico.

No probablemente. Él está enojado por su abandono. Además, no estoy ofreciendo comida, y mi habilidad de dar sobras siempre ha sido mi principal cualidad redimible para él. Por un tiempo, cuando solíamos ir a la vieja casa porque a ninguno de los dos nos gustaba esta nueva, parecíamos estar uniéndonos un poco. Eso claramente se ha terminado. Él pestañea esos desagradables ojos amarillos.

—¿Quieres ver a Prim? —pregunto. El nombre de ella atrapa su atención. Además de su propio nombre, es la única palabra que significa algo para él. Da un oxidado maullido y se me acerca. Lo levanto, acariciando su pelaje, luego voy al armario y saco mi mochila y lo meto en ella bruscamente. No hay otra forma en que pueda llevarlo en el aerodeslizador, y él significa el mundo para mi hermana. Su cabra, Lady, un animal de verdadero valor, desafortunadamente no ha hecho aparición.

En mi auricular, escucho la voz de Gale diciéndome que debemos volver. Pero la mochila me ha recordado una cosa más que quiero. Cuelgo la correa de la mochila sobre el respaldo de una silla y corro hacia mi habitación. Dentro del armario, cuelga la chaqueta de caza de mi padre. Antes del Quell, la traje aquí desde la vieja casa, pensando que su presencia podría ser un consuelo para mi madre y mi hermana cuando yo estuviera muerta. Gracias a Dios, o sería cenizas ahora.

El suave cuero se siente tranquilizador y por un momento estoy en calma por los recuerdos de las horas que pasamos enrollados en ella. Entonces, inexplicablemente, mis palmas comienzan a sudar. Una extraña sensación se desliza por mi nuca. Me giro para enfrentar la habitación y la encuentro vacía. Ordenada. Todo en su lugar. No hay sonido alguno para alarmarme. ¿Entonces qué?

Mi nariz se arruga. Es el olor. Empalagoso y artificial. Una pizca de blanco se asoma de un jarrón de flores secas en mi tocador. Me aproximo con cautelosos

pasos. Allí, todo excepto oscurecida por sus conservadas primas, está una fresca rosa blanca. Perfecta. Hasta la última espina y pétalo de seda.

Y sé inmediatamente quién me la ha enviado.

El Presidente Snow.

Cuando empiezo a ahogarme con el hedor, retrocedo y me voy. ¿Cuánto tiempo ha estado aquí? ¿Un día? ¿Una hora? Los rebeldes hicieron un recorrido de seguridad en la Aldea de los Vencedores antes de que yo estuviera lista para venir aquí, buscando explosivos, micrófonos, algo inusual. Pero quizá la rosa no pareció notable para ellos. Sólo para mí.

Abajo, agarro la mochila de la silla, haciéndola rebotar por el piso hasta que recuerdo que está ocupada. En el césped, hago señas frenéticamente al aerodeslizador mientras Buttercup se agita. Le doy un codazo, pero esto sólo lo pone más furioso. Un aerodeslizador se materializa y una escalera cae. Pongo un pié en ella y la corriente me congela hasta que estoy a bordo.

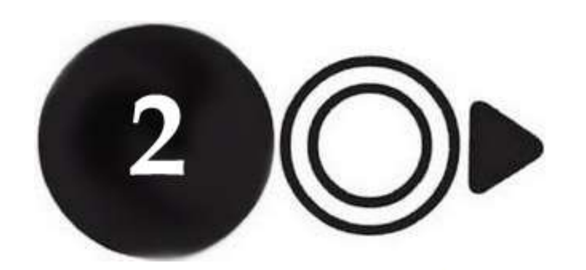
Gale me ayuda desde la escalera.

—¿Estás bien?

—Sí —digo, limpiado el sudor de mi cara con mi manga.

¡Él me dejó una rosa! Quiero gritar, pero no es información que esté segura debería compartir con alguien como Plutarch mirando. Primero que nada, porque me haría sonar como loca. Como si lo hubiera imaginado, lo cual es bastante posible, o que estoy exagerando, lo cual me compraría un viaje de vuelta a la tierra de ensueños inducida por drogas de la que estoy tratando con tanta fuerza de escapar. Nadie lo entendería por completo, cómo no es sólo una flor, ni siquiera sólo una flor del Presidente Snow, sino una promesa de venganza, porque nadie más se sentó en el estudio con él cuando me amenazó antes del Tour de la Victoria.

Colocada sobre mi tocador, esa rosa blanca como la nieve es un mensaje personal para mí. Habla de asuntos inconclusos. Susurra: *Puedo encontrarte. Puedo alcanzarte. Quizá te estoy observando justo ahora.*



Traducido por Ellie

Corregido por Mona

¿Los aviones del Capitolio están apresurándose para hacernos estallar en el cielo? Mientras viajamos sobre el Distrito 12, busco ansiosamente alguna señal de ataque, pero nada nos sigue. Después de varios minutos, cuando oigo una conversación entre Plutarch y el piloto confirmando que el espacio aéreo está libre, comienzo a relajarme un poco.

Gale cabecea hacia los aullidos que vienen de mi bolsa de juego.

—Ahora sé por qué tuviste que volver.

—Siempre que hubiera incluso una posibilidad de recuperarlo. —Descargo la bolsa en un asiento, donde la repugnante criatura empieza un bajo y profundo gruñido desde su garganta—. Oh, cállate —le digo a la bolsa mientras me hundo en el asiento almohadillado junto a la ventana frente a ella.

Gale se sienta junto a mí.

—¿Está bastante malo allá abajo?

—No podría ser mucho peor —contesto. Lo miro a los ojos y veo mi propia pena reflejada en ellos. Nuestras manos se encuentran la una a la otra, aferrándonos a una parte del Distrito 12 que Snow de algún modo no ha podido destruir. Nos sentamos en silencio durante el resto del viaje al 13, que sólo toma aproximadamente cuarenta y cinco minutos. El mero viaje de una semana a pie. Bonnie y Twill, las refugiadas del Distrito 8 con las que me encontré en el bosque el invierno pasado, no estaban tan alejadas de su destino después de todo. Aunque ellas aparentemente no lo lograron. Cuando pregunté por ellas en el 13, nadie pareció saber de quién hablaba. Murieron en el bosque, supongo.

Desde el aire, el Distrito 13 se veía casi tan alegre como el 12. Los escombros no estaban ardiendo de la forma en que el Capitolio lo muestra en televisión, pero

casi no hay señales de vida en la superficie. En los setenta y cinco años que pasaron desde los Días Oscuros —cuando se dijo que el Distrito 13 había sido arrasado en la guerra entre el Capitolio y los Distritos— casi todas las nuevas construcciones se han hecho debajo de la superficie de la tierra. Ya antes había una importante instalación subterránea aquí, desarrollada a través de los siglos para ser un refugio clandestino para los líderes del gobierno en los tiempos de guerra, o como un último recurso para la humanidad si la vida en la superficie llegaba a ser imposible. Pero, más importante que eso para las personas del 13, fue el centro del programa de desarrollo de armas nucleares del Capitolio. Durante los Días Oscuros, los rebeldes del 13 tomaron el control de las fuerzas del gobierno, apuntando sus misiles nucleares hacia el Capitolio, y entonces negociaron un trato: El Distrito 13 aparentaría estar muerto a cambio de que los dejaran solos. El Capitolio tenía otro arsenal nuclear en el oeste, pero no podría atacar al 13 sin obtener cierta venganza a cambio. Entonces, se vio forzado a aceptar el trato del 13. El Capitolio derribó los restos visibles del distrito y cortó todos los accesos del exterior. Quizás los líderes del Capitolio pensaron que, sin ayuda del exterior, el Distrito 13 moriría alejado del mundo. Y casi lo hizo durante unas pocas veces, pero siempre logró salvarse debido a compartir estrictamente sus recursos, a su ardua disciplina, y a una vigilancia constante contra más ataques del Capitolio.

Ahora los ciudadanos viven casi exclusivamente en las instalaciones subterráneas. Puedes ir afuera para hacer ejercicio y absorber algo de luz del sol, pero sólo en tiempos muy específicos en tu horario. No puedes alterar tu horario. Cada mañana, se supone que debes colocar tu brazo derecho en un aparato en la pared, que te tatúa dentro del antebrazo con tu horario del día en una tinta enfermamente púrpura. 7:00--Desayuno. 7:30--Deberes en la cocina. 8:30--Centro Educacional, Sala 17. Etcétera. La tinta es imborrable hasta las 22:00--Ducha. Entonces, es cuando lo que sea que la hace resistente al agua deja de funcionar, y todo el horario se desvanece. El "luces-fuera" de las 22:30 señala que todos los que no estén en el turno nocturno deben estar en la cama.

Al principio, cuando estuve tan enferma en el hospital, podía evitar ser impresa. Pero una vez que me cambié al Compartimiento 307 con mi madre y mi hermana, se suponía que tenía que seguir con el programa. Aunque, excepto por aparecerme para las comidas, ignoro mayormente las palabras en mi brazo. Sólo vuelvo a nuestro compartimiento o vago alrededor del 13 o duermo en algún lugar oculto. Un conducto de aire abandonado. Detrás de las tuberías de

agua en la sala de lavados. Hay un armario en el Centro Educacional que es genial porque nadie jamás parece necesitar suministros escolares. Son tan frugales con las cosas aquí, que el desperdicio es prácticamente una actividad criminal. Afortunadamente, las personas del 12 nunca han sido de desperdiciar. Pero una vez vi a Fulvia Cardew romper una hoja de papel con sólo un par de palabras escritas en ella, y uno pensaría que había asesinado a alguien por las miradas que recibió. Su cara se volvió rojo tomate, haciendo que las flores plateadas tatuadas en sus mejillas rellenitas se volvieran aún más visibles. El mismo retrato del exceso. Uno de mis pocos placeres en el 13 es ver al puñado de "rebeldes" mimados del Capitolio retorciéndose en un intento por encajar.

No sé por cuánto tiempo podré salirme con la mía con mi total indiferencia a la precisión de relojería de asistencias requeridas por mis anfitriones. En este momento, me dejan hacerlo sólo porque estoy clasificada como mentalmente desorientada —lo dice justo aquí, en mi plástica pulsera médica—, y todos tienen que tolerar mis paseos. Pero eso no puede durar para siempre. Como tampoco lo hará su paciencia con el asunto del Sinsajo.

Desde la pista de aterrizaje, Gale y yo bajamos a través de una serie de escaleras hasta el Compartimiento 307. Podríamos tomar el elevador, sólo que me recuerda demasiado al que me elevó hacia la arena. Tengo problemas ajustándome a estar tanto bajo la tierra. Pero después del encuentro surrealista con la rosa, por primera vez, el descender me hace sentir más segura.

Vacilo cuando llego a la puerta 307, anticipando las preguntas de mi familia.

—¿Qué les voy a decir acerca del Distrito 12? —le pregunto a Gale.

—Dudo que te pidan detalles. Lo vieron arder. Estarán más que nada preocupadas por cómo lo estás manejando tú. —Gale me toca la mejilla—. Como yo lo estoy.

Presiono mi rostro contra su mano por un momento.

—Sobreviviré.

Entonces, respiro hondo y abro la puerta. Mi madre y mi hermana están en casa para las 18:00--Reflexión, media hora de tiempo de inactividad antes de la cena. Veo la preocupación en sus caras mientras intentan medir mi estado emocional.

Antes de que puedan preguntarme algo, vacío mi bolsa, y se convierte en 18:00--Adoración del gato. Prim sólo se sienta en el piso, llorando y meciendo a ese horrible de Buttercup, quien interrumpe su ronroneo sólo para dar un silbido ocasional en mi dirección. Me da un vistazo especialmente engreído cuando Prim ata la cinta azul alrededor de su cuello.

Mi madre abraza la foto de su boda apretadamente contra su pecho y entonces la coloca junto con el libro de plantas, en nuestra cómoda suministrada por el gobierno. Cuelgo la chaqueta de mi padre en el respaldo de una silla. Por un momento, el lugar casi parece nuestro hogar. Entonces, pienso que el viaje al Distrito 12 no fue un total desperdicio.

Nos dirigimos abajo hacia el comedor para las 18:30—Cena, cuando el comunicuff de Gale comienza a pitar. Se parece a un reloj demasiado grande, pero recibe mensajes de texto. Ser otorgado con un comunicuff es un privilegio especial que es reservado para esas personas importantes a la causa, un estatus que Gale alcanzó a través de su rescate de los ciudadanos del 12.

—Nos necesitan a ambos en el Comando —dice.

Arrastrando mis pies unos pocos pasos detrás de Gale, trato de recomponerme antes de ser arrojada a lo que seguro va a ser otra sesión implacable del Sinsajo. Permanezco de pie en el umbral del Comando, el cuarto de reuniones de alta tecnología del Concilio de guerra, completo con paredes computarizadas parlanchinas, mapas electrónicos que muestran los movimientos de las tropas en varios distritos, y una mesa rectangular gigante con tableros de control que se supone que no debo tocar. Pero nadie advierte mi presencia, porque están reunidos ante una pantalla de televisión en el extremo distante del cuarto que muestra la transmisión del Capitolio durante las veinticuatro horas del día. Pienso que quizás puedo escabullirme cuando Plutarch, cuya amplia espalda había estado bloqueando la televisión, me ve y me hace señas rápidamente para que me una a ellos. Me acerco de mala gana, tratando de imaginarme cómo podría llegar a interesarme eso. Es siempre lo mismo. Imágenes de la Guerra. Propaganda. Grabaciones del bombardeo al Distrito 12. Un mensaje siniestro del Presidente Snow. Así que es casi entretenido ver a Caesar Flickerman, el eterno anfitrión de los Juegos del Hambre, con su cara pintada y su traje brillante, preparado para dar una entrevista. Hasta que la cámara se hace hacia atrás y veo que su invitado es Peeta.

Un sonido escapa de mi boca. La misma combinación de boqueada y gemido que viene luego de estar sumergida en el agua, privada de oxígeno hasta llegar a un punto de dolor. Aparto a las personas hacia un lado hasta que estoy delante de él, con mi mano descansando en la pantalla. Busco en sus ojos cualquier signo de herida, cualquier reflejo de la angustia del tormento. No hay nada. Peeta parece sano hasta un punto de vigor. Su piel resplandece, perfecta, en esa forma de pulido-de-cuerpo-completo. Su expresión está compuesta, seria. Yo no logro conciliar esta imagen con el azotado, sangrante chico que acecha mis sueños.

Caesar se sienta más cómodamente en la silla enfrente de Peeta y le da un vistazo largo.

—Así que... Peeta... bienvenido nuevamente.

Peeta sonríe ligeramente.

—Le apuesto a que pensó que había hecho su última entrevista conmigo, Caesar.

—Confieso que lo pensé —dice Caesar—. La noche antes del Quarter Quell... bueno, ¿quién hubiera pensado que te veríamos otra vez?

—No era parte de mi plan, eso es seguro —dice Peeta con el ceño fruncido.

Caesar se inclina hacia él un poco.

—Creo que era claro para todos nosotros cuál era tu plan. Sacrificarte en la arena para que Katniss Everdeen y su niño pudieran sobrevivir.

—Ese era. Claro y simple. —Los dedos de Peeta trazan la pauta del tapizado en el brazo de la silla—. Pero otras personas también tenían planes.

Sí, otras personas tenían planes, pienso. ¿Peeta lo averiguó entonces, cómo los rebeldes nos utilizaron como peones? ¿Cómo mi rescate fue arreglado desde el principio? Y, por último, ¿cómo nuestro mentor, Haymitch Abernathy, nos traicionó a ambos por una causa por la cual fingía no tener ningún interés? En el silencio que sigue, advierto las líneas que se han formado entre las cejas de Peeta. Lo averiguó, o alguien se lo ha dicho. Pero el Capitolio no lo ha matado, ni siquiera lo ha castigado aún. En este momento, eso excede mis más grandes esperanzas. Me alimento de su integridad, de la firmeza de su cuerpo y de su

mente. Corre a través de mí como el morphling que me dieron en el hospital, embotando el dolor de las últimas semanas.

—¿Por qué no nos cuentas acerca de esa última noche en la arena? —Sugiere Caesar—. Ayúdanos a entender algunas cosas.

Peeta asiente pero se toma su tiempo antes de hablar.

—Esa noche... para hablarte acerca de esa noche... bueno, ante todo, tienes que imaginarte cómo se sintió en la arena. Era como ser un insecto atrapado debajo de un tazón lleno de aire caliente. Y todo a tu alrededor sólo hay selva... verde y viva, y haciendo tic-tac. Ese reloj gigante contando los segundos que te quedan de vida. Cada hora promete algún nuevo horror. Tienes que imaginarte que en los pasados dos días, dieciséis personas han muerto, algunos de ellos defendiéndote. Por la forma en que avanzan las cosas, las últimas ocho estarán muertas por la mañana. Excepto una. El vencedor. Y tu plan es que no serás tú.

Mi cuerpo estalla en sudor al recordarlo. Mi mano se desliza por la pantalla y cuelga sin fuerzas a mi costado. Peeta no necesita un pincel para pintar imágenes de los Juegos. Funciona así de bien con las palabras.

—Una vez que estás en la arena, el resto del mundo llega a ser muy lejano —continúa—. Todas las personas y las cosas que amaste o por las que tuviste interés casi dejan de existir. El cielo rosa y los monstruos en la selva y los tributos que quieren tu sangre se convierten en tu realidad, en lo único que importa. Tan malo como te hace sentir, tendrás que asesinar, porque en la arena, tú sólo consigues un deseo. Y es muy costoso.

—Te cuesta la vida —dice Caesar.

—Oh, no. Te cuesta mucho más que la vida. ¿Asesinar a personas inocentes? —dice Peeta—. Te cuesta todo lo que tú eres.

—Todo lo que eres —repite Caesar calladamente.

Una quietud ha caído en el cuarto, y puedo sentir cómo se esparce a través de Panem. Una nación se inclina más cerca de sus pantallas. Porque nadie jamás ha hablado de lo que es realmente estar en la arena.

Peeta continúa.

—Así que te aferras a tu deseo. Y esa anoche, sí, mi deseo fue salvar a Katniss. Pero aún sin saber acerca de los rebeldes, algo no se sentía bien. Todo era demasiado complicado. Me encontré arrepintiéndome de no haber huido con ella más temprano ese día, como ella lo había sugerido. Pero ya no podíamos irnos en ese punto.

—Estabas muy enredado en el plan de Beetee de electrificar el lago de agua salada —dice Caesar.

—Demasiado entretenido jugando a los aliados con los otros. ¡Jamás debí haber permitido que nos separaran! —Estalla Peeta—. Ahí fue cuando la perdí.

—Cuando permaneciste en el árbol del rayo, y ella y Johanna Mason tomaron el rollo de alambre abajo hacia el agua —dice Caesar.

—¡Yo no quería hacerlo! —dice Peeta con agitación—. Pero no podía discutir con Beetee sin indicar que estábamos a punto de romper la alianza. Cuando ese alambre fue cortado, todo simplemente enloqueció. Sólo puedo recordar partes de lo que sucedió. Me recuerdo intentando encontrarla. Viendo a Brutus asesinar a Chaff. Matar a Brutus yo mismo. Sé que ella gritaba mi nombre. Entonces, el rayo cayó sobre el árbol, y el campo de fuerza alrededor de la arena... estalló.

—Katniss lo hizo estallar, Peeta —dice Caesar—. Tú viste las imágenes.

—Ella no sabía lo que hacía. Ninguno de nosotros podría haber seguido el plan de Beetee. Puedes verla intentando resolver qué hacer con ese alambre —dice Peeta rápidamente.

—Bueno. Sólo se ve sospechoso —dice Caesar—. Como si ella formara parte del plan de los rebeldes todo el tiempo.

Peeta se pone de pie, inclinándose sobre la cara de Caesar, con sus manos apoyadas en los brazos de la silla de su entrevistador.

—¿De verdad? ¿Y formaba parte de su plan que Johanna casi la matara? ¿Que esa descarga eléctrica la paralizara? ¿Provocar el bombardeo sobre el Distrito 12? —Ahora está gritando—. ¡Ella no lo sabía, Caesar! ¡Ninguno de nosotros sabía nada más que teníamos que luchar por mantenernos vivos el uno al otro!

Caesar coloca una mano en el pecho de Peeta en un gesto que es tanto auto protector como conciliatorio.

—De acuerdo, Peeta, yo te creo.

—Bien. —Peeta se retira de Caesar, echando las manos hacia atrás, corriéndolas a través de su pelo, desordenando sus cuidadosamente estilizados rizos rubios. Vuelve a sentarse en su silla, alterado.

Caesar espera un momento, estudiando a Peeta.

—¿Qué hay de su mentor, Haymitch Abernathy?

La cara de Peeta se endurece.

—Yo no sé lo que Haymitch sabía.

—¿Podría haber formado parte de la conspiración? —pregunta Caesar.

—Él nunca lo mencionó —dice Peeta.

Caesar lo presiona.

—¿Qué te dice tu corazón?

—Que no debería haber confiado en él —dice Peeta—. Eso es todo.

Yo no he visto a Haymitch desde que lo ataqué en el aerodeslizador, dejándole largas marcas de uñas a lo largo de su cara. Sé que ha sido duro para él aquí. El Distrito 13 prohíbe estrictamente cualquier producción o consumo de bebidas intoxicantes, e incluso el alcohol que se usa en el hospital es mantenido bajo candado. Finalmente, Haymitch es forzado hacia la sobriedad, sin ningún escondite secreto ni bebidas caseras para aliviar su transición. Lo han aislado hasta que alcance la sobriedad, considerando que no es apto para presentarse públicamente. Debe ser intolerable, pero perdí toda mi simpatía hacia Haymitch cuando me di cuenta de cómo nos había engañado. Espero que esté mirando la transmisión del Capitolio ahora, para que pueda ver que Peeta lo ha rechazado también.

Caesar toca el hombro de Peeta.

—Podemos parar ahora si lo deseas.

—¿Hay algo más que discutir? —dice Peeta.

—Iba a preguntarte lo que piensas acerca de la guerra, pero si estás muy alterado... —empieza Caesar.

—Oh, no estoy demasiado alterado para contestar eso. —Peeta respira hondo y entonces mira directamente hacia la cámara—. Deseo que todos los que estén mirando, tanto los del Capitolio como los del lado rebelde, se detengan por sólo un momento y piensen acerca de lo que esta guerra podría significar. Para todos los seres humanos. Nosotros casi nos extinguimos por luchar unos contra otros antes. Ahora somos aún menos que entonces. Nuestras condiciones son más frágiles. ¿Es esto realmente lo que queremos lograr? ¿Aniquilarnos completamente? En las esperanzas de... ¿qué? ¿De qué alguna especie decente heredará los restos humeantes de la Tierra?

—Realmente no... No estoy seguro de que estoy siguiéndote... —dice Caesar.

—No podemos luchar unos contra otros, Caesar —explica Peeta—. No habrá suficiente de nosotros para continuar luego. Si todo el mundo no baja sus armas... y me refiero a muy pronto, todo estará acabado, de todos modos.

—Así que... ¿estás pidiendo un alto al fuego? —le pregunta Caesar.

—Sí. Convoco a un alto al fuego —dice Peeta cansadamente—. Ahora, ¿por qué no llamas a los guardias para que me lleven de regreso a mi cuarto, así puedo construir otras cien casas de naipes?

Caesar se gira hacia la cámara.

—Bien. Creo que eso es todo. Entonces, regresamos a nuestra programación regular.

Una música comienza, y entonces hay una mujer que lee una lista de escaseces esperadas en el Capitolio: fruta fresca, baterías solares, jabón. La miro con absorción inusitada, porque sé que todos esperarán mi reacción a la entrevista. Pero no hay forma en que pueda procesar todo tan rápidamente: la alegría de ver a Peeta sano y salvo, su defensa de mi inocencia por colaborar con los rebeldes, y su complicidad innegable con el Capitolio ahora que ha convocado un alto al fuego. Ah, lo hizo sonar como si estuviera condenando a ambos lados en la guerra. Pero, en este momento, con victorias sólo secundarias de los

rebeldes, un alto al fuego sólo podría tener como resultado un regreso a nuestro estatus anterior. O a uno peor.

Detrás de mí, puedo oír las acusaciones contra Peeta elevándose. Las palabras "traidor", "mentiroso" y "enemigo" rebotan en las paredes. Ya que no puedo unirme a la atrocidad de los rebeldes ni contradecirla, decido que lo mejor es irme. Cuando llego a la puerta, la voz de Coin se eleva sobre las otras.

—No tienes permiso para retirarte, Soldado Everdeen.

Uno de los hombres de Coin coloca una mano en mi brazo. No es un movimiento agresivo, en realidad, pero después de la arena reacciono defensivamente a cualquier toque no familiar. Doy un tirón en mi brazo para liberarme y salgo corriendo por los pasillos. Detrás de mí, llegan sonidos de una riña, pero no me detengo. Mi mente hace un rápido inventario de mis pequeños escondites, y termino en el armario de suministros, acurrucada contra un cajón de tiza.

—Estás vivo —susurro, presionando las palmas de mis manos contra mis mejillas, sintiendo una sonrisa tan ancha que debe parecer una mueca. Peeta está vivo. Y es un traidor. Pero en este momento no me importa. No me importa lo que dice, o por quién lo dice, sólo me importa que aún sea capaz de hablar.

Después de un rato, la puerta se abre y alguien entra. Gale se desliza junto a mí, con su nariz goteando sangre.

—¿Qué sucedió? —le pregunto.

—Me puse en el camino de Boggs —contesta con un encogimiento de hombros. Utilizo mi manga para limpiar su nariz—. ¡Cuidado!

Intento ser más suave. Tocando, no refregando.

—¿Y cuál es ese?

—Ah, ya sabes. La mano derecha de Coin. El que trató de detenerte. —Aparta mi mano—. ¡Déjalo! Me desangrarás hasta la muerte.

El goteo de sangre se ha transformado en una corriente constante. Doy por perdidas todas las tentativas de primeros auxilios.

—¿Luchaste contra Boggs?

—No, sólo bloqueé la puerta cuando trató de seguirte. Su codo encontró mi nariz —dice Gale.

—Ellos probablemente te castigarán —le digo.

—Ya lo hicieron. —Sostiene arriba la muñeca. La miro fijamente sin entender—. Coin me quitó mi comunicuff.

Me muerdo el labio, intentando mantenerme seria. Pero suena tan ridículo.

—Lo siento, Soldado Gale Hawthorne.

—No lo sientas, Soldado Katniss Everdeen. —Sonríe—. Me sentía como un imbécil andando con esa cosa de todos modos. —Ambos comenzamos a reír—. Creo que fue toda una degradación.

Esta es una de las pocas cosas buenas que tiene el Distrito 13. Tener a Gale nuevamente. Ya sin la presión del casamiento arreglado por el Capitolio entre Peeta y yo, hemos logrado recuperar nuestra amistad. Él no lo empuja más que eso, intentando besarme o hablar de amor. O bien porque he estado demasiado enferma, o está dispuesto a darme algo de espacio, o porque sabe que es simplemente demasiado cruel sabiendo que Peeta está en las manos del Capitolio. Sea como sea, tengo a alguien a quien contarle mis secretos otra vez.

—¿Quiénes son estas personas? —digo.

—Somos nosotros. Si hubiéramos tenido bombas atómicas en vez de unos pocos trozos de carbón —contesta él.

—Quiero pensar que el Distrito 12 no habría abandonado al resto de los rebeldes durante los Días Oscuros —digo.

—Quizá lo habríamos hecho. Si fuera eso, la rendición, o comenzar una guerra nuclear —dice Gale—. De una manera, es notable que sobrevivieran en lo absoluto.

Tal vez es porque aún tengo las cenizas de mi propio distrito en mis zapatos, pero por primera vez, le doy a las personas del 13 algo que me he negado a darles hasta ahora: crédito. Por permanecer vivos contra todas las probabilidades. Sus primeros años deben haber sido terribles, apiñados en las

cámaras subterráneas después que su ciudad fuera bombardeada hasta convertirla en polvo.

Su población diezmó, sin ningún aliado posible al que pedir ayuda. Durante los últimos setenta y cinco años, han aprendido a ser autosuficientes, convirtiendo a sus ciudadanos en un ejército, y construyendo una nueva sociedad con la ayuda de nadie. Serían aún más poderosos si esa epidemia de viruela no hubiera acabado con su natalidad y los hubiera vuelto tan desesperados por conseguir una nueva fuente de genes y criadores. Quizá son militaristas, excesivamente programados, y escasos de sentido del humor. Pero están aquí. Y dispuestos a acabar con el Capitolio.

—Aún así, les tomó demasiado tiempo el finalmente aparecer —digo.

—No fue sencillo. Tuvieron que construir una base rebelde en el Capitolio, conseguir algún tipo de organización secreta en los Distritos —dice—. Entonces necesitaban de alguien que pusiera todo en movimiento. Te necesitaban a ti.

—Necesitaban a Peeta también, pero parecen haber olvidado eso —digo.

La expresión de Gale se oscurece.

—Peeta tal vez haya causado mucho daño esta noche. La mayor parte de los rebeldes desestimarán lo que dijo inmediatamente, por supuesto. Pero hay distritos en donde la resistencia es más inestable. El alto al fuego es claramente idea del Presidente Snow. Pero suena tan razonable saliendo de la boca de Peeta.

Tengo miedo de la respuesta de Gale, pero pregunto de todos modos.

—¿Por qué crees que lo dijo?

—Quizás fue torturado. O persuadido. Pero yo supongo que hizo algún tipo de trato para protegerte. Presentaría la idea del alto al fuego si Snow le permitiera mostrarte como una confundida chica embarazada que no tenía la menor idea de lo que pasaba cuando fue raptada por los rebeldes. De esta manera, si los Distritos pierden, todavía habrá una posibilidad de indulgencia para ti. Si tú le sigues el juego. —Yo aún debo de lucir desconcertada, porque Gale dice su próxima línea muy lentamente—. Katniss… él aún intenta mantenerte con vida.

¿Mantenerme con vida? Y entonces lo comprendo. Los Juegos aún continúan. Hemos dejado la arena, pero como Peeta y yo no fuimos asesinados, su último deseo de salvar mi vida todavía se mantiene. Su idea es darme un bajo perfil, manteniéndome segura y encarcelada, mientras los Juegos de Guerra se desarrollan afuera. Entonces, ninguna de las partes tendrá realmente una causa justa para matarme.

¿Y Peeta? Si los rebeldes ganan, será desastroso para él. Si el Capitolio gana, ¿quién sabe? Quizá nos permitan vivir —si juego mi papel bien— para continuar mirando los Juegos desarrollarse...

Muchas imágenes destellan en mi mente: la lanza penetrando el cuerpo de Rue en la arena, Gale colgando inconsciente del poste de azotes, los restos regados de cadáveres en lo que solía ser mi hogar. ¿Y para qué? ¿Para qué? Mientras mi sangre comienza a hervir, recuerdo otras cosas. Mi primer vislumbre de un levantamiento en el Distrito 8. Los vencedores tomándose de las manos la noche antes del Quarter Quell. Y cómo no fue un accidente el que yo disparara esa flecha al campo de fuerza en la arena. Cuánto deseaba que se clavara en lo más profundo del corazón de mi enemigo.

Me pongo de pie, haciendo caer una caja de cien lápices, enviándolos por todas partes en el piso.

—¿Qué sucede? —pregunta Gale.

—No puede haber un alto al fuego. —Me inclino hacia abajo, empujando los palos de grafito gris nuevamente en la caja—. No podemos volver a como era antes.

—Lo sé. —Gale toma un puñado de lápices y los golpea suavemente contra el piso, alineándolos perfectamente.

—Cualquiera que fuera la razón que tuvo Peeta para decir esas cosas, está equivocado. —Los estúpidos palos no quieren entrar en la caja, y yo rompo varios en mi frustración.

—Lo sé. Dame eso. Los vas a hacer pedazos. —Tira la caja de mis manos y la llena con movimientos rápidos y concisos.

—Él no sabe lo que le hicieron al Distrito 12. Si pudiera haber visto lo que estaba en el suelo... —comienzo a decir.

—Katniss, no discuto contigo. Si yo pudiera apretar un botón y matar a cada alma que trabaja para el Capitolio, lo haría. Sin vacilación. —Desliza el último lápiz en la caja y cierra la tapa—. La pregunta es, ¿qué harás tú?

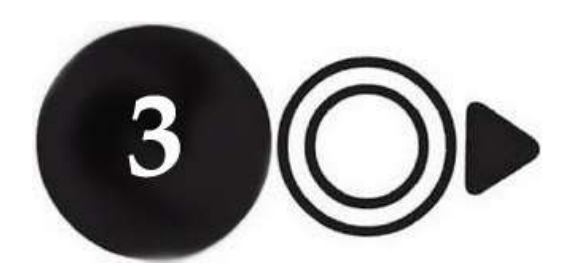
Resulta que la pregunta que me ha estado devorando, sólo tiene una respuesta posible. Pero necesité de la táctica de Peeta para finalmente reconocerlo.

¿Qué voy a hacer?

Respiro hondo. Mis brazos suben ligeramente, como si estuvieran recordando las alas en blanco y negro que Cinna me dio, entonces caen nuevamente a mis lados.

—Seré el Sinsajo.





Traducido por Sera

Corregido por Mona

Los ojos de Buttercup reflejan el débil brillo de la luz de seguridad sobre la puerta mientras se encuentra tendido en el hueco de los brazos de Prim, de vuelta al trabajo, protegiéndola de la noche. Está acurrucada cerca de mi madre. Dormidas, se ven justo como lo hacían la mañana de la Cosecha que me llevó a mis primeros Juegos. Yo tengo una cama para mí misma porque me estoy recuperando y porque nadie puede dormir conmigo de ninguna forma con las pesadillas y mis piernas agitándose alrededor.

Después de sacudirme y dar vueltas durante horas, finalmente acepto que será una noche en vela. Bajo la mirada atenta de Buttercup, voy de puntillas por el frío suelo de azulejos hacia la cómoda.

El cajón de en medio contiene mi ropa emitida por el gobierno. Todo el mundo viste los mismos pantalones grises y camisas, la camisa metida por dentro de la cintura. Por debajo de la ropa, mantengo los pocos artículos que tenía sobre mí cuando me sacaron de la arena. Mi alfiler de sinsajo. El disco de Peeta, el medallón de oro con las fotos de mi madre, Prim y Gale dentro. Un paracaídas plateado que tiene un casquillo para explotar árboles, y la perla que Peeta me dio unas pocas horas antes de que me echaran del campo de fuerza. El Distrito 13 me confiscó mi tubo de pomada para la piel para usar en el hospital, también mi arco y mis flechas porque sólo los guardias tienen permiso para llevar armas. Ellos están en custodia de la armonía.

Siento alrededor del paracaídas y deslizo mis dedos dentro hasta que se cierran alrededor de la perla. Me siento otra vez en mi cama con las piernas cruzadas y me encuentro a mí misma frotando la lisa superficie iridiscente de la perla adelante y atrás contra mis labios. Por alguna razón, es tranquilizador. Un frío beso del propio donante.

—¿Katniss? —susurra Prim. Está despierta, mirándome a través de la oscuridad—. ¿Qué pasa?

—Nada. Sólo un mal sueño. Vuélvete a dormir. —Es automático. Dejar fuera a Prim y a mi madre de algunas cosas para protegerlas.

Con cuidado de no despertar a mi madre, Prim se levanta de la cama, recoge a Buttercup y se sienta a mi lado. Toca la mano que está curvada alrededor de la perla.

—Tienes frío. —Tomando una manta libre al pie de la cama, la envuelve alrededor de nosotros tres, envolviéndome en su calor y el calor peludo de Buttercup también—. Podrías decirme, ya sabes. Soy buena guardando secretos. Incluso de mamá.

Se ha ido de verdad, entonces. La pequeña chica con la parte de atrás de su camisa sobresaliendo como una cola de un pato, la que necesitaba ayuda alcanzando los platos, y quien rogaba ver las tartas heladas en la ventana de la panadería. El tiempo y la tragedia la habían forzado a crecer demasiado rápido, al menos para mi gusto, en una mujer joven que sutura heridas sangrantes y sabe que nuestra madre puede oír tanto.

—Mañana por la mañana, voy a aceptar ser el Sinsajo —le digo.

—¿Porque quieres o porque sientes que estás forzada a ello? —pregunta.

Me río un poco.

—Ambas, supongo. No, yo quiero. Tengo que hacerlo, si eso ayuda a los rebeldes a derrotar a Snow. —Aprieto la perla más fuertemente en mi puño—. Es sólo… Peeta. Me temo que si ganamos, los rebeldes lo ejecutarán como un traidor.

Prim lo piensa de nuevo.

—Katniss, no creo que entiendas lo importante que eres para la causa. La gente importante normalmente consigue lo que quiere. Si quieres mantener a Peeta a salvo de los rebeldes, tú puedes.

Supongo que soy importante. Tuvieron un montón de problemas para rescatarme. Me llevaron al Distrito 12.

—¿Te refieres… a que podría exigir que le dieran la inmunidad a Peeta? ¿Y tendrían que aceptarlo?

—Creo que podrías pedir casi cualquier cosa y tendrían que aceptarlo. —Prim arruga la frente—. Sólo qué, ¿cómo sabrás que mantendrán su palabra?

Recuerdo todas las mentiras que Haymitch nos contó a Peeta y a mí para llevarnos a donde él quería. ¿Qué hay para mantener a los rebeldes de no cumplir el acuerdo? Una promesa verbal tras las puertas cerradas, incluso una declaración escrita en papel, podrían ser fácilmente evaporadas después de la guerra. Su existencia o validez denegada. Cualquier testigo en el Comando no tendrá ningún valor. De hecho, probablemente estarían escribiendo la sentencia de muerte de Peeta. Necesitaré un grupo mayor de testigos. Necesitaré a todo aquel que pueda conseguir.

—Tendrá que ser público —digo. Buttercup mueve su cola, lo que tomo como acuerdo—. Haré que Coin lo anuncie en frente de toda la población del Distrito 13.

Prim sonríe.

—Oh, eso es bueno. No es una garantía, pero será mucho más difícil para ellos retirarse de su promesa.

Siento el tipo de alivio que sigue a una situación real.

—Debería despertarte más a menudo, pequeño pato.

—Ojalá lo hicieras —dice Prim. Me da un beso—. Intenta dormirte ahora, ¿de acuerdo? —Y lo hago.

Por la mañana, veo que 7:00--Desayuno, es seguido directamente por 7:30--Comando), lo cual está bien ya que puede que empiece a echar a andar este asunto. En el comedor, miro rápidamente mi agenda, la cual incluye algún tipo de número de identificación, en frente de un sensor. Conforme deslizo mi bandeja por la plataforma de metal delante de los toneles de comida, veo que el desayuno es como de costumbre, un tazón de cereales, una taza de leche, y una pequeña cuchara de fruta o verduras. Hoy, puré de nabo. Todo esto viene de las granjas bajo tierra del Distrito 13. Me siento en la mesa asignada a los Everdeen y los Hawthorne y algunos otros refugiados, y saco una cuchara de comida, deseando una segunda, pero nunca hay segundas aquí. Tienen la nutrición por debajo de la ciencia. Te vas con las suficientes calorías para llevarte a la siguiente comida, ni más, ni menos. El tamaño de la porción se basa en tu edad,

peso, tipo de cuerpo, salud, y la cantidad de trabajo físico requerido por tu horario. La gente del Distrito 12 ya está consiguiendo porciones un poco más grandes que los nativos del 13 en su esfuerzo de subirnos de peso. Supongo que soldados esqueléticos se fatigan demasiado rápido. Sin embargo, está funcionando. En sólo un mes, estamos empezando a lucir más sanos, en particular los niños.

Gale coloca su bandeja a mi lado e intento no mirar sus nabos demasiado patéticamente, porque en realidad quiero más, y él es ya demasiado rápido para pasarme su comida. A pesar de que dirijo mi atención a doblar con esmero mi servilleta, una cucharada de nabos se vierte en mi tazón.

—Tienes que parar eso —digo. Pero ya que estoy ya recogiendo las cosas, no es demasiado convincente—. En serio. Probablemente sea ilegal o algo. —Tienen reglas muy estrictas sobre la comida. Por ejemplo, si no te terminas algo y lo quieres guardar para más tarde, no lo puedes sacar del comedor. Aparentemente, en los primeros días, hubo algún incidente de provisión de comida. Para un par de personas como Gale y yo, quienes hemos estado a cargo del suministro de comida de nuestras familias durante años, no nos sienta bien. Sabemos cómo estar hambrientos, pero no cómo manejar las provisiones que tenemos. De alguna forma, el Distrito 13 es incluso más controlador que el Capitolio.

—¿Qué pueden hacer? Ya tienen mi communicuff —dice Gale.

Mientras agarro mi tazón, tengo la inspiración.

—Oye, quizás debería poner esa condición para ser el Sinsajo.

—¿Que te pueda dar nabos? —dice.

—No, de que podamos cazar. —Eso capta su atención—. Tenemos que dar todo a la cocina. Pero aún así, podríamos… —No tengo que terminar porque ya lo sabe. Podríamos estar en la superficie. Afuera, en el bosque. Podríamos ser nosotros mismos de nuevo.

—Hazlo —dice—. Ahora es el momento. Podrías pedir la luna y tendrían que encontrar alguna forma de conseguirla.

Pero él no sabe que ya estoy pidiendo la luna, exigiendo que perdonen la vida de Peeta. Antes de que pueda decidir si decírselo o no, una campana señala el final de nuestro cambio para comer. El pensamiento de enfrentar a Coin sola me pone nerviosa.

—¿Qué tienes programado?

Gale comprueba su brazo.

—Clase de Historia Nuclear. Donde, por cierto, tu ausencia se ha notado.

—Tengo que ir al Comando. ¿Vienes conmigo? —pregunto.

—De acuerdo. Pero podían haberme echado después de lo de ayer. —Mientras vamos a dejar nuestras bandejas, dice—: Ya sabes, más vale que pongas a Buttercup en tu lista de peticiones también. No creo que el concepto de mascota inútil sea conocido aquí.

—Oh, le encontrarán un trabajo. Tatuarlo en la pata cada mañana —digo. Pero hago una nota mental de incluirlo por el bien de Prim.

En el momento que llegamos al Comando, Coin, Plutarch, y su gente ya se han reunido. La vista de Gale levanta algunas cejas, pero nadie lo echa. Mi nota mental se ha vuelto demasiado confusa, así que pido un trozo de papel y un lápiz de inmediato. Mi aparente interés en el procedimiento, el primero que he mostrado desde que estoy aquí, los toma por sorpresa. Varias miradas se intercambian. Probablemente, tuvieran algún tipo de sermón extra especial para mí. Pero en su lugar, Coin personalmente me pasa los suministros, y todo el mundo espera en silencio mientras me siento en la mesa y garabateo mi lista. *Buttercup. La caza. La inmunidad de Peeta. Anunciado en público.*

Esto es todo. Probablemente mi única oportunidad de negociar. *Piensa. ¿Qué más quieres?* Lo siento, de pie a mis espaldas. *Gale*, añado a la lista. No creo que pueda hacer esto sin él.

El dolor de cabeza está apareciendo y mis pensamientos empiezan a enredarse. Cierro mis ojos y comienzo a recitar silenciosamente.

Mi nombre es Katniss Everdeen. Tengo 17 años. Mi hogar es el Distrito 12. Estuve en los Juegos del Hambre. Escapé. El Capitolio me odia. Peeta fue tomado prisionero. Está vivo. Es un traidor, pero vivo. Tengo que mantenerlo con vida…

La lista. Todavía parece demasiado pequeña. Debería intentar pensar a lo grande, más allá de nuestra situación actual donde soy de mayor importancia, para el futuro donde puede que yo no valga la pena. ¿No debería estar pidiendo más? ¿Por mi familia? ¿Por el resto de mi gente? Mi piel pica con las cenizas de los muertos. Siento el repugnante impacto del cráneo contra mi zapato. El olor de la sangre y rosas me pican en la nariz.

El lápiz se mueve por la página por sí solo. Abro los ojos y veo las letras tambaleantes. *YO MATO A SNOW*. Si es capturado, quiero el privilegio.

Plutarch tose discretamente.

—¿Sobre lo hecho ahí? —Miro hacia arriba y me doy cuenta del reloj. He estado sentada ahí durante veinte minutos. Finnick no es el único con problemas de atención.

—Sí —digo. Mi voz suena ronca, así que me aclaro la garganta—. Sí, así que este es el trato. Seré su Sinsajo.

Espero para que puedan hacer sus sonidos de alivio, felicitación, golpeándose unos a otros en la espalda. Coin permanece tan impasible como nunca, mirándome, sin impresionarse.

—Pero tengo algunas condiciones. —Aliso la lista y comienzo—. Mi familia se queda con nuestro gato. —Mis más mínimas peticiones ponen en marcha una discusión. Los rebeldes del Capitolio no ven esto como un tema, por supuesto, puedo mantener mi mascota, mientras aquellos del Distrito 13 explican las extremas dificultades que esto presenta. Finalmente, se resuelve que seremos trasladados al nivel superior, el cual tiene el lujo de una ventana de ocho pulgadas. Buttercup puede venir e ir a hacer sus necesidades. Se espera que se alimente por sí mismo. Si elude el toque de queda, se le encerrará. Si causa algún problema de seguridad, se le disparará inmediatamente.

Eso suena bien. No tan diferente de cómo ha estado viviendo desde que nos fuimos. Excepto por la parte de dispararle. Si parece demasiado delgado, puedo deslizarle unas pocas entrañas, siempre que mi próxima solicitud sea permitida.

—Quiero cazar. Con Gale. Afuera, en los bosques —digo. Esto da que pensar a todos.

—No iremos lejos. Usaremos nuestros propios arcos. Pueden tener carne para la cocina —añade Gale.

Me apresuro antes de que digan que no.

—Es sólo… que no puedo respirar encerrada aquí como… Me haría mejor, más rápida, si… pudiera cazar.

Plutarch empieza a explicar los inconvenientes de aquí: los peligros, la seguridad extra, el riesgo de lesiones, pero Coin los corta.

—No. Déjalos. Denles 2 horas al día, descontados de su tiempo de entrenamiento. Un radio de un cuarto de milla. Con unidades de comunicación y tobilleras con rastreador. ¿Qué es lo siguiente?

Le echo una hojeada a la lista.

—Gale. Le necesito conmigo para hacer esto.

—¿Contigo cómo? ¿Fuera de las cámaras? ¿A tu lado todo el tiempo? ¿Lo quieres presentado como tu nuevo amante? —pregunta Coin.

No había dicho esto con ninguna malicia en particular, todo lo contrario, sus palabras son cuestiones de hecho. Pero mi boca todavía sigue abierta en shock.

—¿Qué?

—Creo que deberíamos continuar el romance presente. Una rápida deserción de Peeta podría causar que la audiencia perdiera simpatía por ella —dice Plutarch—. Especialmente, ya que piensan que está embarazada de su hijo.

—Estoy de acuerdo. Así que, en la pantalla, Gale puede ser simplemente descrito como un rebelde compañero. ¿Está bien así? —dice Coin. Me quedo mirándola. Se repite a sí misma impacientemente—. Para Gale, ¿será eso suficiente?

—Siempre podemos trabajar con él como tu primo —dice Fulvia.

—No somos primos —decimos Gale y yo juntos.

—Cierto, pero probablemente deberíamos mantener las apariencias ante las cámaras —dice Plutarch—. Fuera de cámara, es todo tuyo. ¿Algo más?

Estoy confundida por el giro en la conversación. Las implicaciones de que tan fácilmente podía deshacerme de Peeta, de que estoy enamorada de Gale, de que todo el tiempo ha sido una actuación. Mis mejillas empiezan a quemar. La noción de que estoy dedicando cualquier pensamiento a quien quiero presentar como mi amante, dadas nuestras circunstancias actuales, es degradante. Dejo que mi ira me impulse en mi mayor petición.

—Cuando la guerra termine, si ganamos, Peeta será perdonado.

Silencio mortal. Siento el cuerpo de Gale tensarse. Supongo que debía habérselo dicho antes, pero no estaba segura de cómo respondería. No cuando implicaba a Peeta.

—Ninguna forma de castigo será infringido —continuo. Un nuevo pensamiento se me ocurre—. Lo mismo para los otros tributos capturados, Johanna y Enobaria. —Francamente, no me importa Enobaria, la cruel tributo del Distrito 2. De hecho, no me gusta ella, pero parece una injusticia dejarla.

—No —dice Coin categóricamente.

—Sí —le devuelvo—. No es culpa suya que los abandonaran en la arena. ¿Quién sabe lo que el Capitolio les está haciendo?

—Serán juzgados con otros criminales y tratados como el tribunal considere oportuno —dice.

—¡Se les concederá la inmunidad! —Me siento a mí misma creciendo en mi silla, mi voz llena y resonante—. Tú personalmente lo prometerás frente a toda la población del Distrito 13 y el resto del 12. Pronto. Hoy. Será recordado durante las futuras generaciones. Tú y tus gobiernos se harán responsables de su seguridad, ¡o te buscas otro Sinsajo!

Mis palabras se quedan suspendidas en el aire durante un momento.

—¡Esa es ella! —Escucho a Fulvia sisear a Plutarch—. Ahí mismo. Con el traje, disparos al fondo, sólo un indicio de humo.

—Sí, eso es lo que queremos —dice Plutarch en voz baja.



Quiero mirarlos, pero siento que sería un error desviar mi atención de Coin. Puedo verla enumerando el coste de mi ultimátum, ponderándolo contra mi posible valor.

—¿Qué dice, Presidenta? —pregunta Plutarch—. Podría emitir un indulto oficial, dadas las circunstancias. El chico… ni siquiera tiene la edad.

—De acuerdo —dice Coin finalmente—. Pero más vale que interpretes.

—Interpretaré cuando hagas el anuncio —digo.

—Llama a una asamblea de seguridad nacional durante la Reflexión hoy —ordena—. Haré el anuncio entonces. ¿Hay algo más en tu lista, Katniss?

Mi papel está arrugado en una bola en mi puño derecho. Aplano la hoja contra la mesa y leo las tambaleantes letras.

—Sólo una cosa más. Yo mato a Snow.

Por primera vez, veo el atisbo de sonrisa en los labios de la presidenta.

—Cuando el momento llegue, te lanzaré por él.

Quizá tiene razón. Ciertamente, no tengo la única reclamación contra la vida de Snow. Y creo que puedes contar con que termine su trabajo.

—Bastante razonable.

Los ojos de Coin habían parpadeado hacia su brazo, el reloj. Ella también tiene un horario que cumplir.

—La dejo en tus manos entonces, Plutarch. —Sale de la sala, seguida de su equipo, dejando sólo a Plutarch, Fulvia, Gale y a mí.

—Excelente. Excelente. —Plutarch se deja caer, con los codos sobre la mesa, frotándose los ojos—. ¿Sabes lo que echo de menos? ¿Más que otra cosa? El café. Te pregunto, ¿sería tan impensable tener algo más que lavar que gachas y nabos?

—No pensamos que sería tan rígido aquí —Fulvia nos explica mientras masajea los hombros de Plutarch—. No en los rangos más altos.

—O al menos que hubiera la opción de acción adicional —dice Plutarch—. Es decir, incluso el Distrito 12 tiene un mercado negro, ¿verdad?

—Sí, el Quemador —dice Gale—. Es donde comerciábamos.

—Ahí, ¿lo ves? ¡Y mira lo morales que son! Prácticamente incorruptibles. —Plutarch suspira—. Oh, bueno, las guerras no duran para siempre. Así que, encantado de tenerlos en el equipo. —Saca una mano fuera hacia el lado, donde Fulvia ya está extendiendo un gran bloc de dibujo encuadernado en cuero negro—. Sabes en general lo que te estamos pidiendo, Katniss. Soy consciente de que tienes sentimientos entremezclados sobre participar. Espero que esto ayude.

Plutarch desliza el bloc hacia mí. Por un momento, lo miro con recelo. Entonces, la curiosidad saca lo mejor de mí. Abro la tapa para encontrar una imagen de mí misma, en pie y fuerte, en un uniforme negro. Sólo una persona podía haber diseñado el traje, a primera vista absolutamente utilitario, a la segunda, una obra de arte. La arremetida del casco, la curva de la coraza, la ligera plenitud de las mangas que permite a los blancos pliegues bajo el brazo mostrarse. En sus manos, soy de nuevo un Sinsajo.

—Cinna —susurro.

—Sí. Me hizo prometer no enseñarte este libro hasta que hubieras decidido ser el Sinsajo por ti misma. Créeme, estaba muy tentado —dice Plutarch—. Sigue. Hojéalo.

Paso las páginas lentamente, viendo cada detalle del uniforme. Las capas cuidadosamente a medida del traje de protección corporal, las armas en las botas y el cinturón, los refuerzos especiales sobre el corazón. En la página final, bajo un bosquejo de mi broche del sinsajo, Cinna ha escrito: *"Sigo apostando por ti"*.

—¿Cuándo…? —Mi voz falla.

—Veamos. Bueno, después del anuncio del Quarter Quell. ¿Unas pocas semanas antes de los juegos quizás? No sólo están los bocetos. Tenemos tus uniformes. Oh, y Beetee tiene algo muy especial esperándote abajo en la sala de armas. No te lo voy a estropear insinuándolo —dice Plutarch.

—Vas a ser el rebelde mejor vestido de la historia —dice Gale con una sonrisa. De repente, me doy cuenta de que ha estado resistiéndose. Como Cinna, ha querido que tome esta decisión desde el principio.

—Nuestro plan es lanzar un Asalto a la Emisión —dice Plutarch—. Hacer una serie de lo que llamamos "propos", que es la abreviatura de "spots de propaganda", contigo, y emitirlas a toda la población de Panem.

—¿Cómo? El Capitolio tiene el control exclusivo de las emisiones —dice Gale.

—Pero tenemos a Beetee. Hace sobre diez años, esencialmente rediseñó la red subterránea que transmite toda la programación. Él cree que hay una oportunidad razonable de que se pueda hacer. Por supuesto, necesitaremos algo para publicar. Por lo que, Katniss, el estudio te espera. —Plutarch se vuelve a su asistente—. ¿Fulvia?

—Plutarch y yo hemos estado hablando sobre cómo podremos conseguir esto. Creemos que sería mejor construirte, nuestra líder rebelde, desde afuera hacia adentro. Es decir, ¡encontremos el look de Sinsajo más impresionante posible, y luego desarrollemos tu personalidad hasta que lo merezca! —dice alegremente.

—Ya tienen su uniforme —dice Gale.

—Sí, pero, ¿está cicatrizada y sangrienta? ¿Está ardiendo con el fuego de la rebelión? ¿Cuán mugrienta podemos hacerla sin disgustar a la gente? En todo caso, tiene que ser algo. Es decir, obviamente esto… —Fulvia se mueve sobre mí rápidamente, enmarcando mi cara con sus manos—, no es aceptable. —Tiro mi cabeza hacia atrás reflexivamente pero ella ya está ocupada recogiendo sus cosas—. Así que, con eso en mente, tenemos otra pequeña sorpresa para ti. Ven, ven.

Fulvia nos hace una señal, y Gale y yo la seguimos a ella y Plutarch hacia el pasillo.

—Con tan buenas intenciones, y todavía tan insultante —Gale me susurra al oído.

—Bienvenido al Capitolio —articulo. Pero las palabras de Fulvia no tienen efecto sobre mí. Envuelvo mis brazos fuertemente alrededor del bloc y me

permito a mí misma sentirme esperanzada. Esto debe ser la decisión correcta. Si Cinna lo quería.

Nos subimos a un ascensor, y Plutarch comprueba sus notas.

—Veamos. Es el compartimento tres-nueve-cero-ocho. —Aprieta un botón marcado como 39, pero nada ocurre.

—Debes tener que meter la llave —dice Fulvia.

Plutarch saca una llave conectada a una cadena delgada de debajo de su camisa y la inserta en una ranura de la que no me había dado cuenta antes. Las puertas se deslizan al cerrarse.

—Ah, ahí estamos.

El ascensor desciende diez, veinte, treinta niveles más, más debajo de lo que sabía que iba el Distrito 13. Se abre en un amplio corredor blanco con puertas rojas, que parece casi decorativo comparado con los grises de las plantas superiores. Cada una está marcada con un número. 3901, 3902, 3903…

Conforme salimos, doy un vistazo detrás de mí para ver el ascensor cerrarse y ver una reja metálica deslizarse en su lugar sobre las puertas normales. Cuando me giro, un guardia se ha materializado de una de las habitaciones al otro extremo del corredor. Una puerta se cierra silenciosamente detrás de él mientras camina hacia nosotros.

Plutarch se mueve para encontrarlo, levantando una mano en señal de saludo, y el resto de nosotros lo sigue detrás. Algo se siente muy mal aquí abajo. Es más que el reforzado ascensor, o la claustrofobia de estar tan lejos bajo tierra, o el cáustico olor de antiséptico. Una mirada a la cara de Gale y puedo decir que lo percibe también.

—Buenos días, estábamos sólo buscando… —empieza Plutarch.

—Estás en la planta equivocada —dice el guardia abruptamente.

—¿En serio? —Plutarch vuelve a comprobar sus notas—. Tengo 3908 escrito aquí mismo. Me pregunto si pudiera dar una llamada a…

—Me temo que tengo que pedirles que se vayan ahora. Las discrepancias de asignación se pueden dirigir a la Oficina Central —dice el guardia.

Está justo enfrente de nosotros. Compartimento 3908. Sólo a unos pasos de distancia. La puerta, de hecho, todas las puertas, parecen incompletas. Sin pomos. Deben oscilar libremente en las bisagras como el guardia que apareció por ella.

—¿Dónde está eso de nuevo? —pregunta Fulvia.

—Encontrarás la Oficina Central en el Nivel Siete —dice el guardia, extendiendo sus brazos para acorralarnos de nuevo al ascensor.

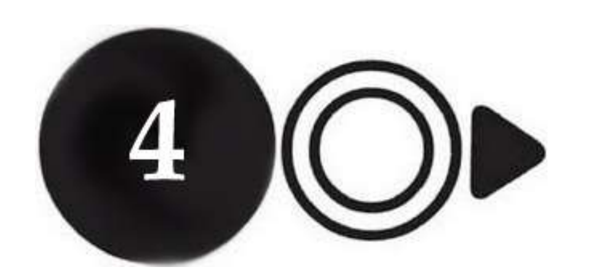
Desde detrás de la puerta 3908 viene un sonido. Sólo un pequeño gemido. Como un perro acobardado haría para evitar ser golpeado, sólo que demasiado humano y familiar. Mis ojos encuentran los de Gale por un momento, pero es tiempo suficiente para dos personas que actúan de la forma que lo hacemos. Dejo caer el bloc de Cinna a los pies del guardia con un fuerte golpe. Un segundo después se inclina para recogerlo, Gale se inclina también, intencionalmente golpeándose las cabezas.

—Oh, lo siento —dice con una ligera risa, sujetando los brazos del guardia como para no perder el equilibrio, volviéndolo un poco lejos de mí.

Esa es mi oportunidad. Me lanzo alrededor del distraído guardia, empujo la puerta marcada con el 3908, y los encuentro. Medio desnudos, golpeados y encadenados a la pared.

Mi equipo de preparación.





Traducido por Virtxu

Corregido por Mona

El hedor de cuerpos sucios, orina rancia, e infección sale a través de la nube de antiséptico. Las tres figuras son solo reconocibles por sus demasiado llamativas elecciones de moda: los tatuajes dorados en la cara de Venia. Los anaranjados tirabuzones de Flavius. La suave piel de hoja perenne de Octavia, que ahora cuelga demasiado floja, como si su cuerpo fuera un globo que se había desinflado poco a poco.

Al verme, Flavius y Octavia retroceden contra las paredes de azulejos como si estuvieran anticipando un ataque, a pesar de que nunca los había lastimado. Desagradables pensamientos fueron mi peor ofensa contra ellos, y los guardaba para mí, así que, ¿por qué retroceden?

El guardia me ordena alejarme, pero por el arrastramiento de pies que lo sigue, sé de alguna manera que Gale lo ha detenido. Para obtener respuestas, voy hasta Venia, que siempre fue la más fuerte. Me agacho y tomo sus manos heladas, las cuales agarro firmemente entre las mías como una presa.

—¿Que pasó, Venia? —pregunto—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nos trajeron. Desde el Capitolio —dice con voz ronca.

Plutarch entra detrás de mí.

—¿Qué diablos está pasando?

—¿Quién te trajo? —Presiono.

—Gente —dice vagamente—. La noche que tú escapaste.

—Pensamos que podía ser reconfortante para ti el tener a tu equipo normal —dice Plutarch detrás de mí—. Cinna lo solicitó.

—¿Cinna solicitó esto? —le gruño. Porque si hay una cosa que sé, es que Cinna no hubiera aprobado que abusaran de ellos tres, a los que trataba con dulzura y paciencia—. ¿Por qué están siendo tratados como delincuentes?

—Honestamente, no lo sé. —Hay algo en su voz que hace que lo crea, y la palidez en el rostro de Fulvia lo confirma. Plutarch se vuelve hacia el guardia, el cual aparece por la puerta con Gale directamente detrás de él—. Yo sólo dije que tenían que ser confinados. ¿Por qué están siendo castigados?

—Por robar alimentos. Tuvimos que contenerlos después de un altercado por un poco de pan —dice el guardia.

Las cejas de Venia se juntan como si ella todavía estuviera tratando de encontrar un sentido a esto.

—Nadie nos decía nada. Estábamos tan hambrientos. Ella sólo tomó una rebanada.

Octavia comienza a llorar, camuflando el sonido en su andrajosa túnica. Pienso en cómo, la primera vez que sobreviví a la arena, Octavia me pasó a escondidas un panecillo por debajo de la mesa porque no podía soportar mi hambre. Me acerco a su agitada forma.

—¿Octavia? —La toco y ella se estremece—. ¿Octavia? Vas a estar bien. Te voy a sacar de aquí, ¿de acuerdo?

—Esto parece extremo —dice Plutarch.

—¿Esto es porque tomó una rebanada de pan? —pregunta Gale.

—Hablamos de repetidas infracciones anteriores a eso. Se les advirtió. Aun así se llevaron más pan. —El guardia se detiene un momento, como si estuviera desconcertado por nuestra densidad—. No se puede tomar pan.

No puedo conseguir que Octavia descubra su rostro, pero ella lo levanta ligeramente. Los grilletes en las muñecas se desplazarán hacia abajo unos centímetros, revelando llagas abiertas por debajo de ellos.

—Los llevaré con mi madre. —Me dirijo al guardia—. Libéralos.

El guardia sacude la cabeza.

—No estoy autorizado.

—¡Libéralos! ¡Ya! —le grito.

Esto rompe la calma. Los ciudadanos normales no se dirigen a él de esta manera.

—No tengo órdenes de liberarlos. Y usted no tiene ninguna autoridad para…

—Hazlo por mí autoridad —dice Plutarch—. Vinimos a recoger a estos tres de todos modos. Son necesarios para la Defensa Especial. Asumo toda la responsabilidad.

El guardia nos deja para hacer una llamada. Regresa con un juego de llaves. El equipo de preparación ha sido forzado a las posiciones apretadas del cuerpo durante tanto tiempo que una vez que le quitan los grilletes, tienen problemas para caminar. Gale, Plutarch, y yo tenemos que ayudarles. El pie de Flavius alcanza una rejilla de metal sobre una abertura circular en el piso, y mi estómago se contrae cuando pienso en por qué una habitación necesitaría un desagüe. Las manchas de miseria humana deberían haber sido eliminadas de estos azulejos blancos...

En el hospital, busco a mi madre, la única a la que le confiaría su cuidado. Le toma un minuto identificar a los tres, dada su condición actual, pero ya tiene una mirada de consternación. Y sé que no es el resultado de ver los cuerpos maltratados, porque eran su boleto diario en el Distrito 12, sino la conciencia de que este tipo de cosas ocurren también en el 13.

Mi madre fue bienvenida en el hospital, pero es vista más como una enfermera que como un médico, a pesar de toda su vida dedicada a la curación. Sin embargo, nadie interfiere cuando ella guía al trío a una sala de examen para evaluar sus lesiones. Me planto en un banco en el pasillo afuera de la entrada del hospital, a la espera de escuchar su veredicto. Ella será capaz de leer en sus cuerpos el dolor infligido sobre ellos.

Gale se sienta junto a mí, y pone un brazo alrededor de mi hombro.

—Ella va a arreglarlo. —Le doy una inclinación de cabeza, preguntándome si está pensando en su propia flagelación de la espalda en el 12.

Plutarch y Fulvia toman el banco enfrente de nosotros, pero no hacen ningún comentario sobre el estado de mi equipo de preparación. Si no tenían conocimiento de los malos tratos, entonces, ¿qué es lo que hacen ellos en este movimiento por parte de la Presidenta Coin? Decido ayudarlos.

—Supongo que todos hemos sido puestos sobre aviso —le digo.

—¿Qué? No. ¿Qué quieres decir? —pregunta Fulvia.

—Castigar a mi equipo de preparación era una advertencia —le digo—. No sólo para mí. Sino para ti también. Acerca de quién tiene realmente el control y lo que sucede si no es obedecido. Si tenías alguna falsa ilusión sobre quien tenía el poder, las dejarías ir ahora. Al parecer, un pura sangre del Capitolio no tiene protección aquí. Tal vez sea incluso un verdadero lastre.

—No hay comparación entre Plutarch, el cual planeó la fuga rebelde, y esos tres esteticistas —dice fríamente Fulvia.

Me encojo de hombros.

—Si tú lo dices, Fulvia. Pero ¿qué pasaría si pasas al lado malo de Coin? Mi equipo de preparación fue secuestrado. Ellos pueden por lo menos tener la esperanza de que algún día regresaran al Capitolio. Gale y yo podemos vivir en el bosque. ¿Pero tú? ¿Dónde irían los dos?

—Tal vez nosotros seamos un poco más necesarios en esta guerra de lo que tú crees —dice Plutarch, despreocupado.

—Por supuesto que sí. Los tributos eran necesarios para los Juegos también. Hasta que no lo fueron —digo yo—. Y luego nos convertimos en desechables… ¿verdad, Plutarch?

Esto termina la conversación. Esperamos en silencio hasta que mi madre nos encuentra.

—Van a estar bien —informa—. No hay lesiones físicas permanentes.

—Bien. Espléndido —dice Plutarch—. ¿Qué tan pronto se les puede poner a trabajar?

—Probablemente mañana —responde ella—. Debes esperar un poco de inestabilidad emocional, después de lo que han pasado. Ellos están particularmente mal preparados, procedentes de su vida en el Capitolio.

—¿No lo estamos todos? —dice Plutarch.

Ya sea porque mi equipo de preparación está incapacitado o yo estoy demasiado en el borde, Plutarch me libera de mis deberes como Sinsajo por el resto del día. Gale y yo nos dirigimos a almorzar, donde nos sirven judías y guiso de cebolla, una rodaja gruesa de pan y una taza de agua. Después de la historia de Venia, el pan araña mi garganta, así que deslizo el resto de él en la bandeja de Gale. Ninguno de los dos habla mucho durante el almuerzo, pero cuando nuestros platos están limpios, Gale tira de su manga, revelando su horario.

—Tengo entrenamiento ahora.

Subo mi manga y mantengo el brazo a su lado.

—Yo también. —Recuerdo que el entrenamiento es igual a la caza ahora.

Mi afán de huir a los bosques, aunque sólo sea durante dos horas, anula mis preocupaciones actuales. Una inmersión en la vegetación y la luz solar sin duda me ayudará a ordenar mis pensamientos. Una vez fuera de los corredores principales, Gale y yo corremos como escolares hacia la armería, y para cuando llegamos, estoy sin aliento y mareada. Un recordatorio de que no estoy totalmente recuperada. Los guardias nos proporcionan nuestras antiguas armas, así como cuchillos y un saco de arpillera que viene seguido de un morral. Aguanto sujetando el rastreador a mi tobillo, tratando de simular como si estuviera escuchando cuando explican cómo utilizar el comunicador de mano. La única cosa que retengo en la cabeza es que tiene un reloj, y tenemos que estar de vuelta en el 13 dentro de la hora designada o nuestros privilegios de caza serán revocados. Esta es una regla que creo que voy a hacer un esfuerzo por cumplir.

Vamos afuera, a la gran área cercada de entrenamiento cerca de los bosques. Los guardias abren las puertas bien engrasadas sin comentarios. Tendríamos problemas para superar esta barrera por nosotros mismos—diez metros de alto y siempre zumbando con electricidad, coronada con afilados rizos de acero. Nos movemos por el bosque hasta que el punto de vista de la valla se ha

oscurecido. En un pequeño claro, hacemos una pausa y ponemos hacia atrás la cabeza para disfrutar del sol. Doy vueltas en un círculo, con los brazos extendidos a los lados, girando lentamente para no hacer que el mundo gire.

La falta de lluvia que he visto en el 12 ha dañado las plantas aquí también, dejando a algunas con hojas secas, construyendo una alfombra crujiente bajo nuestros pies. Nos quitamos los zapatos. Los míos no se ajustan correctamente de todos modos, ya que por el espíritu del no-desperdicio de las poco queridas reglas del 13, me dieron un par que alguien había dejado atrás. Al parecer, uno de nosotros camina gracioso, porque entran del todo mal.

Cazamos, como en los viejos tiempos. Silenciosos, sin necesidad de palabras para comunicarse, porque aquí en el bosque nos movemos como dos partes de un solo ser. Anticipando los movimientos de cada uno, vigilando nuestras espaldas. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Ocho meses? ¿Nueve? ¿Cuándo había tenido esta libertad? No es exactamente la misma, dado todo lo que ha pasado y los rastreadores de los tobillos y el hecho de que tengo que descansar a menudo. Pero es lo más cercano a la felicidad como creo que actualmente puedo conseguir.

Aquí los animales no son tan suficientemente desconfiados. Ese momento extra que tienen para identificar nuestro desconocido olor significa su muerte. En una hora y media, tenemos un surtido de doce (conejos, ardillas y pavos) y decidimos pasar el tiempo que queda cerca de una laguna que debe de ser alimentada por un manantial subterráneo, ya que el agua es fresca y dulce.

Cuando Gale se ofrece para limpiar las presas, no me opongo. Pego una hoja de menta en mi lengua, cierro los ojos, y me recuesto contra una roca, empapándome en los sonidos, dejando que el ardiente sol de la tarde tueste mi piel, casi en paz hasta que la voz de Gale me interrumpe.

—Katniss, ¿por qué te preocupas tanto por tu equipo de preparación?

Abro los ojos para ver si él está bromeando, pero está con el ceño fruncido por el conejo que está desollando.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Hmm. Vamos a ver. ¿Porque han pasado el último año embelleciéndote para la masacre? —sugiere.

—Es más complicado que eso. Yo los conozco. No son malos o crueles. No son siquiera inteligentes. Hacerles daño, es como lastimar a niños. Ellos no ven... quiero decir, no saben... —Me trabo con mis palabras.

—¿No saben qué, Katniss? —dice—. ¿Que esos tributos, los cuales son los niños que están envueltos en esto, no tu trío de monstruos, se ven obligados a luchar hasta la muerte? ¿Que fuiste a ese escenario para divertir a la gente? ¿Era eso un gran secreto en el Capitolio?

—No, pero ellos no lo ven de la forma en que nosotros lo hacemos —le digo—. Ellos se han criado en eso y…

—¿Verdaderamente los estas defendiendo? —Él desliza la piel del conejo en un movimiento rápido.

Eso escuece, porque, de hecho, lo estoy haciendo, y es ridículo. Me esfuerzo por encontrar una posición lógica.

—Creo que estoy defendiendo a alguien que es tratado así por tomar una rebanada de pan. ¡Tal vez me recuerda mucho de lo que te ha pasado por un pavo!

Aún así, tiene razón. Parece extraño, mi nivel de preocupación por el equipo de preparación. Los odio y quiero verlos colgados. Pero están tan desorientados, y pertenecían a Cinna, y él estaba de mi lado, ¿no?

—No estoy buscando pelea —dice Gale—. Pero no creo que Coin estuviera enviándote un gran mensaje al castigarles por haber infringido las normas aquí. Probablemente, pensó que lo verías como un favor. —Pone el conejo en el saco y se levanta—. Deberíamos irnos, si queremos llegar a tiempo.

Ignoro la oferta de su mano y me pongo de pie tambaleándome.

—Bien. —Ninguno de los dos hablamos en el camino de vuelta, pero una vez que estamos dentro de la puerta, pienso en otra cosa—. Durante el Quarter Quell, Octavia y Flavius tuvieron que renunciar porque no podían dejar de llorar debido a mi regreso. Y Venia apenas pudo decirme adiós.

—Voy a tratar de mantener eso en mente, mientras ellos... realizan tu nueva versión —dice Gale.

—Hazlo —le digo.

Le damos la carne a Sae la Grasienta en la cocina. A ella le gusta el Distrito 13 lo suficientemente, aunque piensa que los cocineros son algo carentes de imaginación. Pero una mujer que vino con un perro salvaje y un sabroso guiso de ruibarbo está obligada a sentir como si sus manos estuvieran atadas aquí.

Agotada por la caza y mi falta de sueño, me vuelvo a mi compartimiento para encontrarlo desnudo, sólo para recordar que hemos sido trasladados a causa de Buttercup. Me abro paso hasta el último piso y encuentro el Compartimento E.

Se ve exactamente como el Compartimiento 307, con excepción de la ventana—dos pies de ancho, ocho pulgadas de alto—centrada en la parte superior de la pared exterior. Hay una pesada placa de metal sujeta sobre él, pero ahora está abierta, y ciertamente no hay un gato por ningún lado. Me tiendo en mi cama, y un rayo de sol de la tarde juega en mi cara. Lo siguiente que sé, es que mi hermana me despierta a las 18:00--Reflexión.

Prim me dice que han estado anunciando la asamblea desde el almuerzo. Toda la población, salvo los necesarios para los trabajos esenciales, está obligada a asistir. Seguimos las indicaciones hacia el Colectivo, una sala enorme que acoge fácilmente a los miles que se presentan. Podrías decir que fue construida para una reunión más grande, y tal vez acogía a una antes de la epidemia de viruela. Prim señala en silencio las consecuencias de ese desastre generalizado: las cicatrices de la viruela en el cuerpo de las personas, los niños ligeramente desfigurados.

—Ellos han sufrido mucho aquí —dice ella.

Después de esta mañana, no estoy de humor para sentir pena por el 13.

—No más de lo que lo hicimos en el 12 —le digo. Veo a mi madre llevar a un grupo de pacientes móviles, todavía con sus camisones y batas del hospital. Finnick se encuentra entre ellos, viéndose aturdido, pero magnífico. En sus manos, sostiene un trozo de cuerda fina, con menos de un pie de largo, demasiado corta para que incluso él haga un nudo utilizable. Sus dedos se mueven rápidamente, uniéndolo de forma automática y desenredando los diferentes nudos mientras mira alrededor. Es probable que sea parte de su terapia. Me dirijo a él y digo:

—Hola, Finnick. —Él no parece darse cuenta, así que le empujo para llamar su atención—. ¡Finnick! ¿Cómo estás?

—Katniss —dice, sujetando mi mano. Aliviado al ver una cara familiar, me parece—. ¿Por qué estamos aquí reunidos?

—Le dije a Coin que sería su Sinsajo. Pero le hice prometer dar la inmunidad a otros tributos si los rebeldes ganaban —le digo—. En público, para que haya un montón de testigos.

—Oh. Bien. Porque me preocupa eso con Annie. Que ella fuera a decir algo que pudiera interpretarse como traición sin saberlo —dice Finnick.

Annie. Uh-oh. La olvidé totalmente.

—No te preocupes, me ocuparé de eso. —Le doy un apretón a la mano de Finnick y voy directa hacia el podio en la parte frontal de la habitación. Coin, que está mirando por encima su declaración, levanta las cejas hacia mí—. Necesito que agregue a Annie Cresta a la lista de inmunidad —le digo.

La presidenta frunce el ceño ligeramente.

—¿Quién es esa?

—Finnick Odair es su… —¿Qué? No sé realmente cómo llamarlo—. Ella es amiga de Finnick. Del Distrito 4. Otra vencedora. Fue detenida y llevada al Capitolio cuando la arena saltó por los aires.

—Oh, la chica loca. Eso no es realmente necesario —dice—. No tenemos por norma castigar a cualquiera que sea frágil.

Pienso en la escena por la que pasé esta mañana. De Octavia apiñada contra la pared. De cómo Coin y yo debemos de tener definiciones muy diferentes de la fragilidad. Pero sólo digo:

—¿No? Entonces, no debería ser un problema agregar a Annie.

—Está bien —dice la presidenta, escribe el nombre de Annie—. ¿Quieres estar aquí conmigo para el anuncio? —Sacudo la cabeza—. No creía que lo hicieras. Mejor date prisa y piérdete entre la multitud. Estoy a punto de comenzar.

Hago mi camino de regreso a Finnick.

Las palabras son otra cosa que no se desperdicia en el 13. Coin pide la atención de la audiencia y les dice que he accedido a ser el Sinsajo, siempre que a los otros vencedores—Peeta, Johanna, Enobaria, y Annie—se les conceda el indulto total por hacer cualquier daño a la causa rebelde. En el estruendo de la multitud, oigo el desacuerdo. Supongo que nadie dudaba que yo quisiera ser el Sinsajo. Así que nombrar un precio, uno que perdona a sus posibles enemigos, los enfurece. Me quedo indiferente a las miradas hostiles dirigidas en mi dirección.

La presidenta permite unos momentos de inquietud, y luego continúa de manera enérgica. Sólo que ahora las palabras que salen de su boca son una novedad para mí.

—Pero a cambio de esta solicitud sin precedentes, el Soldado Everdeen ha prometido dedicarse a nuestra causa. De ello se deduce que cualquier desviación de su misión, ya sea motivada o no, será vista como una ruptura de este acuerdo. La inmunidad llegaría a su fin y el destino de los cuatro vencedores será determinado por la ley del Distrito 13. Al igual que el de los suyos. Gracias.

En otras palabras, salgo de la línea y todos estamos muertos.





Traducido por Selune

Corregido por Ginabm

Otra fuerza con la que luchar. Otro jugador poderoso que ha decidido utilizarme como una pieza en sus juegos, aunque las cosas nunca parecen ir de acuerdo al plan. Primero fueron los organizadores de los juegos, haciéndome su estrella y luego luchando para recuperarse de ese puñado de bayas venenosas. A continuación, el presidente Snow, tratando de utilizarme para apagar las llamas de la rebelión, sólo para que cada uno de mis movimientos se volviera explosivo. A continuación, los rebeldes me atraparon en la garra de metal que me levantó de la arena, designándome para ser su Sinsajo, y luego tener que recuperarse de la impresión de que yo podría no querer las alas. Y ahora Coin, con su puñado de preciosas armas nucleares y la máquina bien engrasada que tiene por distrito, descubriendo que es incluso más difícil preparar a un Sinsajo que atrapar uno. Pero ella ha sido la más rápida en determinar que tengo una agenda por mi cuenta y por lo tanto no soy de fiar. Ella ha sido la primera públicamente en marcarme como una amenaza.

Paso los dedos por la gruesa capa de burbujas en la tina. Limpiarme es sólo un paso preliminar para la determinación de mi nuevo look. Con el cabello dañado por el ácido, la piel quemada por el sol y las feas cicatrices, el equipo de preparación tiene que ponerme bonita y luego afearme, quemarme y ponerme cicatrices de una forma más atractiva.

—Rehacer su Belleza Base Cero —ordenó Fulvia lo primero esta mañana—. Vamos a trabajar desde ahí.

“Belleza Base Cero” resulta ser como una persona se vería si saliera de la cama viéndose impecable pero natural. Esto significa que mis uñas están de una forma perfecta, aunque no pulidas. Mi cabello suave y brillante, pero no estilizado. Mi piel suave y clara, pero no pintada. Depilar el vello corporal y borrar las ojeras, pero no hacer ninguna notable mejora. Supongo que Cinna dio

las mismas instrucciones el primer día que llegué como tributo al Capitolio. Sólo que era diferente, ya que era un competidor. Como un rebelde, pensé que conseguiría un aspecto más parecido a mí misma. Pero parece que un rebelde que sale en televisión tiene sus propias normas que cumplir.

Después de enjaguar la espuma, me giro para encontrar a Octavia esperando con una toalla. Ella es tan diferente de la mujer que conocí en el Capitolio, despojada de la ropa llamativa, el maquillaje, los tintes y las joyas y adornos con los que decoraba su cabello. Recuerdo que un día apareció con trenzas de color rosa brillante salpicadas de luces intermitentes de colores en forma de ratón. Me dijo que tenía varios ratones como mascotas en su casa. La idea me repugnó en ese entonces, puesto que consideramos a los ratones animales dañinos, a menos que se cocinen. Pero tal vez a Octavia le gustaban porque eran pequeños, suaves y chirriantes. Al igual que ella. Mientras ella me seca con golpecitos de la toalla, trato de conocer a la Octavia del Distrito 13. Su cabello real resulta ser de un agradable color caoba. Su cara es normal, pero de una dulzura innegable. Es más joven de lo que pensaba. Tal vez poco más de 20 años. Desprovista de las uñas decorativas de tres pulgadas, sus dedos parecen casi regordetes y no pueden dejar de temblar. Quiero decirle que está bien, que me ocuparé de que Coin no la lastime de nuevo. Pero los moretones multicolores floreciendo debajo de su verde piel sólo me recuerdan cuán impotente soy.

Flavius también parece lavado sin su pintalabios púrpura y ropa brillante. Sin embargo, se las ha arreglado para conseguir de nuevo que sus tirabuzones de color naranja estén arreglados. Es Venia la que menos ha cambiado. Su cabello color agua cae plano en lugar de elevarse puntiagudo y se pueden ver las raíces creciendo de color gris. Sin embargo, los tatuajes fueron siempre su característica más asombrosa, y son dorados y sorprendentes como siempre. Ella viene y se lleva la toalla de las manos de Octavia.

—Katniss no va a hacernos daño —dice en voz baja pero con firmeza a Octavia—. Katniss ni siquiera sabía que estábamos aquí. Las cosas van a estar mejor ahora.

Octavia da una leve inclinación de cabeza, pero no se atreve a mirarme a los ojos.

No es un trabajo fácil llevarme de nuevo a mi Belleza Base Cero, incluso con el elaborado arsenal de productos, herramientas, y aparatos que Plutarch tuvo la

previsión de traer desde el Capitolio. Mi equipo de preparación lo hace bastante bien hasta que tratan de abordar el punto en el brazo donde Johanna arrancó el rastreador. Nadie del equipo médico estuvo centrándose en el aspecto cuando arreglaron el agujero. Ahora tengo una cicatriz abultada e irregular con ondas a lo largo de un espacio del tamaño de una manzana. Por lo general, la manga lo cubre, pero la manera en la que el vestuario de Sinsajo de Cinna está diseñado, las mangas se detienen justo por encima del codo. Es tal la preocupación que Fulvia y Plutarch son llamados para hablar de ello. Lo juro, la vista de ello le provoca a Fulvia el reflejo de hacer arcadas. Para alguien que trabaja con un organizador de los juegos, ella es muy sensible. Pero supongo que solía ver cosas desagradables sólo en una pantalla.

—Todo el mundo sabe que tengo una cicatriz aquí —digo de mal humor.

—Saberlo y verlo son dos cosas diferentes —dice Fulvia—. Es positivamente repugnante. Plutarch y yo pensaremos en algo durante el almuerzo.

—Va a estar bien —dice Plutarch, con un gesto desdeñoso de su mano—. Tal vez un brazalete o algo así.

Disgustada, me visto para poder dirigirme al comedor. Mi equipo de preparación se acurruca en un pequeño grupo en la puerta.

—¿Van a traerles la comida aquí? —pregunto.

—No —dice Venia—. Se supone que debemos ir a un comedor.

Suspiro por dentro a la vez que me imagino entrando en el comedor, seguida por esos tres. Pero la gente siempre me mira de todos modos. Esto será más de lo mismo.

—Les voy a mostrar donde está —digo—. Vamos.

Las miradas disimuladas y murmullos que por lo general evoco son nada comparados con la reacción que suscita por la visión de mi equipo de preparación de aspecto extraño. Las bocas abiertas, el dedo que señala, las exclamaciones.

—Sólo ignórenlos —le digo a mi equipo de preparación. Con ojos bajos y movimientos mecánicos, me siguen a través de la línea, aceptando los tazones de pescado grisáceo y estofado de quingombó y tazas de agua.

Tomamos asiento en mi mesa, junto a un grupo de la Veta. Muestran un poco más de compostura que las personas del 13, aunque podría ser sólo por la vergüenza. Leevy, que era mi vecino en el 12, da una cauta bienvenida al equipo de preparación, y la madre de Gale, Hazelle, quien debe conocer acerca del encarcelamiento en el que estuvieron, sostiene una cucharada del guiso.

—No se preocupen —dice—. Sabe mejor de lo que parece.

Pero es Posy, la hermana de cinco años de Gale, quien ayuda más. Ella se inclina a lo largo del banco hacia Octavia y toca su piel con un dedo tentativo.

—Estás verde. ¿Estás enferma?

—Es una cosa de moda, Posy. Como llevar pintalabios —le digo.

—Está hecho para ser bonito —susurra Octavia, y puedo ver las lágrimas amenazando con extenderse a las pestañas.

Posy considera esta cuestión y dice con total naturalidad:

—Creo que serías guapa en cualquier color.

La más pequeña de las sonrisas se forma en los labios de Octavia.

—Gracias.

—Si realmente quieres impresionar a Posy, tendrás que teñirte de color rosa brillante —dice Gale, golpeando su bandeja a mi lado—. Ese es su color favorito.

Posy ríe y se desliza de vuelta junto a su madre. Gale asiente con la cabeza hacia el tazón de Flavio.

—No dejaría que eso se enfriara. No mejora la consistencia.

Todo el mundo se pone a comer. El guiso no sabe mal, pero hay una cierta viscosidad que es difícil de evitar. Como que tienes que tragar cada bocado tres veces antes de que realmente se vaya.

Gale, que no suele ser muy hablador durante las comidas, hace un esfuerzo por mantener la conversación, preguntando por el cambio de imagen. Sé que es su intento de suavizar las cosas. Discutimos ayer por la noche después de que

sugiriera que no le había dejado otra opción a Coin que contrarrestar mi petición de seguridad de los vencedores con una exigencia propia.

—Katniss, ella está manejando este distrito. No lo puede hacer si parece que está cediendo a tu voluntad.

—Quieres decir que no puede soportar cualquier disidencia, incluso si es justa —le respondí.

—Quiero decir que la pusiste en una mala posición. Hacer que le dé a Peeta y a los otros inmunidad cuando ni siquiera sabemos qué tipo de daño podrían causar ellos —dijo Gale.

—¿Así que debería haber sólo ido de acuerdo al programa y dejar que los otros tributos corrieran sus riesgos? ¡No es que importe, porque eso es lo que todos estamos haciendo de todos modos! —Ahí fue cuando cerré la puerta en su cara. No me había sentado con él en el desayuno, y cuando Plutarch le había enviado al entrenamiento esta mañana, había dejado que se fuera sin decir palabra. Sé que él sólo habló por preocupación hacia mí, pero realmente necesito que esté de mi lado, no del de Coin. ¿Cómo puede no saber eso?

Después del almuerzo, Gale y yo teníamos programado bajar a Defensa Especial para reunirnos con Beetee. Al subirnos en el ascensor, Gale, finalmente dice:

—Estás todavía enojada.

—Y tú aún no te disculpas —respondo.

—Aún mantengo lo que dije. ¿Quieres que mienta al respecto? —pregunta.

—No, quiero que lo repienses y llegues a la opinión correcta —le digo. Pero esto sólo lo hace reír. Tengo que dejarlo estar. No tiene sentido tratar de dictar lo que piensa Gale. Lo cual, si es honesto, es una razón por la que confío en él.

El nivel de Defensa Especial se encuentra casi tan abajo como los calabozos donde encontramos al equipo de preparación. Es una colmena de habitaciones llenas de ordenadores, laboratorios, equipos de investigación, y registros de prueba.

Cuando preguntamos por Beetee, somos dirigidos por el laberinto hasta llegar a una enorme ventana de vidrio. En el interior, está la primera cosa bella que he visto en el complejo del Distrito 13: una réplica de un prado, lleno de árboles y plantas reales, floreciendo y con colibrís. Beetee se sienta inmóvil en una silla de ruedas en el centro de la pradera, mirando un ave color verde primavera aspirando en el aire, mientras sorbe del néctar de una flor de naranjo grande. Sus ojos siguen el ave, mientras se aleja, y alcanza a vernos. Nos da un gesto amistoso para reunirnos con él dentro. El aire es fresco y transpirable, no húmedo y bochornoso como yo había esperado. De todas partes, viene el zumbido de alitas, que solía confundir con el sonido de insectos en nuestros bosques en casa. Tengo que preguntarme qué clase de golpe de suerte permitió que un agradable lugar fuera construido aquí.

Beetee todavía tiene la palidez de una persona en convalecencia, pero detrás de esos lentes que no ajustan bien, tiene los ojos encendidos de emoción.

—¿No son magníficas? El 13 ha estado estudiando su aerodinámica aquí durante años. Vuelo hacia adelante y hacia atrás, y velocidades de hasta cien kilómetros por hora. ¡Si pudiera construirte alas como estas, Katniss!

—Dudo que pudiera manejarlas, Beetee —me río.

—Toma un segundo, se fue el siguiente. ¿Puedes derribar a un colibrí con una flecha? —pregunta.

—Nunca lo he intentado. No hay mucha carne en ellos —le respondo.

—No. Y no eres una persona que mate por deporte —dice—. Apuesto a que serían difíciles de disparar, sin embargo.

—Se les puede atrapar, tal vez —dice Gale. Su rostro adquiere esa mirada distante que usa cuando está tramando algo—. Toma una red con una malla muy fina. Adjunta una zona y deja una boca de un par de pies cuadrados. Como cebo en el interior, flores de néctar. Mientras se están alimentando, cierra la boca. Volarían lejos del ruido pero sólo encontrándose la red.

—¿Serviría? —pregunta Beetee.

—No lo sé. Es sólo una idea —dice Gale—. Podrían burlarlo.

—Podrían. Pero estás jugando con sus instintos naturales para huir del peligro. Pensando como tu presa... es donde encontrarás sus vulnerabilidades —dice Beetee.

Recuerdo algo que no me gusta pensar. En la preparación para el Quell, vi una cinta donde Beetee, que era todavía un niño, conectaba dos cables que electrocutaban a un par de niños que lo estaban cazando. Los cuerpos convulsionando, las expresiones grotescas. Beetee, en los momentos que lo llevaron a su victoria en los Juegos del Hambre hace mucho tiempo, miró a los demás morir. No es su culpa. Sólo la defensa propia. Estábamos todos actuando sólo en defensa propia....

De pronto, quiero dejar la habitación del colibrí antes de que alguien comience a preparar una trampa.

—Beetee, Plutarch dijo que tenías algo para mí.

—Eso es. Tu nuevo arco. —Presiona un control de mano en el brazo de la silla y rueda fuera de la habitación. A la vez que lo seguimos a través de los giros y vueltas de Defensa Especial, explica sobre la silla—: Puedo caminar un poco. Es que me canso tan rápido. Es más fácil para mí ir de esta forma. ¿Cómo está Finnick?

—Él... él está teniendo problemas de concentración —le respondo. No quiero decir que tenga un completo colapso mental.

—Problemas de concentración, ¿eh? —Beetee sonríe tristemente—. Si supieras lo que ha pasado Finnick los últimos años, sabrías cuán importante es que esté todavía con nosotros. Sin embargo, dile que he estado trabajando en un nuevo tridente para él, ¿lo harás? Algo para distraerse un poco. —Distracción parece ser la última cosa que Finnick necesita, pero me comprometo a transmitir el mensaje.

Cuatro soldados custodian la entrada a la sala marcada como Armamento Especial. Comprobar los horarios impresos en nuestros antebrazos es sólo un paso preliminar. También tenemos huellas dactilares, retina, y escáneres de ADN, y hay que pasar a través de detectores de metales especiales. Beetee tiene que dejar fuera su silla de ruedas, pero le dan una nueva una vez que pasamos por seguridad. Me parece extraño todo esto porque no puedo imaginar a alguien criado en el Distrito 13 ser una amenaza de la que el gobierno tuviera

que protegerse. ¿Estas precauciones se han puesto en marcha debido a la reciente afluencia de inmigrantes?

En la puerta de la armería, nos encontramos con una segunda ronda de controles de identificación, como si mi ADN pudiera haber cambiado en el tiempo que tardamos en caminar veinte metros por el pasillo, y finalmente se nos permite entrar en la colección de armas. Tengo que admitir que el arsenal me quita el aliento. Fila tras fila de armas de fuego, lanzadores, explosivos, vehículos blindados.

—Por supuesto, la División Aerotransportada se encuentra por separado —Beetee nos dice.

—Por supuesto —digo, como si fuera evidente por sí mismo. No sé donde un simple arco y flecha pueden posiblemente encontrar un lugar en todos estos equipos de alta tecnología, pero luego nos encontramos con un muro de armas de arqueros mortales. He jugado con un montón de armas del Capitolio en la formación, pero ninguna diseñada para uso militar en combate. Concentro mi atención en un arco de aspecto letal cargado de alcances y artilugios, estoy segura de que ni siquiera puedo levantarlo, y mucho menos dispararlo.

—Gale, tal vez te gustaría probar algunos de estos —dice Beetee.

—¿En serio? —Gale pregunta.

—Se te prestará un arma para la batalla, por supuesto. Pero si apareces como parte del equipo de Katniss en el propos, uno de ellos se vería un poco más vistoso. Pensé que te gustaría encontrar uno que te convenga—dice Beetee.

—Sí, me gustaría. —Las manos de Gale se cierran alrededor del arco que me llamó la atención hace un momento, y lo sopesa en su hombro. Apunta alrededor de la sala, mirando a través de la mira telescópica.

—Eso no parece muy justo para un ciervo —le digo.

—No sería usado con ciervos, ¿verdad? —responde.

—Ahora vuelvo —dice Beetee. Aprieta un código en un panel y una pequeña puerta se abre. Miro hasta que desaparece y la puerta se cierra.

—¿Por lo tanto, sería fácil para ti? ¿Usarla con la gente? —le pregunto.

—Yo no he dicho eso. —Gale deja caer el arco a su lado—. Pero si hubiera tenido un arma podría haber detenido lo que vi que pasó en el 12... Si hubiera tenido un arma, podría haberte mantenido fuera de la arena... La habría usado.

—Yo también —lo reconozco. Pero no sé qué decirle sobre las consecuencias de matar a una persona. Sobre cómo nunca te dejarán.

Beetee aparece de vuelta con un alto y rectangular maletín de color negro. Con torpeza, lo coloca entre el reposapiés y su hombro. Se detiene y se inclina hacia mí.

—Para ti.

Dejo el maletín en el suelo y deshago las trabas a un lado. La parte superior se abre con las bisagras en silencio. Dentro del maletín, sobre un lecho de terciopelo granate aplastado, se encuentra un arco negro impresionante.

—Ah —le susurro de admiración. Lo levanto con cuidado en el aire para admirar el exquisito equilibrio, el elegante diseño, y la curva de las extremidades que sugiere de algún modo las alas extendidas de un pájaro en vuelo. Hay algo más. Tengo que mantenerme muy firme para asegurarme de que no lo estoy imaginando. No, el arco está vivo en mis manos. Lo aprieto contra mi mejilla y siento el leve zumbido viajar a través de los huesos de mi cara.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Saludando —explica Beetee con una sonrisa—. Escuchó tu voz.

—¿Reconoce mi voz? —pregunto.

—Sólo tu voz —me dice—. Verás, ellos querían que diseñara un arco basado puramente en el aspecto. Como parte de su disfraz, ¿sabes? Pero me quedé pensando: ¡Qué desperdicio! Quiero decir, ¿qué pasa si lo necesitas alguna vez? ¿Como algo más que un accesorio de moda? Así que dejé el exterior sencillo y dejé el interior a mi imaginación. Mejor explicado en la práctica, sin embargo. ¿Quieres probarlo afuera?

Lo hacemos. Un blanco de largo alcance ya se ha preparado para nosotros. Las flechas que Beetee diseñó no son menos notables que el arco. Entre los dos, puedo disparar con precisión a más de cien yardas. La variedad de flechas (con

cuchillas afiladas, incendiarias, explosivas) convierten al arco en un arma multipropósito. Cada una es reconocible por un eje de color distintivo. Tengo la opción de reemplazar la voz en cualquier momento, pero no tengo idea de por qué lo utilizaría. Para desactivar las propiedades especiales del arco, sólo tengo que decirle: "Buenas noches". Entonces, se va a dormir hasta que el sonido de mi voz lo despierta de nuevo.

Estoy de buen humor justo en el momento en el que llego al equipo de preparación, dejando a Beetee y a Gale atrás. Me siento pacientemente durante el resto del trabajo de pintura y vestido con mi disfraz, que ahora incluye una venda ensangrentada sobre la cicatriz en el brazo para indicar que he estado en un combate reciente. Venia fija mi broche de Sinsajo sobre mi corazón. Tomo mi arco y mi vaina de flechas normales que Beetee hizo, sabiendo que nunca me dejarían caminar con las cargadas. Entonces, estamos en el estudio de sonido, donde parezco estar de pie durante horas mientras se adaptan maquillaje e iluminación y los niveles de humo. Eventualmente, los comandos viniendo a través de un intercomunicador desde la gente invisible en la misteriosa cabina acristalada, son cada vez menos y menos. Fulvia y Plutarch pasan más tiempo estudiando y menos tiempo preparándome. Por último, hay tranquilidad en el plató. Por cinco minutos completos, simplemente soy considerada. Luego Plutarch dice:

—Creo que sirve.

Estoy haciendo señas a un monitor. Pasan de nuevo los últimos minutos de grabación, y puedo ver a la mujer en la pantalla. Su cuerpo parece más grande en estatura, más imponente que el mío. Tiene la cara manchada, pero sexy. Sus cejas negras y dibujadas en un ángulo de rebeldía. Jirones de humo (sugiriendo que o bien acaba de ser extinguido o está a punto de estallar en llamas) se levanta por su ropa. No sé quién es esta persona.

Finnick, que ha estado vagando por el set durante unas horas, se acerca por detrás y me dice con un toque de su viejo humor:

—O quieren matarte, besarte, o ser tú.

Todo el mundo está tan emocionado, tan contento con su trabajo. Es casi la hora de pausar para la cena, pero insistimos en continuar. Mañana nos centraremos en los discursos y entrevistas y en fingir que estoy en las batallas de los

rebeldes. Hoy sólo quieren un eslogan, una sola línea con la que puedan trabajar para un propo que mostrarle a Coin.

—¡Gente de Panem, luchamos, nos atrevemos, terminamos nuestra hambre de justicia! —Esa es la línea. Puedo decirlo por la manera en que la presentaron, que han pasado meses, quizás años, elaborándolo y están realmente orgullosos de ello. Parece como un bocado para mí, sin embargo. Y duro. No me puedo imaginar realmente diciéndolo en la vida real, a menos que estuviera usando un acento del Capitolio y burlándome de él. Como cuando Gale y yo solíamos imitar a Effie Trinket "¡Que las probabilidades estén siempre a tu favor!". Pero Fulvia tiene razón en mi cara, describiendo una batalla en la que he estado, y cómo mis compañeros de armas están todos muertos a mi alrededor, y cómo, para reunir a los vivos, tengo que girar a la cámara y gritar la línea.

Estoy precipitadamente de vuelta en mi lugar, y la máquina de humo se activa. Alguien pide silencio, las cámaras empiezan a grabar, y oigo "¡Acción!". Así que sostengo mi arco por encima de mi cabeza y grito con toda la furia que se puede reunir.

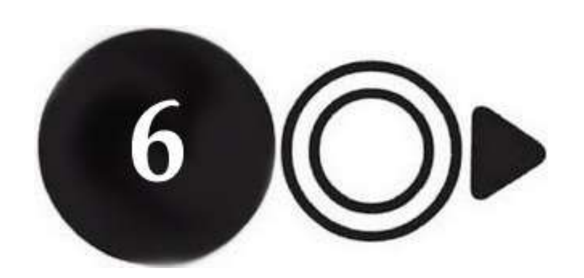
—¡Pueblo de Panem, luchamos, nos atrevemos, terminamos nuestra hambre de justicia!

Hay un silencio muerto en el set. Continúa. Y sigue.

Por último, los crujidos del intercomunicador y la risa mordaz de Haymitch llenan el estudio. Se contiene él mismo sólo el tiempo suficiente para decir:

—Y así, amigos míos, es cómo una revolución muere.





Traducido por Vanille.

Corregido por Ginabm

El shock de escuchar la voz de Haymitch ayer, de aprender que él era no sólo funcional, sino que tenía algunas medidas de control sobre mi vida de nuevo, me enfureció. Dejé el estudio directamente y me negué a admitir sus comentarios desde la cabina hoy. Aún así, supe inmediatamente que él estaba en lo cierto sobre mi presentación.

Tomó toda esta mañana para que él convenciera a los otros de mis limitaciones. Eso no puedo arrancarlo. No puedo pararme en un estudio de televisión usando un vestuario y maquillaje en una nube de humo falso y congregar a los distritos a la victoria. Es increíble, de verdad, cuánto tiempo he sobrevivido a las cámaras. El crédito de eso, por supuesto, va para Peeta. Sola, no puedo ser el Sinsajo.

Nos reunimos alrededor de la enorme mesa en el Comando. Coin y su gente. Plutarch, Fulvia, y mi equipo de preparación. Un grupo del 12 que incluye a Haymitch y a Gale, pero además unos pocos más que no puedo explicar, como Leevy y Sae la Grasienta. En el último minuto, Finnick lleva a Beetee, acompañado por Dalton, el ganadero experto del distrito 10. Supongo que Coin ha armado esta extraña variedad de personas como testigos de mi fracaso.

Sin embargo, es Haymitch quien da la bienvenida a todos, y por sus palabras entiendo que ellos han venido ante su invitación personal. Esta es la primera vez que hemos estado en una habitación juntos desde que lo arañé. Evito mirarlo directamente, pero capto un vistazo de su reflejo en una de las brillantes consolas de control a lo largo de la pared. Él se ve ligeramente amarillo y ha perdido un montón de peso, dándole una apariencia contraída. Por un segundo, temo que esté muriendo. Tengo que recordarme a mí misma que no me importa.

Lo primero que Haymitch hace es mostrar el material que acabamos de grabar. Parezco haber sido alcanzada por una nueva depresión bajo la guía de Fulvia y

Plutarch. Tanto mi voz como mi cuerpo tienen una cualidad entrecortada e inconexa, como un títere siendo manipulado por fuerzas invisibles.

—De acuerdo —Haymitch dice cuando ha terminado—. ¿A alguien le gustaría discutir si esto es de utilidad para nosotros para ganar la guerra? —Nadie habla—. Eso nos ahorra tiempo. Así que, todos nos quedaremos en silencio por un minuto. Quiero que todos piensen en un incidente en el que Katniss Everdeen genuinamente los conmovió. No donde ustedes estuvieran celosos de su peinado, o donde su vestido se encendiera en llamas o que ella hiciera un más o menos decente disparo con una flecha. No donde Peeta estuviera haciendo que ella les agradara. Quiero escuchar un momento donde ella los hiciera sentir algo real.

El silencio se prolonga y estoy empezando a pensar que nunca acabará, cuando Leevy habla.

—Cuando ella se ofreció voluntaria para tomar el lugar de Prim en la cosecha. Porque estoy segura que ella pensó que iba a morir.

—Bueno. Excelente ejemplo —dice Haymitch. Toma un marcador púrpura y escribe en un bloc de notas—. Voluntaria por su hermana en la cosecha. —Haymitch mira alrededor de la mesa—. ¿Alguien más?

Estoy sorprendida cuando la siguiente persona en hablar es Boggs, de quien pienso que es un robot musculoso que cumple los deseos de Coin.

—Cuando ella cantó la canción. Mientas la pequeña chica moría. —En algún lugar de mi mente, una imagen sale a la superficie con un Boggs joven apoyado sobre su cadera. En el pasillo del comedor, creo. Quizá él no es un robot después de todo.

—Quién no se quedó mudo con eso, ¿verdad? —dice Haymitch, escribiendo.

—¡Lloré cuando ella drogó a Peeta para poder ir a conseguirle medicina y cuando le dio un beso de despedida! —suelta Octavia sin querer. Entonces, se cubre la boca, como si estuviera segura de que esto era un grave error.

Pero Haymitch sólo asiente.

—Oh, sí. Drogar a Peeta para salvar su vida. Muy lindo.

El momento empieza a ponerse denso tan rápido y sin un orden en particular. Cuando tomé a Rue como aliada. Cuando extendí mi mano hacia Chaff la noche de la entrevista. Cuando traté de llevar a Mags. Y una y otra vez cuando levanté esas bayas que significan diferentes cosas para diferentes personas. Amor por Peeta. Negación a darme por vencida bajo probabilidades imposibles. Desafío hacia la inhumanidad del Capitolio.

Haymitch sostiene el bloc de notas.

—Así que, la pregunta es, ¿qué tiene en común todo esto?

—Eran acciones de Katniss —dice Gale quedamente—. Nadie le dijo qué hacer o decir.

—¡Improvisado, sí! —dice Beetee. Estira una mano y le da palmaditas a la mía—. Así que deberíamos sólo dejarte sola, ¿cierto?

La gente ríe. Incluso yo sonrío un poco.

—Bueno, todo eso es muy lindo pero no muy útil —dice Fulvia fastidiosamente—. Desafortunadamente, sus oportunidades para ser maravillosa son más bien limitadas aquí en el 13. Así que a menos que estés sugiriendo que la lancemos a la mitad del combate…

—Eso es exactamente lo que estoy sugiriendo —dice Haymitch—. Ponla afuera en el campo y sólo mantén las cámaras grabando.

—Pero las personas piensan que está embarazada —señala Gale.

—Expandiremos el rumor de que ella perdió al bebé por el choque eléctrico en la arena —replica Plutarch—. Muy triste. Muy desafortunado.

La idea de enviarme al combate es controversial. Pero Haymitch tiene un caso muy difícil. Si me presento bien sólo en circunstancias de la vida real, entonces dentro de ellas debería estar.

—Cada vez que la preparamos o le damos sus líneas, lo mejor que podemos esperar es por algo regular. Tiene que venir de ella. A eso es a lo que la gente está respondiendo.

—Incluso si somos cuidadosos, no podemos garantizar su seguridad —dice Boggs—. Ella será un objetivo para cada…

—Quiero ir —interrumpo—. No estoy ayudando a los rebeldes aquí.

—¿Y si eres asesinada? —pregunta Coin.

—Asegúrese de conseguir algunas grabaciones. Pueden usar eso, de todos modos —respondo.

—Bien —dice Coin—. Pero demos un paso a la vez. Encuentra la situación menos peligrosa que pueda evocar alguna espontaneidad en ti. —Ella camina alrededor del Comando, estudiando los mapas iluminados de los distritos que muestran la posición actual de las tropas en la guerra—. Llévenla al 8 esta tarde. Hubo pesados bombardeos esta mañana, pero la lluvia parece haber corrido su curso. La quiero armada con un escuadrón de guardias. El equipo de cámaras en el suelo. Haymitch, tú estarás en el aire y en contacto con ella. Veamos lo que sucede allí. ¿Alguien tiene algún otro comentario?

—Laven su cara —dice Dalton. Todos se giran hacia él—. Ella es aún una niña y ustedes la hacen ver como de treinta y cinco años. Se siente mal. Como algo que el Capitolio haría.

Mientras Coin suspende la reunión, Haymitch pregunta si puede hablar conmigo a solas. Los otros se van excepto por Gale, que persiste inciertamente a mi lado.

—¿De qué te preocupas? —Haymitch me pregunta—. Soy yo quien necesita el guardaespaldas.

—Está bien —le digo a Gale, y él se va. Entonces, queda sólo el zumbido de los instrumentos y el ronroneo del sistema de ventilación.

Haymitch toma un asiento frente a mí.

—Vamos a tener que trabajar juntos de nuevo. Así que, adelante. Sólo dilo.

Pienso en el gruñidor y cruel intercambio en el aerodeslizador. La amargura que siguió. Pero todo lo que puedo decir es:

—No puedo creer que no rescataras a Peeta.

—Lo sé —replica él.

Hay una sensación de algo incompleto. Y no porque él no se haya disculpado, sino porque nosotros éramos un equipo. Habíamos hecho un trato para mantener a Peeta con vida. Un pacto de borrachos y poco realista hecho en la oscuridad de la noche, pero un trato es justo eso. Y en el fondo de mi corazón, sé que ambos fallamos.

—Ahora dilo —le digo.

—No puedo creer que lo dejaras fuera de tu vista esa noche —dice Haymitch.

Asiento. Eso es todo.

—Lo repito una y otra vez en mi cabeza. ¿Qué podría haber hecho para mantenerlo a mi lado sin romper la alianza? Pero nada viene a mí.

—No tenías elección. E incluso si hubiera podido hacer que Plutarch permaneciera y lo rescatara esa noche, todo el aerodeslizador se hubiera caído. Apenas salimos como estaba todo. —Finalmente, me encuentro con los ojos de Haymitch. Ojos de la Veta. Grises y profundos y con círculos de noches sin sueño—. Él no está muerto Katniss.

—Estamos aún en el juego —trato de decir con optimismo, pero mi voz se agrieta.

—Aún dentro. Y yo soy aún tu mentor. —Haymitch apunta su marcador hacia mí—. Cuando estés en tierra, recuerda que estoy en el aire. Tendré la mejor vista, así que haz lo que yo te diga.

—Veremos —respondo.

Regreso a la habitación de remake y observo las rayas de maquillaje desaparecer por el drenaje mientras restriego mi cara para limpiarla. La persona en el espejo parece andrajosa, con su poco uniforme piel y ojos cansados, pero se parece a mí. Me arranco el brazalete de tela, revelando la fea cicatriz del rastreador. Eso se parece a mí también.

Ya que estaré en una zona de combate, Beetee me ayuda con la armadura diseñada por Cinna. Un casco de algún metal entretejido que encaja bien en mi cabeza. El material es flexible, como tela, y puede ser colocado como una capucha en caso de que no quiera tenerlo arriba todo el tiempo. Un chaleco para reforzar la protección sobre mis órganos vitales. Un pequeño audífono blanco

que se une a mi cuello por un cable. Beetee asegura una máscara a mi cinturón que no tengo que usar al menos que haya un ataque con gas.

—Si ves a alguien cayéndose por razones que no puedes explicar, póntelo inmediatamente —dice él. Finalmente, ata una funda dividida en tres cilindros de flechas a mi espalda—. Sólo recuerda: lado derecho, fuego. Lado izquierdo, explosivos. Centro, normal. No deberías, pero más vale prevenir que lamentar.

Boggs aparece para escoltarme abajo a la División Aerotransportadora. Justo cuando el elevador llega, Finnick aparece en estado de agitación.

—¡Katniss, no me dejarán ir! ¡Les dije que estoy bien, pero ni siquiera me llevarán en el aerodeslizador!

Asimilo el aspecto de Finnick, sus piernas desnudas mostradas entre su bata de hospital y sus pantuflas, su enredado cabello, su medio anudada cuerda enredada alrededor de sus dedos, la salvaje mirada en su rostro; y sé que cualquier ruego de mi parte será inútil. Incluso no pienso que sea buena idea llevarlo. Así que doy una palmada con mi mano en su cabeza y digo:

—Oh, lo olvidé. Es esta estúpida contusión. Se suponía que te dijera que te reportaras con Beetee en Armamento Especial. Él está diseñando un nuevo tridente para ti.

Ante la palabra "tridente" es como si el viejo Finnick saliera a la superficie.

—¿De verdad? ¿Qué hace?

—No lo sé. Pero si es algo como mi arco y flechas, vas a adorarlo —digo—. Sin embargo, necesitarás entrenar con él.

—Correcto. Por supuesto. Supongo que más vale que baje allá —dice.

—¿Finnick? —digo—. ¿Quizá con algunos pantalones puestos?

Él baja la mirada a sus piernas como si notara su conjunto por primera vez. Entonces, se quita rápidamente su bata de hospital, quedándose sólo en ropa interior.

—¿Por qué? ¿Encuentras que esto es…? —Pone una ridículamente provocativa pose— ¿…una distracción?

No puedo evitar reír porque es divertido, y es extra divertido porque hace a Boggs lucir muy incómodo, y estoy feliz porque Finnick en realidad suena como el chico que conocí en el Quarter Quell.

—Soy sólo humana, Odair. —Subo antes de que las puertas del elevador se cierren—. Lo siento —le digo a Boggs.

—No lo sientas. Pensé que tú… Manejaste eso bien —dice—. Mejor que a que yo lo arrestara, de todos modos.

—Sí —digo. Le lanzo una larga mirada de reojo. Él está probablemente a la mitad de sus cuarentas, con cabello cortado a rape y ojos azules. Postura increíble. Ha hablado dos veces hoy de formas que me hacen pensar que él preferiría que fuéramos amigos que enemigos. Quizá debería darle una oportunidad. Pero él sólo parece tan a ritmo con Coin…

Hay una serie de ruidosos clics. El elevador hace una ligera pausa y entonces comienza a moverse lateralmente hacia la izquierda.

—¿Va hacia los lados? —pregunto.

—Sí. Hay toda una red de caminos de elevadores debajo del 13 —responde—. Este se encuentra justo sobre el transmisor de radio hacia la quinta plataforma del puente aéreo. Está llevándonos al Hangar.

El Hangar. Los calabozos. Defensa Especial. En algún lugar la comida es cultivada. La energía generada. El aire y el agua son purificados.

—El distrito 13 es incluso más grande de lo que pensé.

—No puedo tomar crédito por mucho de ello —dice Boggs—. Básicamente, heredamos el lugar. Ha sido todo lo que podemos hacer para mantenerlo andando.

Los clics se reanudan. Bajamos de nuevo brevemente, sólo un par de niveles, y las puertas se abren en el Hangar.

—Oh —dejo salir involuntariamente ante la vista de la flota. Fila tras fila de diferentes tipos de aerodeslizadores—. ¿Heredaron estos también?

—Algunos los fabricamos. Otros eran parte de la fuerza aérea del Capitolio. Han sido actualizados, por supuesto —dice Boggs.

Siento esa punzada de odio contra el 13 otra vez.

—Así que ustedes tienen todos estos y dejan al resto de los distritos indefensos contra el Capitolio.

—No es así de simple —replica—. No estábamos en posición de lanzar un contraataque hasta hace poco. Apenas podíamos permanecer vivos. Después de que habíamos derrocado y ejecutado a la gente del Capitolio, sólo un puñado de nosotros sabíamos siquiera cómo pilotear. Podríamos haberlos destruido con misiles y armas nucleares, sí. Pero siempre hay la cuestión mayor: si nos involucramos en ese tipo de guerra con el Capitolio, ¿quedaría alguna vida humana?

—Eso suena como lo que Peeta dijo. Y todos ustedes lo llaman traidor —rebato.

—Porque él exigió un cese al fuego —dice Boggs—. Notarás que ninguno de los dos lados ha usado armas nucleares. Estamos resolviéndolo a la manera antigua. Por aquí, Soldado Everdeen. —Indica uno de los aerodeslizadores más pequeños.

Subo a las escaleras y lo encuentro repleto con el equipo de televisión y más equipo. Todos los demás están vestidos con los overoles grises militares del distrito 13, incluso Haymitch, aunque él parece infeliz por lo ajustado de su cuello.

Fulvia Cardew se mueve a empujones y hace un sonido de frustración cuando ve mi cara limpia.

—Todo ese trabajo, tirado en el drenaje. No te estoy culpando, Katniss. Es sólo que muy pocas personas nacen con rostros listos para las cámaras. Como él. —Ella engancha a Gale, quien está en una conversación con Plutarch, y lo gira hacia nosotras—. ¿No es guapo?

Gale sí luce asombroso con el uniforme, supongo. Pero la pregunta sólo nos avergüenza a ambos, dada nuestra historia. Estoy tratando de pensar en una respuesta ingeniosa, cuando Boggs dice bruscamente:

—Bueno, no esperes que estemos demasiado impresionados. Acabamos de ver a Finnick Odair en ropa interior. —Yo decido continuar y que Boggs me agrada.

Hay una advertencia del próximo despegue y me ato a un asiento al lado de Gale, confrontándome con Haymitch y Plutarch. Nos deslizamos a través de un laberinto de túneles que se despliegan a una plataforma. Alguna especie de dispositivo elevador levanta la nave lentamente a través de los niveles. Y de golpe, estamos afuera en un gran campo rodeado por bosques, entonces, nos elevamos de la plataforma y somos envueltos en nubes.

Ahora que la ráfaga de actividad anticipando que esta misión ha terminado, me doy cuenta que no tengo idea de a lo que me estoy enfrentando en este viaje al Distrito 8. De hecho, sé muy poco sobre el estado actual de la guerra. O lo que se necesitaría para ganarla. O lo que sucedería si ganáramos.

Plutarch trata de disponerlo en términos simples para mí. Primero que todo, cada distrito está actualmente en guerra con el Capitolio excepto el 2, el cual siempre ha tenido una relación favorecedora con nuestros enemigos a pesar de su participación en los Juegos del Hambre. Ellos obtienen más comida y mejores condiciones de vida. Después de los Días Oscuros y la supuesta destrucción del 13, el Distrito 2 se convirtió en el nuevo centro de defensa del Capitolio, aunque es públicamente presentado como la casa de las presas de piedra de la nación, de la misma manera en que el 13 era conocido por su minería de grafito. El Distrito 2 no sólo fabrica armamento, entrena e incluso provee Agentes de la paz.

—¿Quieres decir… que algunos de los Agentes de la paz nacen en el 2?— pregunto—. Pensé que todos ellos venían del Capitolio.

Plutarch asiente.

—Eso es lo que se supone que pienses. Y algunos sí vienen del Capitolio. Pero su población nunca podría sostener una fuerza de ese tamaño. Entonces, está el problema de reclutar ciudadanos criados en el Capitolio para una aburrida vida de privaciones en los distritos. Un compromiso de veinte años para un Agente de la paz, sin matrimonio, ni hijos permitidos. Algunos se unen por el honor de eso, otros lo toman como una alternativa de castigo. Por ejemplo, si te unes a los Agentes de la paz, tus deudas son perdonadas. Muchas personas están atascadas en deudas con el Capitolio, pero no todas ellas son adecuadas para el deber militar. Así que el distrito 2 es a donde volvemos por tropas adicionales. Ellos son criados con un pensamiento de guerreros. Tú has visto lo entusiastas que sus hijos son para ofrecerse voluntarios como tributos.

Cato y Clove. Brutus y Enobaria. He visto su entusiasmo y su sed de sangre también.

—Pero ¿todos los otros distritos están de nuestro lado? —pregunto.

—Sí. Nuestra meta es apoderarnos de los distritos uno por uno, finalizando con el Distrito 2, y de este modo cortar la cadena de suministro del Capitolio. Entonces, una vez que esté débil, invadiremos el Capitolio mismo —dice Plutarch—. Eso será todo un tipo de desafío distinto. Pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Si ganamos, ¿quién estaría a cargo del gobierno? —pregunta Gale.

—Todos —Plutarch le dice—. Vamos a formar una república donde la gente de cada distrito y el Capitolio puedan elegir sus propios representantes para ser su voz en un gobierno centralizado. No me vean tan suspicaces; ha funcionado antes.

—En libros —murmura Haymitch.

—En libros de Historia —dice Plutarch—. Y si nuestros ancestros pudieron hacerlo, entonces nosotros podemos también.

Francamente, nuestros ancestros no parecen hacer alarde al respecto. Quiero decir, mira el estado en el que nos dejaron, con las guerras, y el planeta arruinado. Claramente, ellos no se preocuparon por lo que le sucedería a las personas que venían después de ellos. Pero esta idea de la república suena como una mejora sobre nuestro actual gobierno.

—¿Y si perdemos? —pregunto.

—¿Si perdemos? —Plutarch mira afuera hacia las nubes, y una sonrisa irónica tuerce sus labios—. Entonces, esperaría que los Juegos del Hambre del próximo año sean completamente inolvidables. Eso me recuerda. —Él toma un frasco de su chaleco, sacude unas cuantas píldoras color violeta oscuro en su mano, y las sostiene hacia nosotros—. Las llamamos *nightlock* (cerradura nocturna) en tu honor, Katniss. Los rebeldes no pueden permitirse el lujo de que seamos capturados ahora. Pero, lo prometo, será completamente indoloro.

Sostengo una cápsula, insegura de dónde ponerla. Plutarch da un golpecito a un lugar en mi hombro al frente de mi manga izquierda. Lo examino y

encuentro un pequeño bolsillo que tanto asegura la píldora como la oculta. Incluso si mis manos estuvieran atadas, podría inclinar mi cabeza y morderlo para liberarla.

Cinna, al parecer, ha pensado en todo.





Traducido por: cYeLY DiviNNa

Corregido por Ginabm

El aerodeslizador hace un rápido descenso en espiral en un camino ancho, en las afueras del 8. Casi inmediatamente, la puerta se abre, apareciendo las escaleras en su lugar, y nos escupen sobre el asfalto. Al momento en que la última persona desembarca, el equipo se retrae. A continuación, la nave despega y se desvanece. Me quedo con los guardaespaldas compuestos por Gale, Boggs y otros dos soldados. El equipo de televisión en sí se compone por un par de fornidos camarógrafos del Capitolio con pesadas cámaras móviles encerrando sus cuerpos como caparazones de insectos, una mujer llamada Cressida es la directora, tiene la cabeza rapada tatuada con enredaderas verdes, y su asistente, Messalla, es un hombre delgado y joven con varios juegos de aretes. Observando cuidadosamente, veo que su lengua ha sido traspasada, también, y lleva un palo de madera con una bola de plata del tamaño de una canica.

Boggs nos empuja fuera del camino hacia una fila de almacenes, un segundo aerodeslizador va a aterrizar. Este trae unas cajas de suministros médicos y un equipo de seis médicos. Puedo decirlo por su distintivo uniforme blanco. Todos seguimos a Boggs por un callejón corriendo entre dos almacenes grises. Sólo la escalera de acceso ocasional a la azotea interrumpe las paredes de metal llenas de cicatrices. Cuando salimos a la calle, es como si hubiéramos entrado en otro mundo.

Los heridos del atentado de esta mañana se están trayendo en camillas hechas en casa, en carretillas, en carros, cruzados sobre los hombros, y a un lado sus armas. Sangrando, sin extremidades, inconscientes. Impulsados por la gente desesperada a un depósito con una descuidada pintura por encima del umbral. Es una escena de mi antigua cocina, donde mi madre trata a los moribundos, multiplicados por diez, en un cincuenta por ciento. Yo había esperado edificios bombardeados y en su lugar, me encuentro frente a cuerpos humanos rotos.

¿Aquí es donde planean filmarme? Me dirijo a Boggs.

—Esto no funcionará —le digo—. No voy a ser buena aquí.

Tiene que ver el pánico en mis ojos, porque se detiene un momento y coloca sus manos sobre mis hombros.

—Simplemente deja que te vean. Harás esto mejor para ellos de lo que cualquier médico en el mundo podría.

Una mujer dirigiendo a los pacientes de entrada nos alcanza a ver, es una especie de doble toma, y después da unos pasos más. Sus ojos de color marrón oscuro están hinchados por la fatiga y huele a metal y sudor. Con un vendaje alrededor de su garganta que necesitaba cambiarse hace unos tres días. La correa de la bandolera de su arma automática se clava de nuevo en su cuello y ella cambia su hombro para cambiarlo de posición. Con un movimiento de dedo, da órdenes a los médicos en el almacén. Obedecen, sin duda.

—Esta es la Comandante Paylor del 8 —dice Boggs—. Comandante, Soldado Katniss Everdeen.

Ella se ve joven para ser comandante. Treinta y pocos años. Pero hay un tono de autoridad en su voz, que te hace sentir que su nombramiento no había sido arbitrario. A su lado, en mi equipo flamante, fregado y brillante, me siento como un pollito recién eclosionado, no probado y sólo aprendiendo a navegar por el mundo.

—Sí, ya sé quién es ella —dice Paylor—. Estás viva, entonces. No estábamos seguros.

¿Me equivoco o hay una nota de acusación en su voz?

—Todavía no estoy segura de mí misma —le respondo.

—Ha estado en recuperación —Boggs señala con la cabeza—. Conmoción cerebral inadecuada —baja la voz un momento—. Aborto involuntario. Pero ella insistió en ir a ver a sus heridos.

—Bueno, tenemos un montón de ellos —dice Paylor.

—¿Crees que esto es una buena idea? —dice Gale, frunciendo el ceño en el hospital—. ¿Estando con una herida como esa?

Yo no. Cualquier tipo de enfermedad contagiosa se propaga a través de este lugar como un reguero de pólvora.

—Creo que es ligeramente mejor que dejar que se mueran —dice Paylor.

—Eso no es lo que quise decir —Gale le dice.

—Bueno, actualmente esa es mi otra opción. Pero si vienes con un tercio y consigues monedas para respaldarlo, soy toda oídos. —Paylor se dirige hacia la puerta—. Adelante, Sinsajo. Y, por supuesto, trae a tus amigos.

Echo un vistazo atrás en el show de locos que es mi equipo, armándome de valor, y siguiéndola en el hospital. Una especie de pesadas cortinas industriales cuelgan en la longitud del edificio, formando un pasillo de tamaño considerable. Los cadáveres yacen lado a lado, la cortina cepilla sus cabezas, manteles blancos ocultan sus rostros.

—Tenemos una fosa común que está a pocas cuadras al oeste de aquí, pero no pude prescindir de la mano de obra para moverlos todavía —dice Paylor. Ella encuentra una rendija en la cortina y se abre de par en par.

Mis dedos se envuelven alrededor de la muñeca de Gale.

—No te vayas de mi lado —digo en voz baja.

—Estoy aquí —responde en voz baja.

Paso a través de la cortina y mis sentidos son asaltados. Mi primer impulso es cubrir la nariz para bloquear el hedor de la ropa sucia, carne putrefacta, y vómitos, todos maduros en el calor de la bodega. Ellos han apoyado claraboyas abiertas que atraviesan el alto techo de metal, pero el aire que entra no puede hacer mella en la niebla a continuación. Los ejes de la delgada luz solar ofrecen la única iluminación, y cuando mis ojos se acostumbran, puedo distinguir filas y filas de heridos, en cunas, en las plataformas, en la planta, porque hay muchos reclamando el espacio. El zumbido de las moscas negras, los gemidos de la gente por el dolor y los sollozos de sus seres queridos que asisten se han combinado en un coro desgarrador.

No tenemos hospitales reales en los distritos. Morimos en casa, en estos momentos se ve diferente, es una alternativa lo que está delante de mí.

Entonces, recuerdo que muchas de estas personas probablemente perdieron sus hogares en los atentados.

El sudor empieza a correr por mi espalda, llenando la palma de mi mano. Yo respiro por la boca en un intento de reducir el olor. Manchas negras nadan a través de mi campo de visión, y creo que hay una muy buena oportunidad de desmayarme. Pero entonces, veo a Paylor, que me mira de cerca, esperando a ver qué estoy haciendo, y si alguno de ellos han tenido razón para pensar que pueden contar conmigo. Así que me dejo llevar por Gale y me obligo a seguir avanzando en el almacén, para entrar en la estrecha franja entre dos filas de camas.

—¿Katniss? —una voz grazna desde mi izquierda, separándose del bullicio general—. ¿Katniss? —Una mano me saca de la bruma. Me aferro a ella para apoyarme. Es la mano de una mujer joven con una pierna lesionada. La sangre se ha filtrado a través de los pesados vendajes, que están llenos de moscas. Su rostro no sólo reflexiona sobre el dolor, sino sobre otra cosa también, algo que parece totalmente incongruente con su situación—. ¿Eres realmente tú?

—Sí, soy yo. —Me levanto.

Alegría. Esa es la expresión de su rostro. En el sonido de su voz, que ilumina, borrando el sufrimiento momentáneamente.

—¡Estás viva! No lo sabía. ¡La gente decía que lo estabas, pero no lo sabíamos! —dice con entusiasmo.

—Me sentí bastante mal. Pero creo que estoy mejor —le digo—. Al igual que tú.

—¡Tengo que decirle a mi hermano! —La mujer lucha para sentarse y busca a alguien un poco más abajo en las camas—. ¡Eddy, Eddy! ¡Ella está aquí! ¡Es Katniss Everdeen!

Un niño, probablemente de unos doce años, se vuelve hacia nosotros. Con vendas oscuras en la mitad de su rostro. El lado de la boca que puedo ver se abre como si fuera a pronunciar una exclamación. Voy hacía él, empujando sus rizos castaños húmedos de su frente. Soplo un saludo. Él no puede hablar, pero su único ojo bueno se fija en mí con tanta intensidad, como si estuviera tratando de memorizar cada detalle de mi cara.

Oigo mi nombre como una ondulación a través del aire caliente, tendido en el hospital.

—¡Katniss! ¡Katniss Everdeen! —El sonido del dolor comienza a retroceder, para ser sustituido por las palabras de anticipación. De todas partes, contradictorias voces llamándome. Empiezo a moverme, juntando las manos extendidas hacia mí, tocando las partes de aquellos que no pueden mover sus miembros, diciendo "Hola, ¿cómo estás? Es un gusto conocerte". Nada de importancia, no hay palabras para esta increíble inspiración. Pero no importa. Boggs está en lo correcto. Es la visión de mí, viva, esa es la inspiración.

Devorándome con dedos hambrientos, con ganas de sentir mi carne. Como un hombre herido con mi cara entre sus manos, mando un silencio de agradecimiento a Dalton por sugerir que lavara el maquillaje. Qué ridículo, ¿cómo de perversa me sentiría por presentar esta máscara pintada del Capitolio para estas personas? El daño, la fatiga, la imperfección. Es como me reconocen, es el por qué pertenezco a ellos.

A pesar de la polémica entrevista con Caesar, muchos se preguntan sobre Peeta, me aseguran que saben que él estaba hablando bajo coacción. Hago lo que puedo hacer para sonar positiva sobre nuestro futuro, pero la gente está realmente devastada cuando se enteran de que he perdido al bebé. Quiero dejar en claro y decirle a una mujer llorando que todo era un engaño, un movimiento en el juego, pero presentar a Peeta como un mentiroso ahora no ayudaría a su imagen. O a la mía. O a la causa.

Empiezo a comprender plenamente los extremos a los que la gente ha llegado para protegerme. Lo que quiero decir a los rebeldes. Mi lucha en curso contra el Capitolio, que tantas veces se sentía como un viaje solitario, no lo he hecho sola. He tenido miles y miles de personas de los distritos a mi lado. Yo era su Sinsajo mucho antes de que aceptara el papel.

Una nueva sensación comienza a germinar en mi interior. Pero se necesita hasta que esté de pie sobre una mesa, saludando mi adiós definitivo al ronco canto de mi nombre, para definirlo. Poder. Tengo una especie de poder que nunca supe que tenía. Snow se dio cuenta, tan pronto como me tendió las bayas. Plutarch lo sabía cuando me rescató de la arena. Y Coin lo sabe ahora. Tanto es así que se debe recordar públicamente a su pueblo que no estoy en el control.

Cuando estamos afuera otra vez, me apoyo en el almacén, capturando mi aliento, aceptando la cantimplora de agua de Boggs.

—Lo hiciste muy bien —dice.

Bueno, no me desmaye ni vomite ni salí corriendo a gritos. En general, sólo aproveché la ola de emoción rodando por el lugar.

—Tenemos algunas buenas cosas allí —dice Cressida. Miro a los insectos camarógrafos, el sudor vertido por debajo de sus equipos. Messalla garabateando notas. Se me había olvidado que estaban incluso filmándome.

—Yo no hice mucho, en realidad —le digo.

—Tienes que darte algo de crédito por lo que has hecho en el pasado —dice Boggs

¿Lo que he hecho en el pasado? Pienso en el rastro de destrucción en mi despertar, mis rodillas se debilitan y me deslizo hacia abajo en una posición sentada.

—Eso es un poco de todo.

—Bueno, no eres perfecto por un tiro largo. Pero los tiempos son lo que son, lo que tendrás que hacer —dice Boggs.

Gale se pone en cuclillas a mi lado, moviendo la cabeza.

—No puedo creer que dejaras que toda esa gente te tocara. Me quedé esperando a que hicieras una pausa para ir hacia puerta.

—Cállate —le digo con una sonrisa.

—Tu madre va a estar muy orgullosa al ver las imágenes —dice.

—Mi madre ni siquiera me notará. Ella va a estar muy consternada por las condiciones allí —me dirijo a Boggs y pregunto—: ¿Es así en todos los distritos?

—Sí. La mayoría están bajo ataque. Estamos tratando de obtener la ayuda siempre que sea posible, pero no es suficiente. —Se detiene un minuto, distraído por algo en su auricular. Me doy cuenta de que no he oído la voz de Haymitch ni una vez, y jugueteo con el mío, preguntándome si está roto—.

Tenemos que llegar a la pista de aterrizaje. De inmediato —dice Boggs, levantándome a mis pies con una mano—. Hay un problema.

—¿Qué tipo de problema? —pregunta Gale.

—Bombarderos entrantes —dice Boggs. Llega detrás de mi cuello y tira el casco de Cinna arriba sobre mi cabeza—. ¡Vamos a movernos!

No estoy segura de lo que está pasando, me muevo a lo largo del frente del almacén, en dirección al callejón que conduce a la pista de aterrizaje. Pero no siento ninguna amenaza inmediata. El cielo es de un azul vacío, sin nubes. La calle está clara, salvo por el pueblo acarreando a los heridos al hospital. No hay enemigo, no hay alarma. A continuación, las sirenas comienzan a sonar. En cuestión de segundos, una formación en vuelo rasante en forma de V con los aerodeslizadores del Capitolio parecen flotar por encima de nosotros, y las bombas comienzan a caer. Estallo hacia mis pies, en la pared frontal de la bodega. Hay un intenso dolor justo por encima de la parte posterior de mi rodilla derecha. Algo ha golpeado mi espalda también, pero no parece haber penetrado en mi chaleco. Trato de levantarme, pero Boggs me empuja hacia abajo, el blinda mi cuerpo con el suyo. Se riza el suelo debajo de mí cuando bomba tras bomba cae de los aviones y se detona.

Es una sensación horrible de ser inmovilizada contra la pared, cuando las bombas llueven. ¿Cuál era la expresión que mi padre usaba para las muertes fáciles? *Como dispararle a peces en un barril.* Nosotros somos los peces, la calle es el barril.

—¡Katniss! —estoy sorprendida por la voz Haymitch en mi oído.

—¿Qué? Sí, ¿qué? Estoy aquí —le respondo.

—Escúchame. No podemos aterrizar durante el bombardeo, pero es imprescindible que no seas vista —dice.

—¿Así que ellos no saben que estoy aquí? —Asumí, como de costumbre, que fue mi presencia la que trajo el castigo.

—La inteligencia piensa que no. Este ataque ya estaba programado —dice Haymitch.

Ahora la voz de Plutarch aparece, tranquila pero contundente. La voz que un líder organizador de los Juegos utilizaba para convocar los tiros bajo presión.

—Hay un depósito de color azul claro a tres bloques de ti. Tiene un búnker en el extremo norte. ¿Pueden llegar allí?

—Haremos nuestro mejor esfuerzo —dice Boggs. Plutarch debe estar en el oído de todos, porque mi guardaespaldas y la tripulación se están levantando. Mi ojo busca instintivamente a Gale y veo que está de pie, al parecer, ileso.

—Tienes tal vez cuarenta y cinco segundos antes de que empiece la nueva etapa de bombardeos —dice Plutarch.

Doy un gruñido de dolor cuando mi pierna derecha toma el peso de mi cuerpo, pero me mantengo en movimiento. No hay tiempo para examinar la lesión. Mejor no mires ahora, de todos modos. Afortunadamente, tengo los zapatos que Cinna diseñó. Tienen agarre al asfalto y conceden mayor libertad. Yo sería inútil en ese mal ajustado par que me asignaron en el 13. Boggs se encuentra en la cabeza, pero nadie más me pasa. En cambio, coinciden con mi ritmo, protegiendo mis costados, mi espalda. Me obligo a correr mientras los segundos pasan. Pasamos por el segundo almacén gris y por un sucio edificio marrón. Más adelante, veo una fachada azul deslavado. El inicio del búnker. Acabamos de alcanzar otro callejón, sólo tenemos que atravesarlo para llegar a la puerta, cuando la próxima ola de bombas comienza. Instintivamente, me sumerjo en el callejón y ruedo hacia la pared azul. Esta vez, se trata de Gale quien se arroja sobre mí para proporcionar una capa más de protección contra los bombardeos. Parece un poco más largo esta vez, pero estamos más lejos.

Puedo moverme sobre mi costado y me encuentro mirando directamente a los ojos de Gale. Por un instante, el mundo se aleja y es sólo el rostro enrojecido, el pulso visible en su sien, sus labios entreabiertos mientras trata de recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —pregunta, sus palabras casi ahogadas por una explosión.

—Sí. No creo que me hayan visto —le respondo—. Quiero decir, que no nos siguen.

—No, tienen algo más como objetivo —dice Gale.

—Lo sé, pero no hay nada nuevo allí, excepto. —La realización nos golpea, al mismo tiempo.

—El hospital —instantáneamente, Gale está arriba y gritando a los demás—. ¡Están dirigidos al hospital!

—No es su problema —dice Plutarch firmemente—. Lleguen al bunker.

—Pero no hay nada allí, ¡excepto los heridos! —le digo.

—Katniss. —Oigo la nota de advertencia en la voz de Haymitch y sé lo que viene—. ¡No se te ocurra! —Tiro el auricular y lo dejo colgando de su cable. Sin esa distracción, oigo otro sonido. Ametrallamientos procedentes del techo del almacén de marrón al otro lado del callejón. Una persona devuelve el fuego. Antes de que nadie me pueda detener, hago un camino a una escalera de acceso y comienzo subirlo. Escalando. Una de las cosas que mejor hago.

—¡No te detengas! —Oigo a Gale decir detrás de mí. Luego, está el sonido de su bota en la cara de alguien. Si pertenece a Boggs, Gale va a pagarlo muy caro más adelante. Puedo llegar al techo y arrastrarme en el alquitrán. Me detengo el tiempo suficiente para tirar de Gale junto a mí, y luego nos quitamos de la fila de los nidos de ametralladora en la calle del almacén. Cada aerodeslizador parece ser tripulado por unos pocos rebeldes. Nos deslizamos en un nido con un par de soldados, encorvados hacia abajo detrás de la barrera.

—¿Boggs sabe que estás aquí? —A mi izquierda, veo a Paylor detrás de uno de los cañones, que nos mira con curiosidad

Yo trato de ser evasiva, sin que sea una mentira.

—Él sabe dónde estamos, estás en lo cierto.

Paylor ríe.

—Apuesto a que sí. ¿Has sido entrenada en esto? —ella golpea la culata de su pistola.

—En el 13 —dice Gale—. Pero prefiero usar mis propias armas.

—Sí, tenemos nuestros arcos. —Sostengo el mío en alto, a continuación, dándome cuenta de lo decorativo que debe parecer—. Es más peligroso de lo que parece.

—Tendría que serlo —dice Paylor—. Todos estamos de acuerdo en que tenemos que esperar al menos otras tres olas de bombardeos. Tienen que abandonar sus escudos de vista antes de liberar las bombas. Esa es nuestra oportunidad. ¡Manténgase abajo! —Yo misma tengo la posición para disparar desde una rodilla.

—Más vale empezar con fuego —dice Gale.

Asiento con la cabeza y tiro una flecha de mi vaina derecha. Si perdemos nuestros objetivos, estas flechas aterrizarán en alguna parte, probablemente los almacenes a través de la calle. Un incendio puede ser puesto fuera, pero el daño que puede hacer un explosivo puede ser irreparable.

De repente, aparecen en el cielo, dos cuadras hacia abajo, tal vez un centenar de metros por encima de nosotros. Siete bombas pequeñas en una formación de V.

—¡Gansos! —le grito a Gale. Él sabrá exactamente lo que quiero decir. Durante la temporada de migración, cuando cazamos aves, hemos desarrollado un sistema de división de las aves para no elegir a las mismas como objetivo. Tengo el lado más lejano de la V, Gale toma el cercano, y alternamos los tiros hacia el ave del frente. No hay tiempo para seguir debatiendo. Estimo el tiempo hacia los los aerodeslizadores y dejo que mi flecha vuele. Atrapo el ala interior de uno, haciendo que estalle en llamas. Gale sólo pierde el punto en el aerodeslizador. Hay un incendio en una proliferación del techo de una bodega vacía frente a nosotros. Él jura bajo su aliento.

El aerodeslizador que golpeé se desvía fuera de la formación, pero todavía tiene sus bombas. No desaparece, sin embargo. Tampoco otro que supongo que fue alcanzado por los disparos. El daño debe evitar que el escudo de vista se reactive.

—Buen tiro —dice Gale.

—Yo ni siquiera tenía el objetivo en ese —murmuro. Yo pongo mi mirada en el avión delante de él—. Son más rápidos de lo que pensamos.

—Posiciones —Paylor dice. La próxima oleada de aerodeslizadores aparece ya.

—El fuego no es bueno —dice Gale. Asiento con la cabeza y los dos nos cargamos de explosivos en la punta de las flechas. Los almacenes están abandonados en apariencia de todos modos.

A medida que el barrido de los aviones queda en silencio, yo tomo una nueva decisión.

—¡Me voy a poner de pie! —grito a Gale, y me elevo hacia mis pies. Esta es la posición donde puedo obtener la mejor precisión. Me dirijo antes y logro un impacto directo en el punto del aerodeslizador, abriendo un agujero en su vientre. Gale hace estallar la cola de un segundo. Se mueve de un tirón y se estrella en la calle, lo que desencadena una serie de explosiones que apaga su carga.

Sin previo aviso, la tercera formación en V se presenta. Esta vez, Gale golpea de lleno el punto en el aerodeslizador. Tiro el ala del segundo bombardero, causando que éste gire hacia el que está atrás. Chocan en el techo de la bodega frente al hospital. Un cuarto cae por los disparos.

—Muy bien, eso es todo —dice Paylor

Las llamas y el denso humo negro de los restos oscurecen nuestra visión.

—¿Golpearon el hospital?

—Deben hacerlo hecho —dice con gravedad.

Cuando me apresuro hacia las escaleras en el otro extremo del almacén, la visión de Messalla y uno de los insectos que salen de detrás de un conducto de aire me sorprende. Yo pensé que todavía estaría en cuclillas en el callejón.

—Están creciendo en mí —dice Gale.

Yo bajo por una escalera. Cuando mis pies tocan el suelo, me parece que un guardaespaldas, Cressida, y el otro insecto esperan. Espero la resistencia, pero sólo Cressida sólo agita sus manos hacia el hospital. Ella está gritando:

—¡No me importa, Plutarch! ¡Dame sólo cinco minutos más! —Sin alguien que cuestionar un pase libre, salgo a la calle.

—¡Oh, no! —susurro cuando veo el hospital. Lo que antes era el hospital. Me muevo más allá de los heridos, más allá de los aerodeslizadores caídos en

llamas, fijándome en la catástrofe por delante de mí. La gente gritando, corriendo frenéticamente, pero incapaz de ayudar. Las bombas han derrumbado el techo del hospital y dejan el edificio en llamas, efectivamente capturando a los pacientes dentro. Un grupo de rescatistas se ha reunido, tratando de despejar un camino hacia el interior. Pero ya sé lo que van a encontrar. Si los residuos de trituración y las llamas no los reciben, el humo lo hará.

Gale está en mi hombro. Con el hecho de que él no hace nada más que confirmar mis sospechas. Los mineros no abandonan un accidente hasta que ya no hay esperanza.

—Vamos, Katniss. Haymitch dice que puede conseguir un aerodeslizador para nosotros ahora —me dice. Pero me parece que no puedo moverme.

—¿Por qué harían eso? ¿Por qué dirigirse a personas que ya estaban muriendo? —le pregunto.

—Ahuyentan a los demás. Previenen a los heridos de buscar ayuda —dice Gale—. Esas personas que conociste, eran prescindibles. Para Snow, de todos modos. Si gana el Capitolio, ¿lo harán con un montón de esclavos dañados?

Me acuerdo de todos esos años en el bosque, escuchando a Gale despotricar contra el Capitolio. Sin que yo prestara especial atención. Preguntándome por qué él se molestaba siquiera en analizar sus motivos. Por qué el pensar como nuestro enemigo podría importar siquiera. Evidentemente, podría haber importado hoy. Cuando Gale puso en duda la existencia del hospital, no estaba pensando en la enfermedad, sino en esto. Debido a que él nunca subestima la crueldad de a los que nos enfrentamos.

Poco a poco, doy la espalda al hospital y encuentro a Cressida, flanqueada por los insectos, de pie un par de metros delante de mí. Su actitud ante la situación está intacta. Tranquila incluso.

—Katniss —dice ella—, el presidente Snow los tuvo transmitiendo en vivo el bombardeo. Luego, hizo una aparición para decir que esta era su forma de enviar un mensaje a los rebeldes. ¿Y tú? ¿Quieres decir algo a los rebeldes?

—Sí —digo en voz baja. La roja luz parpadeante sobre una de las cámaras me llama la atención. Sé que estoy siendo grabada—. Sí —le digo con más fuerza.

Todo el mundo se está alejando de mí: Gale, Cressida, los insectos, dejándome el escenario. Pero me quedo centrada en la luz roja—. Quiero decirles a los rebeldes que estoy viva. Que estoy aquí, en el Distrito 8, donde el Capitolio ha bombardeado un hospital lleno de hombres, mujeres y niños indefensos. No habrá sobrevivientes. —El choque que he sentido empieza a dar paso a la furia—. Quiero decirle a la gente que si cree que durante un segundo el Capitolio nos tratará de manera justa si hay un alto al fuego, se están engañando. Porque ustedes saben quiénes son y lo que hacen. —Mis manos salen de forma automática, como para indicar todo el horror que me rodea—. ¡*Esto* es lo que hacen! ¡Y tenemos contraatacar!

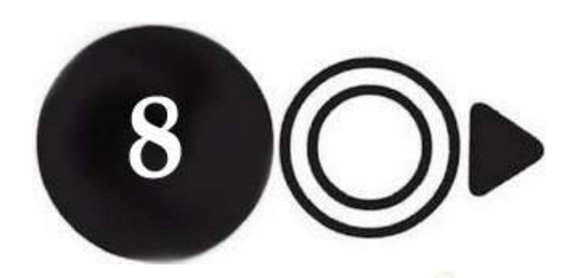
Me estoy moviendo en dirección a la cámara ahora, llevada adelante por mi rabia.

—¿El presidente Snow dice que está enviándonos un mensaje? Bueno, tengo una para él. Puedes torturarnos y quemar nuestros distritos hasta los cimientos, pero ¿ve eso? —Una de las cámaras sigue cuando señalo a los aerodeslizadores quemándose en el techo de la bodega a través de nosotros. El sello del Capitolio en un ala brilla claramente a través de las llamas—. ¡El fuego se está encendiendo! —Estoy gritando ahora, determinada a que no se perderá ni una palabra—. ¡Y si ardemos, tú arderás con nosotros!

Mis últimas palabras quedan suspendidas en el aire. Me siento suspendida en el tiempo. Cubierta en alto por una nube de calor que no se genera a partir de mi entorno, pero sí desde mi propio ser.

—¡Corten! —La voz de Cressida me vuelve a encajar a la realidad, me apaga. Ella me da una señal de aprobación—. Esa es una recapitulación.





Traducido por Vanille

Corregido por Virtxu

Boggs aparece y consigue sujetarme firmemente por el brazo, pero no estoy planeando correr ahora. Miro hacia el hospital, justo a tiempo para ver el resto de la estructura desaparecer, y la lucha sale de mí. Todas esas personas, los cientos de heridos, los parientes, los médicos del 13, ya no están. Me giro hacia Boggs, veo la hinchazón en su rostro dejada por la bota de Gale. No soy una experta, pero estoy bastante segura de que su nariz está rota. Sin embargo, su voz suena más resignada que enojada.

—Vuelve a la pista de aterrizaje.

Obedientemente, doy un paso hacia delante y hago una mueca cuando me vuelvo consciente del dolor detrás de mi rodilla izquierda. La ráfaga de adrenalina que invalidó la sensación ha pasado y las partes de mi cuerpo se unen en un coro de quejas. Estoy machacada y sangrienta y alguien parece estar martillando en mi sien izquierda dentro de mi cráneo. Boggs rápidamente examina mi rostro, entonces me recoge y trota por la pista. A medio camino de allí, vomito sobre su chaleco antibalas. Es difícil de notar porque él está corto de aliento, pero creo que suspira.

Un pequeño aerodeslizador, uno diferente al que nos transportó aquí, espera en la pista. En el segundo en que mi equipo está a bordo, despegamos. No hay cómodos asientos ni ventanas esta vez. Parecemos estar en alguna especie de nave de carga. Boggs aplica primeros auxilios en las personas para sostenerlas hasta que volvamos al 13. Quiero quitarme el chaleco, ya que conseguí una justa cantidad de vómito en él también, pero hace demasiado frío para pensar al respecto. Me acuesto en el piso con mi cabeza sobre el regazo de Gale. Lo último que recuerdo es a Boggs extendiendo un par de sacos de artillería sobre mí.

Cuando despierto, estoy cálida y suturada en mi vieja cama en el hospital. Mi madre está allí, revisando mis signos vitales.

—¿Cómo te sientes?

—Un poquito golpeada, pero bien —digo.

—Nadie ni siquiera nos dijo que ibas a ir hasta que te habías ido —dice.

Siento una punzada de culpa. Cuando tu familia ha tenido que enviarte dos veces a los Juegos del Hambre, este no es el tipo de detalles que deberías pasar por alto.

—Lo siento. Ellos no estaban esperando el ataque. Sólo se suponía que iría a visitar a los pacientes —explico—. La próxima vez, haré que te lo aclaren.

—Katniss, nadie me aclara nada —dice ella.

Es cierto. Ni siquiera yo. No desde que mi padre murió. ¿Qué pretendo?

—Bueno, haré que… te lo notifiquen de todos modos.

Sobre la mesa junto a la cama está un trozo de metralla que quitaron de mi pierna. Los doctores están más preocupados por el daño que mi cerebro podría haber sufrido por las explosiones, ya que mi conmoción no se ha curado completamente para empezar con eso. Pero no tengo doble visión ni nada y puedo pensar lo suficientemente claro. He dormido bien por la tarde y en la noche, y me estoy muriendo de hambre. Mi desayuno es decepcionantemente pequeño. Sólo unos pocos cubitos de pan remojado en leche tibia. He sido llamada para bajar a una reunión matutina en el Comando. Empiezo a incorporarme y entonces me doy cuenta de que ellos planean hacer rodar mi cama de hospital directamente allí. Quiero caminar, pero eso está descartado, así que hago negociaciones para ir en una silla de ruedas. Me siento bien, de verdad. Excepto por mi cabeza, y mis piernas, y el dolor de los moretones, y la nausea que me golpea un par de minutos después de que como. Quizá la silla de ruedas es una buena idea.

Mientras me llevan abajo, empiezo a inquietarme sobre a lo que me enfrentaré. Gale y yo desobedecimos directamente órdenes ayer, y Boggs tiene la lesión para probarlo. Seguramente, habrá repercusiones, pero ¿llegarán tan lejos como para que Coin anule nuestro acuerdo por la inmunidad de los victoriosos? ¿He despojado a Peeta de la poca protección que podía proporcionarle?

Cuando llego al Comando, los únicos que han llegado son Cressida, Messalla, y los insectos. Messalla sonríe y dice:

—¡Ahí está nuestra pequeña estrella!

Y los otros están sonriendo tan genuinamente que no puedo evitar sonreír en respuesta. Ellos me impresionaron en el 8, siguiéndome en el tejado durante el bombardeo, haciendo que Plutarch desistiera de manera que pudieran conseguir las secuencias que querían. Más que hacer su trabajo, se enorgullecían de él. Como Cinna.

Tengo un extraño pensamiento de que si estuviéramos en la arena juntos, los elegiría como aliados. Cressida, Messalla, y… y…

—Tengo que dejar de llamarlos insectos —suelto al hombre de la cámara. Explico cómo no sabía sus nombres, pero sus trajes sugerían criaturas con caparazones. La comparación no parece molestarles. Incluso, sin las armaduras de las cámaras, se parecen mucho unos a otros. El mismo cabello arenoso, barbas rojas, y ojos azules. El que tiene las uñas mordidas se presenta como Castor y el otro, que es su hermano, como Pollux. Espero que Pollux diga hola, pero sólo asiente. Al principio pienso que es tímido o un hombre de pocas palabras. Pero algo tira de mí (la posición de sus labios, el extra esfuerzo que hace para tragar) y lo sé antes de que Castor me lo diga. Pollux es un Avox. Han cortado su lengua y él nunca más hablará. Y ya no quiero preguntarme lo que le hizo arriesgar todo para ayudar a derrocar al Capitolio.

Mientras la habitación se llena, me preparo para una recepción menos agradable. Pero la única persona que registra alguna especie de negatividad es Haymitch, quien siempre está alicaído, y Fulvia Cardew con la cara amargada. Boggs trae puesta una máscara de plástico de color carne desde su labio superior hasta la frente (tenía razón sobre la nariz rota) así que su expresión es difícil de leer. Coin y Gale están en medio de alguna clase de intercambio que parece positivamente amistoso.

Cuando Gale se desliza en su asiento junto a mi silla de ruedas, digo:

—¿Haciendo nuevos amigos?

Sus ojos parpadean hacia la presidenta y responde:

—Bueno, uno de nosotros tiene que ser accesible. —Él toca mi sien gentilmente—. ¿Cómo te sientes?

Ellos deben haber servido estofado de ajo y jugo vegetal para el desayuno. Mientras más personas se reúnen, más fuerte son los gases. Mi estómago da un vuelco y las luces repentinamente parecen demasiado brillantes.

—Un poco tambaleante —digo—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Me sacaron un par de trozos de metralla. No es gran cosa —dice él.

Coin pide orden a la reunión.

—Nuestro Asalto a la Emisión oficialmente ha sido emprendido. Para algunos de ustedes que se perdieron ayer nuestros doscientos programas de nuestro primer propo, o los diecisiete reestrenos que Beetee se las ha arreglado para poner al aire desde entonces, empezaremos a repetirlo.

¿Repetirlo? Así que no sólo consiguieron secuencias útiles, sino que además ya han conformado un propo y lo han transmitido repetidamente. Mis palmas se humedecen con la anticipación de verme en televisión. ¿Qué tal si aún estoy horrible? ¿Qué tal si estoy tan tiesa e inútil como lo estuve en el estudio y ellos sólo se han dado por vencidos en el hecho de conseguir algo mejor? Pantallas individuales se deslizan hacia arriba de la mesa, las luces se oscurecen ligeramente, y un silencio cae sobre la habitación.

Al principio, mi pantalla está negra. Luego una diminuta chispa parpadea en el centro. Florece, se expande, silenciosamente devorando la oscuridad hasta que el marco entero arde con un fuego tan real e intenso, que imagino que siento el calor emanando de ella. La imagen de mi broche de sinsajo emerge, brillando con rojo y dorado. La profunda y resonante voz que ronda en mis sueños comienza a hablar. Claudius Templesmith, el anunciador oficial de los Juegos del Hambre, dice: "*Katniss Everdeen, la chica que estaba en llamas, arde*".

Repentinamente, allí estoy, reemplazando al sinsajo, parada delante de las llamas reales y humo del Distrito 8. "*Quiero decirle a los rebeldes que estoy viva. Que estoy justo aquí en el Distrito 8, donde el Capitolio acaba de bombardear un hospital lleno de hombres, mujeres y niños indefensos. No habrá sobrevivientes*". Cortan al hospital colapsando en sí mismo, la desesperación de los espectadores mientras continúo en voz en off. "*Quiero decirle a las personas que si piensan por un*

segundo que el Capitolio nos tratará justamente si hay un cese al fuego, están engañándose a sí mismos. Porque ustedes saben quiénes son y lo que hacen". De vuelta a mí, con mis manos levantadas para indicar la atrocidad a mi alrededor. *"¡Esto es lo que hacen! ¡Y debemos contraatacar!"*. Ahora viene un montaje verdaderamente fantástico de la batalla. Las bombas iniciales cayendo, nosotros corriendo, siendo lanzados al suelo (un acercamiento de mi herida, la cual luce bien y sangrienta), escalando el tejado, zambulléndonos en los nidos de armas, y luego algunas increíbles tomas de rebeldes, Gale, y principalmente yo, yo, yo derribando esos aviones del cielo. Corta de vuelta al movimiento en la cámara. *"¿El Presidente Snow dice que está enviándonos un mensaje? Bueno, yo tengo uno para él. Puedes torturarnos y quemar nuestros distritos hasta los cimientos, pero ¿ves eso?"* Estamos con la cámara, siguiéndole la pista a los aviones ardiendo en el tejado del almacén. Se ajusta al sello del Capitolio puesto en un ala, la cual se desvanece de vuelta en la imagen de mi rostro, gritándole al presidente: *"¡El fuego se está encendiendo! ¡Y si ardemos, tú arderás con nosotros!"* las llamas envuelven la pantalla de nuevo. Superpuesta sobre ellas en negro, hay sólidas letras. Son las palabras:

SI ARDEMOS.

TÚ ARDERÁS CON NOSOTROS.

Las palabras se encienden en llamas y toda la pantalla arde a la negrura.

Hay un momento de silencio de deleite, entonces los aplausos son seguidos por peticiones para verlo de nuevo. Coin indulgentemente golpea el botón de repetición, y esta vez, ya que sé lo que sucederá, trato de fingir que estoy observando esto en la televisión de mi casa en la Veta. Una declaración contra el Capitolio. Nunca ha habido nada como esto en televisión. No en lo que llevo de vida, de todos modos.

Para cuando la pantalla arde a la negrura por segunda vez, necesito saber más.

—¿Se transmitió por todo Panem? ¿Lo vieron en el Capitolio?

—No en el Capitolio —dice Plutarch—. No pudimos anular su sistema, aunque Beetee está trabajando en ello. Pero en todos los distritos. Incluso conseguimos hacerlo en el 2, lo cual quizá sea de mayor valor que en el Capitolio en este punto del juego.

—¿Claudius Templesmith está con nosotros? —pregunto.

Esto le provoca a Plutarch una buena risa.

—Sólo su voz. Pero esa es nuestra si la queremos tomar. Ni siquiera tuvimos que hacer alguna edición especial. Él dijo la línea real en tus primeros juegos. —Golpea su mano en la mesa—. ¡Lo que digo es que le demos otra ronda de aplausos a Cressida, su increíble equipo, y, por supuesto, nuestro talento en las cámaras!

Aplaudo también, hasta que me doy cuenta que yo soy parte del talento en las cámaras y que quizá es detestable que me esté aplaudiendo a mí misma, pero nadie está prestando atención. Sin embargo, no puedo evitar notar la tensión en la cara de Fulvia. Pienso en lo difícil que debe ser para ella observar la idea de Haymitch tener éxito bajo la dirección de Cressida, cuando la propuesta en el estudio de Fulvia fue semejante fracaso.

Coin parece haber alcanzado el fin de su tolerancia por las auto felicitaciones.

—Sí, bien merecido. El resultado es más de lo que esperamos. Pero sí tengo que cuestionar el gran margen de riesgo dentro del que estuvieron dispuestos a operar. Sé que el asalto fue imprevisto. Sin embargo, dadas las circunstancias, pienso que deberíamos discutir la decisión de enviar a Katniss al combate real.

¿La decisión? ¿Enviarme al combate? Entonces, ella no sabe que ignoré órdenes deliberadamente, me arranqué mi audífono, y me logré zafar de mi guardaespaldas. ¿Qué más le han ocultado?

—Fue una difícil decisión —dice Plutarch, frunciendo el ceño—. Pero el consenso general fue que no vamos a conseguir nada de valor si la encerramos en un bunker en algún sitio cada vez que un arma suene.

—¿Y tú estás bien con eso? —pregunta la presidenta.

Gale tiene que golpearme bajo la mesa antes de que me dé cuenta que ella me está hablando.

—¡Oh! Sí, estoy completamente de acuerdo con eso. Se siente bien. Hacer algo para variar.

—Bueno, seamos sólo un poco más acertados con su exposición. Especialmente, ahora que el Capitolio sabe que ella puede hacerlo —dice Coin. Hay un estruendo de asentimientos alrededor de la mesa.

Nadie nos ha delatado a Gale y a mí. Ni Plutarch, cuya autoridad ignoramos. Ni Boggs con su nariz rota. Ni los insectos, a quienes guiamos al fuego. Ni Haymitch, no, espera un minuto. Haymitch está dedicándome una sonrisa mortal y diciendo dulcemente:

—Sí, no querríamos perder a nuestro pequeño Sinsajo cuando ella finalmente comienza a cantar.

Me hago una nota para mí misma de no terminar sola en una habitación con él, porque claramente está teniendo pensamientos vengativos sobre ese estúpido audífono.

—Así que, ¿qué más tenemos planeado? —pregunto a la presidenta.

Plutarch asiente hacia Cressida, quien consulta una tablilla con sujetapapeles.

—Tenemos alguna grandiosa secuencia de Katniss en el hospital del 8. Debería haber otro propo de eso con el tema: "Porque sabes quiénes son y lo que hacen". Nos enfocaremos en Katniss interactuando con los pacientes, particularmente con los niños, el bombardeo del hospital y los restos. Messalla está montando eso. Además, estamos pensando en la pieza del Sinsajo. Realzar algunos de los mejores momentos de Katniss intercalados con escenas del levantamiento de los rebeldes y secuencias de la guerra. A ese lo podemos llamar "El fuego se está encendiendo". Y luego Fulvia salió con una muy brillante idea.

La expresión de Fulvia con la boca llena de uvas ácidas sobresalta enseguida su rostro, pero se recupera.

—Bueno, no sé qué tan brillante es, pero estaba pensando que podíamos hacer una serie de propos llamados "Recordamos". En cada uno, presentaríamos a uno de los tributos muertos. La pequeña Rue del 11 o la vieja Mags del 4. La idea es que podríamos dirigir cada distrito con una pieza muy personal.

—Un tributo para tu tributo, por así decirlo —dice Plutarch.

—Eso es brillante, Fulvia —digo sinceramente—. Es la manera perfecta de recordarles a las personas por qué están luchando.

—Creo que podría funcionar —dice ella—. Pensé que podríamos usar a Finnick para presentar y narrar los spots. Si había interés en ellos.

—Francamente, no veo cómo podríamos tener tantos propos "Recordamos" —dice Coin—. ¿Puedes empezar a producirlos hoy?

—Por supuesto —dice Fulvia, obviamente tranquila por la respuesta ante su idea.

Cressida le ha restado importancia a todo en el departamento creativo con su gesto. Elogió a Fulvia por lo que es, de hecho, una idea realmente buena, y se abrió camino para continuar con su propia presentación al aire del Sinsajo. Lo que es interesante es que Plutarch parece no tener necesidad de compartir el crédito. Todo lo que quiere es que el Asalto a la Emisión funcione. Recuerdo que Plutarch es un líder organizador de los Juegos, no un miembro de la multitud. Ni una pieza en los juegos. Por lo tanto, su valor no está definido por un simple elemento, sino por el éxito global de la producción. Si ganamos la guerra, allí será cuando Plutarch tomará su reverencia. Y esperará su recompensa.

La presidenta envía a todos al trabajo, así que Gale me lleva de vuelta al hospital. Reímos un poco sobre el encubrimiento. Gale dice que nadie quiere verse mal por admitir que no pudieron controlarnos. Yo soy más gentil, diciendo que probablemente no querían poner en peligro la oportunidad de sacarnos de nuevo ahora que han conseguido algunas secuencias decentes. Ambas cosas son probablemente ciertas. Gale tiene que ir abajo a reunirse con Beetee en Armamento Especial, así que me quedo dormida.

Parece como si sólo hubiera cerrado mis ojos por unos minutos, pero cuando los abro, me estremezco ante la vista de Haymitch sentado a unos pies de distancia de mi cama. Esperando. Posiblemente por varias horas si el reloj está en lo correcto. Pienso en gritar para llamar a algunos testigos, pero voy a tener que enfrentarlo tarde o temprano.

Haymitch se inclina y hace oscilar algo en un delgado cable blanco delante de mi nariz. Es difícil enfocarlo, pero estoy bastante segura de lo que es. Él lo deja caer sobre las sábanas.

—Ese es tu auricular. Te daré exactamente una oportunidad más para usarlo. Si te lo quitas del oído de nuevo, te instalaré esto. —Él sostiene alguna especie de artefacto para la cabeza al que instantáneamente llamo "el grillete para cabeza"—. Es una unidad alternativa de audio que se asegura alrededor de tu cráneo y bajo tu barbilla hasta que se abra con una llave. Y yo tendré la única llave. Si por alguna razón eres lo suficientemente inteligente para inutilizarlo. —Haymitch tira el grillete en la cama y saca de repente un diminuto chip plateado—, autorizaré que quirúrgicamente implanten este transmisor en tu oído de manera que pueda hablarte las veinticuatro horas del día.

Haymitch en mi cabeza todo el tiempo.

—Mantendré el auricular puesto —murmuro.

—¿Disculpa? —dice él.

—¡Mantendré el auricular puesto! —digo, lo suficientemente alto para despertar a la mitad del hospital.

—¿Estás segura? Porque estoy igualmente feliz con cualquiera de las otras tres opciones —me dice.

—Estoy segura —respondo. Arrugo el auricular protectoramente en mi puño y aviento de vuelta el grillete para cabeza con mi mano libre, pero él lo atrapa fácilmente. Probablemente estaba esperando que se lo arrojara—. ¿Algo más?

Haymitch se levanta para irse.

—Mientras estaba esperando… me comí tu almuerzo.

Mis ojos asimilan el tazón de guiso vacío y la bandeja sobre la mesa junto a la cama.

—Voy a reportarte —mascullo en mi almohada.

—Tú haces eso, dulzura. —Él sale, seguro en el conocimiento de que yo no soy del tipo de gente que reporta.

Quiero volver a dormir, pero estoy inquieta. Imágenes de ayer comienzan a inundar el presente. El bombardeo, los abrasadores choques de aviones, las caras de los heridos que ya no existen. Imagino muerte por todos lados. El último momento antes de ver un proyectil golpear la tierra, sintiendo el ala de

mi avión quemarse y la mareante caída vertical en la inconsciencia, el tejado del almacén derrumbándose sobre mí mientras estoy inmovilizada inútilmente en mi cama. Las cosas que veo, en persona o en video. Cosas que causé con un jalón de la cuerda de mi arco. Cosas que jamás sería capaz de borrar de mi memoria.

En la cena, Finnick trae su bandeja a mi cama para que podamos observar juntos los propos más recientes en televisión. Él fue asignado a los cuartos en mi antiguo piso, pero tiene tantas recaídas mentales que todavía vive básicamente en el hospital. Los rebeldes emiten el propo "Porque tú sabes quiénes son y lo que hacen" que Messalla editó. La secuencia es intercalada con cortos fragmentos en el estudio que muestran a Gale, Boggs y Cressida describiendo el incidente. Es difícil observar mi recepción en el hospital del 8 porque sé lo que sigue a continuación. Cuando las bombas llueven sobre el tejado, entierro mi cara en la almohada, levantando la mirada de nuevo a un breve extracto de mí al final, después de que todas las víctimas están muertas.

Al menos, Finnick no aplaude ni actúa todo feliz cuando ha terminado. Él sólo dice:

—Las personas deberían saber lo que sucedió. Y ahora lo saben.

—Apaguémoslo, Finnick, antes de que lo pasen de nuevo —le pido con insistencia. Pero mientras la mano de Finnick se mueve hacia el control remoto, chillo—: ¡Espera!

El Capitolio está presentando un segmento especial y algo al respecto me parece familiar. Sí, es Caesar Flickerman. Y puedo suponer quién será el invitado.

La transformación física de Peeta me da una sacudida. El saludable chico de ojos claros que vi hace unos pocos días ha perdido al menos quince libras y ha desarrollado un nervioso temblor en sus manos. Ellos aún lo tienen arreglado, pero debajo de la pintura que no cubre las bolsas bajo sus ojos, y la fina ropa que no disimula el dolor que siente cuando se mueve, es una persona gravemente dañada.

Mi mente se tambalea, tratando de encontrarle sentido a esto. ¡Acabo de verlo! Cuatro, no, cinco días, creo que fue hace cinco días. ¿Cómo se ha deteriorado tan rápidamente? ¿Qué podrían haberle hecho en tan corto tiempo? Entonces, me golpea. Repito en mi mente tanto como puedo su primera entrevista con

Caesar, buscando algo que la coloque en el momento actual. No hay nada. Ellos pudieron haber grabado esa entrevista uno dos días después de que yo hice volar la arena, entonces hicieron lo que ellos quisieron hacerle desde entonces.

—Oh, Peeta… —susurro.

Caesar y Peeta tienen un par de vacíos intercambios antes de que Caesar le pregunte sobre los rumores de que estoy grabando propos para los distritos.

—Están usándola, obviamente —dice Peeta—. Para avivar a los rebeldes. Dudo que ella realmente sepa siquiera qué está sucediendo en la guerra. Lo que está en juego.

—¿Hay algo que te gustaría decirle? —pregunta Caesar.

—Lo hay —dice Peeta. Mira directamente hacia la cámara, justo a mis ojos—. No seas tonta, Katniss. Piensa por ti misma. Te han convertido en un arma que podría contribuir en la destrucción de la humanidad. Si has adquirido alguna influencia real, úsala para ponerle freno a esto. Úsala para detener la guerra antes de que sea demasiado tarde. Pregúntate a ti misma, ¿realmente confías en las personas con las que estás trabajando? ¿Realmente sabes lo que está sucediendo? Y si no es así… averígualo.

La pantalla se pone negra. El sello de Panem. El show ha terminado.

Finnick presiona el botón en el control remoto que apaga la televisión. En un minuto, personas estarán aquí para hacer control de daños sobre la condición de Peeta y las palabras que salieron de su boca. Necesitaré negar esas palabras. Pero la verdad es que no confío en los rebeldes ni en Plutarch ni en Coin. No confío en que ellos me digan la verdad. No seré capaz de disimular esto. Pasos se están acercando.

Finnick me agarra con fuerza por los brazos.

—Nosotros no lo vimos.

—¿Qué? —pregunto.

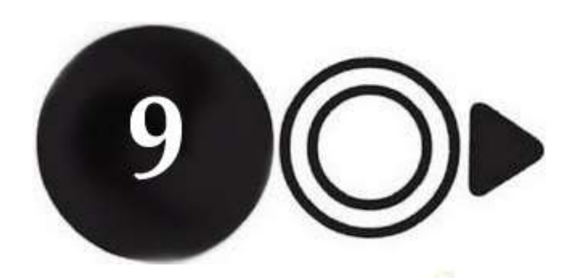
—No vimos a Peeta. Sólo el propo del 8. Entonces, la apagamos porque las imágenes te alteraron. ¿Entendido? —Asiento con la cabeza—. Termínate tu cena.

Me calmo lo suficiente para que cuando Plutarch y Fulvia entran, tengo un bocado de pan y repollo. Finnick está hablando sobre lo bien que se veía Gale en cámara. Los felicitamos por el propo. Dejamos claro que fue tan poderoso, que la apagamos justo después.

Ellos parecen aliviados. Nos creen.

Nadie menciona a Peeta.





Traducido por Vanille y Virtxu

Corregido por Vanille

Dejo de intentar dormir después de que mis primeros pocos intentos son interrumpidos por pesadillas indescriptibles. Después de eso, sólo me acuesto quieta y finjo respiraciones tranquilas cuando alguien entra a verificar cómo estoy. En la mañana, soy liberada del hospital y se me indica que me tome las cosas con calma. Cressida me pide que grabe unas cuantas líneas para un nuevo propo del Sinsajo. En el almuerzo, me mantengo esperando que las personas traigan a colación la aparición de Peeta, pero nadie lo hace. Alguien debe haberlo visto además de Finnick y yo.

Tengo entrenamiento, pero Gale tiene programado trabajar con Beetee en armamento o algo, así que consigo permiso para llevarme a Finnick al bosque. Vagamos un rato y entonces tiramos nuestros comunicadores bajo un arbusto. Cuando estamos a salvo en la distancia, nos sentamos y discutimos la emisión de Peeta.

—No he escuchado ni una sola palabra al respecto. ¿Nadie te ha dicho algo? —pregunta Finnick. Niego con la cabeza. Él hace una pausa antes de preguntar—. ¿Ni siquiera Gale? —Me estoy aferrando a la pizca de esperanza de que Gale honestamente no sabe nada sobre el mensaje de Peeta. Pero tengo un mal presentimiento de que sí lo sabe—. Quizá está tratando de encontrar el momento para decírtelo en privado.

—Quizá —digo.

Nos quedamos en silencio tanto tiempo que un ciervo pasa cerca. Lo derribo con una flecha. Finnick se lo lleva arrastrando de vuelta a la valla.

Para la cena, hay picadillo de carne de venado en el estofado. Gale me lleva de regreso al compartimento E después de que comemos. Cuando le pregunto lo que ha estado sucediendo, de nuevo no hay mención de Peeta. Tan pronto como mi madre y mi hermana están dormidas, deslizo la perla fuera del cajón y

paso una segunda noche en vela con la perla firmemente agarrada en mi mano, repitiendo las palabras de Peeta en mi cabeza. *"Pregúntate a ti misma, ¿realmente confías en las personas con las que estás trabajando? ¿Realmente sabes lo que está sucediendo? Y si no lo sabes… averígualo".* Averígualo. ¿Qué? ¿De quién? ¿Y cómo puede Peeta saber nada excepto lo que el Capitolio le dice? Es sólo un propo del Capitolio. Más ruido. Pero si Plutarch piensa que es sólo la línea del Capitolio, ¿por qué no me contó al respecto? ¿Por qué nadie nos lo ha hecho saber a Finnick o a mí?

Bajo este debate está la verdadera fuente de mi angustia: Peeta. ¿Qué le han hecho? ¿Y qué le están haciendo en este momento? Claramente, Snow no se tragó la historia de que Peeta y yo no sabíamos nada sobre la rebelión. Y sus sospechas han sido reforzadas, ahora que yo aparecí como el Sinsajo. Peeta puede sólo suponer las tácticas de los rebeldes o inventar cosas para decirles a sus torturadores. Mentiras que, una vez descubiertas, serían severamente castigadas. Qué abandonado por mí se debe sentir. En la primera entrevista, trató de protegerme tanto del Capitolio como de los rebeldes, y no sólo he fallado en protegerlo, sino que he traído más horrores sobre él.

Al amanecer, pongo mi antebrazo en la pared y miro aturdidamente el horario del día. Inmediatamente después del desayuno, tengo programado ir a Producción. En el comedor, mientras miro mi cereal caliente con leche y betabeles blandos, descubro un communicuff en la muñeca de Gale.

—¿Cuándo lo conseguiste de vuelta, Soldado Hawthorne? —pregunto.

—Ayer. Pensaron que si voy a estar en el campo contigo, podría ser un sistema de comunicación de respaldo —dice Gale.

Nadie jamás me ha ofrecido un communicuff. Me pregunto, si pidiera uno, ¿lo conseguiría?

—Bueno, supongo que uno de nosotros debe ser accesible —digo con un filo en mi voz.

—¿Qué significa eso? —dice.

—Nada. Sólo estoy repitiendo lo que tú dijiste —le digo—. Y estoy totalmente de acuerdo con que el accesible deberías ser tú. Sólo espero aún tener acceso a ti también.

Nuestras miradas se enganchan, y me doy cuenta de lo furiosa que estoy con Gale. Que no creo por un segundo que él no haya visto el propo de Peeta. Que me siento completamente traicionado de que él no me dijera sobre eso. Nos conocemos el uno al otro demasiado bien para que él no lea mi humor y suponga lo que lo provocó.

—Katniss… —él empieza. Ya la admisión de culpa está en su tono de voz.

Agarro mi bandeja, cruzo al área de depósito, y pongo violentamente los trastes en el estante. Para cuando estoy en el pasillo, él ya me ha alcanzado.

—¿Por qué no dijiste algo? —pregunta, sujetando mi brazo.

—¿Por qué no lo hice? —Libero mi brazo de un tirón—. ¿Por qué *tú* no lo hiciste? Y lo hice, por cierto, ¡cuando te pregunté anoche sobre lo que había estado sucediendo!

—Lo siento. ¿De acuerdo? No sabía qué hacer. Quería decirte, pero todos tenían miedo de que ver el propo de Peeta te pusiera enferma —dice.

—Tenían razón. Me puso enferma. Pero no del todo tan enferma como el que tú me hayas mentido por Coin. —En ese momento, su communicuff comienza a sonar—. Ahí está ella. Más vale que corras. Tienes cosas que decirle.

Por un momento, verdadero dolor aparece en su rostro. Entonces, la fría furia lo reemplaza. Se gira sobre sus talones y se va. Quizá he sido demasiado rencorosa, al no darle el tiempo suficiente para explicar. Quizá todos están simplemente tratando de protegerme a base de mentirme. No me importa. Estoy harta de que las personas me mientan por mi propio bien. Porque en realidad es principalmente por su propio bien. Miéntele a Katniss sobre la rebelión y así ella no hará nada loco. Envíala a la arena sin una pista para que podamos sacarla. No le digan sobre el propo de Peeta porque podría ponerla enferma, y es bastante difícil conseguir una presentación decente de ella así.

Sí me siento enferma. Desconsolada. Y demasiado cansada para un día de producción. Pero ya estoy en Remake, así que entro. Hoy, descubro, volveremos al distrito 12. Cressida quiere hacer entrevistas improvisadas con Gale y conmigo, alumbrando nuestra demolida ciudad.

—Si ustedes están dispuestos a eso —dice Cressida, mirando de cerca mi cara.

—Cuenta conmigo —digo. Me pongo de pie, poco comunicativa y rígida, como un maniquí, mientras mi equipo de preparación me viste, arregla mi cabello, y aplica maquillaje en mi cara. No lo suficiente para mostrar, sólo lo suficiente para cubrir el borde de los círculos bajo mis ojos insomnes.

Boggs me escolta hacia el Hangar, pero no hablamos más allá de un saludo preliminar. Estoy agradecida por sobrevivir a otro intercambio sobre mi desobediencia en el 8, especialmente ya que su máscara luce tan incómoda.

En el último momento, recuerdo enviar un mensaje a mi madre sobre mi partida del 13, y enfatizo que no será peligroso. Subimos a bordo del aerodeslizador para el corto viaje al 12 y estoy dirigida en un asiento en la mesa donde Plutarch, Gale y Cressida están estudiando minuciosamente un mapa. Plutarch está rebosando satisfacción mientras me muestra los efectos del antes y después del primer par de propos. Los rebeldes, quienes estaban apenas manteniendo un punto de apoyo en varios distritos, se han congregado. Han, en realidad, tomado el 3 y el 11 (el último es tan crucial ya que es el principal proveedor de alimentos de Panem), y han hecho incursiones en varios otros distritos también.

—Prometedor. Muy prometedor de hecho —dice Plutarch—. Fulvia va a tener la primer ronda de spots “Recordamos” listos esta noche, así podemos dirigir a los distritos individuales con sus muertos. Finnick es absolutamente maravilloso.

—Es doloroso de observar, en realidad —dice Cressida—. Él conocía a tantos de ellos personalmente.

—Eso es lo que lo hace tan efectivo —dice Plutarch—. Directo del corazón. Todos ustedes lo están haciendo hermosamente. Coin no podría estar más satisfecha.

Gale no les dijo, entonces. Sobre que yo fingí no haber visto a Peeta y sobre mi furia ante su encubrimiento. Pero supongo que es demasiado poco, demasiado tarde, porque todavía no puedo dejar eso pasar. No importa. Él no está hablándome tampoco.

No es hasta que aterrizamos en la Pradera que me doy cuenta de que Haymitch no está entre nosotros. Cuando le pregunto a Plutarch sobre su ausencia, él sólo sacude la cabeza y dice:

—No podía enfrentarlo.

—¿Haymitch? ¿No fue capaz de enfrentar algo? Quería un día libre, más probablemente —digo.

—Creo que sus palabras reales fueron: "No puedo enfrentarlo sin una botella" —dice Plutarch.

Ruedo mis ojos, con la paciencia agotada hacia mi mentor, su debilidad por la bebida, y lo que podría o no confrontar. Pero cerca de cinco minutos después de mi regreso al 12, estoy deseando tener una botella conmigo. Pensé que me había hecho a la idea de la desaparición del 12 (al escucharlo, verlo desde el aire, y vagar a través de sus cenizas). Así que, ¿por qué todo me provoca una fresca punzada de dolor? ¿Estaba simplemente demasiado fuera de ello antes de comprender por completo la pérdida de mi mundo? ¿O es la mirada en el rostro de Gale mientras camina, asimilando la destrucción, lo que hace que la atrocidad se sienta nueva?

Cressida dirige al equipo para comenzar conmigo en mi vieja casa. Le pregunto lo que quiere que haga.

—Lo que sea que sientas —dice. De pie en mi cocina, no me siento con ganas de hacer nada. De hecho, me encuentro a mí misma enfocándome en el cielo (el último tejado que queda) porque demasiados recuerdos están ahogándome. Después de un rato, Cressida dice—: Eso está bien, Katniss. Movámonos.

Gale no se va tan fácilmente de su antigua vivienda. Cressida lo graba en silencio por unos cuantos minutos, pero justo cuando él saca de las cenizas la única reliquia de su vida previa (un retorcido atizador de metal), ella comienza a preguntarle sobre su familia, su trabajo, su vida en la Veta. Ella lo hace volver a la noche del bombardeo y re-actuarlo, comenzando en la casa, abriéndose camino a través de la Pradera y de los bosques hacia el lago. Yo me rezago detrás del equipo de grabación y de los guardaespaldas, sintiendo su presencia como una violación a mi amado bosque. Este es un lugar privado, un santuario, ya corrompido por la maldad del Capitolio. Incluso después de que hemos dejado atrás los carbonizados muñones cerca de la valla, aún estamos tropezando con cuerpos en descomposición. ¿Tenemos que grabarlo para que todos lo vean?

Para cuando alcanzamos el lago, Gale parece haber perdido su habilidad para hablar. Todos están goteando sudor (especialmente Castor y Pollux en sus caparazones de insectos) y Cressida pide un descanso. Levanto puñados de agua del lago con mis manos, deseando poder bucear en él y salir a la superficie sola y desnuda y sin ser observada. Vago alrededor del perímetro por un rato. Cuando vuelvo a la pequeña casa de concreto junto al lago, hago una pausa en la puerta y veo a Gale apoyando el atizador retorcido que rescató contra la pared cerca de la chimenea. Por un momento, veo una imagen de un solitario extraño, alguna vez en el futuro, vagando perdido en la tierra salvaje y encontrándose con este pequeño lugar de refugio, con el montón de troncos cortados, la chimenea, el atizador. Preguntándose cómo llegó a ser esto. Gale se gira y encuentra mis ojos y sé que está pensando en nuestra última reunión aquí. Cuando peleamos sobre si huir o no. Si lo hubiéramos hecho, ¿estaría el distrito 12 aún allí? Pienso que sí. Pero el Capitolio aún estaría en control de Panem también.

Reparten sándwiches de queso y los comemos en la sombra de los árboles. Intencionalmente, me siento en el lejano borde del grupo, junto a Pollux, así no tengo que hablar. Nadie está hablando mucho, en realidad. En el relativo silencio, las aves recuperan los bosques. Le doy un codazo a Pollux y señalo un pequeño pájaro negro con una corona. Salta a una nueva rama, abriendo momentáneamente sus alas, presumiendo sus manchas blancas. Pollux hace gestos hacia mi broche y levanta una ceja interrogativamente. Asiento, confirmando que es un sinsajo. Levanto un dedo para decir "Espera, te mostraré", y silbo un canto de pájaro. El sinsajo ladea su cabeza y silba el canto justo en respuesta a mí. Entonces, para mi sorpresa, Pollux silba unas pocas notas por su cuenta. El ave le responde inmediatamente. La cara de Pollux se rompe en una expresión de deleite y tiene una serie de melódicos intercambios con el sinsajo, mi suposición es que es la primera conversación que tiene en años. La música provoca a los sinsajos como las flores a las abejas, y en un corto tiempo él tiene media docena de ellos posados en ramas sobre nuestras cabezas. Él me da un golpecito en el brazo y usa una ramita para escribir una palabra en el suelo. ¿CANTAS?

Usualmente, lo rechazaría, pero es un poco imposible decir que no a Pollux, dadas las circunstancias. Además, las voces de canciones de los sinsajos son distintas a sus silbidos, y me gustaría que él las escuchara. Así que, antes de que realmente piense lo que estoy haciendo, canto la canción de cuatro notas de

Rue, la que ella usaba para indicar el final de la jornada de trabajo en el 11. Las notas que terminaron como la música de fondo para su muerte. Las aves no saben eso. Ellas captan la simple frase y la hacen rebotar de aquí para allá entre ellas en dulce armonía. Justo como lo hicieron en los Juegos del Hambre antes de que los mutos llegaran a través de los árboles, siguiéndonos hacia la Cornucopia, y lentamente carcomieron a Cato hasta convertirlo en pulpa sangrienta…

—¿Quieres escucharlos cantar una verdadera canción? —suelto. Lo que sea para detener esos recuerdos. Me pongo de pie, moviéndome de vuelta entre los árboles, descansando mi mano sobre el áspero tronco de un arce donde los pájaros están. No he cantado "El árbol de la ejecución" en voz alta por diez años, porque está prohibida, pero recuerdo cada palabra. Comienzo suavemente, dulcemente, como mi padre lo hacía.

"Tú estás, tú estas

llegando al árbol

Donde colgaron a un hombre que dicen que asesinó a tres.

Cosas extrañas han ocurrido aquí

No sería extraño

Si nos encontramos a la medianoche en el árbol de la ejecución."

Los sinsajos empiezan a alterar sus canciones a medida que son conscientes de mi nueva oferta.

"Tú estás, tú estás

llegando al árbol

Donde el hombre muerto gritó a su amor que huyera.

Cosas extrañas han ocurrido aquí

No sería extraño

Si nos encontramos a la medianoche en el árbol de la ejecución."



Tengo la atención de los pájaros ahora. En un verso más, seguramente habrán capturado la melodía, ya que es simple y se repite cuatro veces con poca variación.

"Tú estás, Tú estás

llegando al árbol

Donde te dije que corrieras, para que ambos fuéramos libres.

Cosas extrañas han ocurrido aquí

No sería extraño

Si nos encontramos a la medianoche en el árbol de la ejecución."

Silencio en los árboles. Sólo el susurro de las hojas en la brisa. Sin pájaros, sinsajos u otros. Peeta tenía razón. Ellos se callan cuando yo canto. Al igual que lo hacían con mi padre.

"Tú estás, tú estás

llegando al árbol

Usando un collar de soga, a mi lado.

Cosas extrañas han ocurrido aquí

No sería extraño

Si nos encontramos a la medianoche en el árbol de la ejecución".

Los pájaros están esperando a que yo continúe. Pero eso es todo. Último verso. En el silencio recuerdo la escena. Había vuelto a casa de un día en el bosque con mi padre. Sentada en el suelo con Prim, que era apenas una niña, cantando "El árbol de la ejecución". Haciéndonos collares con viejos trozos de cuerda como él decía en la canción, sin saber el verdadero significado de las palabras. La melodía era simple y fácil de armonizar, sin embargo, y en esa época yo era capaz de memorizar cualquier cosa con música después de una ronda o dos. De repente, mi madre nos quitó los collares de cuerda y le gritó a mi padre. Empecé a llorar porque mi madre nunca gritaba, y entonces Prim estaba llorando y salí corriendo a esconderme. Como tenía exactamente un único escondite (en la Pradera bajo un arbusto de madreselva) mi padre me encontró

de inmediato. Él me tranquilizó y me dijo que todo estaba bien, sólo que era mejor no cantar esa canción nunca más.

Mi madre quería que yo la olvidara. Entonces, por supuesto, cada palabra estuvo de inmediato, de manera irrevocable, marcada en mi cerebro.

No la volvimos a cantar, mi padre y yo, o incluso a hablar de ella. Después de su muerte, ésta solía venir de nuevo a mí mucho. Al ser mayor, comencé a entender la letra. Al principio, contaba cómo un individuo está tratando que su novia se encuentre en secreto con él a medianoche. Pero es un lugar extraño para una cita, un árbol de ejecución, donde fue colgado un hombre por asesinato. La amante del asesino debía de haber tenido algo que ver con el asesinato, o tal vez la iban a castigar de todos modos, porque el cadáver del hombre le gritaba que corriera. Eso es raro, obviamente, la cosa del cadáver hablando, pero no es hasta el tercer verso que "El árbol de la ejecución" comienza a ser preocupante. Te das cuenta de que el cantante de la canción es el asesino muerto. Él todavía está en el árbol de la ejecución. Y aunque le dijo a su amante que huyera, no cesa de preguntarse si ella vendrá a su encuentro. La frase "*Donde te dije que corrieras, para que ambos fuéramos libres*" es la más preocupante porque al principio te parece que le está hablando de cuando él le dijo que huyera, presumiblemente hacia la seguridad. Pero entonces uno se pregunta si se refería a que ella corriera hacia él. A la muerte. En la estrofa final, está claro que eso es lo que está esperando. Su amante, con su collar de soga, ahorcada junto a él en el árbol.

Solía pensar que el asesino era el hombre más espeluznante que te podías imaginar. Ahora, con un par de viajes a los Juegos del Hambre a mis espaldas, decido no juzgarlo sin saber más detalles. Tal vez su amante ya fue condenada a muerte y estaba tratando de hacérselo más fácil. Hacerle saber que estaría esperando. O tal vez pensó que el lugar en el que él la estaba dejando era en realidad peor que la muerte. ¿No había querido matar a Peeta con esa jeringa para salvarlo del Capitolio? ¿Era realmente mi única opción? Probablemente no, pero yo no podía pensar en otra en ese momento.

Supongo que mi madre pensó que todo eso era demasiado retorcido para una niña de siete años, sin embargo. Especialmente, una que hizo su propio collar de cuerda. No era como si ahorcarse fuera algo que sólo sucedió en una historia. Un montón de personas fueron ejecutadas de esa manera en el 12. Puedes apostar que no quería que yo la cantara en frente de mi clase de música. A ella

probablemente no le gustaría que lo hiciera aquí ni siquiera para Pollux, pero al menos no estoy… Espera, no, estoy equivocada. Cuando miro de reojo, veo que Castor me ha estado grabando. Todo el mundo me está mirando con atención. Y Pollux tiene lágrimas corriendo por sus mejillas, porque sin duda mi peculiar canción ha sacado a relucir un terrible incidente en su vida. Genial. Suspiro y me recuesto contra el tronco. Es entonces cuando los sinsajos comienzan su versión de "El árbol de la ejecución". De sus bocas, es muy hermoso. Consciente de que estoy siendo grabada, permanezco en silencio hasta que escucho el grito de Cressida.

—¡Corten!

Plutarch se acerca a mí, riendo.

—¿De dónde viene esto? ¡Nadie lo creería si lo hubiéramos preparado! —Pone un brazo alrededor de mí y me besa en la parte superior de mi cabeza con una fuerte palmadita—. ¡Eres de oro!

—No lo hacía por las cámaras —le digo.

—Afortunados de estar aquí, entonces —dice él—. ¡Vamos, todos, regresamos al pueblo!

Al caminar penosamente de vuelta a través del bosque, buscamos una roca, y tanto Gale como yo volvemos la cabeza a la vez en la misma dirección, como un par de perros capturando un olor en el viento. Cressida se da cuenta y pregunta qué hay en esa dirección. Admitimos, sin hacernos mención el uno al otro, que es nuestro viejo lugar de encuentro de caza. Ella quiere verlo, incluso después de decirle que no es nada en realidad.

Nada más que un lugar donde yo era feliz, pienso.

Nuestra rocosa cornisa domina el valle. Quizás un poco menos verde de lo habitual, pero las zarzas cuelgan cargadas de frutos. Aquí comenzaron incontables días de caza y de trampas, de pesca y recolección, vagabundeando juntos por el bosque, descargando nuestros pensamientos mientras llenábamos nuestras bolsas de caza. Esta fue la puerta de entrada para ambos al sustento y la cordura. Y era la solución para ambos.

No hay Distrito 12 del que escapar a partir de ahora, no hay Agentes de la paz que engañar, no hay bocas hambrientas que alimentar. El Capitolio se llevó todo eso, y estoy a punto de perder a Gale también. El pegamento de la necesidad mutua que nos unió tan estrechamente por todos esos años se está derritiendo. Manchas oscuras, sin luz, se muestran en los espacios entre nosotros.

¿Cómo puede ser que hoy, al frente de la horrible desaparición del 12, estamos demasiado enfadados para hablarnos el uno al otro?

Gale tan bueno que me mintió. Eso es inaceptable, incluso si estaba preocupado por mi bienestar. Su disculpa pareció genuina, sin embargo. Y yo se la arrojé de vuelta a la cara con un insulto para asegurarme de que le doliera. ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué siempre estamos en desacuerdo ahora? Es todo un embrollo, pero de alguna manera siento que si iba de nuevo a la raíz de nuestros problemas, mis acciones serían el corazón de ellos. ¿De verdad quiero que él se vaya lejos?

Mis dedos rodean una mora y la arrancan de su tallo. La ruedo suavemente entre el pulgar y el índice.

De repente, me dirijo a él y la lanzo en su dirección.

—Y quizá las probabilidades… —le digo. La lanzo alto por lo que tiene mucho tiempo para decidir si la deja caer a un lado o la acepta.

Los ojos Gale están en mí, no en la baya, pero en el último momento, abre la boca y la captura. Mastica, traga, y hay una larga pausa antes de que él diga—….estén siempre a tu favor. —Pero él lo dice.

Cressida nos ha sentado en un rincón en las rocas, donde es imposible no tocarnos, y nos engatusa para que le hablemos sobre la caza. Lo que nos condujo hacia el bosque, cómo nos conocimos, nuestros momentos favoritos. Nos descongelamos, comenzando a reír un poco, a medida que relatamos el percance con las abejas y los perros salvajes y zorrinos. Cuando la conversación gira alrededor de cómo se siente el trasladar nuestra habilidad con las armas a los bombardeos en el 8, yo dejo de hablar. Gale sólo dice:

—Demasiado.

En el momento en que llegamos a la plaza del pueblo, la tarde se está convirtiendo en noche. Llevo a Cressida a los escombros de la panadería y le pido que grabe algo. La única emoción que soy capaz de mostrar es agotamiento.

—Peeta, este es tu hogar. No tenemos noticias de nadie de tu familia desde el bombardeo. El 12 ha desaparecido. ¿Y tú estás pidiendo un cese al fuego? —Echo un vistazo a la vacuidad—. No hay nadie que te escuche.

Cuando nos encontramos ante el trozo de metal que fue la horca, Cressida pregunta si alguno de nosotros ha sido torturado. En respuesta, Gale se quita la camisa y le da la espalda a la cámara. Fijo la mirada en las marcas de los azotes, y de nuevo oigo el silbido del látigo, veo su figura ensangrentada colgando inconsciente por las muñecas.

—Ya he terminado —anuncio—. Nos encontraremos en la Aldea de los Vencedores. Algo para… mi madre.

Supongo que caminé hacia aquí, pero lo siguiente de lo que soy consciente es de estar sentada en el suelo en frente de los armarios de la cocina de nuestra casa en la Aldea de los Vencedores. Meticulosamente, meto las vasijas de cerámica y botellas de vidrio en una caja. Colocando vendajes limpios de algodón entre ellas para evitar que se rompan. Envuelvo los racimos de flores secas.

De repente, me acuerdo de la rosa en mi tocador. ¿Fue real? Si es así, ¿sigue estando ahí arriba? Tengo que resistir la tentación de verificarlo. Si está ahí, sólo me va a asustar otra vez. Me apresuro con mi embalaje.

Cuando los armarios están vacíos, me doy la vuelta para encontrar que Gale se ha materializado en mi cocina. Es preocupante cómo puede aparecer sin hacer ruido. Está apoyado en la mesa, pasando los dedos contra la veta de la madera. Sitúo la caja entre nosotros.

—¿Te acuerdas? —me pregunta—. Aquí es donde me besaste.

Así que la gran dosis de morfina que le administraron después de los azotes no fue suficiente para borrar eso de su conciencia.

—No pensé que recordaras eso —le digo.

—Tendría que estar muerto para olvidarlo. Tal vez ni siquiera entonces —me dice—. Tal vez voy a ser como ese hombre en "El árbol de la ejecución". Aún esperando por una respuesta. —Gale, a quien nunca he visto llorar, tiene lágrimas en los ojos. Para evitar que se derramen, me inclino hacia delante y presiono mis labios contra los suyos. Sabemos a calor, cenizas y miseria. Es un sabor sorprendente para un beso tan suave. Él se aleja primero y me da una sonrisa irónica—. Sabía que me besarías.

—¿Cómo? —digo yo. Porque ni yo misma me reconozco.

—Porque estoy apenado —dice—. Esa es la única manera en la que llamo tu atención. —Él toma la caja—. No te preocupes, Katniss. Esto pasará. —Se va antes de que pueda contestar.

Estoy demasiado cansada para trabajar a través de su última acusación. Paso el breve trayecto al 13 acurrucada en un asiento, tratando de ignorar a Plutarch hablando de uno de sus temas favoritos: las armas que no tiene a su disposición. Aviones de alto vuelo, satélites militares, desintegradores celulares, aviones teledirigidos, armas biológicas con fechas de vencimiento.

Traído por la destrucción de la atmósfera o la falta de recursos o de escrúpulos morales. Puedes escuchar el lamento de un organizador de los Juegos, que sólo puede soñar con estos juguetes, que debe conformarse con aerodeslizadores y misiles de tierra y sencillas armas antiguas.

Después de quitarme mi traje de Sinsajo, me voy directamente a la cama sin comer. A pesar de ello, Prim me tiene que agitar para que me levante por la mañana. Después del desayuno, hago caso a mi horario y tomo una siesta en el armario de suministros. Cuando salgo, arrastrándome por entre las cajas de tiza y lápices, es hora de comer de nuevo. Obtengo una porción extra-grande de sopa de guisantes y me dirijo de nuevo al compartimiento E cuando me intercepta Boggs.

—Hay una reunión en el Comando. Haz caso omiso de tu horario actual —dice.

—Hecho —le digo.

—¿Lo has seguido en todo el día? —pregunta con exasperación.

—¿Quién sabe? Estoy mentalmente desorientada. —Extiendo mi muñeca para mostrar mi brazalete médico y me doy cuenta de que se ha ido—. ¿Ves? Ni siquiera puedo recordar que me quitaron mi pulsera. ¿Por qué me quieren en el Comando? ¿Me he perdido algo?

—Creo que Cressida quería mostrarte los propos del 12. Pero supongo que los vas a ver cuando estén al aire —dice.

—De eso es de lo que necesito un horario. Cuando los propos están al aire —le digo. Me lanza una mirada, pero no hace más comentarios. Las personas han abarrotado el Comando, pero me han guardado un asiento entre Finnick y Plutarch. Las pantallas ya están sobre la mesa, mostrando la alimentación regular del Capitolio.

—¿Qué está pasando? ¿No estamos viendo los propos del 12? —pregunto.

—Oh, no —dice Plutarch—. Quiero decir, posiblemente. No sé exactamente qué escenas planea usar Beetee.

—Beetee cree haber encontrado una manera de entrar en la alimentación de todo el país —dice Finnick—. Para que nuestros propos se transmitan en el Capitolio también. Ahora está abajo trabajando en esto en Defensa Especial. Habrá programación en directo esta noche. Snow haciendo una aparición o algo así. Creo que esto es el punto de partida.

El sello del Capitolio aparece, subrayado por el himno. Entonces, me quedo mirando a los ojos de serpiente del Presidente Snow mientras él saluda a la nación. Parece atrincherado detrás de su podio, pero la rosa blanca en la solapa está a la vista. La cámara se aleja para incluir a Peeta, a un lado frente a un mapa proyectado de Panem. Está sentado en una silla elevada, con sus zapatos apoyados en un peldaño de metal. El pie de su pierna ortopédica golpea a un ritmo irregularmente extraño. Gotas de sudor corren a través de la capa de maquillaje sobre el labio superior y la frente. Pero es la mirada de sus ojos, enfado aún fuera de foco, lo que más me asusta.

—Está peor —susurro. Finnick agarra mi mano, dándome un ancla, y trato de salir adelante.

Peeta comienza a hablar en un tono de frustración acerca de la necesidad del alto al fuego. Destaca el daño causado a la infraestructura clave en varios

distritos, y mientras habla, partes del mapa brillan, mostrando imágenes de la destrucción. Una presa rota en el 7. Un tren descarrilando con una piscina de residuos tóxicos derramándose sobre los depósitos de los coches. Un granero derrumbado después de un incendio. Todos estos atribuidos a la acción de los rebeldes.

¡Bam! Sin previo aviso, de repente estoy en la televisión, de pie entre los escombros de la panadería.

Plutarch salta poniéndose en pie.

—¡Lo hizo! ¡Beetee lo interrumpió!

La sala está zumbando con la reacción mientras Peeta regresa, distraído. Él me ha visto en el monitor. Trata de volver a su discurso pasando a la explosión de una planta de purificación de agua, cuando un clip de Finnick hablando sobre Rue lo reemplaza. Y entonces todo se descompone en una batalla de difusión, mientras los amos de la tecnología del Capitolio tratan de defenderse de los ataques de Beetee. Pero ellos no están preparados, y Beetee, aparentemente anticipando que no tendría el control, tiene un arsenal de entre cinco y diez clips de sesiones con los que trabajar. Vemos la presentación oficial deteriorada mientras que es salpicada con los fragmentos elegidos de los propos.

Plutarch está con espasmos de placer y la mayoría del mundo está animando a Beetee, pero Finnick permanece quieto y sin palabras a mi lado. Me encuentro con los ojos de Haymitch desde el otro lado de la habitación y veo mi propio temor reflejado de vuelta. El reconocimiento de que con cada alegría, Peeta se desliza aún más lejos de nuestro alcance.

El sello del Capitolio regresa, acompañado de un tono de audio bajo. Esto dura unos veinte segundos antes de que Snow y Peeta vuelvan. El set está confuso. Estamos escuchando los intercambios desesperados de su cabina. Snow sigue adelante, diciendo que claramente los rebeldes están intentando trastocar la difusión de información que ellos encuentran incriminatorias, pero que tanto la verdad como la justicia reinarán. La emisión total se reanudará cuando la seguridad haya sido reintegrada. Él le pregunta a Peeta, si dada la demostración de esta noche, él tiene alguna despedida para Katniss Everdeen.

Al mencionar mi nombre, la cara de Peeta se contorsiona por el esfuerzo.

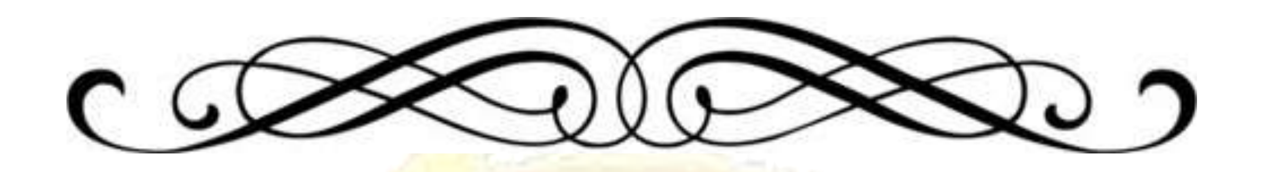
—Katniss... ¿cómo crees que terminará esto? ¿Qué quedará? Nadie está a salvo. Ni en el Capitolio. Ni en los distritos. Y... el Trece... —Él inhala fuertemente, como si luchara por el aire; sus ojos parecen locos—. ¡Será destruido por la mañana!

—Apaguen la cámara —ordena Snow—. ¡Finalicen esto! —Beetee lleva todo al caos por el parpadeo de una foto mía de pie delante del hospital a intervalos de tres segundos. Pero entre las imágenes, estamos al tanto de la acción que se vive realmente en el set. Peeta intenta seguir hablando. La cámara es derribada para registrar el suelo de baldosas blancas. La pelea de botas. El impacto del golpe que es inseparable del grito de dolor de Peeta.

Y su sangre mientras se esparce por las baldosas.

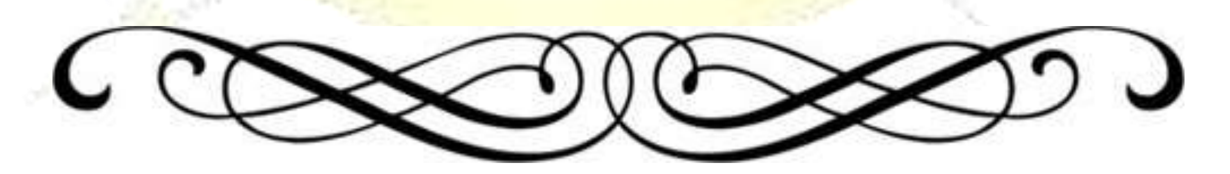




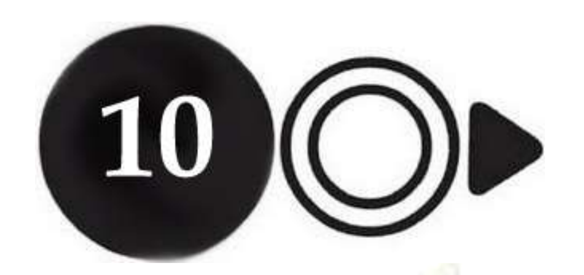


PARTE II

"EL ASALTO"







Traducido por Virtxu

Corregido por Vanille

El grito se inicia en la parte baja de mi espalda y se abre camino a través de mi cuerpo sólo para atascarse en mi garganta. Soy tan silenciosa como un Avox, ahogada en mi dolor. Aunque si pudiera liberar los músculos de mi cuello, dejando que el sonido desgarrara el espacio, ¿alguien lo notaría? La habitación es un alboroto. Las preguntas y solicitudes resuenan, mientras tratan de descifrar las palabras de Peeta.

—¡Y... el Trece... será destruido por la mañana! —Sin embargo, nadie está preguntando sobre el mensajero cuya sangre ha sido sustituida por estática.

Una voz llama la atención de los otros.

—¡Callen! —Cada par de ojos cae en Haymitch—. ¡No es que eso sea un gran misterio! El chico sólo dijo que estamos a punto de ser atacados. Aquí. En el Trece.

—¿Cómo puede tener esa información?

—¿Por qué deberíamos confiar en él?

—¿Cómo lo sabes?

Haymitch da un gruñido de frustración.

—Ellos estarán dándole una sangrienta paliza mientras hablamos. ¿Qué más necesitan? ¡Katniss, ayúdame con esto!

Tengo que darme una sacudida para hacer salir mis palabras.

—Correcto, Haymitch. No sé de dónde obtuvo la información Peeta. O si es verdad. Pero él cree que lo es. Y ellos están… —No puedo decir en voz alta lo que Snow le estará haciendo a él.

—No lo conoces —dice Haymitch a Coin—. Nosotros sí. Prepare a su gente ya.

La presidenta no parece alarmada, sólo un poco perpleja, por este giro en los acontecimientos. Ella reflexiona sobre las palabras, pasando un dedo ligeramente sobre el borde del tablero de control frente a ella. Cuando habla, se dirige a Haymitch en una voz plana.

—Por supuesto, nos hemos preparado para este escenario. A pesar de que contamos con décadas de apoyo a la hipótesis de que más ataques directos al 13 serían contraproducentes para el Capitolio. Los misiles nucleares liberarían radiación a la atmósfera, con incalculables resultados ambientales. Incluso los bombardeos normales pueden provocar daños graves a nuestro complejo militar, el cual tenemos la esperanza de recuperar. Y, por supuesto, invitarían a un contraataque. Es concebible que, dada nuestra actual alianza con los rebeldes, esto sería visto como un riesgo aceptable.

—¿Crees eso? —dice Haymitch. Esto es un poco demasiado sincero, pero las sutilezas de la ironía son algo que frecuentemente desperdician en el 13.

—Sí. En cualquier caso, tenemos listo una instrucción de seguridad de Nivel Cinco —dice Coin—. Vamos a proceder al bloqueo. —Ella comienza a escribir con rapidez sobre su teclado, autorizando su decisión. En el momento en que levanta la cabeza, comienza.

Ha habido dos instrucciones de bajo nivel desde que llegué al 13. No recuerdo mucho de la primera. Estaba en cuidados intensivos en el hospital y creo que los pacientes estaban exentos, ya que las complicaciones de sacarnos para un simulacro de la práctica sobrepasaban los beneficios. Yo era vagamente consciente de una voz mecánica que instruía a la gente a congregarse en las zonas amarillas. Durante el segundo, una instrucción de Nivel Dos era para causas menores—como una cuarentena temporal, mientras los ciudadanos eran examinados para detectar el contagio durante un brote de gripe—se suponía que nosotros volvíamos a nuestra vivienda. Me quedé detrás de un tubo en el cuarto de lavado, ignorando los palpitantes pitidos que venían del sistema de audio, y viendo a una araña construir una red. Ninguna experiencia me había preparado para las mudas, penetrantes, sirenas inductoras de miedo que ahora impregnaban el 13. Nadie haría caso omiso a este sonido, el cual parecía diseñado para lanzar a toda la población a un frenesí. Pero esto es el 13 y eso aquí no sucede.

Boggs nos guía a Finnick y a mí fuera del Comando, a lo largo del pasillo hasta una puerta, y por una amplia escalinata. Flujos de personas convergen para formar un río que fluye sólo hacia abajo. Nadie grita o trata de empujarse. Incluso los niños no se resisten. Descendemos, tramo tras tramo, sin hablar, porque ninguna palabra se oiría por encima de este sonido. Busco a mi madre y a Prim, pero es imposible ver a nadie que no sean las personas inmediatamente a mí alrededor. Sin embargo, las dos están trabajando en el hospital esta noche, por lo que no hay forma en que puedan perderse la instrucción.

Mis oídos retumban y mis ojos se sienten pesados. Estamos en una profunda mina de carbón. Lo único positivo es que cuanto más nos adentramos en la tierra, menos estridente es el sonido de las sirenas. Es como si ellos quisieran alejarnos físicamente de la superficie, lo que supongo que hacen. Los grupos de personas comienzan a desviarse en los portales marcados y Boggs aún me dirige hacia abajo, hasta llegar finalmente al final de las escaleras a la orilla de una enorme caverna. Comienzo a caminar directa allí y Boggs me detiene, me enseña que debo marcar mi horario frente a un escáner de modo que me tome en cuenta. Sin duda, la información va a algún equipo en alguna parte para asegurarse de que nadie ha ido por mal camino.

El lugar parece incapaz de decidir si es natural o artificial. Algunas zonas de las paredes son de piedra, mientras que las vigas son de acero y hormigón fuertemente reforzados. Las literas para dormir han sido labradas directamente en las paredes de roca. Hay una cocina, baños, una sala de primeros auxilios. Este lugar fue diseñado para una estancia prolongada.

Signos blancos con letras y números están situados en intervalos en torno a la caverna. Boggs nos dice a Finnick y a mí que informan de la zona que coincide con nuestro alojamiento asignado (en mi caso E para el Compartimento E). Plutarch camina dentro.

—Ah, aquí estás —dice. Los acontecimientos recientes han tenido poco efecto en el estado de ánimo de Plutarch. Él todavía tiene un brillo alegre por el éxito de Beetee en el Asalto a la Emisión. Con los ojos en el bosque, no en los árboles. No sobre el castigo de Peeta o sobre el inminente bombardeo del 13—. Katniss, obviamente este es un mal momento para ti, por el revés de Peeta, pero necesitas ser consciente de que otros te están mirando.

—¿Qué? —digo yo. No puedo creer que realmente haya rebajado las circunstancias extremas de Peeta a un revés.

—Las otras personas en el bunker, ellos estarán siguiendo tu ejemplo sobre cómo reaccionas. Si eres tranquila y valiente, otros intentaran serlo también. Si entras en pánico, esto podría extenderse como un reguero de pólvora —explica Plutarch. Yo sólo me quedo mirándole.

—El fuego es contagioso, por así decirlo —continúa, como si yo estuviera siendo lenta en captarlo.

—¿Por qué no sólo pretender que estoy delante de una cámara, Plutarch? —digo yo.

—¡Sí! Perfecto. Uno es siempre mucho más valiente delante de una audiencia —dice—. ¡Mira el valor que mostró Peeta!

Hago todo lo que puedo para no abofetearle.

—Tengo que volver con Coin antes del bloqueo. ¡Sigue con el buen trabajo! —dice, y luego se aleja.

Cruzo la gran letra E colocada en la pared. Nuestro espacio se compone de un cuadrado de cuatro por cuatro metros con suelo de piedra marcado por líneas pintadas. Talladas en la pared hay dos literas—uno de nosotros duerme en el suelo—y un cubo al nivel del suelo para el almacenamiento. En un pedazo de papel blanco, recubierto de plástico transparente, se lee PROTOCOLO DEL BUNKER.

Miro fijamente a los puntitos negros en la hoja. Durante un tiempo, están oscurecidos por las gotas de sangre residual que parece que no puedo borrar de mi visión. Poco a poco, enfoco las palabras. La primera sección se titula "Al llegar".

1. Asegúrese de que todos los miembros de su compartimiento se tienen en cuenta.

Mi madre y Prim no han llegado, pero yo fui una de las primeras personas en llegar al búnker. Ambas están probablemente ayudando a reubicar a los pacientes hospitalizados.

2. Vaya a la Estación de Suministro y asegure un paquete para cada miembro de su compartimiento. Prepare su sala de estar. Devuelva su paquete(s).

Exploro la caverna hasta que localizo la Estación de Suministro, una profunda sala situada fuera con un mostrador. La gente espera detrás de ella, pero no hay mucha actividad allí. Me acerco, doy nuestra letra de compartimiento, y solicito tres paquetes. Un hombre mira una hoja de control, toma los paquetes determinados de una estantería, y los sostiene sobre el mostrador. Después de deslizar uno sobre mi espalda y conseguir un control sobre los otros dos con las manos, me vuelvo para ver que rápidamente se ha formado un grupo detrás de mí.

—Disculpe —digo mientras llevo mis suministros a través de los demás. ¿Es una cuestión de tiempo? ¿O Plutarch tiene razón? ¿Las personas tratan de imitar mi comportamiento?

De vuelta a nuestro espacio, abro uno de los paquetes para encontrar un delgado colchón, ropa de cama, dos mudas de ropa gris, un cepillo de dientes, un peine y una linterna. Al examinar el contenido de los otros paquetes, creo que la única diferencia perceptible es que ambos contienen un traje blanco y gris. Estos serán para mi madre y Prim, en caso de que tengan una misión médica. Después de hacer las camas, guardar la ropa, las mochilas y devolver los paquetes, no tengo nada que hacer más que observar la última regla.

3. Espere más instrucciones.

Me siento en el suelo con las piernas cruzadas a esperar. Un flujo constante de gente comienza a llenar la sala, reclamando espacios, recolectando suministros. No pasará mucho tiempo hasta que el lugar esté lleno. Me pregunto si mi madre y Prim van a pasar la noche en donde hayan llevado a los pacientes del hospital. Pero, no, no lo creo. Ellas estaban en esta lista. Estoy empezando a sentirme ansiosa, cuando mi madre aparece. Miro detrás de ella a un mar de extraños.

—¿Dónde está Prim? —le pregunto.

—¿No está aquí? —responde ella—. Se suponía que venía directamente aquí desde el hospital. Ella se fue diez minutos antes que yo. ¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

Aprieto mis párpados cerrados por un momento, siguiendo su pista como con las presas de caza. Veo su reacción ante las sirenas, se apresura a ayudar a los pacientes, asiente mientras ellos descienden hacia el bunker, y luego ella vacila en la escalera. Llorando por un momento. Pero ¿por qué?

Mis ojos se abren de repente.

—¡El gato! ¡Se fue a por él!

—Oh, no —dice mi madre. Las dos sabemos que tengo razón. Nos empujamos contra la marea creciente, tratando de salir del bunker. Más adelante, puedo ver que se preparan para cerrar las espesas puertas de metal. Lentamente giran las ruedas de metal a ambos lados hacia adentro. De alguna manera sé que una vez que hayan sido cerradas, no hay nada en el mundo que pueda convencer a los soldados para abrirlas. Tal vez incluso eso esté fuera de su control. Empujo a la gente de manera indiscriminada a un lado mientras grito para que esperen. El espacio entre las puertas se reduce a una yarda, un pie, sólo quedan unos pocos centímetros cuando meto la mano por la abertura.

—¡Ábranla! ¡Déjenme salir! —lloro.

La consternación se muestra en los rostros de los soldados, ya que invierten las ruedas un poco. No lo suficiente para dejarme pasar, pero lo suficiente para evitar el aplastamiento de mis dedos. Aprovecho la oportunidad para meter el hombro en la abertura.

—¡Prim! —grito hacia las escaleras. Mi madre suplica a los guardias mientras trato de salir de ahí—. ¡Prim!

Luego lo oigo. El tenue sonido de pasos en la escalera.

—¡Estamos llegando! —Oigo el grito de mi hermana.

—¡Sostengan la puerta! —Ese fue Gale.

—¡Ya vienen! —les digo a los guardias, y abren las puertas un pie. Pero no me atrevo a moverme, por miedo a que ellos las bloqueen, hasta que aparece Prim, con las mejillas encendidas por la carrera, arrastrando a Buttercup. La arrastro dentro y Gale la sigue, torciendo a un lado los brazos cargados para que entren en el bunker. Las puertas se cierran con un fuerte y final ruido metálico.

—¿En qué estabas pensando? —Le doy una enfadada sacudida a Prim y luego la abrazo, aplastando a Buttercup entre nosotras.

La explicación de Prim ya está en sus labios.

—No podía dejarlo atrás, Katniss. No dos veces. Deberías haberlo visto paseando por la habitación y maullando. Él habría vuelto para protegernos.

—Está bien. Está bien. —Tomo algunas respiraciones para calmarme, doy un paso atrás y levanto a Buttercup por la piel del cuello—. Tenía que haberte ahogado cuando tuve la oportunidad. —Sus orejas se aplanan y levanta una pata. Bufo antes de que él tenga la oportunidad, esto parece molestarle un poco, ya que considera el bufido su propio sonido personal de desprecio. En represalia, da un indefenso maullido de gatito que trae a mi hermana de inmediato a su defensa.

—Oh, Katniss, no te burles de él —dice ella, poniéndolo de vuelta en sus brazos—. Él ya está tan alterado.

La idea de que he herido los sentimientos de la pequeña bestia-gato sólo me invita a seguir provocándolo. Pero Prim realmente está afligida por él. Así que en lugar de eso, visualizo la piel de Buttercup como el forro de un par de guantes, una imagen que me ha ayudado a tratar con él durante años.

—Está bien, lo siento. Estamos bajo la gran E en la pared. Será mejor que lo metas ahí antes de que se pierda. —Prim se apresura, y me encuentro a mí misma cara a cara con Gale. Él sostiene la caja de suministros médicos de nuestra cocina en el 12. El sitio de nuestra última conversación, el beso, la lluvia, lo que sea. Mi bolsa de los juegos está colgada de su hombro.

—Si Peeta estaba en lo cierto, esto no aguantaría —dice.

Peeta. Sangre como gotas de lluvia en la ventana. Como húmedo barro en las botas.

—Gracias por… todo. —Tomo nuestras cosas—. ¿Qué estabas haciendo en nuestras habitaciones?

—Sólo una doble revisión —dice—. Estamos en el cuarenta y siete, si me necesitas.

Prácticamente todos se han retirado a sus espacios cerrando las puertas, por lo que sólo me cruzo de vuelta a nuestro nuevo hogar con al menos quinientas personas mirándome. Trato de aparentar serenidad para compensar por mi accidente a través de la frenética multitud. Como si eso engañara a alguien. Tanto como para establecer un ejemplo. Oh, ¿a quién le importa? Todos piensan que estoy loca de todos modos. Un hombre, que creo que había tirado al suelo, capta mi mirada y se frota el codo con resentimiento. Casi le bufo a él también.

Prim ha puesto a Buttercup en la litera de abajo, envuelto en una manta para que sólo asome su rostro. Así es como le gusta estar cuando hay truenos, lo único que realmente le da miedo. Mi madre pone su caja con cuidado en el cubo. Me agacho, con mi espalda apoyada en la pared, para comprobar qué ha logrado rescatar Gale en mi bolsa de caza.

El libro de plantas, la chaqueta de caza, la foto de la boda de mis padres, y el contenido personal de mi cajón. Mi insignia de Sinsajo ahora está con el traje de Cinna, pero está el medallón de oro y el paracaídas de plata con el spile y la perla de Peeta. Anudo la perla en la esquina del paracaídas, enterrándola hondo en el fondo de la bolsa, como si fuera la vida de Peeta y nadie me la pudiera quitar mientras yo la guardara.

El leve sonido de las sirenas corta abruptamente. La voz de Coin viene desde la zona del sistema de audio, agradeciéndoles a todos por una evacuación ejemplar de los niveles superiores. Ella insiste en que este no es un simulacro, ya que Peeta Mellark, el vencedor del Distrito 12, ha hecho posiblemente una referencia televisada sobre un ataque al 13 esta noche.

Es entonces cuando golpea la primera bomba. Hay una sensación inicial del impacto seguida de una explosión que resuena en mis entrañas, en el revestimiento de mis intestinos, en la médula de mis huesos, en las raíces de mis dientes. Todos vamos a morir, pienso. Mis ojos se vuelven hacia arriba, esperando ver una grieta gigante rajando el techo, trozos enormes de piedra cayendo sobre nosotros, pero el propio bunker da sólo un leve estremecimiento. Las luces se apagan y experimento la desorientación de la oscuridad total. Sin nada que decir—gritos espontáneos, respiraciones irregulares, gemidos de bebés, una pequeña risa enloquecida—danzan en el cargado aire. Luego hay un zumbido de un generador, y un tenue resplandor vacilante reemplaza la dura iluminación que es normal en el 13. Esto está más cerca de lo que teníamos en

nuestras casas en el 12, cuando las velas y el fuego ardían suaves en una noche de invierno.

Busco a Prim en el crepúsculo, mi mano abraza su pierna, y me pongo sobre ella. Su voz se mantiene constante mientras tranquiliza a Buttercup.

—Está bien, pequeño, está bien. Vamos a estar bien aquí.

Mi madre nos abraza rodeándonos. Me permito sentirme joven por un momento y descansar mi cabeza en su hombro.

—Eso no era nada parecido a las bombas en el 8 —le digo.

—Es probable que sea una bomba anti-bunker —dice Prim, manteniendo su voz tranquila por el bien del gato—. Hemos aprendido acerca de ellas durante la orientación para los nuevos ciudadanos. Están diseñadas para penetrar profundamente en la tierra antes de desaparecer. Porque no tiene sentido bombardear el 13 en la superficie.

—¿Nucleares? —le pregunto, sintiendo cómo un escalofrío me recorre.

—No necesariamente —dice Prim—. Algunos sólo tienen un montón de explosivos en ellos. Pero… podría ser de cualquier tipo, supongo.

La oscuridad hace que sea difícil ver las pesadas puertas de metal al final del bunker. ¿Servirían de protección contra un ataque nuclear? ¿Y aunque fueran cien por ciento efectivas contra la radiación, lo cual es realmente poco probable, llegaríamos a ser capaces de salir de este lugar? La idea de pasar lo que me queda de vida en esta bóveda de piedra, me horroriza. Quiero correr locamente hacia la puerta y exigir que me dejen salir a lo que se encuentra arriba. No sirve de nada. Nunca me dejarán salir, y yo podría empezar una especie de estampida.

—Estamos muy abajo, estoy segura que estamos a salvo —dice mi madre débilmente. ¿Está pensando en mi padre, estallando hacia la nada en las minas?—. Fue un milagro, sin embargo. Gracias a Dios que Peeta tenía los medios necesarios para avisarnos.

Los medios necesarios. Un término general que de alguna manera incluye todo lo necesario para dar la voz de alarma. El conocimiento, la oportunidad, el coraje. Y otra cosa que no puedo definir. Peeta parecía haber estado haciendo

una especie de batalla en su mente, luchando por hacer llegar el mensaje. ¿Por qué? La facilidad con la que manipula las palabras es su mayor talento. ¿Era su dificultad una causa de sus torturas? ¿O de algo más? ¿Como locura?

La voz de Coin, tal vez una desalentadora sombra, llena el bunker, el nivel del volumen parpadea con las luces.

—Al parecer, la información de Peeta Mellark era buena y estamos en deuda con él. Los sensores indican que el primer misil no era nuclear, pero muy poderoso. Esperamos que haya más. Durante la duración del ataque, que los ciudadanos permanezcan en sus áreas asignadas a menos que se notifique lo contrario.

Un soldado alerta a mi madre que es necesaria en la estación de primeros auxilios. Ella es reacia a dejarnos, a pesar de que sólo hay treinta metros de distancia.

—Vamos a estar bien, de verdad —le digo—. ¿Piensas que podría pasarle algo a él? —Señalo a Buttercup, que me da un medio bufido, todos nos reímos un poco. Incluso siento pena por él. Después de que mi madre se va, sugiero—: ¿Por qué no subes con él, Prim?

—Sé que es una tontería... pero me da miedo que la litera pudiera colapsar con nosotros encima durante el ataque —dice.

Si las literas colapsaran, el bunker entero se vendría abajo y nos enterraría, pero decido que este tipo de lógica no va a ayudar realmente. En su lugar, limpio el cubo de almacenamiento y le hago a Buttercup una cama dentro. Luego, extiendo un colchón en frente para que mi hermana y yo lo compartamos.

Nos dan autorización para ir en pequeños grupos al baño y cepillarnos los dientes, aunque las duchas han sido canceladas durante ese día. Me hundo con Prim en el colchón, con dos capas de mantas porque la caverna emite un frío húmedo. Buttercup, miserable incluso con la atención constante de Prim, se acurruca en el cubo y exhala su aliento de gato en mi cara.

A pesar de las desagradables condiciones, me alegro de pasar tiempo con mi hermana. Mi preocupación extrema desde que llegué aquí—no, desde los primeros Juegos, en realidad—ha dejado poca atención para ella. No he estado vigilándola de la forma en que debería, de la forma en que solía hacerlo.

Después de todo, fue Gale el que comprobó nuestro compartimento, no yo. Busco algo para compensarla. Me doy cuenta de que nunca me he tomado la molestia de preguntarle sobre cómo está manejando el choque de venir aquí.

—¿Así que, te gusta el 13, Prim? —pregunto.

—¿Ahora mismo? —pregunta. Las dos nos reímos—. Echo de menos nuestra miserable casa a veces. Pero entonces recuerdo que no hay nada para echar de menos. Me siento más segura aquí. No tenemos que preocuparnos acerca de ti. Bueno, no del mismo modo. —Hace una pausa, y luego una tímida sonrisa cruza sus labios—. Creo que me están entrenando para ser médico.

Es la primera vez que la he oído hablar de esto.

—Bueno, por supuesto que lo hacen. Serían estúpidos sino lo hicieran.

—Ellos me han estado vigilando cuando ayudo en el hospital. Ya estoy tomando los cursos de médico. Son sólo cosas de principiantes. Ya aprendí muchas de ellas en casa. Sin embargo, tengo mucho que aprender —me dice.

—Eso está muy bien —le digo. Prim un médico. Ella ni siquiera podía soñar con eso en el 12. Algo pequeño y tranquilo, como un fósforo siendo encendido, ilumina la oscuridad dentro de mí. Esta es la clase de futuro que una rebelión podría traer.

—¿Y tú, Katniss? ¿Cómo lo estás manejando? —Su dedo se mueve en movimientos cortos y suaves entre los ojos de Buttercup—. Y no me digas que estás bien.

Es verdad. Cualquiera que sea lo opuesto a bien, es como estoy. Por lo tanto, sigo adelante y le cuento sobre Peeta, su deterioro en la pantalla, y cómo creo que deben de estar matándolo en este mismo momento. Buttercup tiene que depender de sí mismo por un rato, porque ahora Prim vuelve su atención hacia mí. Se pone más cerca de mí cepillando el pelo detrás de mis orejas con sus dedos. He dejado de hablar porque no hay realmente nada que decir y tengo este tipo de dolor perforador donde está mi corazón. Tal vez estoy teniendo un ataque al corazón, pero no parece digno de mención.

—Katniss, no creo que el presidente Snow vaya a matar a Peeta —dice. Por supuesto, ella dice esto; ya que piensa que es lo que puede calmarme. Pero sus

siguientes palabras vienen como una sorpresa—. Si lo hace, no tendrá a nadie al que tú quieras. Él no tiene ninguna otra forma de hacerte daño.

De repente, recuerdo a la otra chica, una que había visto todo lo malo que el Capitolio ofrecía. Johanna Mason, el tributo del Distrito 7, la última vez en la arena. Yo estaba tratando de evitar que ella fuera a la selva donde los charlajos imitaban las voces de tus seres queridos siendo torturados, pero ella me sacudió, diciendo: *"No pueden hacerme daño. Yo no soy como el resto de ustedes. No queda nadie a quien ame."*

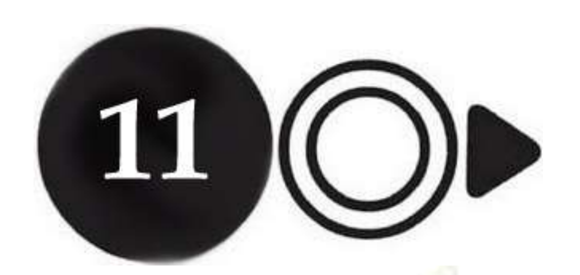
Entonces, sé que Prim está en lo cierto, que Snow no puede permitirse perder la vida de Peeta, sobre todo ahora, mientras que el Sinsajo causa tantos estragos. Ha matado a Cinna ya. Ha destruido mi casa. Mi familia, Gale, e incluso Haymitch están fuera de su alcance. Peeta es todo lo que tiene.

—Entonces, ¿qué piensas que va a hacer con él? —pregunto.

Prim suena como una anciana de mil años cuando habla.

—Lo que sea necesario para destrozarte.





Traducido por Cowdiem

Corregido por Sera

¿Qué me quebrará?

Esta es la pregunta que me consume durante los tres siguientes días mientras esperamos ser liberados de nuestra prisión de seguridad. ¿Qué es lo que me quebrará en millones de piezas de modo que esté más allá de poder ser reparada, más allá de la utilidad? No se lo he mencionado a nadie, pero devora mis horas despierta y se entreteje a través de mis pesadillas.

Cuatro misiles para bunkers cayeron durante este periodo, todos masivos, todos muy dañinos, pero no hay urgencia en el ataque. Las bombas se dispersan a lo largo de las largas horas de modo que, justo cuando piensas que el asalto se ha acabado, otra explosión manda ondas de conmoción a tus entrañas. Se siente más como si fueran diseñadas para mantenernos encerrados que para diezmar el 13. Estropear al distrito, sí. Darle a la gente mucho que hacer para poner al lugar a funcionar de nuevo. Pero ¿destruirlo? No. Coin tenía razón en ese punto. No destruyes lo que quieres adquirir en el futuro. Asumo que lo que ellos quieren de verdad, a corto plazo, es detener los asaltos a la cadena abierta y mantenerme fuera de las televisiones de Panem.

Recibimos casi nada de información respecto a lo que está pasando. Nuestras pantallas nunca se encienden, y sólo tenemos unas cortas actualizaciones de audio de parte de Coin sobre la naturaleza de las bombas. Ciertamente, la guerra aún está siendo librada, pero como su estatus, aún estamos en la oscuridad.

Dentro del bunker, la cooperación es la orden del día. Nos adherimos a un estricto programa de comidas y baños, ejercicio y sueño. Cortos periodos de socialización son otorgados para aliviar el tedio. Nuestro espacio se vuelve muy popular porque tanto niños como adultos tienen una fascinación con Buttercup. Él tiene categoría de celebridad con su juego de noche del Gato Loco. Lo creé por accidente unos pocos años atrás, durante el apagón de invierno.

Simplemente, agitas el haz de la linterna en el piso, y Buttercup trata de atraparlo. Soy lo bastante quisquillosa como para disfrutarlo porque pienso que lo hace ver estúpido. Inexplicablemente, todos aquí piensan que él es inteligente y encantador. Incluso se me ha otorgado un set especial de baterías, un desperdicio enorme, para ser usado en este propósito. Los ciudadanos del 13 están de verdad hambrientos por diversión.

Es en la tercera noche, durante nuestro juego, que respondo la pregunta que me ha estado carcomiendo. El Gato Loco se ha transformado en una metáfora de mi situación. Yo soy Buttercup. Peeta, la cosa que quiero obtener con todas mis fuerzas, es la luz. Siempre que Buttercup siente que tiene la oportunidad de atrapar la esquiva luz bajo sus patas, él esta erizado de forma agresiva. (Esa es la forma en la que he estado desde que dejé la arena, con Peeta vivo). Cuando la luz se va completamente, Buttercup está temporalmente inquieto y confundido, pero se recupera y se concentra en otras cosas. (Eso es lo que pasaría si Peeta muere) Pero la única cosa que pone a Buttercup en una caída en picado es cuando dejo la luz encendida, pero la pongo desesperanzadoramente fuera de su alcance, en lo alto de la pared, más allá incluso de sus habilidades de salto. Él se pasea bajo la pared, se lamenta, y no puede ser reconfortado o distraído. Él es inservible hasta que apago la luz. (Eso es lo que Snow está tratando de hacerme ahora, sólo que no sé cómo es su juego.)

Quizás este reconocimiento de mi parte es todo lo que Snow necesita. Pensar en que Peeta está en su posesión y siendo torturado para revelar información es malo. Pero pensar que está siendo torturado específicamente para incapacitarme es insoportable. Y es bajo el peso de esta revelación que de verdad comienzo a romperme.

Después del Gato Loco, nos vamos directo a la cama. La electricidad va y viene; a veces las lámparas se encienden con una brillantez completa, otras veces entrecerramos los ojos los unos a los otros en las caídas de tensión. A la hora de dormir, apagan las luces hasta casi la oscuridad y activan luces de seguridad en cada espacio. Prim, quien ha decidido que las paredes van a resistir, se acurruca con Buttercup en la litera inferior. Mi madre está en la superior. Ofrecí tomar una litera, pero ellas me mantienen en la cama que está en el piso porque me muevo demasiado cuando estoy durmiendo.

No me estoy moviendo ahora, como si mis músculos estuvieran rígidos con la tensión de mantenerme entera. El dolor sobre mi corazón vuelve, y desde él

imagino pequeñas fisuras esparciéndose por mi cuerpo. A través de mi torso, bajando por mis brazos y piernas, sobre mi rostro, dejándolo entrecruzado con grietas. Una buena sacudida de un misil para bunker y me puedo destrozar en extraños fragmentos afilados como dagas.

Cuando la intranquila y temblorosa mayoría se ha puesto a dormir, cuidadosamente me desenredo de mi manta y ando en puntas de pie a través de la caverna hasta que encuentro a Finnick, sintiendo por alguna razón inespecífica que él entenderá. Él está sentado bajo la luz de seguridad en su lugar, anudando su cuerda, ni siquiera fingiendo descansar. Mientras susurro mi descubrimiento del plan de Snow para destruirme, caigo en la cuenta. Esta estrategia son noticias viejas para Finnick. Es lo que lo destruyo a él.

—Esto es lo que ellos están haciendo contigo y con Annie, ¿cierto? —pregunto.

—Bueno, ellos no la arrestaron porque pensaran que era una gran cantidad de información de los rebeldes —dice él—. Ellos sabían que nunca me hubiera arriesgado a decirle nada sobre eso. Por su propia protección.

—Oh, Finnick. Lo siento —digo.

—No, yo lo siento. Que no te lo haya advertido de alguna forma —me dice.

Repentinamente, los recuerdos emergen. Estoy amarrada a mi cama, loca de rabia y tristeza después del rescate. Finnick está tratando de consolarme sobre Peeta.

—Ellos se darán cuenta de que él no sabe nada bastante rápido. Y no lo matarán si piensan que pueden usarlo contra ti.

—Si me lo advertiste, sin embargo. En el aerodeslizador. Sólo que cuando dijiste que usarían a Peeta contra mí, pensé que lo que querías decir era como cebo. Para atraerme al Capitolio de alguna forma —digo.

—No debería haber dicho ni siquiera eso. Era demasiado tarde para que eso pudiera haberte ayudado. Ya que no te lo había advertido antes del Quarter Quell, debería haberme callado el modo en que Snow opera. —Finnick tira del extremo de su cuerda, y un intrincado nudo se vuelve una línea recta nuevamente—. Es sólo que no lo entendí cuando te conocí. Después de tus primeros juegos, pensé que todo el romance era un acto de tu parte. Todos

esperábamos que continuaras con esa estrategia. Pero no fue hasta que Peeta golpeó el campo de fuerza y casi murió que yo… —Finnick duda.

Pienso en la arena nuevamente. Cómo sollocé cuando Finnick revivió a Peeta. La mirada curiosa en el rostro de Finnick. La forma en que él excusó mi comportamiento, culpando a mi presunto embarazo.

—¿Que tú qué?

—Que yo te había juzgado mal. Que lo amas. No estoy diciendo de qué forma. Quizás tú misma no lo sabes. Pero cualquiera poniendo atención podría ver cuánto te preocupas por él —dice amablemente.

¿Cualquiera? En la visita de Snow antes del Tour de la Victoria, él me desafío a borrar cualquier duda de mi amor por Peeta.

—Convénceme —dijo Snow. Parece, que bajo ese caliente cielo rosado con la vida de Peeta en el limbo, finalmente lo hice. Y haciéndolo, le di el arma que él necesitaba para destruirme.

Finnick y yo nos sentamos por un largo tiempo en silencio, mirando los nudos que florecen y se desvanecen, antes de que pueda preguntar:

—¿Cómo lo soportas?

Finnick me mira incrédulo.

—¡No lo hago, Katniss! Obviamente no. Me tiro a mí mismo desde las pesadillas cada noche y encuentro que no hay alivio en el despertar. —Algo en mi expresión lo detiene—. Mejor no rendirse a eso. Se necesita diez veces más tiempo en volver a ponerse de pie que en desmoronarse.

Bueno, él debe saber. Tomo un aliento profundo, forzándome a componerme.

—Cuanto más puedas distraerte a ti misma, mejor —dice—. La primera cosa es mañana, te conseguiremos tu propia cuerda. Hasta entonces, toma la mía.

Paso el resto de la noche en mi cama obsesivamente haciendo nudos, elevándolos para la inspección de Buttercup. Si alguno se ve sospechoso, él le da unos golpes en el aire y lo muerde unas pocas veces hasta asegurarse de que está muerto. En la mañana, mis dedos están heridos, pero aún lo soporto.

Con veinticuatro horas de silencio tras nosotros, Coin finalmente anuncia que podemos dejar el bunker. Nuestros viejos cuarteles han sido destruidos por el bombardeo. Todos deben seguir instrucciones exactas a sus nuevos compartimentos. Limpiamos nuestros lugares, como se nos es ordenado, y hacemos fila obedientemente hacia la puerta.

Antes de estar a mitad de camino ahí, Boggs aparece y me saca de la fila. Le hace señales a Gale y Finnick para que se nos unan. La gente se mueve a un lado para dejarnos pasar. Algunos incluso me sonríen ya que el juego del Gato Loco parece haberme hecho más adorable. Salimos por la puerta, subimos las escaleras, caminamos por el pasillo a uno de los ascensores multidireccionales, y finalmente llegamos a Defensa Especial. Nada en todo nuestro camino ha sido dañado, pero aún estamos a mucha profundidad.

Boggs nos hace pasar a una habitación virtualmente idéntica al Comando. Coin, Plutarch, Haymitch, Cressida, y todos alrededor de la mesa lucen exhaustos. Alguien finalmente ha liberado el café, aunque estoy segura de que es visto sólo como un estimulante de emergencia, y Plutarch tiene ambas manos apretadas fuertemente alrededor de su tazón como si en cualquier momento pudiera escaparse.

No hay conversaciones vanas.

—Los necesitamos a los cuatro con el traje puesto y sobre la tierra —dice la presidenta—. Tienen dos horas para conseguir algo de material de archivo mostrando el daño por el bombardeo, establecer que las unidades militares del 13 permanecen no sólo funcionales sino dominantes, y, lo más importante, que el Sinsajo aún está con vida. ¿Alguna pregunta?

—¿Podemos tomarnos un café? —pregunta Finnick.

Tazones humeantes son facilitados. Miro desagradablemente el brillante líquido negro, nunca habiendo sido una fan de la cosa realmente, pero pensando que me podría ayudar a mantenerme de pie. Finnick salpica algo de crema en mi tazón y me tiende el tazón de azúcar.

—¿Quieres un terrón de azúcar? —pregunta en su vieja voz seductora. Así es como nos conocimos, con Finnick ofreciéndome azúcar. Rodeados de caballos y carruajes, disfrazados y pintados para la multitud, antes de que fuéramos aliados. Antes de que tuviera idea de qué era lo que lo movía. El recuerdo

realmente saca una sonrisa en mí—. Aquí tienes, mejora el sabor —dice en su voz real, poniendo tres terrones en mi tazón.

Mientras me giro para ir a vestirme como el Sinsajo. Atrapo a Gale mirándonos a mí y a Finnick no muy feliz. ¿Qué pasa ahora? ¿De verdad él piensa que hay algo sucediendo entre nosotros? Quizás él me vio yendo hacia Finnick la noche anterior. Debo de haber pasado por el lugar de los Hawthorne para llegar ahí. Supongo que eso probablemente lo removió en la forma incorrecta. Yo buscando la compañía de Finnick en vez de la de él. Bueno, está bien. Tengo quemaduras de cuerda en mis dedos, apenas puedo mantener mis ojos abiertos, y el equipo de la cámara espera que haga algo brillante. Y Snow tiene a Peeta. Gale puede pensar lo que quiera.

En mi nueva sala de Remake en Defensa Especial, mi equipo de preparación me mete en el traje de Sinsajo, arregla mi cabello, y aplica el mínimo de maquillaje antes de que mi café se haya incluso enfriado. En diez minutos, el elenco y equipo de los siguientes propos están haciendo el camino de circuito hacia el exterior. Me trago el café mientras viajamos, encontrando que la crema y el azúcar mejoran el sabor de una manera fantástica. Mientras me bebo los restos que se habían asentado en el fondo del tazón, siento un suave zumbido comenzando a correr por mis venas.

Después de trepar por la escalera final, Boggs tira de una palanca que abre la puerta-trampa. El aire fresco entra. Tomo enormes tragos de él y por primera vez me permito sentir cuánto odie el bunker. Emergemos en los bosques, y mis manos pasan por las hojas que están arriba. Algunas recién están comenzando a cambiar.

—¿Qué día es? —pregunto a nadie el particular. Boggs me dice que Septiembre comienza la próxima semana.

Septiembre. Eso significa que Snow ha tenido a Peeta en sus garras por cinco, quizás seis semanas. Examino una hoja en mi palma y veo que estoy temblando. No puedo ordenarme detenerme. Culpo al café y me trato de focalizar en bajarle el ritmo a mi respiración, la cual está demasiado rápida para mi paso.

Escombros comienzan a sembrar el piso del bosque. Llegamos al primer cráter, treinta yardas de ancho y no puedo decir cuántas de profundidad. Muchas.

Boggs dice que cualquiera en los primeros diez niveles habría probablemente muerto. Bordeamos el agujero y continuamos.

—¿Pueden reconstruirlo? —Gale pregunta.

—No a corto plazo. Ese no destruyó mucho. Unos cuantos generadores de respaldo y una granja agrícola —dice Boggs—. Sólo vamos a separarla.

Los árboles desaparecen mientras entramos en el área dentro de la reja. Los cráteres están rodeados por una mezcla de escombros nuevos y viejos. Antes del bombardeo, muy poco del actual 13 estaba sobre la tierra. Unas pocas estaciones de guardia. El área de entrenamiento. Casi a un pie del piso superior de nuestro edificio—donde la ventana de Buttercup sobresalía—con varios pies de acero sobre ella. Incluso eso no estaba diseñado para soportar algo más que un ataque superficial.

—¿Cuánto más de margen les dio el aviso del chico? —pregunta Haymitch.

—Como diez minutos antes de que nuestros propios sistemas hubieran detectado los misiles —dice Boggs.

—Pero ayudó, ¿cierto? —pregunto. No puedo soportar si dice que no.

—Absolutamente —Boggs responde—. La evacuación de los civiles fue completa. Los segundos cuentan cuando estás bajo ataque. Diez minutos significan vidas salvadas.

Prim, pienso. Y Gale. Ellos estaban en el bunker sólo unos pocos minutos antes de que el primer misil golpeara. Peeta los habría salvado. Añado sus nombres a la lista de cosas que nunca podré dejar de deberle.

Cressida tenía la idea de filmarme en frente de las ruinas del viejo Edificio de Justicia, el cual es algo así como una broma, ya que el Capitolio ha estado usándolo como telón de fondo para falsas nuevas emisiones por años, para mostrar que el distrito ya no existía. Ahora, con el ataque reciente, el edificio de Justicia se posicionaba a unas diez yardas del límite de un nuevo cráter.

Mientras nos acercamos a lo que solía ser la entrada principal, Gale apunta a algo y toda la fiesta se calma. No entiendo cuál es el problema al comienzo y luego veo la tierra sembrada con rosas frescas rojas y rosadas.

—¡No las toquen! —grito—. ¡Están ahí para mí!

El repugnantemente dulce olor golpea mi nariz, y mi corazón comienza a golpear contra mi pecho. Así que no lo imaginé. La rosa en mi vestidor. Ante mí yace el segundo envío de Snow. Bellezas rosadas y rojas de largo tallo, las mismas flores que decoraban el estudio donde Peeta y yo montamos nuestra entrevista posterior a la victoria. Flores no destinadas para uno, sino para un par de amantes.

Le explico a los otros lo mejor que puedo. Después de la inspección, parecen ser inofensivas, aunque genéticamente mejoradas, flores. Dos docenas de rosas. Un poco marchitas. Probablemente dejadas después del último bombardeo. Un equipo en trajes especiales las colecta y las aleja. Estoy segura de que no encontrarán nada extraordinario en ellas, sin embargo. Snow sabe exactamente lo que me está haciendo. Es como haber visto a Cinna molido a golpes mientras yo miraba desde mi tubo de tributo. Diseñado para trastornarme.

Como entonces, trato de recuperarme y luchar contra eso. Pero mientras Cressida pone a Castor y Pollux en su lugar, siento mi ansiedad creciendo. Estoy tan cansada, tan alterada, y tan incapaz de mantener mi mente en nada salvo Peeta desde que he visto las rosas. El café fue un enorme error. Yo no necesitaba un estimulante. Mi cuerpo tiembla visiblemente y no parece posible que pueda recuperar el aliento. Después de días en el bunker, estoy mirando con los ojos entrecerrados sin importar en la dirección que me gire, y la luz duele. Incluso en la fría brisa, el sudor corre por mi rostro.

—Así que, ¿qué exactamente necesitas que haga de nuevo? —pregunto.

—Sólo unas pocas líneas rápidas que muestren que estás viva y todavía luchando —dice Cressida.

—Bien. —Tomo mi posición y entonces estoy mirando fijamente la luz roja. Fijamente. Fijamente—. Lo siento, no tengo nada.

Cressida camina hacia mí.

—¿Te sientes bien? —asiento. Ella saca un pequeño pañuelo de su bolsillo y seca mi rostro—. ¿Qué tal si hacemos la antigua cosa de pregunta respuesta?

—Sí. Eso ayudaría, creo. —Cruzo mis brazos para esconder el temblor. Le doy una mirada a Finnick, quien eleva sus pulgares. Pero él se ve bastante tembloroso también.

Cressida está en posición de nuevo.

—Así que, Katniss. Has sobrevivido al bombardeo del Capitolio al 13. ¿Cómo se compara al que viviste sobre tierra en el Ocho?

—Estábamos bastante bajo tierra esta vez, no había ningún peligro realmente. El 13 está vivo y bien y de la misma forma… —Mi voz se corta en un seco sonido similar a un chirrido.

—Intenta la línea de nuevo —dice Cressida—. El Trece está vivo y bien, y de la misma forma estoy yo.

Tomo un respiro, tratando de forzar al aire dentro de mi diafragma.

—El Trece está vivo y de la misma… —No, eso está mal. Juro que todavía puedo oler esas rosas.

—Katniss, sólo esta línea y estás lista por hoy. Lo prometo —dice Cressida—. El 13 está vivo y bien, y de la misma forma estoy yo.

Balanceo mis brazos para relajarme un poco. Pongo mis puños en mis caderas. Luego los dejo caer a mis costados. La saliva está llenando mi boca a una velocidad ridícula y siento el vómito en mi garganta. Trago con fuerza y abro mis labios de modo que pueda decir la estúpida línea y poder esconderme en los bosques y… es entonces cuando empiezo a llorar.

Es imposible ser el Sinsajo. Imposible completar incluso esa única frase. Porque ahora sé que todo lo que digo será directamente cobrado en Peeta. Resulta en su tortura. Pero no en su muerte, no, nada tan piadoso como eso. Snow se asegurará de que su vida sea mucho peor que la muerte.

—Corten —escucho que Cressida dice suavemente.

—¿Qué es lo que le pasa? —Plutarch dice bajo su aliento.

—Ella se ha dado cuenta de qué forma Snow está usando a Peeta —dice Finnick.

Hay algo así como un suspiro colectivo de remordimiento en el semicírculo de gente repartida a mi alrededor. Porque ahora sé esto. Porque nunca habrá una forma para que yo no lo sepa de nuevo. Porque, detrás de la desventaja militar que perder a un Sinsajo implica, estoy destruida.

Muchos pares de brazos podrán abrazarme. Pero al final, la única persona que de verdad quiero que me conforte es Haymitch, porque él quiere a Peeta también. Me estiro hacia él y digo algo como su nombre y él está ahí, sosteniéndome y golpeteando mi espalda.

—Está bien. Pasará, cariño. —Él me sienta en un larguero de mármol roto y mantiene un brazo a mi alrededor mientras sollozo.

—No puedo seguir haciendo esto —digo.

—Lo sé —dice.

—¡Todo en lo que puedo pensar es… en lo que él va a hacerle a Peeta, porque yo soy el Sinsajo! —dejo salir.

—Lo sé. —El brazo de Haymitch se aprieta a mí alrededor.

—¿Viste? ¿Lo extraño que actuó? ¿Qué le están… haciendo? —Estoy jadeando por aire entre los sollozos, pero me las arreglo para una última frase—. ¡Es mi culpa! —Y luego cruzo algún punto hacia la histeria y hay una aguja en mi brazo y el mundo se desliza alejándose.

Debe ser fuerte, lo que sea que me administraron, porque es un día totalmente nuevo cuando vuelvo en sí. Mi sueño no fue pacifico sin embargo. Tengo la sensación de estar emergiendo desde un mundo de oscuridad, lugares encantados donde viajo sola. Haymitch está sentado en la silla junto a mi cama, su piel del color de la cera, sus ojos inyectados en sangre. Recuerdo sobre Peeta y el temblor comienza de nuevo.

Haymitch se acerca y aprieta mi hombro.

—Está bien. Trataremos de sacar a Peeta.

—¿Qué? —Eso no tiene sentido.

—Plutarch va a enviar un equipo de rescate. Tiene gente dentro. Él piensa que podemos traer a Peeta de vuelta vivo —dice.

—¿Por qué no lo hicimos antes? —digo.

—Porque es costoso. Pero todos están de acuerdo que es lo que se tiene que hacer. Es la misma decisión que tomamos en la arena. Hacer lo que cueste para mantenerte andando. No podemos perder al Sinsajo ahora. Y tú no puedes jugar tu papel a menos que sepas que Snow no puede descargarse con Peeta. —Haymitch me ofrece un tazón—. Toma, bebe algo.

Lentamente, me siento y tomo un sorbo de agua.

—¿Qué quieres decir con costoso?

Él se encoje de hombros.

—Las cubiertas serán removidas. Gente puede morir. Pero ten en mente que están muriendo cada día. Y no es por Peeta; vamos a sacar a Annie para Finnick también.

—¿Dónde está él? —pregunto.

—Detrás de esa pantalla, durmiendo su sedante. Se volvió loco justo después de que te noqueamos —dice Haymitch. Sonrío un poco, sintiéndome un poco menos débil—. Si, fue un disparo realmente excelente. Ustedes dos se rompieron y Boggs se fue a organizar la misión para buscar a Peeta. Estamos oficialmente en reestrenos.

—Bueno, si Boggs está liderándola, eso es una ventaja —digo.

—Oh, él está a la cabeza. Era sólo por voluntariado, pero fingió no darse cuenta de mí agitando la mano en el aire —dice Haymitch—. ¿Ves? Él ya ha demostrado tener buen juicio.

Algo está mal. Haymitch está tratando un poco mucho de alegrarme. No es realmente su estilo.

—Así qué, ¿quién más es voluntario?

—Creo que había siete en total —él dice evasivamente.

Tengo un mal presentimiento en la boca de mi estómago.

—¿Quién más, Haymitch? —insisto.

Haymitch finalmente descarta el acto de ser afable.

—Tú sabes quién más, Katniss. Sabes quién dio un paso al frente primero.

Por supuesto que lo sé.

Gale.





Traducido por Ellie

Corregido por Sera

Hoy, tal vez los pierda a ambos.

Intento imaginar un mundo donde las voces de Gale y de Peeta ya no existan. Mis manos están quietas. Mis ojos están fijos. Estoy de pie delante de sus cuerpos, dándoles un último vistazo, dejando el cuarto donde están. Pero cuando abro la puerta para dar un paso fuera hacia el mundo, sólo encuentro un vacío tremendo. Una inmensa y pálida nada, que es todo lo que mi futuro promete.

—¿Quieres que ordene que te mantengan sedada hasta que termine? —pregunta Haymitch. Y no está bromeando. Este es un hombre que pasó su vida adulta en el fondo de una botella, intentando anestesiarse contra los crímenes del Capitolio. El chico de dieciséis años que ganó el segundo Quarter Quell debe de haber tenido personas que amaba (familia, amigos, una novia quizá), personas por las cuales luchó para volver a ver. ¿Dónde están ellos ahora? ¿Cómo es que hasta que Peeta y yo nos convertimos en su responsabilidad, no había absolutamente nadie en su vida? ¿Qué hizo Snow con ellos?

—No —digo—. Quiero ir al Capitolio. Quiero formar parte de la misión de rescate.

—Ya se fueron —dice Haymitch.

—¿Hace cuánto tiempo se fueron? Podría alcanzarlos. Podría...

¿Qué? ¿Qué podría hacer yo?

Haymitch sacude la cabeza.

—Nunca sucederá. Eres demasiado valiosa y demasiado vulnerable. Se hablaba acerca de enviarte a otro distrito para desviar la atención del Capitolio mientras se produce el rescate. Pero nadie pensó que podrías manejarlo.

—¡Por favor, Haymitch! —Estoy rogando ahora—. Tengo que hacer algo. No puedo sólo sentarme aquí y esperar a oír si murieron. ¡Debe haber algo que pueda hacer!

—De acuerdo. Déjame hablar con Plutarch. Tú quédate aquí.

Pero no puedo. Los pasos de Haymitch aún resuenan en el vestíbulo cuando paso a través de la abertura en la cortina divisoria para encontrar a Finnick extendido sobre su estómago, sus manos sujetas a su almohada. Aunque es cobarde, incluso cruel, despertarlo de la tierra débil y oscura de las drogas y traerlo a la dura realidad, lo hago, porque no puedo soportar enfrentarme a esto sola.

Mientras le explico nuestra situación, su agitación inicial baja misteriosamente.

—¿No lo ves, Katniss? Esto decidirá las cosas. De una manera o de otra. Para cuando termine el día, ellos estarán muertos o con nosotros. ¡Es... es más de lo que podríamos soñar!

Bien, esa es una visión alegre de nuestra situación. Y, aun así, hay algo tranquilizador en la idea de que este tormento podría terminar.

La cortina se abre y aparece Haymitch. Tiene un trabajo para nosotros, si podemos manejarlo. Aún necesitan imágenes post-bombardeo del Distrito 13.

—Si podemos conseguirlo en las próximas horas, Beetee puede transmitirlo en el momento del rescate, y quizá mantener la atención del Capitolio en otra parte.

—Sí, una distracción —dice Finnick—. Una clase de señuelo.

—Lo que realmente necesitamos es algo tan fuerte que ni el Presidente Snow podrá romper. ¿Tienes algo como eso? —me pregunta Haymitch.

Tener un trabajo que quizás ayude a la misión me permite enfocarme. Mientras devoro el desayuno y me preparo, intento pensar en lo que diré. El Presidente Snow debe estar preguntándose cómo ese piso ensangrentado y sus rosas me afectan. Si desea verme destruida, entonces tendré que estar entera. Pero creo que no lo convenceré de nada gritando un par de líneas desafiantes a la cámara. Además, eso no le ganará tiempo al equipo de rescate. Los arrebatos son cortos. Son las historias las que toman tiempo.

No sé si funcionará, pero cuando el equipo de televisión estuvo todo reunido en la superficie, le pregunté a Cressida si podría empezar preguntándome acerca de Peeta. Tomo asiento en el pilar de mármol caído donde tuve el ataque de histeria, y espero por la luz roja y la pregunta de Cressida.

—¿Cómo conociste a Peeta? —pregunta.

Y entonces hago lo que Haymitch ha deseado que hiciera desde mi primera entrevista. Dejo caer todas mis defensas.

—Cuando conocí a Peeta, yo tenía once años, y estaba casi muerta. —Hablo acerca de ese día atroz cuando traté de vender la ropa de bebé bajo la lluvia, acerca de cómo la madre de Peeta me echó de la puerta de la panadería, y cómo él recibió una paliza para traerme los panes que salvaron nuestras vidas—. Nosotros ni siquiera habíamos hablado. La primera vez que jamás hablé con Peeta fue en el tren, en camino a los Juegos.

—Pero él ya estaba enamorado de ti —dice Cressida.

—Supongo que sí. —Me permito dar una pequeña sonrisa.

—¿Cómo estás lidiando con la separación? —Pregunta.

—Mal. Sé que en cualquier momento Snow podría matarlo. Especialmente desde que él advirtió al Distrito 13 acerca del bombardeo. Es algo terrible con lo que vivir —digo—. Pero a causa de lo que le están haciendo, ya no tengo reservas. Acerca de hacer lo que sea necesario para destruir al Capitolio. Finalmente, soy libre. —Giro mi mirada hacia el cielo y miro el vuelo de un halcón sobre mí—. El Presidente Snow una vez me confesó que el Capitolio era frágil. En aquel momento, no supe lo que significaba. Era difícil para mí ver claramente porque estaba tan atemorizada. Ahora ya no lo estoy. El Capitolio es frágil porque depende de los Distritos para todo. Alimento, energía, incluso los Agentes de la paz que nos custodian. Si declaramos nuestra libertad, el Capitolio se caerá a pedazos. Presidente Snow, gracias a usted, hoy declaro oficialmente la mía.

Ha sido suficiente, sino deslumbrante. Todos aman la historia del pan. Pero es mi mensaje al Presidente Snow el que consigue que las ruedas en el cerebro de Plutarch comiencen a girar. Llama apresuradamente a Finnick y a Haymitch, y mantienen una breve pero intensa conversación, con la que veo que Haymitch

no está feliz. Plutarch parece ganar... Finnick luce pálido, pero asiente con la cabeza cuando terminan.

Mientras Finnick se mueve para tomar mi asiento ante la cámara, Haymitch le dice: —No tienes que hacer esto.

—Sí, tengo que hacerlo. Si eso va a ayudarla. —Finnick ovilla la cuerda en su mano—. Estoy listo.

No sé qué esperar. ¿Una historia de amor acerca de Annie? ¿Un reporte de los abusos en el Distrito 4? Pero Finnick Odair toma una perspectiva completamente diferente.

—El Presidente Snow solía... venderme... mi cuerpo —Finnick empieza en un tono plano y distante—. Yo no fui el único. Si un vencedor es considerado deseable, el presidente lo ofrece como una recompensa o permite que las personas puedan comprarlos por una cantidad exorbitante de dinero. Si te niegas, mata a alguien a quien amas. Entonces lo haces...

Eso lo explica, entonces. El desfile de amantes en el Capitolio de Finnick. Nunca fueron verdaderos amantes. Sólo personas como nuestro viejo Agente de la paz en jefe, Cray, quien compraba chicas desesperadas para devorar y desechar sólo porque podía hacerlo. Quiero interrumpir la grabación y pedirle perdón a Finnick por cada pensamiento falso que jamás tuve acerca de él. Pero tenemos un trabajo que hacer, y presiento que el papel de Finnick será mucho más efectivo que el mío.

—Yo no fui el único, pero fui el más popular —dice—. Y quizás el más indefenso, porque las personas que amaba eran tan indefensas. Para hacerse a sí mismos sentir mejor, mis patrocinadores me daban regalos de dinero o joyas, pero yo encontré un modo de pago mucho más valioso.

Secretos, pienso. Eso es con lo que Finnick me dijo que sus amantes le pagaban, sólo que yo pensé que todo el arreglo era por elección propia.

—Secretos —dice, haciendo eco de mis pensamientos—. Y aquí es donde querrá permanecer sintonizado, Presidente Snow, porque muchos de ellos eran acerca de usted. Pero comencemos con algunos de los otros.

Finnick comienza a tejer un tapiz tan rico de detalles, de los que no puedes dudar de su autenticidad. Relatos de extraños apetitos sexuales, traiciones, avaricia insondable, y sangrientos juegos de poder. Secretos borrachos susurrados sobre una almohada húmeda a altas horas de la noche. Finnick fue alguien comprado y vendido. Un esclavo de distrito. Uno muy guapo, ciertamente, pero, en la realidad, inocuo. ¿A quién podía contárselo? ¿Y quién le creería si lo hiciera? Pero algunos secretos son demasiado deliciosos como para no compartirlos. Yo no conozco a las personas que Finnick nombra, (todos parecen ser ciudadanos prominentes del Capitolio), pero sé, a partir de escuchar la cháchara de mi equipo preparatorio, la atención que el tropiezo de juicio más pequeño puede atraer. Si un mal corte de cabello puede llevar a horas de chisme, ¿qué conseguirán las acusaciones de incesto, puñales en la espalda, chantaje, y demás delitos? Pero, aún mientras las ondas de shock y recriminación caen sobre el Capitolio, las personas allí esperarán, como yo lo hago ahora, por saber el secreto del Presidente.

—Y ahora, es el turno de nuestro buen Presidente Coriolanus Snow —dice Finnick—. Un hombre tan joven cuando subió al poder. Y tan listo como para mantenerlo. ¿Cómo, uno podría llegar a preguntarse, lo hizo? Una palabra. Eso es todo lo que realmente necesitas saber: Veneno. —Finnick se remonta a la ascensión política de Snow, de la cual yo no sé nada, y recorre su camino hasta el presente, indicando caso tras caso de muertes misteriosas de los adversarios de Snow o, aún peor, de aquellos aliados que tenían el potencial para convertirse en amenazas. Personas cayendo muertas en un banquete o muy lentamente, decayendo inexplicablemente durante un período de meses. Culpando al marisco en mal estado, a un virus evasivo, o a una debilidad pasada por alto en la aorta. Snow bebiendo de la copa envenenada él mismo para desviar las sospechas. Pero los antídotos no siempre funcionan. Dicen que es por eso que lleva las rosas que apestan a perfume. Dicen que es para cubrir el olor de la sangre de las llagas en su boca que nunca curarán. Dicen, dicen, dicen... Snow tiene una lista, y nadie sabe quién será el siguiente.

Veneno. El arma perfecta para una serpiente.

Considerando que mi opinión del Capitolio y su noble presidente es ya tan baja, no puedo decir que las acusaciones de Finnick me sorprendan. Parecen tener mucho más efecto en los rebeldes desplazados del Capitolio, como mi equipo de preparación, y Fulvia... incluso Plutarch reacciona ocasionalmente en

sorpresa, quizá preguntándose cómo una golosina específica lo pasó por alto. Cuando Finnick termina, simplemente mantienen las cámaras rodando, hasta que finalmente tiene que ser él quien dice "corten".

El equipo se apresura dentro para editar el material, y Plutarch lleva a Finnick a un lado para hablar, probablemente para saber si tiene más historias. Me quedo junto a Haymitch en los escombros, preguntándome si el destino de Finnick habría llegado a ser el mío algún día. ¿Por qué no? Snow podría haber conseguido un precio realmente bueno por la chica en llamas.

—¿Es eso lo que te sucedió a ti? —le pregunto a Haymitch.

—No. Mi madre y mi hermano menor. Mi chica. Todos estaban muertos dos semanas después de que fui coronado vencedor. Por el truco que hice con el campo de fuerza —contesta—. Snow no tenía a nadie para utilizar en mi contra después de eso.

—Me sorprende que simplemente no te hubiera matado —digo.

—Oh, no. Yo fui el ejemplo. El ejemplo a tener en cuenta por los pequeños Finnicks y Johannas y Cashmeres. De lo que podría sucederle a un vencedor que causaba problemas —dice Haymitch—. Pero él sabía que no tenía nada con qué amenazarme.

—Hasta que llegamos Peeta y yo —digo suavemente. Ni siquiera consigo un encogimiento de hombros en respuesta.

Con nuestro trabajo terminado, no nos queda nada por hacer a Finnick y a mí más que esperar. Tratamos de llenar los eternos minutos en Defensa Especial. Atando nudos. Empujando nuestro almuerzo alrededor en nuestros platos. Volando cosas en el campo de tiro. Ante el peligro de descubrimiento, ninguna comunicación viene del equipo de salvamento. A las 15:00, la hora designada, nos paramos tensos y silenciosos en el fondo de un cuarto lleno de pantallas y computadoras, y observamos a Beetee y a su equipo intentando dominar las transmisiones. Su usual distracción nerviosa es reemplazada por una determinación que jamás he visto. La mayor parte de mi entrevista no sobrevive al corte, sólo lo suficiente para mostrar que estoy viva y aún desafiante. Es la historia sagaz y ensangrentada de Finnick acerca del Capitolio lo que se roba el día. ¿Acaso las habilidades de Beetee están mejorando? ¿O están sus adversarios en el Capitolio un poco demasiado fascinados como para querer

cortar a Finnick? Durante los próximos sesenta minutos, la transmisión del Capitolio se alterna entre el noticiario estándar de la tarde, Finnick, y las tentativas por cortarlo todo. Pero el equipo tecno-rebelde logra opacar a sus oponentes, y, en un verdadero golpe, mantiene el control durante casi todo el ataque a Snow.

—¡Déjenlo ir! —dice Beetee, levantando las manos, dejando nuevamente la transmisión en manos del Capitolio. Se refriega la cara con una tela—. Si no salieron de allí todavía, entonces están todos muertos. —Gira su silla para ver a Finnick y a mí reaccionando ante sus palabras—. Aunque fue un buen plan. ¿Plutarch se los enseñó?

Claro que no. Beetee nos lleva a otro cuarto y nos muestra cómo el equipo, con la ayuda de infiltrados rebeldes, intentarían —intentaron— libertar a los vencedores de una prisión subterránea. Parece haber implicado gas paralizante por el sistema de ventilación, un fallo del suministro eléctrico, la detonación de una bomba en un edificio del gobierno ubicado a varias millas de la prisión, y ahora la interrupción de la transmisión televisiva. Beetee estaba feliz de que encontráramos al plan algo difícil de seguir, porque entonces nuestros enemigos lo harían también.

—¿Como tu trampa de electricidad en la arena? —pregunto.

—Exactamente. ¿Y ves cómo de bien funcionó eso? —dice Beetee.

Bueno... no realmente, pienso.

Finnick y yo intentamos ubicarnos en el Comando, donde sin duda llegarán primero las noticias del rescate, pero se nos impide entrar porque serios asuntos de guerra se están llevando a cabo. Nos negamos a abandonar Defensa Especial, y terminamos en el cuarto de los colibríes, esperando por noticias.

Hacer nudos. Hacer nudos. Ninguna palabra. Hacer nudos. Tic-tac. Esto es un reloj. No pienses en Gale. No pienses en Peeta. Hacer nudos. No queremos la cena. Dedos sangrientos y al rojo vivo. Finnick finalmente se da por vencido y asume la posición encorvada que hizo en la arena cuando los charlajos nos atacaron. Perfecciono mi soga miniatura.

La letra de "El Árbol de la Ejecución" vuelve a reproducirse en mi cabeza. Gale y Peeta. Peeta y Gale.

—¿Amaste a Annie en seguida, Finnick? —pregunto.

—No. —Pasa mucho tiempo antes de que agregue—: Ella creció de a poco dentro de mí.

Busco en mi corazón, pero en este momento, la única persona que puedo sentir trepando dentro de mí es Snow.

Debe ser medianoche, debe ser mañana cuando Haymitch abre la puerta.

—Regresaron. Nos necesitan en el hospital. —Mi boca se abre con una inundación de preguntas, que él corta cuando dice—: Eso es todo lo que sé.

Quiero correr, pero Finnick actúa tan extraño, como si hubiera perdido la capacidad de moverse, así que lo tomo de la mano y lo dirijo como a un niño pequeño. A través de Defensa Especial, dentro del elevador, y hacia el ala del hospital. El lugar está hecho un alboroto, con médicos que gritan órdenes y heridos siendo empujados a través de los vestíbulos en sus camas.

Somos golpeados de refilón por una camilla transportando a una joven mujer demacrada inconsciente con la cabeza rasurada. Su piel muestra magulladuras y costras. Johanna Mason. Quien realmente sabía secretos de los rebeldes. O, por lo menos, el que me involucraba a mí. Y así es como ha pagado por ello.

A través de una puerta, veo a Gale, desnudo hasta la cintura, con sudor corriendo por su cara mientras un médico le quita algo de debajo del omóplato con un gran par de pinzas. Herido, pero vivo. Llamo su nombre y comienzo a ir hacia él, hasta que una enfermera me empuja.

—¡Finnick! —Algo entre un chillido y un grito de alegría. Una hermosa aunque algo despeinada joven mujer, de enredados cabellos oscuros, y ojos verde mar, corre hacia nosotros envuelta en nada más que una sábana—. ¡Finnick! —Y, de repente, es como si no existiera nadie más en el mundo que ellos dos, chocando con todo en su camino hasta alcanzarse el uno al otro. Chocan, se abrazan, pierden el equilibrio, y se azotan contra una pared, donde permanecen. Convirtiéndose en un solo ser. Indivisible.

Una punzada de celos me golpea. No por Finnick ni Annie, sino por su certeza. Nadie que los viera ahora podría dudar de su amor.

Boggs, luciendo un poco peor que de costumbre pero ileso, se encuentra con Haymitch y conmigo.

—Los recuperamos a todos. Excepto a Enobaria. Pero como ella es del Distrito 2, dudamos que hubiese sido mantenida como rehén de todos modos. Peeta está al final del pasillo. Los efectos del gas están diluyéndose. Deberías estar allí cuando despierte.

Peeta.

Sano y salvo, bueno, quizá no sano, pero vivo y aquí. Lejos de Snow. A salvo. Aquí. Conmigo. En un minuto, podré tocarlo. Ver su sonrisa. Oír su risa.

Haymitch me sonríe.

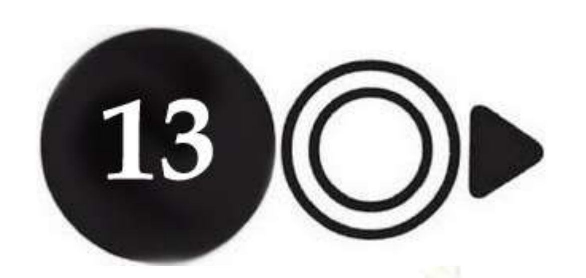
—Anda, entonces —dice.

Me siento mareada mientras camino. ¿Qué le diré? Ah, ¿qué importa lo que le diga? Peeta estará estático, no importa lo que haga. Él probablemente me besará de todos modos. Me pregunto si se sentirá como esos últimos besos en la playa de la arena, esos besos en los que no me he permitido pensar hasta este momento.

Peeta ya está despierto, sentándose en el lado de la cama, luciendo desorientado mientras un trío de médicos lo inspecciona, alumbrando sus ojos, verificando su pulso. Me siento decepcionada por no haber sido la primera cara que vio cuando despertó, pero él me ve ahora. Su rostro registra incredulidad y algo más intenso que no puedo identificar exactamente. ¿Deseo? ¿Desesperación? Seguramente ambos, ya que aleja a los médicos, se pone de pie, y camina hacia mí. Corro para encontrarlo, mis brazos extendidos para abrazarlo. Sus manos se alzan hacia mí también, para acariciar mi rostro, pienso.

Mis labios están formando su nombre cuando sus dedos se cierran fuertemente alrededor de mi garganta.





Traducido por Kanon ♪♫♪

Corregido por Ellie

El frío cuello ortopédico roza mi cuello y hace el estremecimiento más difícil de controlar. Al menos, ya no estoy en el tubo claustrofóbico. Mientras las máquinas hacen clic y zumban a mi alrededor, estoy escuchando una voz incorpórea que me dice que permanezca inmóvil mientras intento convencerme de que aún puedo respirar. Incluso ahora, cuando me han asegurado que no habrá daño permanente, tengo ansias por aire.

Las principales preocupaciones del equipo médico —daño en mi médula espinal, vías respiratorias, venas y arterias—, han sido disipadas. Cardenales, ronquera, dolor en la laringe, esta tos un poco extraña, nada por lo que preocuparse. Todo estará bien. El Sinsajo no perderá su voz. Quiero preguntar si es el doctor quien determina si estoy perdiendo la cabeza. Sólo que se supone que no tengo que hablar ahora. Ni siquiera podré agradecerle a Boggs cuando venga a verme para chequearme y decirme que él ha visto heridas peores entre los soldados cuando dan clases de estrangulamiento en los entrenamientos.

Boggs fue el que noqueó a Peeta de un golpe antes de que pudiera hacerme cualquier daño permanente. Sé que Haymitch hubiera venido en mi defensa si no hubiese estado tan desprevenido. Pero nosotros hemos estado tan obsesionados con socorrer a Peeta, torturado en las manos del Capitolio, que la alegría de verlo de vuelta nos cegó. Si hubiera tenido una reunión privada con Peeta, él me habría matado. Ahora que está trastornado.

No, él no está trastornado, me recuerdo. *Hijacking*. Esta es la palabra que oí decir a Plutarch y Haymitch cuando estuve en silla de ruedas en el pasillo. Hijacking. No sé lo que eso quiera decir.

Prim, quién apareció momentos después del ataque, y se ha quedado tan cerca de mí como es posible desde entonces, extiende otra manta encima de mí.

—Creo que ellos van a quitarte el cuello pronto, Katniss. No tendrás tanto frío entonces. —Mi madre, que está ayudando en una cirugía complicada, aún no está informada acerca del ataque de Peeta. Prim toma una de mis manos, que está apretada en un puño, y la masajea hasta que se abre y la sangre comienza a fluir por mis dedos otra vez. Ella comienza sobre el segundo puño cuando los doctores se presentan, me quitan el cuello, y me dan un trago de algo para el dolor y la hinchazón. Me quedo acostada, como si estuviera atada, con el cuello inmóvil, sin tocar las lesiones de mi cuello.

Plutarch, Haymitch, y Beetee han estado en la sala de los médicos esperando la autorización para verme. No sé si le han dicho a Gale, pero como él no está aquí, supongo que no. Plutarch hace salir a los doctores y también se lo ordena a Prim, pero ella dice:

—No. Si usted me fuerza a marcharme, iré directamente a cirugía y le contaré a mi madre todo lo que está pasando. Y, le advierto, ella no cree gran parte de este juego sobre salvar la vida de Katniss. Especialmente, cuando se ha cuidado tan mal de ella.

Plutarch se ve ofendido, pero Haymitch se ríe.

—Yo lo dejaría pasar, Plutarch —dice él. Prim se queda.

—De modo que, Katniss, la condición de Peeta ha sido un shock para todos nosotros —dice Plutarch—. No hemos podido dejar de notar su deterioro en las últimas dos entrevistas. Claramente, ha sido objeto de abusos, y su estado psicológico se reduce a eso. Ahora, creemos que está sucediendo algo más. Que el Capitolio lo ha estado sometiendo a una técnica poco común conocida como Hijacking. ¿Beetee?

—Lo siento —dice Beetee—, pero no puedo darte detalles de todo eso, Katniss. El Capitolio es muy reservado sobre esa forma de tortura, y creo que los resultados son contradictorios. El termino hijack proviene de la antigua palabra inglesa que significa “capturar”, o mejor aún, “secuestrar”. Nosotros creemos que fue elegido porque consiste en el uso del veneno de rastrevíspulas, y eso apunta al hijack. Tú fuiste picada en tus primeros Juegos del Hambre, por lo que, a diferencia de la mayoría de nosotros, tienes el conocimiento de primera mano de los efectos del veneno.

Terror. Alucinaciones. Visiones de pesadilla acerca de perder a los que amo. Debido a que el veneno tiene como objetivo la parte del cerebro que alberga el miedo.

—Estoy seguro de que recuerdas lo espantoso que fue. ¿También sufriste confusión mental como secuela? —pregunta Beetee—. ¿Una sensación de ser incapaz de juzgar qué era verdadero y qué era falso? La mayoría de la gente que ha sido picada y sobrevivido para contarlo, han hecho un informe de algo por el estilo.

Sí. Aquel encuentro con Peeta. Incluso después de estar lúcida, no estaba segura de si él había salvado mi vida engañando a Cato, o si me lo había imaginado todo.

—Nuestra memoria se entorpece porque los recuerdos pueden ser cambiados. —Beetee golpea ligeramente su frente—. Trajo a flote recuerdos, que se alteran, y los guardó nuevamente en una forma modificada. Ahora imagina que yo te pido que recuerdes algo, ya sea por una sugerencia verbal o por ver una cinta con el suceso, y mientras que aquella experiencia se refresca, te doy una dosis de veneno de rastrevíspula. No es lo suficiente para perder el conocimiento por tres días. Sólo lo suficiente para influir en tu memoria con miedo y duda. Y eso es lo que tu cerebro pone en el almacenaje de largo plazo.

Comienzo a sentirme enferma. Prim hace la pregunta que estaba en mi mente.

—¿Eso es lo que han hecho con Peeta? ¿Tomar sus recuerdos de Katniss y distorsionarlos tanto que le dan miedo?

Beetee asiente con la cabeza.

—Tanto miedo, que él te ve como una amenaza a su vida. Que él podría incluso intentar matarte. Sí, esa es nuestra teoría actual.

Cubro mi cara con mis brazos porque esto no puede estar sucediendo. Esto no es posible. Hacer que Peeta olvide que me ama… nadie podría hacer eso.

—Pero eso se puede revertir, ¿no?

—Um… hay muy pocos datos sobre esto —dice Plutarch—. Ninguno, realmente. La rehabilitación hijacking ha sido intentada antes, pero nosotros no tenemos ningún acceso a tales registros.

—Bueno, lo vamos a intentar, ¿cierto? —persiste Prim—. No sólo vamos a encerrarlo en una habitación acolchada y dejar que sufra.

—Por supuesto que lo intentaremos, Prim —dice Beetee—. Es sólo que no sabemos hasta qué grado tendremos éxito. Si tenemos alguno. Mi hipótesis es que los recuerdos terroríficos son los más difíciles de erradicar. Son los que naturalmente recordamos mejor, después de todo.

—Y además de los recuerdos de Katniss, no sabemos qué más ha sido manipulado —dice Plutarch—. Reunimos un equipo de salud mental y profesionales militares para realizar un contraataque. Yo, personalmente, me siento optimista de que él tendrá una recuperación completa.

—¿Y usted? —pregunta mordazmente Prim—. ¿Y qué piensa usted, Haymitch?

Cambio la postura de mis brazos y puedo ver su expresión por una grieta. Él está agotado y desanimado mientras admite:

—Yo creo que podría hacerse algo mejor con Peeta. Pero… no creo que alguna vez será el mismo. —Cierro automáticamente mis brazos juntos, cerrando la grieta, cerrando todo lo de afuera.

—Por lo menos está vivo —dice Plutarch, como si estuviera perdiendo la paciencia con todos nosotros—. Snow ejecutó al estilista de Peeta y a su equipo de preparación esta noche en vivo en la televisión. No tenemos idea de lo que sucedió con Effie Trinket. Peeta está dañado, pero está aquí. Con nosotros. Eso claramente es una mejora con respecto a la situación de hace doce horas. Vamos a tener eso en mente, ¿está bien?

El intento de Plutarch de animarme —mezclada con la noticia de otros cuatro, posiblemente cinco, asesinados—, de algún modo fracasó. Portia. El equipo de preparación de Peeta. Effie. El esfuerzo por contener las lágrimas hace latir con fuerza mi garganta hasta que estoy sin aliento otra vez. Eventualmente, no tienen otra opción que sedarme.

Cuando despierto, me pregunto si esta será la única forma de dormir ahora, con drogas en mi brazo. Me alegro de que se suponga que no debo hablar en los próximos días, porque no hay nada que quiera decir. O hacer. De hecho, soy una paciente modelo, mi letargo me contiene, obedezco las órdenes de los médicos. Ya no siento ganas de llorar. De hecho, sólo puedo mantener un

simple pensamiento: una imagen del rostro de Snow acompañado de un susurro en mi cabeza. *Te mataré.*

Mi madre y Prim se turnan de enfermeras para mí, me engatusan para tragar bocados de alimentos blandos. La gente viene muy a menudo a darme actualizaciones de la condición de Peeta. El alto nivel de veneno de rastrevíspula está trabajando para salir de su cuerpo. Está siendo tratado sólo por extraños, nativos del 13 —no se le ha permitido ver a nadie de casa o del Capitolio—, para impedir provocar cualquier recuerdo peligroso. Un equipo de especialistas trabaja largas horas trazando una estrategia para su recuperación.

Se supone que Gale no me debe visitar, porque está confinado a la cama con algún tipo de herida en el hombro. Sin embargo, en la tercera noche, después de haber sido medicada y de que apagaron las luces porque era hora de acostarse, él se desliza en silencio a mi habitación. No habla, sólo pasa sus dedos bajo los moretones de mi cuello con un toque tan ligero como alas de polilla, me besa entre los ojos, y desaparece.

A la mañana siguiente, soy dada de alta del hospital con instrucciones de moverme tranquilamente y sólo hablar cuando sea necesario. No tengo un horario marcado, entonces vago alrededor hasta que Prim se excusa de su labor en el hospital y me lleva hasta el compartimiento de nuestra familia. 2212. Idéntico al anterior, pero sin ventana.

Buttercup ya se ha asegurado de un subsidio diario de alimentos y de un recipiente con arena que está guardado bajo el lavabo del baño. Cuando Prim me mete en la cama, él salta encima de mi almohada, compitiendo por su atención. Ella lo acuna pero sigue concentrada en mí.

—Katniss, sé que todo este asunto de Peeta es terrible para ti. Pero recuerda, Snow trabajó con él por semanas, y nosotros sólo lo hemos tenido por unos pocos días. Existe la posibilidad de que el viejo Peeta, el que te ama, aún esté dentro. Intentando volver a ti. No renuncies a él.

Yo miro a mi hermana pequeña y pienso en cómo ella adquirió las mejores cualidades de mi familia: las manos curativas de mi madre, la cabeza fría de mi padre, y mi lucha. Aún hay algo más, algo que es completamente suyo. Una habilidad de mirar la confusión de la vida y ver las cosas como son. ¿Es posible que ella pudiera estar en lo cierto? ¿Peeta podría volver a mí?

—Tengo que volver al hospital —dice Prim, colocando a Buttercup en la cama junto a mí—. Ustedes dos se harán compañía, ¿de acuerdo?

Buttercup salta de la cama y la sigue hasta la puerta, quejándose en voz alta cuando lo deja atrás.

Nosotros estamos cerca de ser una gran compañía como la suciedad. Después de unos treinta segundos, sé que no puedo soportar estar encerrada en esta celda subterránea, y dejo a Buttercup en su propio ardid. Me pierdo en varias ocasiones, pero finalmente me dirijo hacia Defensa Especial. Todos pasan y se quedan mirando fijamente mis contusiones, y no puedo evitar sentirme tímida hasta el punto de tirar mi cuello hasta mis orejas.

Gale también debe haber sido dado de alta del hospital esta mañana, porque lo encuentro en una de las salas de investigación con Beetee. Están inmersos, con las cabezas inclinadas sobre un dibujo, tomando una medida.

Versiones pequeñas de la imagen están por la mesa y el piso. Clavadas con tachuelas sobre las paredes y ocupando varias pantallas de ordenadores hay otros diseños de algún tipo. Entre todas esas líneas, reconozco una, una trampa de caza de Gale.

—¿Qué es esto? —pregunto con voz ronca, apartando la atención de la hoja.

—Ah, Katniss, nos has descubierto —dice Beetee alegremente.

—¿Qué? ¿Es un secreto? —Sé que Gale ha estado mucho por acá trabajando con Beetee, pero supuse que entrenaban con arcos y armas de fuego.

—No realmente. Pero me he sentido un poco culpable sobre eso. He robado a Gale lejos de ti por mucho tiempo —admite Beetee.

Ya que he estado la mayor parte del tiempo desorientada en el 13, preocupada, enfadada, y hospitalizada, no puedo decir que la ausencia de Gale me haya molestado. Las cosas entre nosotros no han sido exactamente armoniosas, tampoco. Pero dejo a Beetee pensar que él me debe.

—Espero que hayas estado empleando su tiempo para un buen uso.

—Ven a ver —me dice él, agitando sobre mí una pantalla de ordenador—. Esto es lo que hemos estado haciendo. Tomamos las ideas esenciales detrás de las

trampas de Gale para su adaptación como armas contra humanos. En su mayoría bombas. Menos sobre la mecánica de las trampas, y más sobre la psicología de ellas. Una trampa caza-tontos es un área que puede resultar esencial para la sobrevivencia. Agua o un suministro de alimentos. Una caza espantosa haría que un gran número escapara de una destrucción mayor. Los padres hacen peligrar a los hijos por el anhelo de obtener el objeto deseado. Atraer a las víctimas a lo que parece ser un refugio seguro, donde la muerte espera.

En algún momento, Gale y Beetee se olvidaron del páramo y se enfocaron más en los impulsos humanos. Como la compasión. Una bomba explota. Dan tiempo para que la gente se precipite a la ayuda del herido. Entonces, una segunda bomba, más poderosa los mata también.

—Eso parece pasarse de la raya —digo—. ¿Entonces todo vale? —Ambos me miran fijamente, Gale con hostilidad—. Supongo que no hay un libro de normas para lo que podría ser inaceptable hacer a otro ser humano.

—Claro que existe. Beetee y yo hemos estado siguiendo el libro de reglas que el Presidente Snow usó cuando secuestró a Peeta —dice Gale.

Cruel, pero al grano. Me marcho sin hacer ningún comentario. Siento que si no me fuera de inmediato, sólo voy a decir balísticos, pero todavía estoy en Defensa Especial cuando soy detenida por Haymitch.

—Vamos —dice—. Necesitamos que regreses al hospital.

—¿Para qué? —pregunto.

—Ellos van a intentar algo con Peeta —responde—. Enviar a la persona más inofensiva del 12 que pueda acercarse a él. Encontrar a alguien con quien Peeta podría compartir recuerdos de la infancia, pero con nada relacionado a ti. Ellos están investigando antecedentes ahora.

Yo sé que esto será una tarea difícil, ya que alguien que comparta recuerdos de la infancia con Peeta probablemente será de la ciudad, y casi ninguna de esas personas escapó de las llamas. Pero cuando llegamos a la sala del hospital que se ha vuelto el espacio de investigación para el equipo de recuperación de Peeta, ella está ahí sentada charlando con Plutarch. Delly Cartwright. Como

siempre, me da una sonrisa que sugiere que soy su mejor amiga del mundo. Ella le sonríe así a todos.

—¡Katniss! —me llama.

—Hola. Delly —digo. Yo había escuchado que ella y su hermano menor habían sobrevivido. Sus padres, que tenían la tienda de zapatos de la ciudad, no tuvieron la misma suerte.

Ella se ve más vieja, llevando la monótona ropa del 13 que no adula a nadie, con su larga cabellera amarilla en una práctica trenza, en lugar de rizos sueltos. Está más delgada de lo que la recuerdo, pero ella era una de los pocos niños en el Distrito 12 con unas libras de sobra. La dieta de aquí, la tensión, el dolor de haber perdido a sus padres, sin duda han contribuido.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Oh, han sido un montón de cambios a la vez. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Pero todo el mundo es realmente agradable aquí en el 13, ¿no crees?

La manera de Delly. A ella realmente le gusta la gente. Toda la gente, no sólo una pequeña selección, ella pasó años formando ese espíritu.

—Ellos han hecho un esfuerzo por hacernos sentir bienvenidos —digo. Yo creo que es un reconocimiento justo sin exagerar—. ¿Eres tú la que han elegido para ver a Peeta?

—Creo que sí. Pobre Peeta. Pobre de ti. Nunca entenderé al Capitolio —dice ella.

—Quizás es mejor —le digo.

—Peeta ha conocido a Delly por largo tiempo —dice Plutarch.

—¡Oh, sí! —A Delly se le ilumina el rostro—. Nosotros jugábamos juntos cuando éramos pequeños. Yo solía decirle a la gente que él era mi hermano.

—¿Qué crees? —me pregunta Haymitch—. ¿Algo podría provocar recuerdos de ti?

—Nosotros estábamos todos en la misma clase. Pero nunca coincidimos mucho —digo.

—Katniss fue siempre tan asombrosa, nunca soñé con que ella me notara —dice Delly—. La forma en que cazaba, y que era capaz de cruzar la alambrada y todo. Todo el mundo la admiraba.

Haymitch y yo tenemos que mirarla fijamente para verificar dos veces si ella bromea. Oír a Delly describirlo, según ella, que yo no tenía amigos a mi lado porque intimidaba a la gente por ser tan excepcional. No era verdad. Yo no tenía amigos porque no era amistosa. Delly lo dejó de lado para convertirme en algo maravilloso.

—Delly siempre pensó lo mejor sobre todos —explico yo—. No creo Peeta pudiera tener malos recuerdos asociados con ella. —Entonces recuerdo—. Esperen. En el Capitolio. Cuando mentí sobre reconocer a una chica Avox. Peeta me cubrió y dijo que ella se parecía a Delly.

—Yo recuerdo —dice Haymitch—. Pero no sé. No era cierto. Delly no estuvo allí. No creo que eso puedo competir con años de memoria de infancia.

—Especialmente, con un compañero tan agradable como Delly —dice Plutarch—. Vamos a ponerlo a prueba.

Plutarch, Haymitch, y yo vamos a la sala de observación que está al lado de donde Peeta está confinado. Está repleto con diez miembros de su equipo de recuperación con bolígrafos y libretas de apuntes. El sistema de dirección única del cristal y de audio nos permite mirar a Peeta en secreto. Él yace en la cama, sus brazos están atados con una correa hacia abajo. No lucha contra las restricciones, pero sus manos están continuamente inquietas. Su expresión está más lúcida que cuando intentó estrangularme, pero aún es una mirada que no le pertenece.

Cuando la puerta se abre silenciosamente, sus ojos se abren alarmados, luego se llenan de confusión. Delly cruza la habitación con indecisión, pero mientras ella se acerca, naturalmente rompe con una sonrisa.

—¿Peeta? Soy Delly. De casa.

—¿Delly? —Algunas de las nubes parecen despejarse—. Delly. Eres tú.

—¡Sí! —dice ella con un alivio obvio—. ¿Cómo te sientes?

—Horrible. ¿Dónde estamos? ¿Qué sucedió? —pregunta Peeta.

—Aquí vamos —dice Haymitch.

—Le dije que se alejara de cualquier mención de Katniss o del Capitolio —dice Plutarch—. Sólo para ver cuánto de su hogar puede evocar.

—Bien… estamos en el Distrito 13. Vivimos aquí ahora —dice Delly.

—Eso es lo que esta gente ha estado diciendo. Pero no tiene sentido. ¿Por qué no volvemos a casa? —pregunta Peeta.

Delly muerde su labio.

—Hubo un accidente… extraño mi casa también. Sólo estaba pensando en los dibujos de tiza que hacíamos en el pavimento. Los tuyos eran maravillosos. ¿Recuerdas cuando tú hiciste uno de cada animal diferente?

—Sí. Cerdos y gatos y cosas —dice Peeta—. ¿Qué decías… sobre un accidente?

Puedo ver el brillo del sudor en la cara de Delly mientras intenta evitar la pregunta.

—Fue malo. Nadie… pudo quedarse —dice ella vacilante.

—Aguanta ahí, niña —dice Haymitch.

—Pero sé que te va a gustar aquí, Peeta. La gente ha sido realmente agradable con nosotros. Siempre hay comida y ropa limpia, la escuela es mucho más interesante —dice Delly.

—¿Por qué no ha venido mi familia a verme? —pregunta Peeta.

—No pueden —Delly está haciéndose pedazos de nuevo—. Un montón de gente no logró salir del 12. Así que tendremos que hacer una nueva vida aquí. Estoy segura de que ellos podrían usar a un buen panadero. ¿Recuerdas cuando tu padre nos dejaba hacer chicos y chicas de masa?

—Había un fuego —dice Peeta de repente.

—Sí —ella susurra.

—El 12 fue incendiado, ¿no? A causa de ella —dice Peeta con ira—. ¡Por culpa de Katniss! —Él comienza a oponerse a las correa.

—Oh, no, Peeta. No fue su culpa —dice Delly.

—¿Te dijo eso? —él le susurra.

—Sáquenla de allí —dice Plutarch. La puerta se abre inmediatamente y Delly comienza a regresar lentamente.

—Ella no podría hacerlo. Yo… —comienza Delly.

—¡Porque es mentira! ¡Ella es una mentirosa! ¡No pueden creer nada de lo ella dice! ¡Ella es una especie muto del Capitolio creada para ser usada en contra de nosotros! —grita Peeta.

—No, Peeta. Ella no es… —Delly comienza otra vez.

—No creas en ella, Delly —dice Peeta con una voz frenética—. Lo hice, y ella intentó matarme. Ella mató a mis amigos. A mi familia. ¡Ni siquiera te acerques a ella!

Una mano pasa por la puerta, tira a Delly afuera, y la puerta se cierra. Pero Peeta continua gritando.

—¡Un muto! ¡Ella es un muto apestoso!

No sólo me odia y quiere matarme, él no cree que sea humana. Era menos doloroso ser estrangulada.

Alrededor de mí, el equipo de recuperación garabateaba como loco, anotando cada palabra. Haymitch y Plutarch agarran mis brazos y me llevan afuera de la habitación. Ellos me inclinan sobre una pared del silencioso vestíbulo. Pero yo sé que Peeta continúa gritando detrás de la puerta y el cristal.

Prim se equivocó. Peeta nunca regresará.

—No puedo permanecer más aquí —les digo aturdida—. Si quieren que siga siendo el Sinsajo, tienen que enviarme lejos de aquí.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta Haymitch.

—Al Capitolio. Es el único lugar en donde creo que tengo trabajo que hacer.

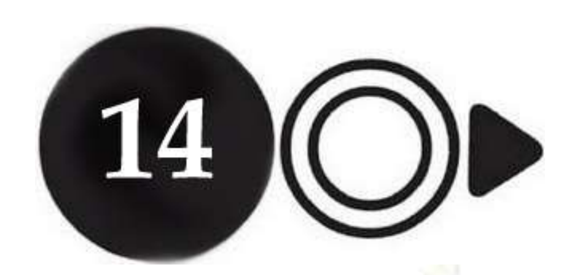
—No puedes hacerlo —dice Plutarch—. No antes de que todos los distritos sean seguros. Las buenas noticias son que la lucha está terminada en todos ellos, menos en el 2. Es una nuez difícil de partir[1].

Está bien. Primero los distritos. Luego el Capitolio. Y después, persigo a Snow.

—Bien —digo—. Envíenme al Dos.



[1] La expresión "una nuez difícil de partir" está sacada textual del texto. La traducción correcta sería "un hueso difícil de roer". Pero por motivos de contexto más adelante se entiende así.



Traducido por ANDRE_G

Corregido por Ellie

El distrito 2 es un gran distrito, como uno podría esperarlo, compuesto por una serie de aldeas esparcidas alrededor de las montañas. Originalmente, cada una de ellas estaba asociada con una mina o una cantera, aunque ahora muchas de ellas son devotas a dar vivienda y entrenamiento a los Agentes de la Paz. Nada de eso presentaría un gran desafío, ya que los rebeldes tienen la fuerza aérea del 13 de su lado, excepto por una cosa: en el centro del distrito hay una montaña prácticamente impenetrable que alberga el corazón de la fuerza militar del Capitolio.

Nosotros hemos apodado a la montaña "La Nuez", retomando el comentario de Plutarch acerca de "una nuez difícil de partir", sobre los cansados y desalentados líderes rebeldes de este lugar. La Nuez fue establecida directamente después de los Días Oscuros, cuando el Capitolio había perdido el 13 y estaba desesperado por una nueva fortaleza bajo tierra. Tenían situados algunos de sus recursos militares en las afueras del mismo Capitolio —misiles nucleares, aviones, tropas—, pero un significativo pedazo de su fuerza ahora se encontraba bajo el control de su enemigo. Por supuesto, no había ninguna esperanza de que pudieran hacer una réplica del distrito 13, el cual había sido fruto de siglos de trabajo. Sin embargo, en las antiguas minas del cercano distrito 2, vieron una oportunidad. Desde el aire, la Nuez parecía ser tan sólo otra montaña con unas cuantas entrantes en sus caras. Pero en su interior había enormes espacios cavernosos donde pedazos de piedra habían sido cortados, arrastrados hasta la superficie, y transportados por caminos estrechos y resbaladizos para hacer edificios en la lejanía. Incluso había un sistema de trenes para facilitar el transporte de los mineros desde la Nuez hasta el mismo centro del Distrito 2. Llegaba justo a la plaza que Peeta y yo visitamos durante el Tour de la Victoria, parados en los amplios escalones de mármol del Edificio de Justicia, tratando de no fijar la vista en las apenadas familias de Cato y Clove reunidas debajo de nosotros.

No era el terreno más idóneo, plagado como estaba de deslizamientos, desbordamientos y avalanchas. Pero las ventajas sobrepasaban los inconvenientes. Mientras cortaban en las profundidades de la montaña, los mineros habían dejado largos pilares y paredes de piedra para soportar la infraestructura. El Capitolio los reforzó y estableció la montaña como su nueva base militar. Llenándola con centros de computación y salas de juntas, cuarteles y arsenales. Ampliando las entradas para permitir la salida de aerodeslizadores de los hangares, instalando lanzamisiles. Pero en conjunto, dejando el exterior de la montaña sin muchos cambios. Una áspera, rocosa maraña de árboles y vida silvestre. Una fortaleza natural para protegerlos de sus enemigos.

Según los estándares de los otros distritos, el Capitolio mimaba a los habitantes del lugar. Sólo al mirar a los rebeldes del Distrito 2, podías decir que ellos habían sido decentemente alimentados y cuidados en su niñez. Algunos terminaban como canteros y mineros. Otros eran educados para trabajar en la Nuez o dispuestos entre las filas de los Agentes de la Paz. Entrenados, jóvenes y fuertes, para el combate. Los Juegos del Hambre eran una oportunidad para la riqueza y una clase de gloria que no se veía en otro lugar. Por supuesto, la gente del 2 se tragaba la propaganda del Capitolio mucho más fácil que el resto de nosotros. Acogían sus maneras. Pero a pesar de todo eso, al final del día, seguían siendo esclavos. Y si eso se perdía en los ciudadanos que se convertían en Agentes de la Paz o que trabajaban en la Nuez, no se perdía en los picapedreros que formaban la columna de la resistencia del lugar.

Las cosas permanecían como estaban cuando llegué hace dos semanas. Las aldeas periféricas están en manos de los rebeldes, el pueblo está dividido, y la Nuez es tan intocable como jamás lo ha sido. Sus pocas entradas están fuertemente fortificadas, su corazón asegurado en el centro de la montaña. Mientras que cada uno de los otros distritos ahora ha arrancado el control del Capitolio, el 2 sigue estando en su bolsillo.

Cada día, yo hago lo que puedo por ayudar. Visito los heridos. Grabo cortos propos con mi equipo de cámara. No tengo permiso para estar en verdadero combate, pero ellos me invitan a las juntas del estado de la guerra, lo cual es mucho más de lo que hacían en el 13. Es mucho mejor aquí. Más libertad, sin un horario en mi brazo, menos demanda de mi tiempo. Vivo en la superficie en las aldeas rebeldes o las cuevas circundantes. Por razones de seguridad, soy reubicada con regularidad. Durante el día, me han dado la autorización de

cazar mientras lleve un guardia conmigo y no me aleje demasiado. En el poco denso y frío aire de la montaña, siento que regresa algo de mi fuerza física, mi mente va aclarando el resto de la nubosidad. Pero con esta claridad mental viene una consciencia incluso más filosa de lo que se le ha hecho a Peeta.

Snow me lo ha robado, lo ha retorcido más allá del reconocimiento, y me ha hecho un regalo con él. Boggs, quien vino al 2 cuando yo lo hice, me dijo que incluso con todo el complot, había sido demasiado fácil rescatar a Peeta. Él creía que aun si el 13 no hubiera hecho el esfuerzo, de cualquier forma Peeta hubiera sido despachado hacia mí. Dejado en un distrito activamente en guerra o tal vez en el mismo 13. Amarrado con un moño de cinta de regalo y marcado con mi nombre. Programado para asesinarme.

Es sólo ahora, que ha sido corrompido, que puedo apreciar completamente al verdadero Peeta. Incluso más de lo que lo habría hecho si él hubiera muerto. La bondad, la firmeza, la cordialidad que tenía una sorprendente calidez detrás de ella. Además de Prim, mi madre, y Gale, ¿cuántas otras personas en el mundo me aman incondicionalmente? Creo que en mi caso, ahora la respuesta debe ser ninguna.

Algunas veces, cuando me encuentro sola, saco la perla del lugar donde vive en mi bolsillo y trato de recordar el chico con el pan, los fuertes brazos que desviaban las pesadillas en el tren, los besos en la arena. Para poder darle un nombre a lo que he perdido. ¿Pero de qué sirve eso? Se ha ido. Él se ha ido. Lo que sea que existía entre nosotros se ha ido. Todo lo que queda es mi promesa de matar a Snow. Me digo esto a mí misma diez veces al día.

De vuelta en el 13, la rehabilitación de Peeta continúa. Incluso aunque yo no pregunto, Plutarch me da alentadoras noticias por teléfono como: "¡Buenas noticias, Katniss! ¡Creo que ya casi lo hemos convencido de que no eres un muto!" O "¡El día de hoy se le permitió que se alimentara a sí mismo con una compota!"

Cuando Haymitch se pone al teléfono después, admite que Peeta no ha mejorado. El único dudoso rayo de esperanza viene de mi hermana.

—Prim vino con la idea de tratar de hacerle un hijack de vuelta —Haymitch me dice—. Traer a flote los recuerdos tergiversados sobre ti y entonces darle una gran cantidad de alguna droga calmante, como morfina. Lo hemos intentado

con un solo recuerdo. La cinta de ustedes dos en la cueva, cuando le contaste esa historia de cuando le conseguiste la cabra a Prim.

—¿Algún progreso? —pregunto yo.

—Bueno, si confusión extrema es un progreso sobre terror extremo, entonces sí —dice Haymitch—. Pero no estoy seguro de que lo sea. Perdió la facultad del habla por varias horas. Entró en algún estado de shock. Cuando salió, la única cosa por la que preguntó fue por la cabra.

—Cierto —digo yo.

—¿Cómo van las cosas allí afuera? —él pregunta.

—Ningún avance —le digo.

—Estamos enviando un equipo para ayudar con la montaña. Beetee y algunos de los otros —él dice—. Tú sabes, los cerebros.

Cuando los cerebros son seleccionados, no me sorprendo por ver el nombre de Gale en la lista. Pensé que Beetee lo traería, no por su pericia tecnológica, sino por la esperanza de que él pueda pensar en alguna forma de hacerle una trampa para una montaña. Originalmente, Gale se ofreció para venir conmigo al 2, pero yo podía ver que lo estaba apartando de su trabajo con Beetee. Le dije que se quedara donde más lo necesitaban. No le dije que su presencia dificultaría aún más mi duelo por Peeta.

Gale me encuentra cuando llegan un día por la tarde. Yo estoy sentada sobre un tronco al borde de mi aldea actual, desplumando un ganso. Una docena o algo así de los pájaros están apilados a mis pies. Grandes bandadas de ellos han estado inmigrando hacia aquí desde mi llegada, y son presa fácil. Sin una sola palabra, Gale se sienta a mi lado y comienza a librar a un pájaro de sus plumas. Vamos como por la mitad cuando él dice:

—¿Alguna posibilidad de que comamos algo de esto?

—Sí. La mayor parte va a la cocina del campamento, pero ellos esperan que yo les dé un par de ellos a quienes sea con los que me esté quedando esta noche —digo yo—. Por dejarme quedar con ellos.

—¿No es suficiente con el honor de hacerlo? —él dice.

—Eso pensarías —contesto yo—. Pero se dice que los sinsajos son nocivos para la salud.

Desplumamos en silencio por otro rato. Luego él dice:

—Ayer vi a Peeta. A través del cristal.

—¿Qué pensaste? —pregunté.

—Algo egoísta —dice Gale.

—¿Qué ya no tienes por qué tener celos de él? —Mis dedos dan un tirón, y una nube de plumas flota a nuestro alrededor.

—No. Justo lo contrario. —Gale retira una pluma de mi cabello—. Pensé… que nunca competiría con eso. Sin importar cuánto me duela. —Él gira la pluma entre su dedo índice y pulgar—. No tengo una oportunidad si él no se recupera. Tú nunca serías capaz de dejarlo ir. Siempre te sentirías mal por estar conmigo.

—De la misma forma en que me sentía mal por ti al besarlo —digo yo.

Gale sostiene mi mirada.

—Si yo pensara que eso es cierto, casi podría vivir con el resto de ello.

—Es cierto —yo admito—. Pero también lo es lo que tú dijiste sobre Peeta.

Gale hace un sonido de exasperación. Sin embargo, después de que hemos dejado los pájaros y nos hemos ofrecido para ir al bosque a juntar leña para el fuego de la noche, me encuentro envuelta entre sus brazos. Sus labios rozando los desvanecidos moretones de mi cuello, haciendo su camino hasta mi boca. A pesar de lo que siento por Peeta, aquí es cuando acepto en lo más profundo de mi ser que él nunca regresará a mí. O yo nunca regresaré a él. Me quedaré en el 2 hasta que caiga, iré al Capitolio a matar a Snow, y entonces moriré por mis lesiones. Y él morirá demente y odiándome. Así que, en la atenuada luz, yo cierro mis ojos y beso a Gale para recompensar todos los besos que he refrenado, y porque ya no importa más, y porque estoy tan desesperadamente sola que no puedo soportarlo.

El toque de Gale, su sabor y su calor me recuerda que al menos mi cuerpo sigue vivo, y por el momento es una sensación que es bienvenida. Yo desocupo mi mente y dejo que las sensaciones corran a través de mi piel, feliz por perderme

a mí misma. Cuando Gale se aparta ligeramente, yo me muevo hacia adelante para cerrar el espacio, pero siento su mano bajo mi mentón.

—Katniss —él dice. Al instante que abro mis ojos, el mundo parece inconexo. Este no es nuestro bosque o nuestras montañas o nuestro camino. Mi mano va automáticamente hacia la cicatriz en mi sien izquierda, la cual asocio con la confusión.

—Ahora bésame. —Desconcertada, sin pestañear, me quedo ahí parada mientras él se inclina y presiona sus labios sobre los míos brevemente.

Él examina mi rostro detenidamente.

—¿Qué está pasando por tu cabeza?

—No lo sé —susurro en respuesta.

—Entonces, es como estar besando a alguien que está borracha. Eso no cuenta —él dice con un débil intento de risa. Recoge una pila de leña y lo deja en mis manos vacías, trayéndome de regreso a mí misma.

—¿Cómo lo sabes? —digo, más que todo para cubrir mi vergüenza—. ¿Has besado a alguien que estaba borracha? —Supongo que Gale pudo haber estado besando chicas a diestra y siniestra en el 12. Certeramente, tenía suficientes interesadas. Nunca antes había pensado en ello.

Él sólo sacude la cabeza.

—No. Pero no es difícil de imaginar.

—Así que, ¿jamás has besado a alguna otra chica? —preguntó yo.

—Yo no dije eso. Sabes, sólo tenías doce cuando nos conocimos. Y, además, eras realmente fastidiosa. Yo tenía otra vida aparte de andar de caza contigo —él dice, levantándose con la leña.

De repente, estoy genuinamente curiosa.

—¿A quién besaste? ¿Y dónde lo hiciste?

—Demasiadas para recordar. Detrás de la escuela, en el Escorial, tú nómbralo —dice.

Yo hago rodar mis ojos.

—Entonces, ¿cuándo me volví tan especial? ¿Cuando me llevaron al Capitolio?

—No. Como seis meses antes de eso. Justo después del Año Nuevo. Estábamos en el Quemador comiendo alguna bazofia de Sae la Grasienta. Y Darius te estaba molestando con cambiar un conejo por uno de sus besos. Y yo me di cuenta… que me importaba —dice.

Recuerdo ese día. Frío cortante y oscuro a las cuatro de la tarde. Habíamos estado cazando, pero una pesada nevada nos había conducido de vuelta al pueblo. El Quemador estaba repleto de gente buscando refugio ante el clima. La sopa de Sae la Grasienta, hecha con los restos de los huesos de un perro salvaje que habíamos matado una semana atrás, estaba por debajo de sus estándares usuales. Aun así, estaba caliente, y yo estaba muriendo de hambre mientras me la tomaba, sentada con las piernas cruzadas sobre su mostrador. Darius estaba inclinado en el poste de la caseta, haciéndome cosquillas en la mejilla con la punta de mi trenza, mientras yo le daba manotazos a su mano para que la quitara. Él estaba explicando por qué uno de sus besos ameritaba un conejo, o posiblemente dos, ya que todos sabían que los hombres pelirrojos eran los más viriles. Y Sae la Grasienta y yo nos estábamos riendo porque él era tan ridículo y persistente, y seguía señalando mujeres alrededor del Quemador que él decía habían pagado más que un conejo para disfrutar de sus labios.

—¿Ves? ¿La de la bufanda verde? Ve y pregúntale a ella. Si necesitas una referencia.

A un millón de millas de aquí, hace un billón de días, eso sucedió.

—Darius sólo estaba bromeando —digo yo.

—Probablemente. Aunque tú serías la última en enterarse si él no lo estuviera haciendo —Gale me dice—. Mira con Peeta. Mira conmigo. O incluso con Finnick. Me estaba empezando a preocupar porque él había puesto sus ojos en ti, pero parece que ahora se ha vuelto a encarrilar.

—Tú no conoces a Finnick si piensas que él me amaría —digo.

Gale se encoje de hombros.

—Sé que él estaba desesperado. Eso hace que la gente haga todo tipo de cosas locas.

No puedo evitar pensar que eso va dirigido a mí.

A primera hora de la mañana siguiente, los cerebros se reúnen para tomar el problema de la Nuez. Yo soy invitada a la reunión, a pesar de que no tengo mucho para contribuir. Evito la mesa de conferencias y me siento en el amplio alfeizar que tiene una vista de la montaña en cuestión. El comandante del 2, una mujer de mediana edad llamada Lyme, nos lleva a un tour virtual de la Nuez, su interior y fortificaciones, y recuenta los intentos fallidos por determinar su tamaño. Yo me he cruzado brevemente con ella un par de veces desde mi llegada, y estaba perseguida por la sensación de que la había conocido antes. Ella es lo suficientemente memorable, con más de metro ochenta de altura y un cuerpo musculoso. Pero es sólo cuando veo un clip de ella en el campo, liderando un asalto en la mera entrada de la Nuez, que algo hace clic y me doy cuenta de que estoy en presencia de otra vencedora. Lyme, la tributo del Distrito 2, que ganó sus Juegos del Hambre hace más de una generación. Effie nos envió su grabación, entre otras, para prepararnos para el Quarter Quell. Yo probablemente he captado algunos vistazos de ella durante los Juegos a través de los años, pero ella ha mantenido un bajo perfil. Con mi recién adquirido conocimiento del trato hacia Haymitch y Finnick, todo lo que puedo pensar es: ¿Qué le hizo el Capitolio a ella después de que ganó?

Cuando Lyme termina su presentación, comienzan las preguntas de los cerebros. Pasan horas, y el almuerzo viene y se va, mientras ellos tratan de dar con un plan realista para tomar la Nuez. Pero mientras Beetee piensa que podría ser capaz de invalidar ciertos sistemas de computadoras, y hay alguna discusión sobre poner el puñado de espías en uso, nadie tiene ningún pensamiento innovador. Mientras la tarde pasa, la plática sigue regresando a una estrategia que se ha intentado repetidas veces: el asalto de las entradas. Puedo ver la frustración de Lyme edificándose porque tantas variaciones de este plan han fracasado, tantos de sus soldados se han perdido. Finalmente, ella estalla:

—La próxima persona que sugiera que tomemos las entradas, más vale que tenga una brillante forma para hacerlo, ¡porque va a ser el que liderará esa misión!

Gale, quien está demasiado agitado para sentarse en la mesa por más de un par de horas, ha estado alternando entre pasearse y compartir mi alfeizar. En un primer momento, él pareció aceptar la afirmación de Lyme de que las entradas no podían ser tomadas, y abandonó por completo la conversación. Por la última hora o algo así, él se ha sentado en silencio, su entrecejo fruncido en concentración, mirando fijamente a la Nuez a través del cristal de la ventana. En el silencio que sigue al ultimátum de Lyme, él habla en voz alta.

—¿Realmente es tan necesario que tomemos la Nuez? ¿O sería suficiente con invalidarla?

—Ese sería un paso en la dirección acertada —dice Beetee—. ¿Qué es lo que tienes en mente?

—Piensen en ello como una guarida de perros salvajes —Gale continúa—. Ustedes no van a forzar su entrada. Así que tienen dos opciones. Atrapar a los perros en el interior o hacerlos salir.

—Hemos tratado bombardeando las entradas —dice Lyme—. Ellos se han establecido muy dentro de la roca como para poder causarles un daño real.

—No estaba pensando en eso —dice Gale—. Estaba pensando en usar la montaña. —Beetee se levanta y se une a Gale en la ventana, esforzándose por ver a través de sus gafas que no le quedan—. ¿Lo ves? ¿Viniéndose abajo por los lados?

—Sendas de avalanchas —dice Beetee por lo bajo—. Sería difícil. Tendríamos que diseñar la secuencia de detonación con gran cuidado, y una vez que esté en movimiento, no podríamos esperar poder controlarla.

—No tenemos que controlarla si abandonamos la idea de que tenemos que poseer la Nuez —dice Gale—. Sólo cerrarla.

—¿Así que estás sugiriendo que comencemos avalanchas y bloqueemos las entradas? —pregunta Lyme.

—Eso es —dice Gale—. Atrapar al enemigo en el interior, cortarles los suministros. Hacer que les sea imposible enviar afuera sus aerodeslizadores.

Mientras todos están considerando el plan, Boggs se tira sobre una pila de planos de la Nuez y frunce el ceño.

—Se arriesgan a matar a todo el que esté adentro. Miren el sistema de ventilación. Es bastante rudimentario. Nada como lo que tenemos en el 13. Depende por completo de bombear aire al interior desde las laderas. Bloqueen esas ventilaciones y sofocarán a todo el que esté atrapado.

—Ellos aún pueden escapar a través del túnel del tren hacia la plaza —dice Beetee.

—No si nosotros lo estallamos —dice Gale con brusquedad. Su intención, su plena intención, se hace clara. Gale no tiene ningún interés en preservar la vida de aquellos que están en la Nuez. Ningún interés en enjaular a la presa para usarla después.

Esta es una de sus trampas mortales.





Traducido por Virtxu y Vanille

Corregido por Andre27xl

Las implicaciones de lo que está sugiriendo Gale propagan el silencio por la habitación. Puedes ver la reacción llevándose a cabo en los rostros de las personas. Las expresiones van desde el placer a la angustia, del dolor a la satisfacción.

—La mayoría de los trabajadores son ciudadanos del 2 —dice Beetee neutral.

—¿Y qué? —dice Gale—. Nunca seremos capaces de confiar en ellos otra vez.

—Al menos deberían tener la oportunidad de rendirse —dice Lyme.

—Bueno, eso es un lujo que a nosotros no nos dieron cuando ellos bombardearon el 12, pero todo es más acogedor con el Capitolio aquí —dice Gale. Por la mirada en el rostro de Lyme, creo que ella podría pegarle un tiro, o al menos darle un golpe. Probablemente tendría las de ganar también, con toda su formación. Pero su ira sólo parece enfurecerle y él grita—: ¡Vimos a niños quemándose hasta la muerte y no había nada que pudiéramos hacer!

Tengo que cerrar los ojos un minuto, mientras la imagen rompe a través de mí. Tiene el efecto deseado. Quiero a todos en esa montaña muertos. Estoy a punto de decirlo. Pero entonces... Yo sólo soy una chica del Distrito 12. No el presidente Snow. No puedo evitarlo. No puedo condenar a alguien a la muerte que él sugiere.

—Gale —le digo, tomándolo del brazo y tratando de hablar en un tono razonable—. La Nuez es una antigua mina. Sería como causar un accidente masivo en la mina de carbón. —Sin duda, las palabras son suficientes para que cualquier persona del 12 piense dos veces acerca del plan.

—Pero no tan rápida como la que mató a nuestros padres —replica—. ¿Ese es el problema de todos? ¿Que nuestros enemigos pueden tener un par de horas para

reflexionar sobre el hecho de que se están muriendo, en vez de ser volados en pedazos?

De vuelta en los viejos tiempos, cuando éramos nada más que un par de niños cazando fuera del 12, Gale dijo cosas como estas y peores. Pero entonces no eran más que palabras. En este caso, al ponerlas en práctica, se convierten en hechos que no se pueden revertir.

—No sé cómo esas personas del Distrito 2 terminaron en la Nuez —le digo—. Pueden haber sido coaccionadas. Pueden estar retenidos contra su voluntad. Algunos son nuestros propios espías. ¿Vas a matarlos también?

—Yo sacrificaría unos pocos, sí, para eliminar al resto —responde—. Y si yo fuera un espía allí, diría: "¡Traigan las avalanchas!"

Sé que está diciendo la verdad. Gale sacrificaría su vida de esta forma por la causa, nadie lo duda.

Tal vez todos haríamos lo mismo si fuéramos espías y se nos diera la oportunidad. Supongo que sí. Pero es una decisión insensible que hacer por otras personas y aquellos que los aman.

—Dijiste que teníamos dos opciones —le dice Boggs—. Atraparlos o hacerlos salir. Yo digo que intentemos lo de la avalancha de la montaña, pero que dejemos lo del túnel del tren. Las personas pueden escapar por ahí a la plaza, donde vamos a estar esperándolas.

—Fuertemente armados, espero —dice Gale—. Puedes estar seguro que ellos lo estarán.

—Fuertemente armados. Los tomaremos como prisioneros —está de acuerdo Boggs.

—Vamos a traer al 13 hacia un bucle ahora —sugiere Beetee—. Dejemos que la presidenta Coin lo sopese.

—Ella desea bloquear el túnel —dice Gale con convicción.

—Sí, probablemente. Pero ya sabes, Peeta tenía parte de razón en sus propos. Acerca de los peligros de matarnos a nosotros mismos. He estado jugando con

algunos números. Facturando a las víctimas y los heridos, y... creo que es por lo menos digno de una conversación —dice Beetee.

Sólo un puñado de gente es invitada a formar parte de esa conversación. Gale y yo somos despedidos con el resto. Lo llevo de caza para que así pueda desahogarse, pero no habla sobre ello. Probablemente, está demasiado enfadado conmigo por luchar contra él.

La llamada se hace, la decisión está tomada, y por la tarde me meto en mi traje de Sinsajo, con mi arco colgado al hombro y un auricular que me conecta con Haymitch en el 13, por si acaso se da la oportunidad de un propo. Esperamos en el techo del Edificio de Justicia, con una visión clara de nuestro objetivo.

Nuestros aerodeslizadores son inicialmente ignorados por los comandantes en la Nuez, porque en el pasado habían sido poco más que moscas zumbando alrededor de un bote de miel. Pero después de dos rondas de atentados con bombas en las elevaciones más altas de la montaña, los aviones captan su atención. En el momento en que las armas antiaéreas del Capitolio comienzan a disparar, ya es demasiado tarde.

El plan de Gale supera las expectativas de todos. Beetee tenía razón acerca de que es imposible controlar las avalanchas, una vez que han sido puestas en marcha. Las laderas de las montañas son naturalmente inestables, pero debilitadas por las explosiones, parecen casi líquidas. Secciones enteras de la Nuez colapsan ante nuestros ojos, haciendo desaparecer cualquier signo de que seres humanos hayan pisado el lugar. Estamos sin palabras, pequeños e insignificantes, mientras olas de piedras bajan por la montaña. Enterrando las entradas bajo toneladas de roca. Levantando una nube de polvo y escombros que oscurece el cielo.

Convirtiendo la Nuez en una tumba.

Me imagino el infierno dentro de la montaña. Sirenas. Las luces parpadeando en la oscuridad. El polvo de las piedras asfixiando el aire. Los gritos de pánico, los seres atrapados tropezando locamente hacia una salida, sólo para encontrar las entradas, la plataforma de lanzamiento, los pozos de ventilación obstruidos con tierra y roca tratando de abrirse paso. Alambradas soltándose, fuego brotando, los escombros haciendo de un camino conocido un laberinto. La

gente golpeándose, empujándose, luchando como hormigas mientras las prensas de la colina amenazan con aplastar sus frágiles estructuras.

—¿Katniss? —La voz de Haymitch suena en mi auricular. Trato de responder y encuentro mis dos manos apoyadas firmemente sobre la boca—. ¡Katniss!

El día en que murió mi padre, las sirenas sonaron durante mi almuerzo escolar. Nadie esperó la autorización para irse, o esperaba darla. La respuesta a un accidente de la mina era algo fuera de control hasta para el Capitolio. Corrí a la clase de Prim. Todavía la recuerdo, una pequeña de siete años, muy pálida, pero sentada con las manos cruzadas sobre su escritorio. Esperando a que yo la recogiera como le prometí que haría si alguna vez sonaban las sirenas. Saltó de su asiento, agarró mi manga de la chaqueta, y pasamos a través de las corrientes de personas saliendo a las calles hacia la entrada principal de la mina. Encontramos a nuestra madre apretando la cuerda que se había colocado a toda prisa para contener a la multitud. En retrospectiva, creo que deberían haber sabido que había un problema en ese momento. Pero ¿por qué fuimos a mirarla, cuando dar marcha atrás hubiera sido lo correcto?

Los ascensores estaban chillando, sus cables quemándose de arriba a abajo, mientras vomitaban humo ennegrecido de las minas a la luz del día. Con cada grupo venían gritos de socorro, los familiares pasaban bajo la cuerda en busca de sus maridos, esposas, hijos, padres, hermanos. Nos quedamos en el aire helado mientras la tarde se nublaba, una ligera nevada sacudió la tierra. Los ascensores se movían más lentamente ahora y sacaban cada vez a menos personas. Me arrodillé en el suelo y apreté las manos en las cenizas, queriendo liberar a mi padre. Si hay un sentimiento más impotente que tratar de llegar a algún ser querido que está atrapado en la mina, no lo conozco.

Los heridos. Los cuerpos. La espera de toda la noche. Mantas puestas alrededor de los hombros por parte de extraños. Una taza de algo caliente que no bebes. Y, por último, al amanecer, la expresión en el rostro del afligido capitán de la mina que sólo podía significar una cosa.

¿Qué es lo que acabamos de hacer?

—¡Katniss! ¿Estás ahí? —Haymitch está probablemente haciendo planes para hacerme un grillete para la cabeza a mi medida en este mismo momento.

Dejo caer mis manos.

—Sí.

—Quédate en el interior. Por si acaso el Capitolio trata de responder con lo que queda de su fuerza aérea —me ordena.

—Sí —repito. Todo el mundo está en el techo, con la excepción de los soldados apostados con las ametralladoras, que comienzan a abrirse camino en el interior. Mientras bajan las escaleras, no puedo dejar de pasar los dedos a lo largo de las paredes de impecable mármol blanco. Tan frío y hermoso. Incluso en el Capitolio, no hay nada que coincida con la magnificencia de este viejo edificio.

Pero no hay adaptabilidad en la superficie, sólo mi carne cediendo, mi calidez arrebatada. La piedra vence a las personas todo el tiempo.

Me siento en la base de uno de los gigantescos pilares del gran vestíbulo. A través de las puertas puedo ver la extensión de mármol blanco que conduce a la plaza. Me acuerdo de lo enferma que estaba el día en que Peeta y yo aceptamos las felicitaciones allí por ganar los Juegos. Cansados por el Tour de la Victoria, fallando en mi intento de calmar a los distritos, frente a los recuerdos de Clove y Cato, particularmente de la horrible y lenta muerte de Cato a mano de los mutos.

Boggs se agacha junto a mí, con su pálida piel en las sombras.

—No bombardeamos el túnel del tren, ya sabes. Algunos de ellos probablemente van a salir.

—¿Y entonces vamos a dispararles cuando muestren sus caras? —pregunto.

—Sólo si tenemos que hacerlo —responde.

—Podríamos enviar los trenes nosotros mismos. Ayudar a evacuar a los heridos —le digo.

—No. Se decidió abandonar el túnel en sus manos. De esta manera, pueden utilizar todas las pistas para sacar a las personas —dice Boggs—. Además, nos dará tiempo para obtener al resto de nuestros soldados en la plaza.

Hace unas horas, la plaza era un territorio sin hombres, la primera línea de lucha entre los rebeldes y los Agentes de la paz. Cuando Coin dio la aprobación

para el plan de Gale, los rebeldes lanzaron un ataque y habían conducido a las fuerzas del Capitolio varias cuadras atrás para que pudiéramos controlar la estación de tren en el caso de que la Nuez cayera. Bueno, esta ha caído. La realidad ha sido comprendida. Los supervivientes escaparán a la plaza. Puedo oír los disparos empezando ahora, mientras los agentes de la paz están, sin duda, tratando de abrirse camino para rescatar a sus camaradas. Nuestros soldados están siendo traídos para contrarrestar esta situación.

—Tienes frío —dice Boggs—. Voy a ver si puedo encontrar una manta. —Él se va antes de que pueda protestar. No quiero una manta, aunque el mármol sigue quitando el calor de mi cuerpo.

—Katniss —dice Haymitch en mi oído.

—Aún sigo aquí —le respondo.

—Interesante giro de los acontecimientos con Peeta esta tarde. Pensé que querrías saberlo —dice. Interesante no es bueno. No es mejor. Pero realmente no tengo más remedio que escuchar—. Le hemos mostrado el clip tuyo cantando "El árbol de la ejecución". Nunca salió al aire, por lo que el Capitolio no pudo utilizarlo cuando él estaba secuestrado. Dice que reconoce la canción.

Por un momento, mi corazón falla un latido. Entonces, me doy cuenta de que es sólo más confusión por el suero de las rastrevíspulas.

—Él no podría, Haymitch. Él nunca me escuchó cantar esa canción.

—No a ti. A tu padre. Él lo escuchó cantándola un día cuando vino a comerciar en la pastelería. Peeta era pequeño, probablemente tenía seis o siete años, pero la recordaba porque estaba especialmente escuchando para ver si las aves dejaban de cantar —dice Haymitch—. Supongo que lo hicieron.

Seis o siete años. Eso habría sido antes de que mi madre prohibiera la canción. Quizá incluso justo la época en la que yo estaba aprendiéndola.

—¿Yo estaba allí también?

—No creo. No hubo mención de ti de todos modos. Pero es la primera conexión a ti que no ha provocado alguna fusión de un reactor nuclear —dice Haymitch—. Es algo al menos, Katniss.

Mi padre. Él parece estar en todas partes hoy. Muriendo en la mina. Cantando a través de la confundida consciencia de Peeta. Parpadeando en la mirada que Boggs me da mientras protectoramente enrolla la manta alrededor de mis hombros. Lo extraño tanto que duele.

Los disparos se están realmente elevando allá afuera. Gale pasa a prisa con un grupo de rebeldes, ansiosamente dirigidos hacia la batalla. Yo no pido unirme a las batallas, no es que ellos me dejarían. No tengo estómago para ello de todos modos, ni calor en mi sangre. Deseo que Peeta estuviera aquí (el viejo Peeta) porque él sería capaz de articular por qué está tan mal estar intercambiando fuego cuando personas, algunas personas, está tratando de rascar su camino fuera de la montaña. ¿O es mi propia historia haciéndome tan sensible? ¿No estamos en una guerra? ¿No es esto sólo otra manera de matar a nuestros enemigos?

La noche cae rápidamente. Enormes y brillantes reflectores se encienden, iluminando la plaza. Cada foco debe estar ardiendo con todos los watts dentro de la estación de tren también. Incluso desde mi posición al otro lado de la plaza, puedo ver claramente a través de la lámina de vidrio delante del gran y angosto edificio. Sería imposible perderse la llegada de un tren, o incluso de una sola persona. Pero las horas pasan y nadie llega. Con cada minuto, se vuelve más difícil imaginar que alguien sobreviva al asalto en la Nuez.

Está bien después de la medianoche cuando Cressida viene a colocar un micrófono especial a mi vestuario.

—¿Para qué es? —pregunto.

La voz de Haymitch sale a explicar.

—Sé que no va a gustarte esto, pero necesitamos que hagas un discurso.

—¿Un discurso? —digo, inmediatamente sintiéndome mareada.

—Yo te lo diré, línea por línea —me asegura—. Tú sólo tendrás que repetir lo que yo diga. Mira, no hay señal de vida desde la montaña. Hemos ganado, pero la batalla continúa. Así que pensamos que si tú salías al Edificio de Justicia y lo exponías, diciéndoles a todos que la Nuez está derrotada, que la presencia del Capitolio en el distrito 2 ha terminado, podrías ser capaz de conseguir que el resto de sus fuerzas se entreguen.

Miro la oscuridad detrás de la plaza.

—Ni siquiera puedo ver sus fuerzas.

—Para eso es el micrófono —dice él—. Serás emitida, tanto tu voz a través de su sistema de audio de emergencia, como tu imagen dondequiera que las personas tengan acceso a una pantalla.

Sé que hay un par de enormes pantallas aquí en la plaza. Las vi en el Tour de la Victoria. Podría funcionar, si fuera buena en esta clase de cosas. Lo cual no soy. Ellos intentaron darme líneas en aquellos experimentos con los propos también, y fue un fracaso.

—Podrías salvar muchas vidas, Katniss —dice Haymitch finalmente.

—De acuerdo. Haré el intento —le digo.

Es extraño pararse afuera en lo alto de las escaleras, con vestuario completo, brillantemente iluminada, pero sin ninguna audiencia visible a la que entregarle el discurso. Como si estuviera haciendo un espectáculo para la luna.

—Hagámoslo rápido —dice Haymitch—. Estás demasiado expuesta.

Mi equipo de televisión, posicionado afuera en la plaza con cámaras especiales, indica que ya están listos. Le digo a Haymitch que comience, entonces pincho mi micrófono y lo escucho cuidadosamente dictar la primera línea del discurso.

Una enorme imagen de mí alumbra una de las pantallas sobre la plaza mientras empiezo:

—Personas del distrito 2, esta es Katniss Everdeen hablándoles desde las afueras del Edificio de Justicia, donde…

El par de trenes llegan haciendo un chirrido a la estación, uno al lado del otro. Mientras las puertas se abren, la gente sale en desorden en medio de una nube de humo que han traído de la Nuez. Deben haber tenido al menos una noción de lo que les esperaría en la plaza, porque puedes verlos tratando de actuar evasivamente. La mayoría de ellos se arrastran en el suelo, y un rocío de balas dentro de la estación destruye las luces. Han venido armados, como Gale predijo, pero también han venido heridos. Los gemidos pueden ser escuchados el aire de la noche que es, por lo demás, silencioso.

Alguien rompe las luces en las escaleras, dejándome en la protección de las sombras. Una flama florece dentro de la estación, uno de los trenes debe estar en realidad en llamas, y un espeso y negro humo se hincha contra las ventanas. Sin otra opción, las personas comienzan a empujarse para salir a la plaza, asfixiándose pero definitivamente ondeando sus armas. Mis ojos revolotean por los tejados que rodean la plaza. Cada uno de ellos ha sido fortalecido con nidos de ametralladoras tripuladas por rebeldes. La luz de la luna destella sobre barriles de aceite.

Un hombre joven sale tambaleándose de la estación, con una mano presionada contra un trapo ensangrentado en su mejilla, y la otra mano arrastrando un arma. Cuando tropieza y cae sobre su cara, veo las chamuscadas marcas bajando por la espalda de su camisa, la carne roja debajo. Y repentinamente, él es sólo otra víctima quemada de un accidente de mina.

Mis pies vuelan sobre los escalones y arranco a correr por él.

—¡Alto! —le grito a los rebeldes—. ¡Detengan el fuego!

Las palabras hacen eco alrededor de la plaza y más allá mientras el micrófono amplifica mi voz.

—¡Alto! —Me estoy acercando al joven hombre y agachándome para ayudarlo, cuando él se arrastra para levantarse sobre sus rodillas y apunta su arma a mi cabeza.

Instintivamente, retrocedo unos pasos, levanto mi arco para mostrar que mi intención era inofensiva. Ahora que él tiene ambas manos en su arma, noto un hueco irregular en su mejilla donde algo (una piedra cayendo quizá) perforó la carne. Él huele como a cosas quemadas, cabello y carne y combustible. Sus ojos están locos con dolor y miedo.

—Quieta —la voz de Haymitch susurra en mi oído. Sigo sus órdenes, dándome cuenta de que esto es lo que todo el distrito 2, todo Panem quizá, debe estar viendo en este momento. El Sinsajo a la merced de un hombre sin nada que perder.

Su confuso discurso es apenas comprensible.

—Dame una razón por la que no debería dispararte.

El resto del mundo se desvanece. Sólo estoy yo viéndome dentro de los desdichados ojos del hombre de la Nuez que pide una razón. Seguramente debería poder salir con miles de razones. Pero las palabras que forman mis labios son:

—No puedo.

Lógicamente, lo siguiente que debería pasar es que el hombre jalara el gatillo. Pero él está perplejo, tratando de buscarle sentido a mis palabras. Experimento mi propia confusión mientras me doy cuenta de que lo que he dicho es completamente cierto, y el noble impulso que me lleva a través de la plaza es reemplazado por desesperación.

—No puedo. Ese es el problema, ¿no? —Bajo mi arco—. Hicimos volar tu mina. Tú quemaste mi distrito hasta los cimientos. Tenemos cada razón para matarnos mutuamente. Así que hazlo. Has feliz al Capitolio. He terminado de matar a sus esclavos por ellos. —Dejo caer mi arco al suelo y le doy un golpe ligero con mi bota. Se desliza a través de la piedra y llega a descansar a sus rodillas.

—No soy su esclavo —murmura el hombre.

—Yo lo soy —digo—. Eso es por lo que maté a Cato… y él mató a Thresh… y él mató a Clove… y ella trató de matarme. Sólo da vueltas y vueltas, ¿y quién gana? Ninguno de nosotros. Ni los distritos. Siempre el Capitolio. Pero estoy cansada de ser una pieza de sus Juegos.

Peeta. En el tejado la noche antes de nuestros primeros Juegos de Hambre. Él lo entendió todo antes de que nosotros siquiera hubiéramos puesto un pie en la arena. Espero que esté observando esto ahora, que recuerde esa noche como sucedió, y quizá me olvide cuando muera.

—Mantente hablando. Diles sobre observar la montaña derrumbarse —insiste Haymitch.

—Cuando vi la montaña caer esta noche, pensé… que ellos lo habían hecho de nuevo. Que habían venido a matarme… y a las personas en los distritos. Pero ¿por qué hice eso? El distrito 12 y el distrito 2 no tienen ninguna lucha excepto la que el Capitolio nos ha dado. —El hombre pestañea hacia mí incomprensiblemente. Me hundo sobre mis rodillas ante él, mi voz es baja y

urgente—. ¿Y por qué estás peleando contra los rebeldes sobre los tejados? ¿Con Lyme, que fue tu vencedora? ¿Con personas que eran tus vecinos, quizá incluso tu familia?

—No lo sé —dice el hombre. Pero él no quita su arma de mí.

Me levanto y me giro lentamente en un círculo, dirigiéndome a las ametralladoras.

—¿Y ustedes allá arriba? Yo vengo de una ciudad minera. ¿Desde cuándo los mineros condenan a otros mineros a esa clase de muerte, y luego se ponen de pie para matar a quien sea que se las arregle para salir arrastrándose de los escombros?

—¿Quién es tu enemigo? —susurra Haymitch.

—Estas personas… —Indico los cuerpos heridos sobre la plaza— ¡no son sus enemigos! —Me precipito alrededor de la estación de trenes—. ¡Los rebeldes no son sus enemigos! ¡Todos nosotros tenemos un enemigo, y es el Capitolio! ¡Esta es nuestra oportunidad de ponerle un fin a su poder, pero necesitamos que las personas de cada distrito lo hagan!

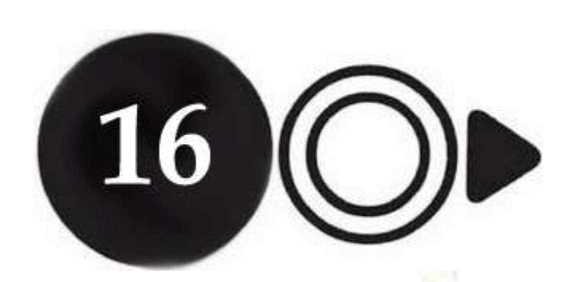
Las cámaras están cerradas en mí mientras estiro mis manos hacia el hombre, hacia los heridos, hacia los reacios rebeldes a través de Panem.

—¡Por favor! ¡Únanse a nosotros!

Mis palabras cuelgan en el aire. Miro la pantalla, esperando verlos grabando alguna ola de reconciliación ir a través de la multitud.

En lugar de eso, me miro a mí misma ser disparada en televisión.





Traducido por Andre27xl

Corregido por Ellie

—*Siempre.*

En el crepúsculo del morphling, Peeta susurra la palabra y voy buscándolo. Es una gasa, un mundo color violeta, sin bordes gruesos, y con muchos lugares para esconderse. Empujo a través de bancos de nubes, percibo el aroma a canela, a eneldo. Una vez que siento su mano sobre mi mejilla y trato de atraparla, se disuelve como niebla entre mis dedos.

Cuando finalmente comienzo a salir a la superficie en la habitación del hospital estéril del 13, recuerdo. Estaba bajo la influencia del jarabe de sueño. Mi tobillo había sido herido después de que me cayera de una rama sobre la cerca eléctrica y caí de vuelta en el 12. Peeta me había puesto en la cama y le había pedido que estuviera conmigo mientras me desvanecía. Él había susurrado algo que no pude entender del todo. Pero alguna parte de mi cerebro había atrapado una sola palabra como respuesta y la había dejado nadar entre mis sueños para burlarse de mí ahora.

—*Siempre.*

El morphling embota hasta los extremos todas las emociones, así que en vez de una puñalada de dolor, apenas siento vacío. Un agujero de muerte pinta donde las flores solían florecer. Desafortunadamente, no hay suficiente droga restante en mis venas como para que pueda ignorar el dolor en la parte izquierda de mi cuerpo. Allí fue donde la bala me golpeó. Mis manos se encierran sobre el grueso vendaje del tamaño de una pelota que envuelve mis costillas y me pregunto qué estoy haciendo aquí todavía.

No era él, el hombre arrodillado ante mí en la plaza, el quemado de la Nuez. Él no jaló el gatillo. Fue alguien más lejano en la muchedumbre. Había menos que una sensación de penetración que el sentimiento de que había sido golpeada

con un martillo de almádena. Todo después del momento del impacto es confusión ligada con tiros. Trato de sentarme, pero la única cosa que puedo manejar fue un gemido.

La cortina blanca que divide mi cama de la del resto de los pacientes se levanta, y Johanna Mason me mira. Al principio, me siento amenazada, porque me atacó en la arena. Tengo que recordarme que lo hizo para salvar mi vida. Era parte de la conspiración de los rebeldes. Pero aún así, eso no significaba que no me odie. ¿Quizás su trato hacia mí era un acto para el Capitolio?

–Estoy viva —digo rudamente.

—Sin bromas, descerebrada. —Johanna se acerca y cae pesadamente en mi cama, enviando punzadas de dolor a través de mi pecho. Cuando sonríe ante mi falta de comodidad, sé que no estamos allí para una escena de cálida reunión—. ¿Todavía dolorida? —Con una mano experta, rápidamente desconecta el morphling pegada a mi brazo y la conecta a su propio tubo—. Empezaron a cortar mi suplemento hace unos días. Con miedo de que me convierta en alguno de esos locos del 6. Tuve que tomarla prestada de ti cuando no había moros en la costa. No pensé que te importara.

¿Importarme? ¿Cómo me puede importar cuando ella fue casi torturada hasta la muerte por Snow después del Quarter Quell? No tengo derecho a que me importe, y ella lo sabe.

Johanna suspira mientras el morphling entra a su corriente sanguínea.

—Quizás estaban metidos en algo en el 6. Drógate y pinta flores en tu cuerpo. No es una vida tan mala. Parece más feliz que la del resto de nosotros, de todas maneras.

En las semanas desde que había dejado el 13, había ganado algo de peso de vuelta. Una suave capa de cabello se había esparcido en su cabeza rapada, ayudando a esconder algunas de las cicatrices. Pero si está desviando mi morphling, está luchando.

—Han conseguido este doctor importante que viene todos los días. Se supone que tiene que estar ayudando a recuperarme. Como si un tipo que ha pasado su vida metido en el hoyo de un conejo fuese a arreglarme. Un completo idiota. Al menos veinte veces por sesión me recuerda que estoy totalmente a salvo. —

Manejo una sonrisa. Es una cosa totalmente estúpida para decir, especialmente a una vencedora. Como si tal estado del ser alguna vez existiese, en cualquier lugar, para cualquiera—. ¿Y qué tal tú, Sinsajo? ¿Te sientes totalmente a salvo?

—Oh sí. Hasta que recibí un disparo —digo.

—Por favor, esa bala nunca te tocó. Cinna vio por ello —dice ella.

Pienso en las capas de la armadura de protección en mi traje de Sinsajo. Pero el dolor viene de algún lugar.

—¿Costillas rotas?

—Ni siquiera. Sólo golpeadas muy bien. El impacto rompió tu bazo. No pudieron repararlo.

Hace un gesto de desdén con la mano.

—No te preocupes, no necesitas uno. Y si así fuera, te hubieran encontrado otro, ¿no lo crees? Es el trabajo de todos mantenerte con vida.

—¿Es por eso que me odias? —pregunto.

—En parte —admite—. Los celos están ciertamente involucrados. También pienso que eres un poco dura de pasar. Con tu drama romántico chocante y tu defensor en el acto de ayuda. Sólo que no es un acto lo que te hace más insoportable. Por favor, siéntete libre de tomarte esto personal.

—Tú debiste haber sido el Sinsajo. Nadie hubiese tenido que decirte tus líneas —digo.

—Cierto. Pero a nadie le agrado —me dice.

—Pero confiaban en ti. Para sacarme —le recuerdo—. Y estaban asustados por ti.

—Aquí, quizás. En el Capitolio, ahora eres tú por la que tienen miedo. —Gale aparece en la puerta, y Johanna se desengancha limpiamente la vía del morphling y me la reconecta—. Tu primo no me tiene miedo —me dice confidencialmente. Se empuja fuera de mi cama y cruza la puerta, dándole un golpe en la pierna a Gale con sus caderas cuando lo pasa—. ¿O sí, hermoso? —Podemos escuchar su risa mientras desaparece por el pasillo.

Levanto mis cejas cuando toma mi mano.

—Aterrorizado —masculla él. Me río, pero se vuelve una mueca de dolor.

—Tranquila. —Acaricia mi rostro cuando el dolor se muestra—. Tienes que parar de correr derechita hacia los problemas.

—Lo sé. Pero alguien estalló una montaña —contesté.

En vez de retirarse, se inclinó más cerca, buscando mi rostro.

—Piensas que soy despiadado.

—Sé que no lo estás. Pero no te diré que está bien —digo.

Luego se retira, casi impacientemente.

—Katniss, ¿qué diferencia hay, realmente, en aplastar a nuestro enemigo en una mina o sacarlos del cielo con una de las flechas de Beetee? El resultado es el mismo.

—No sé, estábamos bajo ataque en el 8, por una cosa. El hospital estaba bajo ataque —digo.

—Sí, y esos aviones flotantes vinieron del Distrito 2 —dice él—. Así que, al tumbarlos, previnimos ataques futuros.

—Pero esa clase de pensamiento... puedes volverlo un argumento para matar a cualquiera en cualquier momento. Puedes justificar el enviar niños a los Juegos del Hambre para prevenir que los distritos se salgan de la raya —digo.

—No me como esa —me dice.

—Yo sí —contesto—. Debieron ser esos viajes a la arena.

—Bien, sabemos cómo es estar en desacuerdo —dice él—. Siempre lo hemos hecho. Quizás sea bueno. Aquí, entre tú y yo, ya obtuvimos al Distrito 2.

—¿En serio? —Por un momento, una sensación de triunfo se esparce dentro de mí. Luego pienso en la gente en la plaza—. ¿Hubo peleas luego de que fuese disparada?

—No muchas. Los trabajadores de la Nuez se llevaron por delante a los soldados del Capitolio. Los rebeldes sólo se sentaron y observaron —dice—. En realidad, todo el país se sentó y observó.

—Bueno, eso es lo que hacen mejor —digo.

Uno pensaría que la pérdida de un órgano principal daría razones para estar acostada un par de semanas pero, por alguna razón, mis doctores me querían levantada y moviéndome casi inmediatamente. Aún con el morphling, el dolor interno se redujo los primeros días, pero luego volvía considerablemente. Sin embargo, la desinflamación de los golpes de las costillas prometía aguantar por un tiempo. Comencé a resentir que Johanna se metiese con mi suplemento de morphling, pero todavía la dejaba tomar lo que quisiera.

Rumores de mi muerte se habían esparcido campantes, así que enviaron al equipo a grabarme en mi cama de hospital. Mostré mis puntos de sutura y mis impresionantes moretones y felicité a los distritos por su exitosa batalla para unirse.

Luego advertí al Capitolio que nos esperaran pronto.

Como parte de mi rehabilitación, tomé caminatas cortas a nivel del suelo cada día. Una tarde, Plutarch se unió a mí y me dio una actualización de nuestra situación. Ahora que el Distrito 2 se había aliado a nosotros, los rebeldes se estaban tomando un respiro para reagruparse. Fortificando las líneas de soporte, viendo a los heridos, reorganizando sus tropas. El Capitolio, como el 13 durante los Días Oscuros, se siente cortado de ayuda exterior mientras sostiene la amenaza de un ataque nuclear sobre sus enemigos. A diferencia del 13, el Capitolio no está en posición de reinventarse y volverse autosuficiente.

—Oh, la ciudad puede ser capaz de economizar por un tiempo —dice Plutarch—. Ciertamente, hay reservas de emergencia almacenadas. Pero la gran diferencia entre el 13 y el Capitolio son las expectativas de la población. El 13 estaba acostumbrado al trabajo duro, mientras que en el Capitolio, todo lo que han conocido es a Panem et Circenses.

—¿Qué es eso? —Reconozco la palabra Panem, por supuesto, pero el resto es estupidez.

—Es un dicho de miles de años antes, escrito en una lengua llamada latín sobre un lugar llamado Roma —explica él—. Panem y Circenses se traduce en "Panes y Circos". El escritor quería decir que como agradecimiento a estómagos llenos y al entretenimiento, su gente había dejado sus responsabilidades políticas y, por ende, su poder.

Pienso en el Capitolio. El exceso de comida. Y el entretenimiento extremo. Los Juegos del Hambre.

—Así que para eso están los Distritos. Para proveer el pan y el entretenimiento.

—Sí, mientras siga gobernando, el Capitolio podría controlar su pequeño imperio. Ahora no puede proveer ninguno, al menos dentro del estándar al que la gente está acostumbrada —dice Plutarch—. Tenemos la comida y estoy a punto de poner en acción un entretenimiento propio que seguro es popular. Después de todo, todo el mundo ama una boda.

Me congelo en mi sitio, enferma ante la idea que está sugiriendo. De alguna manera, poniendo en escena una perversa boda entre Peeta y yo. No había sido capaz de enfrentar ese cristal de una vista desde que había estado de vuelta y, como requerimiento propio, sólo consigo noticias acerca de la condición de Peeta de Haymitch. Habla muy poco acerca de ello. Técnicas distintas están siendo intentadas. Realmente nunca habrá una manera de curarlo. ¿Y ahora quieren que me case con Peeta como una forma de entretenimiento?

Plutarch se apura a asegurarme.

—Oh, no, Katniss. No es tu boda. La de Finnick y Annie. Todo lo que necesitas hacer es aparecer y fingir estar feliz por ellos.

—Esa es una de las pocas cosas que no tendré que fingir, Plutarch —le digo.

Los próximos días traen una ráfaga de actividad mientras el evento es planeado. Las diferencias entre el Capitolio y el 13 se han puesto en evidencia por el evento. Cuando Coin dice "boda", ella quiere decir dos personas firmando un trozo de papel y siendo asignados a un nuevo compartimiento. Plutarch quiere decir cientos de personas vestidos de gala en una celebración de tres días. Es impresionante verlos discutir por los detalles. Plutarch tiene que pelear por cada invitado, cada nota musical. Cuando Coin veta una cena, entretenimiento, y alcohol, Plutarch grita:

—¡¿Cuál es el punto del entretenimiento si nadie se está divirtiendo?!

Es difícil ponerle un presupuesto a un organizador de los Juegos. Pero incluso una celebración tranquila causa agitación en el 13, donde parece no existir ningún día festivo. Cuando es anunciado que se quieren niños para cantar la canción de la boda del Distrito 4, prácticamente todos los niños aparecen. No hay falta de voluntarios para ayudar con las decoraciones. En el comedor, la gente habla emocionada del evento.

Quizás es más que las festividades. Quizás es porque todos estamos tan hambrientos de que algo bueno suceda, que queremos ser parte de ello. Eso explicaría el por qué cuando a Plutarch le da un ataque sobre lo que la novia usará, me hago voluntaria para llevar a Annie a mi casa en el 12, donde Cinna dejó una variedad de trajes de noche en un gran closet de almacenamiento en la planta baja. Todos los vestidos de boda que diseñó para mí volvieron al Capitolio, pero hay algunos vestidos que usé en el recorrido de la victoria.

Estoy un poco recelosa con Annie ya que lo único que sé sobre ella es que Finnick la ama y todo el mundo piensa que está loca. En el viaje en el aerodeslizador, decido que está menos loca que inestable. Se ríe en momentos extraños de la conversación o sale de ella distraídamente. Esos ojos verdes se fijan en un punto con tal intensidad que tratas de encontrar lo que ella ve en el espacio vacío. Algunas veces, sin razón alguna, presiona sus manos sobre sus oídos, como si bloqueara un sonido doloroso. De acuerdo, es rara, pero si Finnick la ama, es suficiente para mí.

Tengo permiso para que mi equipo de preparación venga, así que me siento aliviada de no tener que tomar de ninguna manera las decisiones de moda.

Cuando abro el armario, todos nos quedamos en silencio porque la presencia de Cinna es muy fuerte en el flujo de las telas.

Octavia cae sobre sus rodillas, frota el dobladillo de una falda sobre su mejilla, y rompe a llorar.

—Ha pasado tanto tiempo —lloriquea—, desde que he visto algo bonito.

A pesar de las reservas de Coin de que es muy extravagante, y del lado de Plutarch demasiado monótona, la boda es sensacional. Los trescientos afortunados invitados seleccionados del 13 y los muchos refugiados usan sus

ropas de diario, las decoraciones está hechas del follaje de otoño, la música es provista por un coro de niños acompañados por un solo violinista que sobrevivió del 12 con su instrumento. Así que es simple, frugal para los estándares del Capitolio. No importa, porque nada puede competir con la belleza de la pareja. No es por las galas prestadas (Annie usa un vestido de seda verde que utilicé en el cinco, Finnick uno de los trajes de Peeta que arreglaron), aunque la ropa es llamativa. ¿Quién puede superar los rostros radiantes de dos personas para las cuales una vez, este día, era sólo una imposibilidad virtual?

Dalton, el chico del ganado del 10, dirige la ceremonia, ya que es similar a la utilizada en su distrito. Pero hay toques únicos del distrito 4. Una red tejida por todo el piso que cubre a la pareja durante sus votos, el toque de sus labios con agua salada, y la antigua canción de bodas, que une el matrimonio como un viaje por el mar.

No, no tengo que fingir que estoy feliz por ellos.

Después del beso que marca su unión, los aplausos, y el brindis con sidra de manzana, el violinista toca una tonada que voltea cada cabeza del distrito 12. Hemos sido el distrito más pequeño y pobre en Panem, pero sabemos cómo bailar. Nada ha sido programado en este punto, pero Plutarch, que está llamando al propo desde el cuarto de control, debe tener sus dedos cruzados. Muy segura, Sae la Grasienta toma a Gale por la mano y lo trae hasta el medio del salón y lo enfrenta con él. La gente sale a borbotones para unírseles, formando dos líneas. Y el baile comienza.

Estoy parada afuera, a un lado, aplaudiendo al ritmo, cuando una mano huesuda me aprieta por encima del codo.

Johanna me frunce el ceño.

—¿Vas a perder la oportunidad de hacerte ver por Snow bailando?

Ella está en lo correcto. ¿Qué podría gritar victoria más alto que el Sinsajo divirtiéndose con música? Consigo a Prim en la multitud. Ya que las tardes de invierno nos brindaron mucho tiempo para practicar, realmente somos una buena pareja. Ignoro sus preocupaciones por mis costillas, y tomamos nuestros lugares en la línea. Duele, pero la satisfacción de tener a Snow viéndome bailar con mi hermana pequeña reduce los otros sentimientos a polvo.

Bailar nos transforma. Le enseñamos los pasos a los invitados del Distrito 13. Insistimos en un número especial para el novio y la novia. Manos unidas y haciendo un círculo gigante giratorio donde las personas muestran su trabajo con los pies. Nada tonto, alegre, o divertido había pasado en tanto tiempo. Esto podría continuar toda la noche si no fuera por el evento planeado en el propo de Plutarch. Uno del que no había escuchado hablar, pero se suponía tenía que ser una sorpresa.

Cuatro personas acarrean un inmenso pastel de bodas de un cuarto lateral. La mayoría de los invitados se apartan, haciendo camino para esta rareza, esta increíble creación, con azul y verde, blanco con olas de punta de hielo nadando con peces y barcos de vela, sellos y flores del mar. Pero me hago camino entre la multitud para confirmar lo que yo sé a primera vista. Tan segura como que los puntos de bordado del vestido de Annie fueron hechos por la mano de Cinna, las flores congeladas en el pastel fueron hechas por Peeta.

Esto podría parecer una cosa muy pequeña, pero decía mucho. Haymitch me había ocultado algo muy importante.

El chico que vi por última vez, gritando como loco, tratando de romper libremente sus ataduras, nunca hubiese podido hacer esto. Nunca hubiera tenido tal concentración, mantenido sus manos calmadas, diseñado algo tan perfecto para Finnick y Annie. Como anticipando mi reacción, Haymitch se encuentra a mi lado.

—Tengamos una charla —dice.

Fuera en el pasillo, lejos de las cámaras, pregunto:

—¿Qué está pasando con él?

Haymitch menea su cabeza.

—No lo sé. Ninguno de nosotros sabe. Algunas veces está casi racional, y luego, sin ninguna razón, se va de nuevo. Hacer el pastel fue un tipo de terapia. Ha estado trabajando en él por días. Al verlo... parecía casi como antes.

–Así que, ¿ya ha tenido el recorrido por el lugar? —pregunto. La idea me pone nerviosa en casi cinco niveles distintos.

—Oh, no. Hizo los adornos bajo guardia pesada. Todavía está bajo candados y llaves. Pero he hablado con él —dice Haymitch.

—¿Cara a cara? —pregunto—. ¿Y no se volvió loco?

—No. Está molesto conmigo, pero por todas las razones correctas. Por no decirle lo del complot de los rebeldes y qué sé yo.

Haymitch se detiene un momento, como pensando algo.

—Dice que le gustaría hablar contigo.

Estoy en un bote congelado, arrojada alrededor de olas azules y verdes, la cubierta moviéndose bajo mis pies. Mis palmas presionaron la pared para calmarme. Esto no era parte del plan. Dejé a Peeta fuera de mí en el 2.

Luego se suponía que tenía que ir al Capitolio, matar a Snow, y ser sacada de mí misma. El tiro de pistola era una retirada temporal.

Se suponía que nunca iba a oír las palabras: "Dice que quiere verte". Pero ahora que las he escuchado, no hay forma de rehusarme.

A la media noche, estoy parada fuera de la puerta de su celda. Habitación de hospital. Teníamos que esperar a que Plutarch terminara su material de archivo de la boda, por la cual, a pesar de la falta de lo que él llamaba animación, estaba complacido.

—Lo mejor del Capitolio ignorando al 12 todos estos años es que ustedes todavía tienen algo de espontaneidad. La audiencia se come eso. Como cuando Peeta anunció que estaba enamorado de ti, o el truco de las bayas. Hacen buena televisión.

Deseo poder encontrarme con Peeta a solas. Pero la audiencia de doctores se ha reunido detrás del espejo de una sola cara, con portapapeles listos, bolígrafos igual. Cuando Haymitch me da el "de acuerdo" en mi audífono, abro lentamente la puerta.

Esos ojos azules se cierran en mí instantáneamente. Él tiene tres sistemas de retención en cada brazo, y un tubo que puede darle de una droga que lo pone inconsciente, sólo en caso de que pierda el control. Sin embargo, no pelea para liberarse, sólo me observa con la mirada precavida de alguien que todavía no

ha entendido que está en presencia de un muto. Camino hasta que estoy cerca de un metro de su cama. No hay nada que hacer con mis manos, así que cruzo mis brazos cuidadosamente sobre mis costillas antes de hablar.

—Hola.

—Hola —contesta. Es como su voz, casi su voz, excepto que hay algo nuevo en ella. Una sombra de sospecha y reproche.

—Haymitch dice que querías hablar conmigo —digo.

—Mirarte, para comenzar.

Es como si estuviera esperando que me transformara en un híbrido lobo babeante ante sus ojos. Me mira tanto tiempo que me encuentro a mí misma echando miradas furtivas al espejo de una sola cara, esperando por alguna dirección de Haymitch, pero mi audífono se mantiene en silencio.

—No estás muy grande, ¿verdad? ¿O particularmente linda?

Sé que ha estado en un infierno y ha regresado, y aún así la observación me roza de la peor manera.

—Bueno, tú te has visto mejor.

El consejo de Haymitch de retroceder es amortiguado por la risa de Peeta.

—Y ni siquiera remotamente agradable. Para decirme eso después de todo lo que he pasado.

—Sí. Todos hemos pasado por mucho. Y tú eras el conocido por ser bueno. No yo. —Estoy haciendo todo mal. No sé por qué me siento tan a la defensiva. ¡Ha sido torturado! ¡Ha sido secuestrado! ¿Qué está mal conmigo? De repente, pienso que puedo comenzar a gritarle, ni si quiera sé qué, así que decido salir de allí—. Mira, no me siento muy bien. Quizás pase mañana.

Apenas he alcanzado la puerta cuando su voz me detiene.

—Katniss. Recuerdo lo del pan.

El pan. Nuestro momento de conexión real antes de los Juegos del Hambre.

—Te mostraron el video de mí hablando de ello —digo.

—No. ¿Hay una cinta de ti hablando de ello? ¿Por qué el Capitolio no la usó contra mí? —pregunta.

—La hice el día que fuiste rescatado —respondo. El dolor en mi pecho se enrosca por mis costillas como un tornillo. El baile fue un error—. Así que, ¿qué recuerdas?

—Tú. En la lluvia —dice suavemente—. Buscando en nuestros botes de basura. Yo quemando el pan. Mi madre pegándome. Sacando el pan para el puerco pero luego dándotelo a ti en su lugar.

—Eso es. Eso fue lo que sucedió —digo—. Al día siguiente, después de la escuela, quise agradecerte. Pero no sabía cómo.

—Estábamos fuera al final del día. Traté de captar tu mirada. Miraste lejos. Y luego... por alguna razón, pienso que agarraste un diente de león. —Yo asiento. Sí se acuerda. Nunca había hablado de ese momento en voz alta—. Debí haberte amado bastante.

—Lo hiciste. —Mi voz se ahoga y pretendo toser.

—¿Y tú me amaste? —pregunta.

Mantengo mis ojos en el suelo de azulejos.

—Todo el mundo dice que lo hice. Todos dicen que esa fue la razón por la que Snow te torturó. Para romperme.

—Esa no es una respuesta —me dice—. No sé qué pensar cuando me enseñan algunas de las cintas. En esa primera arena, parece que hubieras tratado de matarme con esos jugadores.

—Estaba tratando de matarlos a todos —digo—. Me tenían acorralada.

—Luego, hay muchos besos. No parecen muy genuinos de tu parte. ¿Te gustó besarme? —pregunta.

—Algunas veces —admito—. ¿Sabes que nos están viendo ahora?

—Lo sé. ¿Qué pasa con Gale? —continúa él.

Mi furia está regresando. No me importa su recuperación, esto no era asunto de las personas tras el espejo.

—No besa mal tampoco —digo cortadamente.

—¿Y estabas bien con ambos? ¿Tú besando al otro? —pregunta.

—No. No estaba bien con ninguno de los dos. Pero no estaba pidiendo tu permiso —le digo.

Peeta se ríe de nuevo, fríamente, despectivamente.

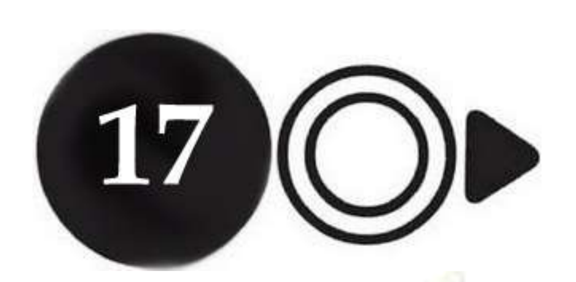
—Bueno, eres una pieza de trabajo, ¿no es así?

Haymitch no protesta cuando salgo. Abajo por el pasillo. A través de la colmena de compartimentos. Encuentro un conducto caliente detrás del cuarto de lavandería. Me toma mucho tiempo llegar a la razón por la cual estoy tan molesta.

Cuando lo hago, es casi demasiado mortificante como para admitirlo. Todos esos meses dando por sentado que Peeta pensaba que yo era maravillosa estaban terminados. Finalmente, puede ver quién realmente soy. Violenta. Destructiva. Manipuladora. Mortal.

Y lo odio por eso.





Traducido por Golden Rose y Esmeralda38

Corregido por Selune

Tomada por sorpresa. Así es como me siento cuando Haymitch me lo dice en el hospital. Vuelo por los escalones del Comando, con la mente corriendo a mil por minuto, y me abro de golpe a la derecha interrumpiendo en una reunión de guerra.

—¿Qué quieren decir? ¿Que no voy al Capitolio? ¡Tengo que ir, soy El Sinsajo! —les digo.

Coin apenas levanta la vista de su pantalla.

—Y como El Sinsajo, tu objetivo principal es unificar los distritos contra el Capitolio, cosa que se ha logrado. No te preocupes. Si sale bien, te llevaremos a la rendición en avión.

¿La rendición?

—¡Eso ya será demasiado tarde! Perderé todas las batallas. Me necesitas... ¡soy la mejor oportunidad que tienes! —grito. Normalmente no suelo alardear de esto, pero al menos tiene que acercarse a la verdad—. Gale va a ir.

—Gale ha asistido a sus entrenamientos cada día a menos que estuviera ocupado con otras tareas aprovadas. Confiamos en que se pueda desenvolver en el terreno de batalla —dice Coin—. ¿A cuántas sesiones de entrenamiento has asistido tú?

A ninguna. Nunca he asistido.

—Bueno, a veces estaba de caza. Y... me entrené con Beetee en Armamento Especial.

—No es lo mismo, Katniss —dice Boggs—. Todos sabemos que eres inteligente, valiente y tiras bien. Pero necesitamos soldados en el campo. No sabes nada sobre la ejecución de órdenes, y no estás exactamente en tu máximo nivel físico.

—Eso no importó cuando yo estaba en el 8. O en el 2 para el caso —le respondo.

—No fuiste autorizada inicialmente para combatir en ningún caso —dice Plutarch, tirándome una mirada de que estuve a punto de revelar demasiado.

No, la batalla de bombarderos en el 8 y mi intervención en el 2 fueron espontáneas, eruptivas y definitivamente sin autorización.

—Y ambos tuvieron como resultado tu lesión —me recuerda Boggs. De pronto, me veo a través de sus ojos. Una pequeña de diecisiete años que no puede recuperar el aliento ya que las costillas no se le han curado completamente. Despeinada. Indisciplinada. No es un soldado, sino alguien que necesita cuidado.

—Pero tengo que ir —le digo.

—¿Por qué? —pregunta Coin.

No puedo decir que es por cumplir mi propia venganza personal contra Snow. O que la idea de permanecer aquí en el 13 con la última versión de Peeta mientras que Gale se va a la batalla es insoportable. Pero no me faltan razones para querer luchar en el Capitolio.

—Por el 12, porque ellos destruyeron mi distrito.

La Presidenta reflexiona durante un momento. Me considera.

—Bueno, tienes tres semanas. No es mucho, pero puedes empezar a entrenar. Si el Consejo de Asignación considera que tienes un buen físico para las misiones, posiblemente, tu caso será revisado.

Eso es todo. Es lo más que puedo esperar. Supongo que es culpa mía. Me escaqueaba del horario cada día que me convenía. No parecía ser una prioridad, correr alrededor de un campo con una pistola mientras otras cosas pasaban. Y ahora estoy pagando por mi negligencia.

De vuelta al hospital, encuentro a Johanna en la misma circunstancia y bufando como una loca. Le cuento lo que Coin dijo.

—Quizá tú también puedas entrenar.

—Muy bien. Entrenaré. Pero voy al apestoso Capitolio así tenga que matar a un miembro de la tripulación y volar una nave yo misma —dice Johanna.

—Probablemente eso no es lo mejor hasta que no lleguemos a los entrenamientos —digo—. Pero es bueno saber que puedo ir contigo.

Johanna sonríe, y siento un ligero pero significativo cambio en nuestra relación. No sé si en realidad somos amigas, quizá la palabra aliadas sería más exacta. Esto es bueno. Voy a necesitar un aliado.

A la mañana siguiente, cuando vamos al entrenamiento a las 7:30, la realidad me golpea la cara. Nos habían llevado a una clase para principiantes, de entre 14 y 15 años, lo que parece un poco insultante, salvo que obviamente están en mejor forma que nosotras. Gale y los otros que ya habían sido elegidos para ir al Capitolio, se encuentran en una fase diferente y acelerada de la formación.

Después de estirar, lo que duele, tenemos un par de horas de ejercicios de fortalecimiento, que duelen aún más, y cinco millas que correr, que terminan matándonos. Incluso con los insultos motivacionales de Johanna, tengo que abandonar después de la primera milla.

—Son mis costillas —le explico al entrenador, una mujer sensata de mediana edad que se supone se llama soldado York—. Aún están dañadas.

—Bueno, te diré, Soldado Everdeen, que tardarán al menos otro mes más en curarse —me dice.

Sacudo mi cabeza.

—No tengo un mes.

Me mira de arriba a abajo.

—¿Los doctores no te han ofrecido ningún tratamiento?

—¿Hay un tratamiento? —pregunto—. Me dijeron que se curaría solo.

—Eso es lo que dicen. Pero podrían acelerar el proceso si yo te recomiendo. Te advierto, sin embargo, que no es nada divertido —me dice.

—Por favor, tengo que llegar al Capitolio —le digo.

La Soldado York no cuestiona esto. Garabatea algo en una libreta y me manda directamente al hospital. No me atrevo. No quiero seguir faltando al entrenamiento.

—Volveré para el entrenamiento de esta tarde —le prometo. Pero ella simplemente frunce los labios.

Veinticuatro pinchazos con una aguja en mi caja torácica después, estoy aplastada en mi cama del hospital, apretando los dientes para evitar suplicar que traigan de nuevo la intravenosa de morphiling. Ha estado junto a mi cama, para que pueda tomarla cuando la necesite. No lo he usado últimamente, pero me lo guardo por el bien de Johanna. Probaron mi sangre para asegurarse de que estaba limpia de analgésicos, ya que al parecer la mezcla de la droga que tiene mis costillas en llamas y el morphilig tiene efectos secundarios peligrosos. Dejaron claro que habría un par de días difíciles. Pero les dije que seguiría adelante.

Es una mala noche en nuestra habitación. El sueño está fuera de cuestión. Creo que en realidad puedo oler el anillo de carne que quema alrededor de mi pecho, y Johanna tiene que combatir los síntomas de abstinencia. Al principio, cuando me disculpo por cortar su suministro de morphilig, hace gestos con las manos, diciendo que iba a ocurrir de todos modos. Pero a las tres de la mañana, soy el blanco de todas las coloridas maldiciones que el Distrito 7 tiene para ofrecer. Al amanecer, me arrastra de la cama, decidida a ir a entrenar.

—No creo que pueda hacerlo —confieso.

—Puedes hacerlo. Ambas podemos. Somos vencedoras, ¿recuerdas? Las únicas que sobreviven a todo lo que nos echan —me gruñe. Está enferma y de color verde, temblando como una hoja. Me visto.

Debemos ser vencedoras dado que pasamos la mañana. Creo que voy a perder a Johanna cuando nos damos cuenta de la lluvia torrencial que está cayendo fuera. Su cara se vuelve pálida y parece haber dejado de respirar.

—Es sólo agua. No nos matará —le digo. Aprieta la mandíbula y pisa el barro. La lluvia nos empapa a medida que sacamos nuestros cuerpos y entonces caminamos trabajosamente. Estoy achicada después de una milla de nuevo, y tengo que resistir la tentación de quitarme la camiseta para que el agua fría caiga sobre mis costillas. Me obligo a ir a almorzar pescado húmedo y estofado

de remolacha. Johanna consigue comer la mitad de su tazón antes de devolverlo. Por la tarde, aprendemos a montar nuestras armas. Yo me las arreglo, pero Johanna no puede sostener sus manos lo suficientemente firmes para adaptar las partes juntas. Cuando York no está mirando, la ayudo. A pesar de que la lluvia continúa, la tarde ha mejorado, ya que estamos en un campo de tiro. Por fin, algo que me sienta bien. Necesito un poco de práctica con el arma de fuego, pero al final del día obtengo la mejor puntuación de la clase.

Estamos justo en las puertas del hospital cuando Johanna declara:

—Esto tiene que parar. Vivimos en el hospital. Todo el mundo nos ve como pacientes.

No es un problema para mí. Puedo pasar al compartimento de mi familia, pero a Johanna nunca se le ha asignado uno. Cuando ella trata de darse de alta en el hospital, ellos no están de acuerdo en dejarla vivir sola, aunque tiene conversaciones diarias con el médico de cabecera. Creo que nos pueden haber puesto juntas de dos en dos por el asunto del morphiling y a esto se agrega la opinión que tienen de que ella esta inestable.

—No estará sola. Voy a compartir la habitación con ella —anuncio. Hay un poco de disconformidad, pero Haymitch se muestra de nuestro lado, y a la hora de dormir tenemos un compartimento al otro lado de Prim y de mi madre, que se compromete a vigilarnos.

Después de tomar una ducha, y de que Johanna se medio seque con ropa húmeda, ella hace una rápida inspección del lugar. Cuando abre por accidente el cajón que contiene mis pocas posesiones, lo cierra rápidamente.

—Lo siento.

Pienso en cómo no hay nada en el cajón de Johanna, excepto su ropa emitida por el Gobierno. Ella no tiene nada en el mundo a lo que pueda llamar suyo.

—Está bien, puedes mirar mis cosas si quieres.

Johanna alza el pestillo de mi relicario, estudia las fotos de Gale, Prim y mi madre. Abre el paracaídas de plata y saca el casquillo, que desliza sobre su dedo meñique.

—Me pone sedienta sólo con mirarlo. —Entonces, encuentra la perla que Peeta me dio—. ¿Es esto...?

—Sí —digo—. Hecha de alguna manera. —No quiero hablar sobre Peeta. Una de las mejores cosas del entrenamiento es que me impide pensar en él.

—Haymitch dice que está mejorando —dice.

—Quizá. Pero ha cambiado —digo yo.

—Y tú. Y yo también. Y Finnick y Haymitch y Beetee. Ni siquiera me hagas hablar de Annie Cresta. La arena nos ha cambiado a todos nosotros, ¿no te parece? ¿O todavía te sientes como la chica que se presentó como voluntaria para salvar a su hermana? —pregunta.

—No —respondo.

—Eso es sobre lo que creo que mi médico de cabecera podría tener razón. No hay vuelta atrás. De modo que podríamos seguir adelante con las cosas. —Devuelve los recuerdos cuidadosamente al cajón y se sube a la cama a través de mí cuando las lucen se apagan—. ¿No estás asustada de que te mate esta noche?

—Como si no pudiera detenerte —le respondo. Entonces nos reímos, ya que nuestros cuerpos están tan destrozados, que será un milagro si nos levantamos al día siguiente. Pero lo hacemos. Cada mañana lo hacemos. Y al final de la semana, mis costillas casi están como nuevas, y Johanna puede montar su rifle sin ayuda.

La Soldado York nos da paso con un gesto de aprobación a medida que pasa el día.

—Buen trabajo, soldados.

Cuando salimos de la audiencia, Johanna murmura:

—Creo que ganar los Juegos fue más fácil —Pero la mirada en su cara dice que está contenta.

De hecho, estamos casi de buen ánimo cuando llegamos al comedor, donde Gale está esperando para comer conmigo. Recibir un gigantesco recipiente de estofado de ternera no hiere mi humor tampoco.

—Los primeros cargamentos de alimentos llegaron esta mañana —me dice Sae la Grasienta—. Esto es carne de ternera, del Distrito 10, no uno de tus perros salvajes.

—No recuerdo que alguna vez lo hubieras rechazado —le responde Gale.

Nos unimos a un grupo que incluye a Delly, Annie y Finnick. Es algo digno de ver la transformación de Finnick desde su matrimonio. Sus personalidades anteriores, el decadente rompecorazones del capitolio que conocí antes del Quell, el enigmático aliado en la arena, el joven y roto hombre que trató de ayudarme para mantenernos juntos; todos ellos fueron remplazados por alguien que irradia vida. Los encantos reales de Finnick de humor modesto, y de naturaleza despreocupada están en exhibición por primera vez. Nunca se deja ver sin ir de la mano de Annie. Ni cuando caminan, ni cuando comen. Dudo que planee soltarla alguna vez. Ella se ha perdido en un aturdimiento de la felicidad. Aún hay momentos en los que puedes ver cómo algo se escapa en su mente y se retira a otro mundo invisible para nosotros. Sin embargo, unas cuantas palabras de Finnick la devuelven a la realidad.

Delly, a quien he conocido desde que era pequeña pero nunca puse mucha atención en ella, ha crecido en mi estimación. Le dijeron lo que Peeta me dijo esa noche después de la boda, pero ella no es una chismosa. Haymitch dice que es la mejor defensora que tengo cuando Peeta se va a algún tipo de llanto sobre mí. Siempre a mi lado, culpando a sus percepciones negativas de la tortura en el Capitolio. Ella tiene más influencia sobre él que cualquiera de los demás, porque realmente la conoce. De todos modos, incluso si ella está endulzando mis virtudes, se lo agradezco. Francamente, me vendría bien endulzarme un poco.

Me muero de hambre y este estofado es tan delicioso (res, patatas, nabos y cebolla en una salsa espesa) que tengo que esforzarme por reducir la velocidad. En todo el comedor, se puede sentir el efecto renovador que una buena comida puede provocar. La forma en que puede hacer a la gente más amable, más divertida, más optimista y recordarles que no es un error seguir viviendo. Es mejor que cualquier medicina. Así que trato de hacer que dure y unirme a la conversación. Mojo hasta el pan en mi salsa y como, mientras escucho a Finnick contar una historia ridícula acerca de una tortuga marina nadando con su sombrero. Río antes de darme cuenta de que está de pie allí. Justo al otro lado

de la mesa, detrás del asiento vacío al lado de Johanna. Mirándome. Me ahogo un momento con el pan en salsa en mi garganta.

—Peeta —dice Delly—. Es tan agradable verte fuera... y alrededor.

Dos guardias grandes están detrás de él. Él sostiene la bandeja con torpeza, en equilibrio sobre la punta de sus dedos, sus muñecas están esposadas con una cadena corta entre ellas.

—¿Qué pasa con las pulseras de fantasía? —pregunta Johanna.

—No soy muy digno de confianza todavía —dice Peeta—. Incluso no puedo sentarme aquí sin tu permiso. —Indica los guardias con la cabeza.

—Claro que puedes sentarte aquí. Somos viejos amigos —dice Johanna, acariciando el espacio a su lado. Los guardias asienten y Peeta toma asiento—. Peeta y yo tuvimos celdas contiguas en el Capitolio. Estamos muy familiarizados con los gritos de los demás.

Annie, que está al otro lado de Johanna, hace esa cosa de cubrir sus oídos y se evade de la realidad.

Finnick lanza una mirada de enojo cuando su brazo rodea a Annie.

—¿Qué? Mi médico de cabecera dice que no debo de censurar mis pensamientos. Es parte de mi terapia —responde Johanna.

La vida ha salido de nuestra pequeña fiesta. Finnick murmura cosas a Annie, hasta que lentamente quita sus manos. Luego, hay un largo silencio mientras la gente finge comer.

—Annie —dice Delly con los ojos brillantes—, ¿sabías que fue Peeta quien decoró tu pastel de boda? Antes, en casa, su familia tenía una panadería y él hacía todo el glaseado.

Annie mira con cautela a través de Johanna.

—Gracias, Peeta. Fue hermoso.

—Ha sido un placer, Annie —dice Peeta y oigo esa vieja nota de dulzura en su voz que creía había perdido para siempre. No es que sea fantástico. Pero aún así.

—Si vamos a caber en ese paseo, mejor que vayamos —le dice Finnick. Él se encarga de sus bandejas para que pueda llevarlas en una mano mientras la sostiene firmemente a ella con la otra—. Ha sido bueno verte, Peeta.

—Sé amable con ella, Finnick. O podría tratar de llevármela de tu lado. —Podría ser una broma, pero el tono es frío. Todo lo que transmite está mal. La desconfianza abierta de Finnick, la implicación con la que Peeta ha echado el ojo a Annie, Annie que podría abandonar Finnick, de que yo ni siquiera existo.

—Oh, Peeta —dice Finnick a la ligera—. No me hagas sentir culpable de reiniciar tu corazón. —Guía a Annie después de echarme una mirada.

Cuando se han ido, Delly dice con voz de reproche:

—Él salvó tu vida, Peeta. Más de una vez.

—Por ella. —Da un breve asentimiento—. Por la rebelión. No por mí. Yo no le debo nada.

No debo morder el anzuelo, pero lo hago.

—Tal vez no. Pero Mags está muerta y tú todavía estás aquí. Eso debe contar para algo.

—Sí, un montón de cosas deben contar para algo que no parecen, Katniss. Tengo algunos recuerdos a los que no puedo dar un sentido, y no creo que el Capitolio los haya tocado. Una gran cantidad de noches en el tren, por ejemplo —él dice.

Una vez más, las consecuencias. Que pasó más en el tren de lo que en realidad pasó. Que lo que sí pasó (esas noches que yo sólo mantuve mi cordura porque tenía sus brazos alrededor de mí), ya no importa. Todo una mentira, todo era una forma de abusar de él.

Peeta hace un pequeño gesto con su cuchara, conectándonos a Gale y a mí.

—Entonces, ¿son oficialmente una pareja ahora, o están arrastrando todavía lo de los amantes?

—Todavía arrastrando —dice Johanna.

Los espasmos causan que Peeta apriete los puños, y a continuación, los abre de manera extraña. ¿Es todo lo que puede hacer para mantenerlas lejos de mi cuello? Puedo sentir la tensión en los músculos de Gale a mi lado, el temor de un altercado. Pero Gale simplemente dice:

—Yo no lo habría creído si no lo hubiera visto yo mismo.

—¿Qué es eso? —pregunta Peeta.

—Tú —Responde Gale.

—Tendrás que ser un poco más específico —dice Peeta—. ¿Qué de mí?

—Eso de que te han reemplazado con el muto-versión malvada de ti mismo —dice Johanna.

Gale termina su leche.

—¿Ya terminaste? —me pregunta. Me levanto y cruzamos para dejar las bandejas. En la puerta, un hombre viejo me para porque sigo sosteniendo el resto de mi pan en salsa en mi mano. Algo en mi expresión, o quizás el hecho de que no he hecho ningún intento por ocultarlo, le hace ir tranquilo hacia mí. Me deja meterme el pan en la boca y seguir adelante. Gale y yo estamos casi en mi compartimiento cuando vuelve a hablar—. Yo no esperaba eso.

—Te dije que me odiaba —le digo.

—Es la forma en que te odia. Es tan... familiar. Solía sentirme así —admite—. Cuando te vi besarlo en la pantalla. Sólo sabía que no estaba siendo del todo justo. Él no puede ver eso.

Llegamos a mi puerta.

—Tal vez él sólo me ve como realmente soy. Tengo que dormir un poco.

Gale toma mi brazo antes de que pueda desaparecer.

—¿Así que eso es lo que estás pensando ahora? —Me encojo de hombros—. Katniss, como tu más viejo amigo, créeme cuando digo que no es verte como realmente eres. —Besa mi mejilla y se va.

Me siento en mi cama, tratando de meter información de mis libros de tácticas militares en mi cabeza mientras los recuerdos de mis noches con Peeta en el tren me distraen. Después de unos veinte minutos, Johanna entra y se lanza a los pies de mi cama.

—Te has perdido la mejor parte. Delly perdió los estribos con Peeta sobre cómo te ha tratado. Ella se puso muy histérica. Era como si alguien estuviera apuñalando a un ratón con un tenedor varias veces. El comedor entero estaba pasmado.

—¿Qué hizo Peeta? —le pregunto.

—Empezó a discutir con él mismo como si fuera dos personas. Los guardias tuvieron que llevárselo. En el lado positivo, nadie parecía darse cuenta de que me acabé su estofado. —Johanna frota la mano sobre su vientre protuberante.

Miro la capa de suciedad bajo sus uñas. Me pregunto si la gente nunca se baña en siete días.

Pasamos un par de horas preguntándonos una a otra en términos militares. Visito a mi madre y Prim por un rato.

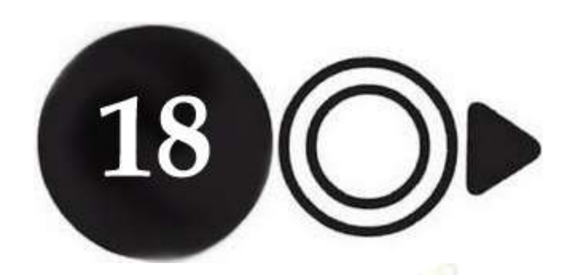
—Johanna, ¿realmente le oías gritar?

—Eso era parte de ello —dice Johanna—. Como los charlajos en la arena. Sólo que era real. Y no se detuvo después de una hora. Tic, toc.

—Tic, toc —susurro luego.

Rosas. Lobos mutos. Tributos. Delfines congelados. Amigos. Sinsajos. Estilistas. Yo. Todo grita en mis sueños esta noche.





Traducido por Caty

Corregido por Selune

Me lanzo a entrenar con todo lo que tengo. Como, vivo y respiro los ejercicios, instrucciones, prácticas de armamento, conferencias sobre tácticas. Un puñado de nosotros somos promovidos a una clase adicional que aumenta mis esperanzas de llegar a ser un contendiente en la guerra real. Los soldados simplemente lo llaman El Bloque, pero el tatuaje en mi brazo lo lista como C.C.S, las siglas de Combate Callejero Simulado. En lo profundo del 13, han construido una cuadra artificial de la ciudad del Capitolio. El instructor nos divide en cuadrillas de ocho e intentamos llevar a cabo misiones (recuperar una posición, destruir un blanco, allanar una casa) como si realmente estuviéramos peleando para avanzar por el Capitolio. La cosa está planeada para que todo lo que pueda salir mal, lo haga. Un paso en falso activa una mina terrestre, un francotirador aparece en un techo, tu arma se atasca, un niño llorando te lleva a una emboscada, tu líder de escuadrón (quien es tan sólo una voz en el programa) es herido por un mortero y tienes que resolver qué hacer sin recibir órdenes. Una parte tuya sabe que todo es falso y que no van a matarte. Si activas una mina terrestre, escuchas la explosión y tienes que fingir que caes muerto. Pero de otras formas, esto se siente bastante real: los soldados enemigos vestidos con los uniformes de los Agentes de la Paz, la confusión de una bomba de humo. Ellos incluso usan gases contra nosotros. Johanna y yo somos las únicas que nos ponemos las máscaras a tiempo. El resto de nuestro escuadrón queda inconsciente durante los próximos diez minutos. Y el supuesto gas inofensivo del que terminé inhalando un poco, me da un horrible dolor de cabeza por el resto del día.

Cressida y su equipo nos graban a Johanna y a mí en el campo de disparo. Sé que Gale y Finnick también están siendo filmados. Es parte de la nueva serie de propos que mostrará a los rebeldes preparándose para la invasión del Capitolio. En general, las cosas están yendo bastante bien.

Entonces, Peeta empieza a aparecer en nuestras prácticas matutinas. Las esposas han desaparecido, pero él sigue siendo acompañado constantemente por un par de guardias. Después del almuerzo, lo veo a través del campo, combatiendo con un grupo de novatos. No sé qué están pensando. Si una disputa con Delly puede reducirlo a discutir consigo mismo, él no tiene nada que hacer aprendiendo a ensamblar un arma.

Cuando confronto a Plutarch, me asegura que todo es para la cámara. Ellos tienen grabaciones de Annie casándose y de Johanna golpeando blancos, pero todo Panem está preguntándose por Peeta. Ellos necesitan ver que él está peleando por los rebeldes, no por Snow. Y a lo mejor, si pudieran obtener tan sólo un par de tomas de nosotros dos, no necesariamente besándonos, simplemente viéndonos felices por estar juntos de nuevo.

Justo entonces me alejo de la conversación. Eso no va a pasar.

En mis raros momentos de descanso, observo ansiosamente las preparaciones para las invasiones. Veo los equipos y las provisiones listas, las divisiones ensambladas. Puedes darte cuenta de cuando alguien recibe órdenes porque reciben un corte de cabello muy corto, la marca de una persona que parte a la batalla. Hay muchas conversaciones sobre la ofensiva de apertura, en la que se asegurarán los túneles de los trenes que conducen al Capitolio.

Sólo unos días antes de que las primeras tropas comiencen a salir, York nos anuncia inesperadamente a Johanna y a mí que nos ha recomendado para el examen, y que debemos reportarnos inmediatamente.

Consta de cuatro partes: una pista de obstáculos que determina tu condición física, un examen escrito de tácticas, una evaluación de capacidad con armas, y una situación de combate simulada en El Bloque. Ni siquiera tengo tiempo de ponerme nerviosa por las primeras tres pruebas, y las hago bien, pero hay un atraso en El Bloque. Algún tipo de fallo técnico que están corrigiendo. Un grupo de nosotros intercambia información. Esto es lo que parece ser verdad. Tienes que pasar la prueba solo. No se puede predecir en qué situación te van a situar. Un chico dice, susurrando, que ha escuchado que está diseñado para atacar las debilidades de cada individuo.

¿Mis debilidades? Esa es una puerta que ni siquiera quiero abrir. Pero encuentro un punto tranquilo y trato de evaluar cuáles podrían ser. El largo de

la lista me deprime. Falta de fuerza bruta física. Apenas un mínimo de entrenamiento. Y de algún modo mí destacado estatus como El Sinsajo, no parece ser ninguna ventaja en una situación en la que están intentando lograr que nos integremos a un equipo. Ellos podrían ponerme contra la pared con un gran número de cosas.

Johanna es llamada tres personas por delante de mí, y le doy un pequeño movimiento de cabeza como señal de apoyo. Ojalá hubiera estado en la parte superior de la lista porque ahora, realmente, estoy comenzando a pensar demasiado en todo esto. Para el momento que mi nombre es llamado, no se cuál debería ser mi estrategia. Afortunadamente, una vez me encuentro en El Bloque, cierta cantidad de entrenamiento entra en acción. Se trata de una situación de emboscada. Los Agentes de la paz aparecen casi instantáneamente y tengo que llegar a un punto de encuentro para reunirme con mi separado escuadrón. Navego lentamente por la calle, quitando los Agentes de la Paz del camino mientras avanzo. Dos en el techo a mi derecha, otro en la puerta de más adelante. Es un reto, pero no tan difícil como me había imaginado.

Tengo el presentimiento de que todo es demasiado fácil, de que debo estar pasando algo por alto. Estoy a un par de edificios de distancia de mi meta cuando las cosas comienzan a calentarse. Media docena de Agentes de la paz llegan corriendo por la esquina. Ellos van a superarme con sus armas, pero noto algo. Un bidón de gasolina abandonado descuidadamente en el canal del desagüe. Esto es. Mi examen. Percibir que explotar el bidón será la única oportunidad de completar mi misión. Justo cuando me acerco para hacerlo, el líder de mi escuadrón, quien había sido bastante inútil llegados a este punto, me ordena suavemente que me lance al suelo.

Todos los instintos que tengo gritan que ignore esa voz, que tire el gatillo, que haga volar a los Agentes de paz. Y de repente, me doy cuenta de cuál piensan los militares que es mi mayor debilidad. Desde el primer momento en los Juegos, cuando corrí hacia esa maleta naranja hasta el fuego en el 8, pasando por mi impulsiva carrera a través de la plaza en el 2. No puedo cumplir órdenes.

Me tiro al suelo tan duro y rápido, que sé que voy a estar sacando gravilla de mi barbilla por una semana. Alguien más dispara al bidón de gasolina. Los Agentes de la paz mueren.

Llego a mi punto de encuentro. Cuando salgo por el otro lado del Bloque, un soldado me felicita, estampa en mi mano Escuadrón número 451, y me dice que me reporte en Comando. Casi mareada por mi éxito, corro por los pasillos, deslizándome en las esquinas, saltando por las escaleras porque el ascensor es demasiado lento. Entro de golpe a la habitación antes de comprender la situación. No debería estar en el Comando. Debería estar recibiendo un corte de cabello. La gente alrededor de la mesa no son soldados recién enlistados, sino los que toman las decisiones.

Boggs sonríe y sacude su cabeza cuando me ve.

—Veámoslo.

Insegura ahora, extiendo mi mano estampada.

—Estás conmigo. Se trata de una unidad especial de tiradores. Únete a tu escuadrón. —Él señala un grupo alineado en la pared. Gale. Finnick. Otros cinco que no conozco. Mi escuadrón. No sólo estoy adentro, sino que logré trabajar para Boggs. Con mis amigos. Me obligo a tomármelo con calma, a dar pasos de soldado para unirme a ellos, en lugar de ir saltando de arriba a abajo.

Debemos ser importantes también, porque estamos en el Comando, y esto no tiene nada que ver con cierto Sinsajo.

Plutarch está de pie sobre un amplio plano panel en el centro de la mesa. Está explicando algo acerca de la naturaleza de lo que encontraremos en el Capitolio. Estoy pensando que esto es una terrible presentación porque incluso empinándome no logro ver lo que está en el panel.

Hasta que él presiona un botón. Una imagen holográfica de una cuadra del Capitolio se proyecta en el aire.

—Esto, por ejemplo, es el área que rodea una de las barracas de los Agentes de la Paz. No es insignificante, pero tampoco es el más crucial de los objetivos, y aún así, miren. —Plutarch introduce algún tipo de código en un teclado, y comienzan a encenderse algunas luces. Están en una variedad de colores y parpadean a diferentes velocidades—. Cada luz es llamada dispositivo. Representa un obstáculo diferente, cuya naturaleza puede variar desde una bomba hasta una banda de mutantes. No se equivoquen. Lo que sea que contenga está diseñado bien sea para atraparlos o matarlos. Algunos han estado

instalados desde los Días Oscuros, otros fueron desarrollados con los años. Para ser honesto, yo mismo creé un buen número de ellos. Este programa, que uno de nuestros cuatro contactos rescató cuando se fugó del Capitolio, es nuestra más reciente información. Ellos no saben que lo tenemos. Pero aún así, es probable que nuevos dispositivos hayan sido activados en los últimos meses. Esto es a lo que van a enfrentarse.

No soy consciente de que mis pies se están moviendo hacia la mesa hasta que estoy a unos cuantos centímetros del holograma. Mi mano se acerca y toca una luz verde que parpadea rápidamente.

Alguien se une a mí, su cuerpo tenso. Finnick, por supuesto. Porque tan sólo un vencedor podría ver lo que yo noté de inmediato. La arena. Llena de dispositivos controlados por los organizadores de Los Juegos. Los dedos de Finnick acarician una luz roja permanente sobre una puerta.

—Damas y caballeros...

Su voz es silenciosa, pero la mía se escucha por todo el cuarto.

—¡Que comiencen los Septuagésimo sextos Juegos del Hambre!

Me río. Rápido. Antes de que alguien tenga tiempo de registrar lo que se esconde detrás de las palabras que acabo de pronunciar. Antes de que se levanten las cejas, se pronuncien las objeciones, dos más dos sean puestos juntos, y la solución sea que yo me mantenga tan lejos como sea posible del Capitolio. Porque una vencedora furiosa, con pensamientos independientes y una capa de cicatrices sociológicas demasiado gruesas para penetrarlas, es tal vez la última persona que desearías tener en tu escuadrón.

—Ni siquiera sé por qué te molestaste en someternos a Finnick y a mí al entrenamiento, Plutarch —digo yo.

—Sí, desde ya somos los dos soldados mejor equipados que tienes —añade Finnick con un aire de confianza.

—No crean que lo he pasado por alto —dice él con un ademán impaciente—. Ahora, de regreso a la formación, Soldados Odair y Everdeen. Tengo una presentación que terminar.

Regresamos a nuestros lugares, ignorando las miradas cuestionadoras de los demás. Yo adopto una actitud de extrema concentración mientras Plutarch continua, asintiendo con mi cabeza aquí y allí, cambiando de posición para obtener un mejor ángulo, mientras me repito a mi misma durante todo el tiempo que tengo que aguantar hasta que pueda salir a los bosques y gritar. O maldecir. O llorar. O tal vez las tres cosas al mismo tiempo.

Si esto fue un examen, Finnick y yo lo pasamos. Cuando Plutarch termina y la reunión se da por finalizada, paso un mal momento cuando escucho que hay una orden especial para mí. Pero apenas se trata de que me salte el corte de cabello militar porque ellos desean que el Sinsajo se parezca tanto como sea posible a la chica en la arena, durante el anticipado rendimiento. Ya sabes, para las cámaras. Me encojo de hombros para comunicar que el largo de mi cabello es un asunto de completa indiferencia para mí. Ellos me dejan partir sin hacer más comentarios.

Finnick y yo gravitamos el uno hacia el otro en el pasillo.

—¿Qué le voy a decir a Annie? —dice en un susurro.

—Nada —le respondo—. Eso es lo que mi madre y mi hermana van a escuchar de mí. —Ya es lo suficientemente malo que nosotros sepamos que nos dirigimos hacia una arena totalmente equipada. No sirve de nada hacérselo saber a nuestros seres queridos.

—Si ella llega a ver ese holograma —comienza el.

—No lo hará. Se trata de información clasificada. Debe serlo —digo yo—. De cualquier modo, no es como si se tratara de los Juegos reales. Cualquier número de personas sobrevivirán. Nosotros estamos exagerando porque… bueno, tú sabes por qué. Aún así quieres ir, ¿verdad?

—Por supuesto. Quiero destruir a Snow tanto como tú —dice él.

—No será como los otros —digo firmemente, tratando de convencerme también a mí misma. Entonces, la verdadera belleza de la situación se hace evidente—. Esta vez, Snow también será un jugador.

Antes de que podamos continuar, Haymitch aparece. Él no estaba en la reunión, no está pensando en arenas sino en algo más.

—Johanna está de vuelta en el hospital.

Yo había asumido que Johanna estaba bien, que había pasado su examen, pero simplemente no había sido asignada a la unidad de tiradores. Ella es realmente buena lanzando un hacha, pero bastante promedio con un arma.

—¿Está herida? ¿Qué paso?

—Fue mientras estaba en El Bloque. Ellos trataban de buscar las debilidades potenciales de cada soldado. Así que inundaron la calle —dice Haymitch.

Eso no tiene sentido. Johanna sabe nadar. Por lo menos, creo recordarla nadando un poco en el Quarter Quell. No como Finnick, por supuesto. Pero ninguno de nosotros es como Finnick.

—¿Y entonces?

—Así fue como la torturaron en el Capitolio. La empapaban y después usaban corrientes eléctricas —dice Haymitch—. En El Bloque, tuvo algún tipo de retrospección. Entró en pánico, no sabía dónde estaba. La tienen sedada de nuevo. —Finnick y yo nos quedamos parados allí, como si hubiéramos perdido la habilidad de responder. Pienso en cómo Johanna nunca se baña. Cómo se obligó a sí misma a introducirse en la lluvia como si se tratara de ácido ese día. Yo le había atribuido su miseria al síndrome de abstinencia de la morphiling.

—Ustedes dos deberían ir a verla. Son lo más cercano a un amigo que tiene —dice Haymitch.

Eso hace que todo sea aún peor. Realmente, no sé cómo son las cosas entre Johanna y Finnick. Pero yo difícilmente la conozco. Sin familia. Sin amigos. Sin ningún recuerdo del 7 que guardar junto a sus ropas de regulación en su cajón anónimo. Nada.

—Será mejor que vaya a avisarle a Plutarch. No va a estar muy contento —continúa Haymitch—. Él quiere tantos vencedores en la arena como sea posible para que las cámaras los sigan por el Capitolio. Piensa que será un mejor enfoque para la televisión.

—¿Beetee y tu van a ir? —pregunto.

—Tantos vencedores jóvenes y atractivos como sea posible —corrige Haymitch—. Así que no. Nosotros no iremos.

Finnick va directamente a ver a Johanna, pero yo me quedo afuera unos minutos hasta que Boggs sale. Él es mi comandante ahora, así que supongo que es a quien tengo que dirigirme para pedir algún favor especial.

Cuando le digo lo que quiero hacer, él me escribe un pase para que pueda ir al bosque durante el periodo de Reflexión, con la condición de que permanezca a la vista de los guardias. Corro hacia mi compartimento, pensando en usar el paracaídas, pero está demasiado lleno de recuerdos desagradables. En su lugar, cruzo el pasillo y tomo uno de los vendajes de algodón blanco que traje del 12. Cuadrado. Fuerte. Justo lo que necesito.

En el bosque, encuentro un árbol de pino y arranco puñados de agujas fragantes de los arbustos. Después de formar una ordenada pila en medio del vendaje, reúno las esquinas, les doy un par de vueltas y las ato firmemente con un trozo de parra, formando un paquetito del tamaño de una manzana.

En la puerta de la habitación del hospital, observo a Johanna por un momento, y me doy cuenta de que la mayor parte de su ferocidad se encuentra en su actitud abrasiva. Sin ello, como se encuentra ahora, sólo queda una delgada mujer joven, con sus ojos abiertos, tratando de quedarse despierta en contra del poder de las drogas. Aterrorizada de lo que la espera en sus sueños. Me acerco a ella y le entrego el paquetito.

—¿Qué es eso? —dice ella con dificultad. Las puntas mojadas de su cabello forman pequeñas puntas sobre su frente.

—Lo hice para ti. Algo para que guardes en tu cajón. —Lo pongo en sus manos—. Huélelo

Ella levanta el paquetito hacia su nariz y lo huele con cuidado.

—Huele a casa. —Las lágrimas inundan sus ojos.

—Eso es lo que esperaba. Ya que tú vienes del 7 y eso —le digo—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Ibas vestida de árbol. Bueno, durante poco tiempo.

De repente, ella agarra fuertemente mi muñeca.

—Tienes que matarlo, Katniss.

—No te preocupes. —Resisto la tentación de retirar mi brazo.

—Júralo. Por algo que te importe —sisea ella.

—Lo juro. Por mi vida. —Pero ella no suelta mi brazo.

—Por la vida de tu familia —insiste ella.

—Por la vida de mi familia —repito. Supongo que mi preocupación por mi propia supervivencia no es lo suficientemente convincente.

Ella me suelta y yo froto mi muñeca.

—De cualquier modo, ¿por qué crees que voy, descerebrada?

Eso la hace sonreír un poco.

—Simplemente necesitaba escucharlo.

Ella presiona el paquetito contra su nariz y cierra sus ojos.

Los días restantes pasan en un torbellino. Después de una breve sesión de ejercicios cada mañana, mi escuadrón está en el campo de tiro, inmerso en entrenamiento de tiempo completo. Yo practico sobre todo con una pistola, pero ellos reservan una hora del día para armas especializadas, lo que significa que puedo usar mi arco de Sinsajo y Gale usa el suyo, fuertemente militarizado. El tridente que Beetee diseñó para Finnick tiene muchas características especiales, pero la más remarcable es que puede lanzarlo, presionar un botón en un control metálico en su muñeca, y regresarlo a su mano sin agacharse para recogerlo.

Algunas veces le disparamos a muñecos de Agentes de la paz para familiarizarnos con las debilidades de su equipo protector. Las fallas de la armadura, por así decirlo. Si golpeas carne, eres recompensado con un chorro de sangre falsa. Nuestros muñecos están empapados de rojo.

Es reconfortante ver lo alto que es el nivel de puntería de nuestro grupo. Además de Finnick y Gale, el escuadrón incluye a cinco soldados del 13. Jackson, una mujer de mediana edad que es la segunda al mando de Boggs, parece medio rezagada, pero puede dispararle a cosas que el resto de nosotros

ni siquiera puede ver sin una mirilla. Buena vista lejana, dice ella. Hay un par de hermanas en sus veintes, llamadas Leeg (las llamamos Leeg 1 y Leeg 2 para aclarar las cosas), ellas son tan parecidas cuando llevan su uniforme, que no puedo distinguirlas hasta que noto que Leeg 1 tiene unos extraños visos amarillos en sus ojos. Dos hombres mayores, Mitchell y Homes, que nunca dicen mucho pero pueden dispararle al polvo de tus botas a cincuenta metros de distancia. Veo otros escuadrones bastante buenos, pero no comprendo totalmente el estatus de nuestra unidad hasta la mañana que Plutarch se une a nosotros.

—Escuadrón Cuatro-Cinco-Uno, ustedes han sido seleccionados para una misión especial —comienza él. Me muerdo el interior de mi labio, esperando en contra de toda esperanza que esa misión sea asesinar a Snow.

—Tenemos numerosos tiradores, pero apenas un puñado de personal de cámaras. Por eso, los hemos escogido a ustedes ocho para ser lo que llamamos nuestro "Escuadrón Estrella" ustedes serán las caras de la invasión en pantalla.

Decepción, sorpresa, incluso rabia recorre al grupo.

—Lo que está diciendo es que, no participaremos en el combate real —explota Gale.

—Ustedes estarán en el combate, pero a lo mejor no siempre en la línea de fuego. Si uno puede siquiera reconocer esa línea en este tipo de guerra —dice Plutarch.

—Ninguno de nosotros quiere esto. —La respuesta de Finnick es seguida por un murmullo general de apoyo, pero yo me quedo callada—. Nosotros vamos a luchar.

—Ustedes van a ser tan útiles para los esfuerzos de la guerra como es posible —dice Plutarch—. Y ha sido decidido que son más valiosos en televisión. Simplemente, miren el efecto que ha tenido Katniss saliendo por ahí con su traje de Sinsajo. Eso hizo que el rumbo de la rebelión cambiara. ¿No notan cómo ella es la única que no se queja? Es porque ella comprende el poder de esa pantalla.

De hecho, Katniss no se está quejando porque no tiene ninguna intención de quedarse con el "Escuadrón estrella", pero ella reconoce la necesidad de llegar

al Capitolio antes de llevar a cabo cualquier plan. Sin embargo, ser demasiado complaciente también podría despertar sospechas.

—Pero no estaremos fingiendo todo el tiempo, ¿verdad? —pregunto—. Eso sería un desperdicio de talento.

—No te preocupes —me dice Plutarch—. Tendrás bastantes blancos reales para atacar. Pero no exageres. Tengo demasiado en mi plato sin tener que preocuparme por reemplazarte a ti. Ahora, vayan al Capitolio y monten un buen show.

La mañana en que partimos, le digo adiós a mi familia. No les he dicho qué tanto se parecen las defensas del Capitolio a las armas de la arena, pero mi partida para la guerra es lo suficientemente horrible. Mi madre me sostiene fuertemente por un largo rato. Siento lágrimas en su mejilla, algo que suprimió cuando fui enviada a los Juegos.

—No te preocupes. Es perfectamente seguro. Ni siquiera soy un soldado real. Sólo soy uno de los títeres televisados de Plutarch —le aseguro.

Prim me acompaña hasta las puertas del hospital.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, sabiendo que tú estás en un lugar en el que Snow no puede alcanzarte —digo yo.

—La próxima vez que nos veamos, vamos a estar libres de él —dice Prim firmemente. Entonces, arroja sus brazos sobre mi cuello—. Ten cuidado.

Considero darle un adiós final a Peeta, pero decido que eso sólo sería malo para los dos. Aún así, guardo la perla en el bolsillo de mi uniforme. Un recuerdo del chico del pan.

Un aerodeslizador nos lleva, de todos los lugares, hasta el 12, donde un campo de transporte ha sido construido a un lado de la zona de fuego. No hay trenes de lujo esta vez, sino un auto de carga lleno hasta el límite con soldados en sus uniformes gris oscuro, durmiendo con sus cabezas sobre sus morrales. Después de un par de días de viaje, desembarcamos al lado de los túneles de la montaña que llevan al Capitolio, y hacemos el resto de las seis horas de camino a pie,

teniendo cuidado de pisar sólo sobre una línea de pintura verde brillante que marca el paso seguro hacia el aire de arriba.

Llegamos al campamento rebelde, una extensión de diez cuadras adentro de la estación de tren donde Peeta y yo hicimos nuestras llegadas previas. Ya está llena de soldados. Al escuadrón 451 le es asignado un lugar para levantar sus tiendas. Esta área ha estado asegurada durante más de una semana. Los rebeldes hicieron retroceder a los Agentes de la paz, perdiendo cientos de vidas en el proceso. Las fuerzas del Capitolio retrocedieron y se han reagrupado más adentro en la ciudad. Entre nosotros se levantan las calles llenas de trampas, vacías y tentadoras. Cada una necesitará ser barrida de dispositivos, antes de que podamos avanzar.

Mitchell pregunta sobre posibles bombardeos aéreos (nos sentimos bastante desnudos a cielo abierto) pero Boggs dice que eso no representa una preocupación. La mayor parte de la flota aérea del Capitolio fue destruida en el 2 durante la invasión. Si les queda algún aeroplano, están aferrándose a él. Probablemente para que Snow y su círculo cercano puedan escapar a algún bunker presidencial, de ser necesario. Nuestros propios deslizadores aéreos quedaron enterrados después de que los misiles de largo alcance del Capitolio nos atacaran.

Esta guerra será peleada afuera en las calles, con lo que esperamos sean sólo daños superficiales y un mínimo de pérdidas humanas. Los rebeldes quieren al Capitolio. Tanto como el Capitolio quiere de vuelta al 13.

Después de tres días, la mayor parte del Escuadrón 451 está en riesgo de renunciar por culpa del aburrimiento. Cressida y su equipo hacen tomas de nosotros disparando. Ellos nos dicen que somos parte del equipo de desinformación. Si los rebeldes sólo disparan los dispositivos de Plutarch, le tomará cerca de dos minutos al Capitolio darse cuenta de que tenemos el holograma en nuestro poder. Así que pasamos un montón de tiempo disparándole a cosas que no importan, para confundirlos. Mayormente, nos dedicamos a añadir más a las pilas de vidrios multicolores que han explotado en los edificios del color de dulces. Sospecho que ellos están montando estas grabaciones con la destrucción de objetivos significantes dentro del Capitolio. De vez en cuando, parece que los servicios de un tirador real son necesitados. Ocho manos se levantan, pero Gale, Finnick y yo nunca salimos escogidos.

—Es tu propia culpa por ser tan apuesto ante la cámara —le digo a Gale. Si las miradas mataran.

No creo que ellos sepan muy bien qué hacer con nosotros tres, particularmente conmigo. Tengo mi traje de Sinsajo conmigo, pero sólo he sido filmada en mi uniforme. Algunas veces uso un arma, otras veces me piden que dispare con mi arco y mis flechas. Es como si no quisieran perder del todo al Sinsajo, pero al mismo tiempo quisieran bajar mi estatus al de un soldado normal. Sinceramente no me importa, es entretenido, en lugar de preocuparme imaginándome las discusiones en el 13.

Mientras exteriormente expreso mi descontento respecto a nuestra falta de participación real, estoy ocupada con mis propios planes. Cada uno de nosotros tiene un mapa de papel del Capitolio. La ciudad forma un cuadrado casi perfecto. Las líneas dividen el mapa en cuadrados más pequeños, con letras en la parte de arriba y números a un lado, que forman una cuadricula. Consumo esto, notando cada intersección y cada calle secundaria, pero esto es material de apoyo. Los comandantes aquí están trabajando con el holograma de Plutarch. Cada uno tiene un artefacto manual llamado Holo, que produce imágenes como la que vi en el Comando. Ellos pueden hacer zoom en cualquier área de la cuadricula, y ver qué dispositivos nos esperan en ellos. El Holo es una unidad independiente, realmente es un mapa glorificado, dado que estos no pueden enviar ni recibir señales. Pero sigue siendo muy superior a mi versión de papel.

Un Holo es activado por la voz específica de él o la comandante, diciendo su nombre. Una vez funcionando, responde a las otras voces en el escuadrón, para que, si digamos, Boggs fuera asesinado o severamente incapacitado, alguien pueda hacerse cargo. Si alguien en el escuadrón repite tres veces seguidas la palabra *nightlock*, el Holo explota, arrasando con todo lo que esté en un radio de cinco metros.

Así que lo que necesito hacer es robarme el Holo de Boggs mientras esté activado, y marcharme antes de que él se dé cuenta. Creo que sería más fácil tratar de robar sus dientes.

En la cuarta mañana, la Soldado Leeg 2 cae en un dispositivo que no estaba bien señalado. Este no deja libre un enjambre de mutos, que es para lo que los rebeldes están preparados, sino que dispara una lluvia de dardos de metal. Uno

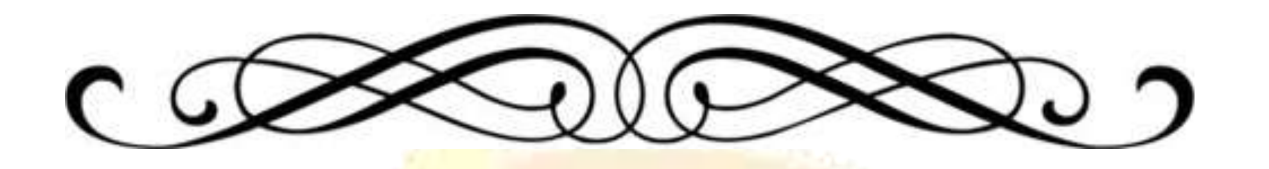
se aloja en su cerebro. Ella está muerta antes de que los médicos puedan alcanzarla. Plutarch promete un reemplazo inmediato.

La noche siguiente, el nuevo miembro de nuestro escuadrón llega. Sin esposas. Sin guardias. Marchando desde la estación de tren con su pistola balanceándose en la correa que cuelga de su hombro. Hay sorpresa, confusión, resistencia, pero el 451 está estampado en la mano de Peeta con tinta fresca. Boggs le quita su arma y se retira a hacer una llamada.

—No va a hacer ninguna diferencia —nos dice Peeta al resto de nosotros—. La presidenta misma me asignó. Ella decidió que los videos necesitaban un poco más de emoción.

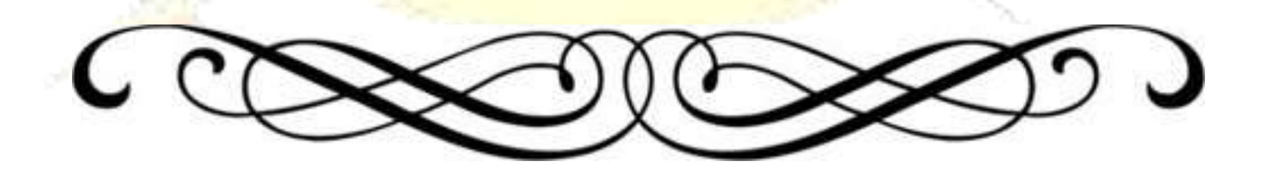
A lo mejor es verdad. Pero si Coin envió a Peeta aquí, ella ha decidido algo más. Que ahora le sirvo más muerta que viva.



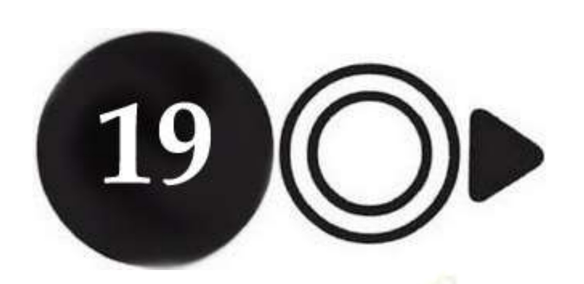


PARTE III

"LA ASESINA"







Traducido por: ANDRE_G

Corregido por: Andy Parth

Yo realmente nunca había visto antes a Boggs enojado. No cuando había desobedecido sus órdenes o vomitado encima de él, ni siquiera cuando Gale quebró su nariz. Pero él está enojado cuando regresa de su llamada telefónica con la presidenta. La primera cosa que él hace es instruir a la Soldado Jackson, su segundo al mando, para establecer una guardia de dos personas por veinticuatro horas en Peeta. Entonces, me lleva a dar una caminata, tejiendo a través del extenso campamento de carpas hasta que nuestro equipo ha sido dejado atrás.

—De todas formas, él volverá a tratar de matarme —digo yo—. Especialmente aquí. Donde hay tantos malos recuerdos para sobresaltarlo.

—Lo mantendré contenido, Katniss —dice Boggs.

—¿Y ahora por qué me quiere muerta Coin? —pregunto.

—Ella niega que lo hace —él responde.

—Pero nosotros sabemos que es verdad —digo yo—. Y tú por lo menos debes tener una teoría.

Boggs me da una larga y dura mirada antes de contestar.

—Esto es lo que yo sé. No le agradas a la presidenta. Nunca lo has hecho. Era a Peeta a quien ella quería rescatar de la arena, pero nadie más estuvo de acuerdo con eso. Eso empeoró aun más cuando tú la forzaste a proporcionarles inmunidad a los otros vencedores. Pero hasta eso puede pasarse por alto ante lo bien que te has desempeñado.

—Entonces, ¿qué es?

—En algún momento del futuro cercano, esta guerra terminará. Un nuevo líder será elegido —dice Boggs.

Yo ruedo mis ojos.

—Boggs, nadie piensa que yo vaya a ser el líder.

—No. No lo hacen —él está de acuerdo—. Pero tú apoyarás a alguien. ¿Será a la Presidenta Coin? ¿O a otra persona?

—No lo sé. Nunca he pensado sobre eso —digo yo.

—Si tu respuesta inmediata no es Coin, entonces eres una amenaza. Eres el rostro de la rebelión. Podrías tener mayor influencia que ninguna otra persona —dice Boogs—. Aparentemente, lo más que tú has llegado a hacer es tolerarla a ella.

—Entonces, me matará para callarme. —En el mismo momento que pronuncio las palabras, sé que son verdad.

—Ella ya no te necesita como un punto de reunión. Como ella misma lo dijo, tu objetivo principal, como la unión de los distritos, se ha logrado —Boggs me recuerda—. Estos propos actuales podrían hacerse sin ti. Hay una sola cosa que tú puedes hacer para dar más fuego a la rebelión.

—Morir —digo en voz baja.

—Sí. Darnos un mártir por el cual luchar —dice Boogs—. Pero eso no va a pasar bajo mi guardia, Soldado Everdeen. Planeo para ti una larga vida.

—¿Por qué? —Esa clase de mentalidad solamente va a traerle problemas—. No me debes nada.

—Porque te lo has ganado —él dice—. Ahora vuelve con tu equipo.

Sé que debería sentirme agradecida porque Boogs esté arriesgando su cuello por mí, pero realmente sólo estoy frustrada. Quiero decir, ¿ahora cómo puedo robar su Holo y desertar? Traicionarlo era lo suficientemente complicado sin su nueva capa de deber. Ya estoy en deuda con él por salvarme la vida.

Ver a la causa de mi drama actual clavando calmadamente su tienda de campar en nuestro sitio me pone furiosa.

—¿A qué hora es mi guardia? —pregunto a Jackson.

Ella me entrecierra los ojos dudando, o tal vez sólo está tratando de enfocar mi rostro.

—No te puse en la rotación.

—¿Por qué no? —pregunto.

—No estoy segura de que tú realmente puedas dispararle a Peeta, si llega a ser necesario —ella dice.

Yo alzo la voz para que todo el equipo pueda escucharme claramente.

—No estaría disparándole a Peeta. Él se ha ido. Johanna tiene razón. Sería sólo como estar disparándole a otro de los mutos del Capitolio. —Se siente bien decir algo horrible sobre él, en voz alta, en público, después de toda la humillación que he sentido desde su regreso.

—Pues, ese tipo de comentario tampoco te está recomendando —dice Jackson.

—Ponla en la rotación —escucho a Boggs decir detrás de mí.

Jackson niega con la cabeza y hace una nota.

—De la medianoche hasta las cuatro. Estás conmigo.

Los sonidos de la cena, y Gale y yo estamos alineados en la cantina.

—¿Quieres que yo lo mate? —pregunta sin rodeos.

—Eso seguro que nos enviaría a los dos de vuelta —digo. Pero, aunque estoy furiosa, la brutalidad de la oferta me desconcierta—. Yo puedo lidiar con él.

—¿Quieres decir hasta que te largues? ¿Tú y tu mapa de papel y posiblemente un Holo si logras poner tus manos en él?

Así que Gale no se ha perdido mis preparaciones. Espero que no hayan sido tan obvias para los otros. Aunque ninguno de ellos conoce mi mente tanto como él.

—No estás planeando dejarme atrás, ¿verdad? —él pregunta.

Hasta este punto, lo estaba haciendo. Pero tener a mi compañero de caza cuidándome la espalda no suena como una mala idea.

—Como tu compañero soldado, tengo que recomendarte fuertemente que te quedes con tu escuadrón. Pero no puedo impedirte venir, ¿o sí?

Él sonríe.

—No. A menos que quieras que de alerta al resto de la armada.

El escuadrón 451 y el equipo de televisión toman la cena de la cantina y se reúnen en un tenso círculo a comer. Al principio creo que Peeta es la causa de la inquietud, pero por el final de la cena, me doy cuenta que más de una mirada antipática ha sido dirigida hacia mí. Este es un giro rápido, ya que estoy bastante segura de que cuando Peeta apareció el equipo completo estaba preocupado por lo peligroso que él podría ser. Pero no es hasta que recibo una llamada de Haymitch que logro entenderlo.

—¿Que estás tratando de hacer? ¿Provocarlo para que ataque? —él me pregunta.

—Claro que no. Sólo quiero que me deje en paz —digo.

—Bueno, pues no puede hacerlo. No después de lo que el Capitolio le ha hecho pasar —dice Haymitch—. Mira, Coin pudo haberlo enviado allí esperando que te matara, pero Peeta no sabe eso. Él no entiende lo que le está sucediendo. Así que no puedes culparlo…

—¡No lo hago! —digo yo.

—¡Lo haces! Lo estás presionando una y otra vez por cosas que están fuera de su control. Ahora, no estoy diciendo que no deberías tener un arma cargada a tu lado las veinticuatro horas. Pero creo que es hora de que voltees este pequeño escenario alrededor de tu cabeza. Si tú hubieras sido tomada por el Capitolio, y te hubieran hecho hijacking, y entonces hubieras tratado de matar a Peeta, ¿sería esta la forma en que él te estaría tratando? —demanda Haymitch.

Me quedo callada. No lo es. No es para nada la forma en que él me estaría tratando. Él estaría tratando de traerme de vuelta a cualquier costo. No disparándome, abandonándome, recibiéndome con hostilidad a cada rato.

—Tú y yo, hicimos un acuerdo de tratar de salvarlo. ¿Recuerdas? —dice Haymitch. Cuando no respondo, él se desconecta después de un comentario cortante—. Trata y recuerda.

El día otoñal pasa de fresco a frío. La mayor parte del equipo acurrucado en sus bolsas de dormir. Algunos duermen bajo el cielo abierto, cerca del calentador en el centro del campamento, mientras que otros se retiran a sus tiendas de campaña. Leeg 1 finalmente se ha descompuesto por la muerte de su hermana, y sus silenciosos sollozos nos llegan a través de las tiendas de campaña. Yo me acurruco en mi carpa, pensando en las palabras de Haymitch. Dándome cuenta con vergüenza que mi obsesión de asesinar a Snow me ha permitido ignorar un problema mucho más complicado. Tratar de rescatar a Peeta del mundo de sombras donde el hijacking le ha dejado. No sé cómo encontrarlo, mucho menos guiarlo para sacarlo de allí. Ni siquiera puedo concebir un plan. Hace que la tarea de cruzar una cargada arena, localizar a Snow, y poner una bala en su cabeza luzca como el juego de un niño.

A media noche, me escurro de mi tienda de campaña y me posiciono en un taburete plegable cerca del calentador para tomar mi guardia con Jackson. Boggs le dijo a Peeta que durmiera afuera a plena vista donde el resto de nosotros pudiera mantenerle un ojo encima. Aunque él no está durmiendo. En lugar de eso, está sentado con su morral levantado contra su pecho, tratando torpemente de hacer nudos en una soga de poca longitud. La conozco bien. Es la que Finnick me prestó esa noche en el búnker. Verla en sus manos, es como si Finnick le hiciera eco a lo que Haymitch acababa de decir, que yo me había librado de Peeta. Ahora podría ser un buen momento para tratar de enmendar eso. Si pudiera pensar en algo que decir. Pero no puedo hacerlo. Así que no lo hago. Solo dejo que los sonidos de la respiración de los soldados llenen la noche.

Después de casi una hora, Peeta habla en voz alta.

—Este último par de años debieron haber sido agotadores para ti. Tratando de decidir si matarme o no. Una y otra vez. Una y otra vez.

Eso parece terriblemente injusto, y mi primer impulso es decir algo cortante. Pero revivo mi conversación con Haymitch y trato de tomar el primer paso indeciso en dirección de Peeta.

—Nunca quise matarte. Excepto cuando pensé que estabas ayudando a los Profesionales a matarme. Después de eso, siempre pensé en ti como… un aliado. —Esa es una buena palabra segura. Carente de alguna obligación emocional, pero no amenazante.

—*Aliado*. —Peeta dice la palabra segura lentamente, probándola—. Amiga. Amante. Vencedora. Enemiga. Prometida. Objetivo. Muto. Vecina. Cazadora. Tributo. Aliada. La voy a añadir a la lista de palabras que uso para tratar de entenderte. —Él entreteje y suelta la soga de sus dedos una y otra vez—. El problema es que yo ya no puedo diferenciar qué es real y que es inventado.

El cese de la respiración rítmica sugiere que las personas se han despertado o que nunca han estado realmente dormidas. Sospecho por la última.

La voz de Finnick se alza desde un bulto entre las sombras.

—Entonces, deberías preguntar, Peeta. Eso es lo que Annie hace.

—¿Preguntar a quien? —dice Peeta—. ¿En quién puedo confiar?

—Pues, en nosotros para comenzar. Somos tu escuadrón —dice Jackson.

—Son mis guardias —él señala.

—Eso, también es cierto —dice ella—. Pero tú has salvado muchas vidas en el 13. Esa no es la clase de cosas que nosotros olvidamos.

En el silencio que sigue, trato de imaginarme no ser capaz de diferenciar la ilusión de la realidad. No saber si Prim o mi madre me aman. Si Snow era el enemigo. Si la persona al otro lado del calentador me salvó o me sacrificó. Con muy poco esfuerzo, mi vida rápidamente cambia volviéndose una pesadilla. De repente, quiero decirle a Peeta todo sobre la persona que él es, y quién soy yo, y cómo terminamos aquí. Pero no sé cómo comenzar. Inútil. Soy inútil.

Unos pocos minutos antes de las cuatro, Peeta se vuelve a girar en mi dirección.

—¿Tu color favorito… es el verde?

—Eso es cierto. —Entonces, pienso en algo que añadir—. Y el tuyo es el naranja.

—¿Naranja? —Parece poco convencido.

—No naranja brillante. Sino suave. Como el atardecer —digo yo—. Al menos, eso fue lo que me dijiste una vez.

—Oh. —Él cierra sus ojos brevemente, tal vez tratando de conjurar el atardecer, entonces asiente con la cabeza—. Gracias.

Pero más palabras salen en desorden.

—Eres un pintor. Eres un panadero. Te gusta dormir con las ventanas abiertas. Nunca tomas azúcar en tu té. Y siempre le haces doble nudo a los cordones de tus zapatos.

Entonces, me meto en mi tienda antes de hacer algo estúpido como llorar.

En la mañana, Gale, Finnick, y yo vamos a dispararle a unos cristales de los edificios para el equipo de cámara. Cuando regresamos al campamento, Peeta está sentado en un círculo con los soldados del 13, los cuales están armados pero hablan abiertamente con él. Jackson ha inventado un juego llamado "Real o No Real" para ayudar a Peeta. Él menciona algo que cree que pasó, y ellos le dicen si es verdad o imaginación, usualmente sigue una breve explicación.

—La mayoría de la gente del 12 fue asesinada en el incendio.

—Real. Menos de novecientos de ustedes lograron llegar al 13 con vida.

—El incendio fue mi culpa.

—No real. El Presidente Snow destruyó el 12 de la misma manera que hizo con el 13, para mandar un mensaje a los rebeldes.

Esto parece ser una buena idea hasta que me doy cuenta que yo seré la única persona que puede confirmar o negar la mayoría de las cosas que pesan sobre él. Jackson nos divide en guardias. Ella nos empareja a Finnick, Gale y a mí con un soldado del 13. De esta manera, Peeta siempre tendrá acceso a alguien que lo conoce más personalmente. No es una conversación constante. Peeta pasa largo tiempo considerando incluso pequeños pedazos de información, como el lugar donde la gente compraba su sopa allá en casa. Gale le da un montón de información sobre el 12; Finnick es un experto en los dos Juegos de Peeta, porque fue un mentor en el primero y un tributo en el segundo. Pero como la más grande confusión de Peeta se centra en lo que corresponde a mí (y no todo puede ser explicado tan fácilmente) nuestros intercambios son dolorosos y

cargados, incluso aunque sólo tocamos los detalles más superficiales. El color de mí vestido en el 7. Mi preferencia por los bollos de queso. El nombre de nuestro profesor de matemáticas cuando éramos pequeños. Reconstruir sus recuerdos sobre mí es espantoso. Tal vez no sea siquiera posible después de lo que Snow le hizo. Pero se siente bien ayudarlo a intentarlo.

A la tarde siguiente, somos notificados de que el escuadrón completo es requerido para montar un muy complicado propo. Peeta ha tenido razón respecto a una cosa: Coin y Plutarch no están contentos con la calidad del material que están recibiendo del Escuadrón Estrella. Muy aburrido. Muy poco inspirador. La respuesta obvia es que ellos nunca nos han dejado hacer algo más que jugar con nuestras armas. De cualquier forma, esto no se trata de defendernos a nosotros mismos, es sobre salir con un producto que se pueda usar. Así que el día de hoy, una cuadra especial ha sido dispuesta para la filmación. Incluso tiene un par de dispositivos activos en ella. Uno de ellos da rienda suelta a un atomizador de disparos. El otro atrapa los invasores para interrogación o ejecución, dependiendo de la presencia de los captores. Pero sigue siendo una manzana residencial de poca importancia con ninguna consecuencia estratégica.

El equipo de televisión trata de provocar una exaltada sensación de peligro al liberar bombas de humo y añadir efectos de sonidos de disparos. Nos vestimos con equipos altamente protectores, incluso el equipo de televisión, como si estuviéramos llegando al corazón de una batalla. A aquellos de nosotros que tienen armas especializadas se les es permitido tomarlas junto con nuestras pistolas. Boggs también le devuelve a Petta su pistola, aunque se asegura de decirle en voz alta que no está cargada.

Peeta sólo se encoje de hombros.

—De todas formas, no soy tan buen tirador. —Él parece preocupado observando a Pollux, hasta el punto que se está volviendo un poco preocupante, cuando al fin logra resolverlo y empieza a hablar agitado—. Eres un Avox, ¿cierto? Puedo decirlo por la forma que tragas. Había dos Avox conmigo en prisión. Darius y Lavinia, pero los guardias los solían llamar los pelirrojos. Ellos habían sido nuestros sirvientes en el Centro de Entrenamiento, así que también los arrestaron. Vi cómo los torturaban hasta la muerte. Ella fue afortunada. Usaron demasiado voltaje y su corazón se detuvo de inmediato. Tomo días terminar con él. Golpeándolo, desmembrándolo. Seguían haciéndole

preguntas, pero él no podía hablar, sólo hacía estos horribles sonidos de animal. Ellos no querían información, ¿sabes? Querían que yo lo viera.

Peeta mira alrededor, a nuestros rostros aturdidos, como esperando por una respuesta. Cuando nadie le da una explicación, él pregunta:

—¿Real o no real? —La ausencia de una respuesta lo altera aún más—. ¡¿Real o no real?! —él demanda.

—Real —dice Boggs—. Al menos, de acuerdo con lo que yo sé… real.

Peeta decae.

—Eso pensaba. No había nada… reluciente sobre eso. —Él deambula lejos del grupo, murmurando algo sobre dedos de las manos y los pies.

Yo me muevo hacia Gale, presiono mi frente en el chaleco antibalas que está donde su pecho debería de estar, siento su brazo estrecharse a mi alrededor. Finalmente, sabemos el nombre de la chica que vimos en el Capitolio siendo raptada de los bosques del 12, el destino del amigo Agente de la Paz que intentó mantener a Gale con vida. Este no es momento para traer recuerdos alegres. Ellos habían perdido sus vidas por mi culpa. Los añado a mi lista personal de muertes que empezaron en la arena y que ahora incluía a miles de personas. Cuando levanto la mirada, veo que Gale lo ha tomado de una forma diferente. Su expresión dice que no hay suficientes montañas para aplastar, suficientes ciudades para destruir. Promete muerte.

Con el espeluznante relato de Peeta aún fresco en nuestras mentes, crujimos a través de las calles de cristales rotos hasta que llegamos a nuestro objetivo, la cuadra que vamos a tomar. Es un verdadero, pequeño, objetivo por lograr. Nos congregamos alrededor de Boggs para examinar la proyección del Holo de la calle. El dispositivo de disparos está posicionado como a un tercio de distancia calle abajo, justo sobre la marquesina de un apartamento. Deberíamos ser capaces de activarlos con balas. La red de dispositivos está al final, casi en la otra esquina. Esto requerirá que alguien active el mecanismo de sensor de cuerpos. Todo el mundo se ofrece excepto por Peeta, que no parece saber qué es lo que está sucediendo. Yo no consigo ser elegida. Consigo ser enviada a Mesalla, que aplica algo de maquillaje en mi rostro para los previstos acercamientos de cámara.

El escuadrón se posiciona bajo las direcciones de Boggs, y luego también tenemos que esperar a que Cressida posicione a los camarógrafos. Ellos dos están a nuestra izquierda, con Castor en el frente y Pollux trayendo la parte posterior para que puedan estar seguros de no grabarse uno al otro. Messalla suelta un par de cargas de humo para crear la atmósfera. Ya que esto es tanto una misión como una grabación, estoy a punto de preguntar quién está a cargo, mi comandante o mi director, cuando Cressida dice:

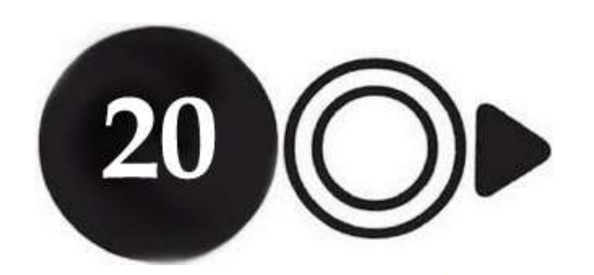
—¡Acción!

Nosotros procedemos lentamente por la nebulosa calle, justo como uno de nuestros ejercicios en el Bloque. Cada uno tiene por lo menos una sección de ventanas por volar, pero a Gale se le es asignado el verdadero objetivo. Cuando él golpea el dispositivo, nosotros nos refugiamos —zambulléndonos por las puertas o arrastrándonos dentro de la bonita luz naranja y la piedra rosada del pavimento— cuando una lluvia de balas vuela una y otra vez sobre nuestras cabezas. Después de un rato, Boggs nos ordena continuar.

Cressida nos detiene antes de que nos podamos levantar, ya que necesita unas tomas de primer plano. Tomamos turnos recreando nuestras reacciones. Cayéndonos al suelo, haciendo muecas, tirándonos a los huecos. Especialmente cuando resulta ser que no soy el peor actor en el escuadrón. No por mucho. Todos nos reímos tan fuerte ante el intento de Mitchell por proyectar su idea de desesperación, la cual involucra un chirrido de dientes y ampliar sus fosas nasales, que Boggs tiene que regañarnos.

—Cálmense, Cuatro-Cinco-Uno —dice firmemente. Pero se le puede ver reprimiendo una sonrisa mientras vuelve a chequear el siguiente dispositivo. Posicionando el Holo para encontrar la mejor luz en el aire nublado. Aún nos da la cara a nosotros cuando da pasos a la izquierda volviendo al pavimento de piedra naranja. Activando la bomba que vuela sus piernas.





Traducido por: Pimienta

Corregido por: Andy Parth

Es como si en un instante, una ventana pintada se rompiera, revelando el feo mundo detrás de ella. Risas cambiadas por gritos, la sangre mancha los adoquines color pastel y el humo real oscurece el efecto especial hecho para la televisión.

Una segunda explosión parece dividir el aire y deja mis oídos zumbando. Pero no puedo distinguir de dónde viene.

Llego a Boggs en primer lugar, tratando de dar sentido a la carne desgarrada, a los miembros amputados, tratando de encontrar algo para detener el flujo de color rojo de su cuerpo.

Homes me empuja a un lado y abre un botiquín de primeros auxilios desgarrándolo. Boggs agarra mi muñeca. Su rostro, gris muerte y ceniza, parece estar hundiéndose. Pero sus siguientes palabras son una orden:

—El Holo.

El Holo. Me giro alrededor, hurgando entre trozos de azulejos llenos de sangre, temblando cuando me encuentro con trozos de carne caliente. Lo encuentro clavado en unas escaleras, junto con una de las botas de Boggs. Lo recupero, limpiándolo con las manos desnudas se lo devuelvo a mi comandante.

Homes le ha puesto una venda comprimiendo el muñón del muslo izquierdo de Boggs, pero ya está empapada. Intenta hacer un torniquete en el otro, por encima de la rodilla. El resto del pelotón se ha cerrado en formación protectora a nuestro alrededor. Finnick intenta revivir a Messalla, que se golpeó contra un muro en la explosión. Jackson grita a un intercomunicador de campo e intenta, sin éxito, avisar al campamento para que manden médicos. Pero sé que es demasiado tarde. De pequeña, mientras veía a mi madre trabajar, aprendí que cuando el charco de sangre alcanza un tamaño, no hay vuelta atrás.

Me arrodillo al lado de Boggs, preparada para volver a hacer el papel que hice con Rue y con la adicta del 6, para que tenga a alguien a quien agarrarse mientras abandona esta vida. Sin embargo, Boggs tiene sus dos manos en el Holo, escribe una orden, pone el pulgar en la pantalla para que reconozca su huella, y pronuncia una serie de letras y números cuando el dispositivo se los pide. Un rayo de luz verde sale del Holo y le ilumina la cara.

—No apto para el mando —dice—. Transfiere autorización de seguridad principal al soldado Katniss Everdeen, pelotón 451. —Con mucho esfuerzo, consigue volver el Holo hacia mi cara—. Di tu nombre.

—Katniss Everdeen —le digo al rayo verde.

De repente, veo que me atrapa en su luz. No puedo moverme, no puedo parpadear, mientras una serie de imágenes pasan muy rápido ante mí. ¿Me está escaneando? ¿Grabando? ¿Cegando? Desaparece y sacudo la cabeza para despejarla.

—¿Qué has hecho?

—¡Prepárense para la retirada! —aúlla Jackson.

Finnick está gritando algo y señala al otro extremo de la manzana, por donde hemos entrado. Una sustancia negra y aceitosa sale como un géiser a la calle, entre los edificios, y crea un impenetrable muro de oscuridad. No parece líquido ni gas, ni mecánico ni natural. Seguro que es mortífera. No podemos volver por donde hemos venido.

Unos disparos ensordecedores suenan cuando Gale y Leeg 1 empiezan a abrir un camino a tiros por las piedras, hacia otro extremo de la manzana. No entiendo qué hacen hasta que otra bomba, a nueve metros, estalla y abre un agujero en la calle. Entonces, me doy cuenta de que es un intento rudimentario de disparar a las posibles trampas. Homes y yo agarramos a Boggs, arrastrándolo detrás de Gale. El dolor lo domina y empieza a gritar y yo quiero parar, encontrar otra manera de hacerlo, pero la oscuridad está subiendo por los edificios, hinchándose, deslizándose hacia nosotros como una ola.

Alguien tira de mí hacia atrás, pierdo el agarre de Boggs y caigo contra las piedras. Peeta me mira desde arriba, ido, loco, de vuelta a la tierra de los secuestrados, con el arma en alto, dispuesto a aplastarme el cráneo con ella.

Ruedo, oigo cómo la culata se estrella contra el suelo y, de reojo, veo el lío de cuerpos: Mitchell se lanza sobre Peeta y lo sujeta sobre las piedras. Pero Peeta, con su fuerza unida siempre a la locura de las rastrevíspulas, golpea el estómago de Mitchell con los pies lanzándolo lejos.

Se oye el fuerte chasquido de una trampa cuando el dispositivo se dispara. Cuatro cables unidos a unas guías en los edificios salen de entre las piedras levantando una red que encierra a Michell. Está ensangrentado, no tiene sentido… hasta que veo las púas que recorren el alambre que lo rodea. Lo reconozco rápidamente, es el mismo alambre que decoraba la parte superior de la valla del 12. Le grito que no se mueva y me ahogo con el olor de la oscuridad, espeso y alquitranado. La ola ha llegado a su cresta y empieza a caer.

Gale y Leeg 1 disparan sobre el cierre de la puerta del edificio de la esquina y después a los cables que sujetan la red de Michell. Otros sujetan a Peeta. Me lanzo sobre Boggs, y Homes y yo lo arrastramos hasta el interior del piso, a través del salón rosa y blanco, por un pasillo lleno de fotos familiares, hasta el suelo de mármol de la cocina, donde nos derrumbamos. Castor y Pollux traen a Peeta, que no cesa de forcejear. De algún modo, Jackson consigue esposarlo, pero eso sólo sirve para enfurecerlo más y son forzados a meterlo en el armario.

En el salón, la puerta se cierra, la gente grita. Las pisadas se oyen en el pasillo y la ola negra pasa rugiendo junto al edificio. Desde la cocina podemos oír el ruido de ventanas que gruñen y se hacen añicos. El nocivo olor a alquitrán impregna el aire. Finnick lleva a Messalla. Leeg 1 y Cressida entran detrás de él tosiendo.

—¡Gale! —chillo.

Él llega, cierra la puerta de la cocina de un portazo y grita una palabra: —¡Gases!

Castor y Pollux recogen toallas y delantales para taponar las rendijas, mientras Gale da arcadas dentro de un fregadero amarillo limón.

—¿Michell? —pregunta Homes. Leeg 1 sacude la cabeza.

Boggs pone el Holo en mi mano. Sus labios se están moviendo, pero no puedo entender lo que dice. Acerco mi oreja a su boca para captar qué esta susurrando:

—No confíes en ellos, no vuelvas. Mata a Peeta. Haz lo que has venido a hacer.

Me aparto para ver su cara.

—¿Qué? ¿Boggs? ¿Boggs?

Sus ojos están abiertos, pero está muerto. Presionando mi mano, pegado con sangre, tengo el Holo.

Los pies de Peeta golpeando dentro del armario se escuchan sobre la respiración agitada de los demás. Pero, mientras escuchamos, su energía parece decaer. Las patadas disminuyen a un tamborileo irregular. Después, nada. Me pregunto si él también estará muerto.

—¿Se ha ido? —pregunta Finnick, mirando a Boggs. Yo asiento—. Tenemos que salir de aquí. Ahora. Acabamos de activar una calle entera llena de dispositivos. Seguro que nos tienen en las cintas de seguridad.

—Cuenta con ello —dice Castor—. Todas las calles están cubiertas de cámaras de seguridad. Estoy seguro de que activaron manualmente la ola negra cuando nos vieron grabar la propo.

—Nuestros intercomunicadores por radio se desactivaron casi de inmediato. Probablemente debido a un pulso electromagnético. Pero los llevaré de vuelta al campamento. Dame el Holo —me dice Jackson, pero yo lo llevo a mi pecho.

—No, Boggs me lo ha dado a mí.

—No seas ridícula —me dice, por supuesto, ella piensa que es suyo. Es la segunda comandante.

—Es verdad —dice Homes—. Le trasfirió la autorización de seguridad principal mientras agonizaba. Yo lo vi.

—¿Por qué iba a hacer eso? —demanda Jackson.

¿Por qué? Mi cabeza está dándole vueltas a los horribles acontecimientos de los últimos cinco minutos: Boggs mutilado, muriendo, muerto. La rabia homicida de Petta, Michell sangrando, atrapado y tragado por esa asquerosa ola negra. Me giro hacia Boggs deseando con toda mi alma que siguiera vivo. De pronto, estoy convencida que él, y probablemente solo él, está completamente de mi parte. Pienso en sus últimas ordenes:

"No confíes en ellos, no vuelvas. Mata a Peeta. Haz lo que has venido a hacer"

¿Qué quería decir? ¿Que no confiara en quién? ¿En los rebeldes? ¿En Coin? ¿En la gente que veo delante de mí ahora? No volveré, pero él debería saber que no puedo disparar a Peeta en la cabeza. ¿Puedo? ¿Debería? ¿Boggs averiguó que yo realmente he venido aquí para desertar y matar a Snow yo sola?

No puedo trabajar en ello por ahora, así que decido hacerme cargo de las dos primeras órdenes: no confiar en nadie y meterme en el Capitolio. Pero ¿cómo voy a justificarlo? ¿Cómo consigo que me dejen el Holo?

—Porque estoy en una misión especial para la presidenta Coin. Creo que Boggs era el único que lo sabía.

Esto no convence a Jackson.

—¿A hacer qué? —pregunta.

¿Por qué no contarles la verdad? Es tan plausible como cualquier otra cosa. Pero tiene que parecer una misión real, no una venganza.

—Para asesinar al presidente Snow antes de que la pérdida de vidas humanas en esta guerra deje a nuestra población insostenible.

—No te creo —responde Jackson—. Como tu actual comandante, te ordeno que transfieras la autorización de seguridad principal a mí.

—No. Eso sería una violación directa de las órdenes de la presidente Coin.

Apuntan con las armas. La mitad apunta a Jackson y la otra mitad a mí. Alguien está a punto de morir cuando Cressida habla:

—Es cierto, por eso estamos aquí. Plutarch quiere televisarlo, cree que si grabamos al Sinsajo asesinando a Snow, la guerra terminará.

Esto hace que Jackson pare. Después, gesticula con su arma hacia el armario.

—¿Y por qué está él aquí?

Ahí ella me tiene. No se me ocurre ningún motivo razonable por el que Coin enviaría a un chico inestable, programado para matarme, a una misión tan importante. Eso realmente debilita mi historia. Cressida vuelve a ayudarme:

—Porque las dos entrevistas grabadas después de los juegos con Caesar Flickerman se hicieron en los alojamientos del presidente Snow. Plutarch cree que podríamos usar a Peeta de guía en un lugar que conocemos muy poco.

Quiero preguntar a Cressida por qué miente por mí, por qué lucha para que yo pueda seguir con mi propia misión. Pero no es el momento.

—¡Tenemos que irnos! —dice Gale—. Yo sigo a Katniss. Si ustedes no quieren, vuelvan al campamento. ¡Pero tenemos que movernos!

Homes abre el armario y se esfuerza para poner a Peeta inconsciente sobre su hombro.

—Listo —anuncia.

—¿Boggs? —pregunta Leeg 1.

—No nos lo podemos llevar. Él lo entendería —responde Finnick. Después, toma el arma de Boggs y la pone en su hombro—. Tú diriges, soldado Everdeen.

No sé cómo dirigir. Miro el Holo en busca de ayuda. Sigue activado, pero bien podría estar muerto por todo el bien que me hace. No tengo tiempo para perder con los botones, tratando de averiguar cómo funciona.

—No sé usar esto. Boggs dijo que tú me ayudarías —le digo a Jackson—. Me dijo que podía contar contigo.

Jackson frunce el ceño, me quita el Holo e introduce una orden. Aparece un cruce.

—Si salimos por la puerta de la cocina, hay un pequeño patio y después la parte de atrás de otro grupo de apartamentos. Nos encontramos ante una perspectiva general de las cuatro calles que se encuentran en la intersección.

Intento concentrarme y observar el cruce del mapa que está lleno de lucecitas indicando dispositivos por todas partes. Y esos son sólo los dispositivos que Plutarch conocía. El Holo no indicaba que la manzana de la que hemos salido estaba minada, ni que tenía el geiser negro, ni que la red estuviera hecha de alambre de espino. Además de eso, puede que haya Agentes de la paz para

hacer frente, ahora que saben nuestra posición. Me muerdo el interior del labio y siento los ojos de todos en mí.

—Pónganse las máscaras. Vamos a salir por donde hemos entrado.

Objeciones al instante, por lo que levanto la voz:

—Si la ola era tan fuerte, debe de haber disparado y absorbido otros dispositivos que pudieran haber en nuestro camino.

Se paran a considerarlo. Pollux le hace unos cuantos signos rápidos a su hermano.

—También puede que haya desactivado las cámaras —traduce Castor—. Al tapar las lentes.

Gale apoya una de las botas en el mostrador de la cocina y examina la salpicadura de negro en la punta. La rasca con un cuchillo de cocina.

—No es corrosivo. Creo que está diseñado para ahogar o envenenar.

—Seguramente es nuestra mejor oportunidad —dice Leeg 1.

Nos ponemos las máscaras. Finnick ajusta la de Peeta. Cressida y Leeg 1 llevan entre las dos a Messalla, que está mareado.

Espero que alguien inicie la marcha, hasta que me doy cuenta de que ahora ese es mi trabajo. De un empujón abro la puerta de la cocina, pero no encuentro resistencia. Una capa de un centímetro de grosor de porquería negra se ha extendido por el salón y ha cubierto los tres cuartos del pasillo. Cuando le doy con precaución con la punta de mi bota, descubro que tiene consistencia de gel. Levanto el pie y después de estirarla un poco, vuelve a su lugar. Doy tres pasos por el gel y miro atrás. No dejo huellas. Es la primera cosa positiva que sucede en todo el día. El gel se va haciendo más denso mientras cruzo el salón. Abro la puerta principal esperando litros de materia, pero esta mantiene su forma.

Es como si hubiera metido en pintura negra la manzana rosa y naranja para después sacarla a secar. Las rocas del suelo, los edificios e incluso los tejados están cubiertos de gel. Una gran lágrima cuelga sobre la calle y de ella salen dos formas: el cañón de un arma y una mano humana. Michell. Me quedo en la acera, mirándolo, hasta que el resto del grupo se une a mí.

—Si alguien quiere volver, por cualquier razón, ahora es el momento —digo—. Sin preguntas ni rencor.

No veo a nadie retirarse, así que empiezo a avanzar hacia el Capitolio sabiendo que no tenemos mucho tiempo. Aquí el gel es más profundo, de diez a quince centímetros, y hace un ruido de succión cada vez que levantas el pie, aunque sirve para ocultar nuestro rastro.

La ola debe de haber sido enorme, con tremendo poder, ya que ha afectado a varias manzanas de las que tenemos por delante. Y, a pesar de que piso con cuidado, creo que mi instinto era acertado al decirme que había activado otros dispositivos. A una manzana, la calle está llena de cadáveres dorados de rastrevíspulas. Deben de haber sido puestas en libertad y sucumbido ante los gases. Un poco más adelante se ha derrumbado un edificio bajo el gel. Corro por los cruces y levanto una mano para que los demás esperen mientras busco si hay problemas, pero la ola parece haber desmantelado los dispositivos mucho mejor que cualquier equipo de rebeldes.

En la quinta manzana, noto que hemos llegado al punto en el que empezó la ola. El gel sólo tiene un par de centímetros de grosor y veo unos tejados celestes asomando por el siguiente cruce. La luz de la tarde se ha apagado un poco y necesitamos ocultarnos con urgencia y formar un plan. Elijo un apartamento a dos tercios del final de la manzana, Homes fuerza la cerradura y ordeno a los demás que entren. Me quedo en la calle un minuto, observando la última de nuestras huellas desvanecerse, a continuación, cierro la puerta detrás de mí. Las linternas incorporadas en nuestras armas iluminan el gran salón con paredes de espejos que nos devuelven la mirada cada vez que nos giramos. Gale comprueba las ventanas, que no tienen ningún fallo, y se quita la máscara.

—Está bien. Se huele un poco, pero no es muy fuerte.

El apartamento parece diseñado exactamente igual que el primero en el que nos refugiamos. El gel bloquea cualquier luz natural de la parte delantera, pero un poco de luz entra aún por las persianas de la ventana de la cocina. En el pasillo hay dos dormitorios con baños. La escalera de caracol del salón conduce al espacio abierto de la segunda planta. Arriba no hay ventanas, pero las luces están encendidas, seguramente porque alguien evacuó el lugar a toda prisa. En una pared hay una enorme pantalla de televisión apagada que emite un suave

brillo. Por todo el cuarto hay sillones y lujosos sofás. Nos reunimos allí, nos dejamos caer en los asientos e intentamos recuperar la respiración.

Jackson apunta a Peeta, que sigue esposado e inconsciente, tirado sobre el sofá azul marino en el que lo ha depositado Homes. ¿Qué diablos voy a hacer con él? ¿Y con el equipo? ¿Y con todo el mundo, francamente, aparte de Gale y Finnick? Porque preferiría perseguir a Snow con ellos en vez de sola. Pero no puedo llevar a diez personas al Capitolio en una misión falsa, incluso aunque pudiera leer el Holo. ¿Debería o podría haberlos enviado de vuelta cuando tuve la oportunidad? ¿O era demasiado peligroso tanto para ellos como para mi misión? Tal vez no debería haber escuchado a Boggs, porque puede que estuviera delirando. Tal vez tendría que confesarme, pero entonces Jackson se haría con el mando y acabaríamos en el campamento, donde yo tendría que responder ante Coin.

Justo cuando la complejidad del lío en el que he metido a todo el mundo empieza a sobrecargar mi cerebro, una lejana cadena de explosiones hace temblar el cuarto.

—No ha sido cerca —asegura Jackson—. A unas cuatro o cinco manzanas de distancia.

—Donde dejamos a Boggs —dice Leggs 1.

Aunque nadie se ha acercado a ella, la televisión se enciende de repente con un agudo pitido que nos pone en pie a casi todos.

—¡Todo está bien! —nos tranquiliza Cressida—. Es sólo una emisión de emergencia. Cada televisor del Capitolio se activa automáticamente.

Ahí estamos nosotros, en la pantalla, justo después de la bomba que acabó con Boggs. Una voz en *off* explica a los espectadores que están viendo cómo intentamos reagruparnos, cómo reaccionamos con la llegada del gel negro que sale de la calle y perdemos el control de la situación. Vemos el caos que le sigue a la ola hasta que ésta bloquea las cámaras. Lo último que vemos es a Gale, solo en la calle, tratando de disparar a los cables que mantienen atrapado a Mitchell. El periodista nos identifica a Gale, Finnick, Boggs, Peeta, Cressida y a mí por mi nombre.

—No hay imágenes aéreas. Boggs debía estar en lo cierto sobre sus aerodeslizadores —dice Castor.

No me doy cuenta de eso, pero supongo que es el tipo de cosas que una cámara nota.

La cobertura continúa desde el patio trasero de la vivienda donde nos refugiamos. Los Agentes de la paz ocupan el tejado de nuestro anterior escondite, lanzan proyectiles contra los apartamentos y desencadenan la cadena de explosivos que hemos escuchado y el edificio se derrumba en una nube de polvo y escombros.

Ahora, cortamos a una transmisión en vivo. Una periodista se encuentra en el tejado con los Agentes de la paz. Detrás de ella, el edificio arde. Los bomberos tratan de controlar el incendio con mangueras de agua. Nos declaran muertos.

—Finalmente, un poco de suerte —comenta Homes.

Supongo que tiene razón. Ciertamente, es mejor que tener al Capitolio buscándonos. Pero yo sigo pensando cómo se va a ver esto en el distrito 13, donde mi madre, Prim, Hazelle, sus hijos, Annie, Haymitch y muchas otras personas creen que acaban de vernos morir.

—Mi padre. Acaba de perder a mi hermana y ahora… —dice Leeg 1.

Vemos cómo repiten las imágenes una y otra vez. Se regodean en su victoria, sobre todo por mí. La interrumpen para meter un montaje sobre cómo el Sinsajo se hizo con el poder rebelde. Creo que lo tienen preparado desde hace tiempo, porque parece bastante pulido. Después, un par de periodistas hablan sobre mi merecido final violento. Más tarde, prometen, que Snow hará una declaración oficial. La pantalla se apaga de nuevo a su resplandor anterior.

Los rebeldes no intentan interrumpir la emisión, lo que me lleva a creer que piensan que es verdad. Si es así, realmente estamos solos.

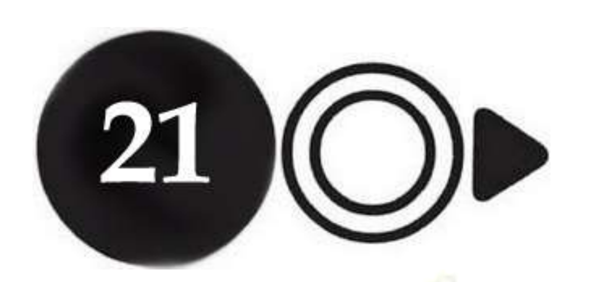
—Entonces, ahora que estamos muertos, ¿cuál es nuestro próximo movimiento? —pregunta Gale.

—¿No es obvio? —pregunta Peeta.

Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que había recuperado el conocimiento. No sé cuánto tiempo lleva despierto, pero, por su cara de tristeza, lo bastante para ver lo sucedido en la calle, cómo se volvió loco, intentó aplastarme la cabeza y lanzó a Michell hacia el dispositivo. Dolorosamente se sienta como puede y dirige sus palabras a Gale:

—Nuestro siguiente movimiento… es matarme.





Traducido por Ellie

Corregido por cYeLy DiviNNa

Eso hace que sean dos peticiones por la muerte de Peeta en menos de una hora.

—No seas ridículo —dice Jackson.

—¡Acabo de asesinar a un miembro de nuestro equipo! —grita Peeta.

—Tú sólo lo empujaste lejos de ti. No podrías haber sabido que provocarías la red en ese exacto lugar —dice Finnick, tratando de calmarlo.

—¿Qué importa? Está muerto, ¿verdad? —Las lágrimas comienzan a correr por la cara de Peeta—. Yo no lo sabía. Jamás he sido así antes. Katniss tiene razón. Yo soy el monstruo. Soy el muto. ¡Yo soy a quien Snow convirtió en un arma!

—No es tu culpa, Peeta —dice Finnick.

—No pueden llevarme con ustedes. Es sólo cuestión de tiempo antes de que mate a otra persona. —Peeta echa una mirada alrededor de nuestros rostros en conflicto—. Quizá piensan que es más amable abandonarme en algún lugar. Dejarme correr mi propia suerte. Pero eso es lo mismo que entregarme al Capitolio. ¿Piensan que estarían haciéndome un favor al enviarme de regreso a Snow?

Peeta. Nuevamente en las manos de Snow. Torturado y atormentado hasta que ya no quede ningún resto de su ser anterior que pueda volver a surgir.

Por alguna razón, la última estrofa de *"El Árbol de la Ejecución"* comienza a reproducirse en mi cabeza. La parte donde el hombre prefiere ver a su amante muerta antes de que tenga que enfrentar el mal que la aguarda en el mundo.

"Tú estás, tú estás

llegando al árbol

Usando un collar de soga, a mi lado.

Cosas extrañas han ocurrido aquí

No sería extraño

Si nos encontramos a la medianoche en el árbol de la ejecución".

—Te mataré antes que eso suceda —dice Gale—. Lo prometo.

Peeta vacila, como si estuviera sopesando la certeza de esa oferta, y entonces sacude la cabeza.

—No es suficiente. ¿Qué pasa si no estás allí para hacerlo? Quiero una de esas píldoras de veneno que tienen el resto de ustedes.

Nightlock. Hay una píldora en el campamento, en una ranura especial en la manga de mi traje de Sinsajo. Pero hay otra en el bolsillo delantero de mi uniforme. Es interesante que ellos no se la dieran a Peeta. Quizás Coin pensó que él lo tomaría antes de que tuviera la oportunidad de matarme. No está claro si Peeta se mataría ahora, para evitarnos el tener que asesinarlo, o sólo si el Capitolio lo secuestra otra vez. En el estado en el que está, supongo que sería más temprano que tarde. Ciertamente, haría las cosas más fáciles para el resto de nosotros. No tener que matarlo. Ciertamente, simplificaría el problema de tratar con sus episodios homicidas.

No sé si son los dispositivos, o el miedo, o ver a Boggs morir, pero siento toda la arena a mí alrededor. Es como si nunca lo hubiera dejado, realmente. Una vez más, peleo no sólo por mi propia supervivencia, sino por la de Peeta también. Cuán satisfactorio, cuán entreteniendo sería para Snow si yo tuviera que matarlo. El tener la muerte de Peeta en mi conciencia por el resto de lo que me quede de vida.

—No se trata de ti —digo—. Estamos en una misión. Y tú eres necesario en ella. —Miro al resto del grupo—. ¿Piensan que podríamos encontrar algún alimento por aquí?

Además del equipo médico y las cámaras, no tenemos nada más que nuestros uniformes y nuestras armas.

La mitad de nosotros se queda para vigilar a Peeta o para estar pendiente de la transmisión de Snow, mientras que los otros buscan algo para comer. Messalla demuestra ser el más valioso porque vivió en una réplica de este apartamento y sabe dónde es más probable que las personas escondan sus alimentos. Como por ejemplo, que hay un espacio de almacenamiento oculto por un panel con espejo en el dormitorio, o cuán fácil es quitar la tapa de la ventilación en el pasillo. Entonces, aunque las alacenas de la cocina estén vacías, encontramos más de treinta alimentos enlatados y varias cajas de galletas.

La acumulación enoja a los soldados rebeldes del 13.

—¿No es esto ilegal? —dice Leeg 1.

—Al contrario, en el Capitolio serías considerado estúpido si no lo haces —dice Messalla—. Aún antes del Quarter Quell, las personas comenzaban a almacenar los escasos suministros.

—Mientras otros se quedaban sin ellos —dice Leeg 1.

—Correcto —dice Messalla—. Así es cómo funciona aquí.

—Afortunadamente, o nosotros no tendríamos cena —dice Gale—. Todos tomen una lata.

Algunos en nuestra compañía parecen reacios a hacerlo, pero es un método tan bueno como cualquier otro. Yo realmente no estoy de humor para repartir todo en once partes iguales, teniendo en cuenta la edad, el peso, y la actividad física. Fisgoneo en la pila, a punto de conformarme con una sopa de bacalao, cuando Peeta sostiene una lata para mí.

—Toma.

La tomo, no sabiendo qué esperar. La etiqueta dice *"Guisado de Cordero".*

Aprieto los labios juntos cuando llegan los recuerdos de las gotas de lluvia cayendo a través de las piedras de la cueva, mis inadecuadas tentativas de coqueteo, y el aroma de mi plato preferido del Capitolio llenando el aire. Entonces, alguna parte de todo ello debe estar todavía en su cabeza también. Cuán felices, cuán hambrientos, cuán cercanos estábamos cuando esa cesta de picnic cayó justo fuera de nuestra cueva.

—Gracias. —Abro la tapa superior—. Incluso tiene ciruelas pasas. —Doblo la tapa y la utilizo como una cuchara provisional, llevando un poco hacia mi boca. Ahora, este lugar también sabe como la arena.

Pasamos una caja de galletas rellenas con extravagante crema cuando los sonidos de pitidos comienzan otra vez. El sello de Panem se ilumina en la pantalla y se queda allí mientras suena el himno. Y entonces, comienzan a mostrar imágenes de los muertos, tal y como lo hacían con los tributos a lo muertos en la arena. Empiezan con las cuatro caras de nuestro equipo de televisión, seguido por Boggs, Gale, Finnick, Peeta, y yo. Excepto por Boggs, no se molestan en mostrar a los soldados del 13, bien porque no tienen la menor idea de quiénes son, o porque saben que ellos no significarán nada para la audiencia. Entonces, el propio Presidente aparece, sentado en su escritorio, con una bandera desplegada detrás de él, y una rosa blanca brillando en su solapa. Pienso que probablemente se hizo algún nuevo retoque recientemente, porque sus labios están más hinchados de lo usual. Y su equipo preparatorio debería realmente aflojar un poco con su rubor.

Snow felicita a los Agentes de la Paz por un trabajo magistral, los honores para ellos por deshacerse de la amenaza llamada Sinsajo. Con mi muerte, él predice un giro en la guerra, ya que los rebeldes desmoralizados ya no tendrán a nadie a quién seguir. *¿Y qué fui yo, realmente?* Una pobre chica inestable con un pequeño talento de arco y flecha. No fui una gran pensadora, ni el cerebro de la rebelión, solamente un rostro que la gente decidió seguir porque había llamado la atención de la nación con sus burlas al Capitolio en los Juegos. Pero necesaria, tan necesaria, porque los rebeldes no tienen ningún líder verdadero entre ellos.

En algún lugar en el Distrito 13, Beetee presiona un interruptor, porque ahora no es el Presidente Snow sino la Presidenta Coin quien nos mira. Se presenta a sí misma a todo Panem, identificándose como la cabeza de la rebelión, y entonces me elogia. Alaba a la chica que sobrevivió a las Cosechas y a los Juegos del Hambre, y entonces convirtió a un país de esclavos en un ejército de guerrilleros.

—Muerta o viva, Katniss Everdeen permanecerá siendo el rostro de esta rebelión. Si sus resoluciones flaquean, piensen en el Sinsajo, y encontrarán en ella la fuerza que necesitan para liberar a Panem de sus opresores.

—No tenía la menor idea de cuánto significaba yo para ella —digo, lo que provoca una risa de Gale y miradas interrogativas por parte de los otros.

Aparece una foto de mí luciendo hermosa y violenta con un montón de llamas parpadeando detrás de mí. Ninguna palabra. Ningún lema. Mi rostro es todo lo que necesitan ahora.

Beetee le devuelve las riendas a un muy controlado Snow. Tengo el presentimiento de que el presidente creía que el canal de emergencia era impenetrable, y que alguien acabará muerto esta noche porque fue violado.

—Mañana por la mañana, cuando recuperemos el cuerpo de Katniss Everdeen de las cenizas, veremos exactamente quién era el Sinsajo. Una chica muerta que no pudo salvar a nadie, ni siquiera a ella misma.

Sello, himno, y fuera.

—Excepto que no la encontrarás —dice Finnick a la pantalla vacía, expresando lo que probablemente todos estábamos pensando.

El período de gracia será breve. Una vez que ellos caven a través de esas cenizas y regresen sin esos once cuerpos, sabrán que escapamos.

—Podremos conseguir una ventaja, por lo menos —digo. De repente, me siento tan cansada. Todo lo que quiero hacer es acostarme en un cercano sofá verde afelpado y dormir. Envolverme en un capullo de mantas hechas de piel de conejo y ganso. En vez de eso, saco el Holo e insisto en que Jackson me enseñe las órdenes más básicas (que es realmente ingresar las coordenadas de las cuadrículas más cercanas) para que al menos pueda comenzar a operar la cosa yo sola. Mientras el Holo proyecta nuestros alrededores, siento que mi corazón se hunde aún más. Debemos estar moviéndonos más cerca de objetivos cruciales, porque el número de dispositivos ha aumentado notablemente. *¿Cómo podremos adelantarnos dentro de este ramillete de luces parpadeantes sin ser detectados?* No podemos. Y si no podemos, entonces estamos atrapados como pájaros en una red. Decido que es mejor no adoptar una actitud superior cuando estoy con estas personas. Especialmente, cuando mis ojos continúan regresando a ese sofá verde. Entonces digo:

—¿Alguna idea?

—¿Por qué no comenzamos excluyendo algunas posibilidades? —dice Finnick—. Las calles no son una posibilidad.

—Los tejados son tan malos como las calles —dice Leeg 1.

—Quizá aún tengamos una oportunidad de regresar, volver por donde vinimos —dice Homes—. Pero eso significaría una misión fallida.

Una punzada de culpa me golpea, ya que esta misión fue mi idea.

—Nunca fue la intención que fuéramos hacia delante. Sólo tuvieron la desgracia de estar conmigo.

—Bien, ese es un punto discutible. Estamos contigo ahora —dice Jackson—. Así que... no podemos permanecer aquí. No podemos subir. No podemos movernos lateralmente. Creo que eso sólo nos deja una opción.

—Ir por debajo —dice Gale.

Por debajo de la tierra. Lo cual odio. Así como odio las minas y los túneles y al Distrito 13. Debajo de la tierra, donde temo morir, lo cual sé que es estúpido porque incluso si me muero en la superficie, lo próximo que harán será enterrarme bajo tierra, de todos modos.

El Holo puede mostrar los niveles subterráneos así como los del nivel del suelo. Veo que cuando bajamos el nivel, las líneas limpias y fiables de la calle son entrelazadas con un lío de giros y curvas de túneles. Aunque los dispositivos parecen menos numerosos.

Dos puertas más abajo, un tubo vertical conecta nuestra fila de apartamentos con los túneles. Para alcanzar el apartamento del tubo, deberemos apretarnos por un túnel de mantenimiento que corre a lo largo del edificio. Podemos entrar al túnel por la parte trasera de un armario encubierto en el piso superior.

—De acuerdo, entonces. Borremos toda marca que indique que estuvimos aquí —digo. Eliminamos todos los signos de nuestra estadía. Enviamos las latas vacías por un tobogán de basura, y empaquetamos las otras para más tarde, giramos los cojines del sofá manchado de sangre, borramos las huellas de los mosaicos. No hay forma de arreglar el picaporte de la puerta principal, pero cerramos un segundo cerrojo, lo que evitará por lo menos que la puerta se abra ante cualquier contacto.

Por último, sólo queda por convencer a Peeta Se planta en el sofá azul, negándose a moverse.

—Yo no voy. O revelaré su posición o lastimaré a alguien más.

—Los agentes de Snow te encontrarán —dice Finnick.

—Entonces, déjame una píldora. Sólo la tomaré si tengo que hacerlo —dice Peeta.

—Esa no es una opción. Vamos —le dice Jackson.

—¿O harás qué? ¿Dispararme? —pregunta Peeta.

—Te noquearemos y te arrastraremos con nosotros —dice Homes—. Lo que nos ralentizará y nos pondrá en peligro.

—¡Ya dejen de hacerse los nobles! ¡No me importa si muero! —Se gira hacia mí, implorando ahora—. Katniss, por favor. ¿No lo ves? Yo sólo quiero estar fuera de esto.

El problema es que sí lo veo. *¿Por qué no puedo simplemente dejarlo ir? ¿Darle una píldora, apretar el gatillo? ¿Es porque Peeta me importa demasiado o porque no puedo dejar que Snow gane? ¿Acaso lo he convertido en una pieza dentro de mis Juegos privados?* Eso es despreciable, pero no estoy segura de que esté muy por debajo de mí. Si es verdad, sería más considerado matar a Peeta ahora mismo. Pero, para bien o para mal, no estoy siendo motivada por la bondad.

—Malgastas nuestro tiempo. ¿Vienes voluntariamente o te noqueamos?

Peeta esconde su rostro entre sus manos por un momento, entonces, se pone de pie para unírsenos.

—¿Deberíamos liberar sus manos? —pregunta Leeg 1.

—¡No! —gruñe Peeta, acercando sus puños más a su cuerpo.

—No —repito—. Pero yo quiero tener la llave.

Jackson me la da sin decir una palabra. La guardo en el bolsillo delantero de mis pantalones, donde hace clic al chocar contra la perla.

Cuando Homes abre la pequeña puerta metálica hacia el túnel de mantenimiento, nos topamos con otro problema. No hay manera de que los armazones de los insectos puedan pasar por el estrecho pasaje. Castor y Pollux se los quitan y toman unas pequeñas cámaras de emergencia. Cada una es del tamaño de una caja de zapatos, y probablemente funcionan igual de bien. Messalla no puede pensar en ningún lugar donde ocultar los esqueletos voluminosos, así que terminamos por dejarlos en el armario. Dejar un rastro tan fácil de seguir me frustra, pero ¿qué más podemos hacer?

Aún yendo en fila, sosteniendo nuestros paquetes y cargas a los lados, es un viaje apretado. Pasamos de lado por el primer apartamento, y llegamos al segundo. En este apartamento, uno de los dormitorios tiene una puerta marcada como "utilidad" en vez de cuarto de baño. Detrás de la puerta, está el cuarto con la entrada al tubo.

Messalla frunce el entrecejo hacia la amplia tapa circular, regresando por un momento a su escrupuloso mundo propio.

—Es por esto que nadie jamás quiere la unidad central. Los trabajadores vienen y van a cada rato y no hay un segundo baño. Pero el alquiler es considerablemente más barato. —Entonces advierte la expresión divertida de Finnick y agrega—: Olvídenlo.

La tapa del tubo es fácil de abrir. Una amplia escalera con cubiertas de caucho en los escalones promete un descenso rápido y fácil hacia el interior de la ciudad. Nos reunimos en la boca de la escalera, esperando a que nuestros ojos se ajusten a las débiles luces, aspirando la mezcla de sustancias químicas, moho y agua residual.

Pollux, pálido y sudoroso, estira su mano y toma fuertemente la muñeca de Castor. Como si fuera a caerse si no hubiera alguien para estabilizarlo.

—Mi hermano trabajó aquí abajo después de que lo convirtieran en un Avox —dice Castor. Por supuesto. ¿Quién más mantendría limpios estos húmedos pasajes fétidos minados con dispositivos?—. Nos tomó cinco años poder comprarle la salida hacia la superficie. No vio el sol ni una sola vez en ese tiempo.

Bajo mejores circunstancias, en un día con menos horrores y más descanso, alguien sabría sin duda qué decir. En lugar de eso, todos nos quedamos ahí parados durante mucho tiempo, tratando de formular una respuesta.

Finalmente, Peeta se gira hacia Pollux.

—Bueno, entonces acabas de convertirte en nuestro activo más valioso.

Castor se ríe y Pollux sonríe un poco.

Estamos a medio camino del primer túnel cuando me doy cuenta de qué fue tan notable acerca de ese intercambio. Peeta sonó como era antes, el que siempre podía pensar en lo correcto que decir cuando nadie más podía. Irónico, animador, un poco gracioso, pero no a cuestas de nadie. Miro atrás hacia él mientras camina penosamente adelante de sus guardias, Gale y Jackson, con sus ojos fijos en el suelo, sus hombros encorvados hacia delante. Tan abatido. Pero, por un momento, él estuvo realmente aquí.

Peeta tenía razón. Pollux resulta valer más que diez Holos. Hay una sencilla red de anchos túneles que corresponde directamente al plano de las calles de arriba, fundamentalmente avenidas y calles transversales. Lo nombraron Transfer, ya que pequeños camiones lo utilizan para entregar bienes alrededor de la ciudad. Durante el día, sus muchos dispositivos son desactivados, pero de noche es un campo minado. Sin embargo, cientos de pasajes adicionales, túneles, vías de trenes, y tubos de drenaje forman un laberinto de varios niveles. Pollux sabe detalles que llevarían a un desastre seguro a un recién llegado, como por ejemplo qué ramificaciones quizás requieran máscaras antigás o tengan alambres conectados a alarmas, o ratas del tamaño de castores. Nos pone sobre aviso acerca del chorro de agua que barre por las alcantarillas periódicamente, anticipamos el momento en que los Avoxes cambian de turnos, nos guía a través de húmedos y oscuros tubos para esquivar el casi silencioso paso de los trenes de carga. Más importante aún, tiene conocimiento acerca de las cámaras. No hay muchas en este lugar oscuro y brumoso, excepto en el Transfer. Pero nos mantenemos bien alejados de allí.

Bajo la guía de Pollux, hacemos un buen tiempo, un excelente tiempo si lo comparas con nuestro viaje en la superficie. Después de aproximadamente seis horas, la fatiga nos invade. Son las tres de la mañana, así que supongo que aún tenemos unas horas antes de que se descubra que nuestros cuerpos están

desaparecidos, que busquen entre los escombros de todo el bloque de apartamentos en caso de que tratáramos de escapar por los túneles, y que la cacería comience.

Cuando sugiero que tomemos un descanso, nadie se opone. Pollux encuentra un pequeño y tibio cuarto lleno de máquinas cargadas de palancas y botones. Sostiene arriba sus dedos para indicar que debemos irnos antes de que pasen cuatro horas. Jackson organiza un horario de guardia y, ya que no estoy en el primer turno, me meto en el espacio apretado entre Gale y Leeg 1 y voy directo a dormir.

Parece que sólo unos minutos pasaron cuando Jackson me sacude para despertarme, diciéndome que estoy de guardia. Son las seis, y en una hora tendremos que retomar la marcha. Jackson me dice que coma una lata de alimento y que mantenga un ojo en Pollux, quien insistió en mantenerse de guardia la noche entera.

—Él no puede dormir aquí —me dice. Me arrastro a un estado de relativa vigilancia, como una lata de estofado de papa y frijoles, y me siento contra la pared frente a la puerta. Pollux parece estar totalmente despierto. Probablemente, ha estado reviviendo esos cinco años de encarcelamiento a lo largo de toda la noche. Tomo el Holo y me las ingenio para ingresar nuestras coordenadas y escudriñar los túneles. Como me esperaba, registra más dispositivos a medida que nos acercamos más hacia el centro del Capitolio. Durante un rato, Pollux y yo hacemos clic en el Holo, viendo las trampas que nos esperan más adelante. Cuando mi cabeza comienza a girar, se lo entrego a él y me recuesto contra la pared. Miro a los soldados durmientes, al equipo y a mis amigos, y me pregunto cuántos de nosotros volveremos a ver la luz del sol.

Cuando mis ojos caen sobre Peeta, quien descansa su cabeza junto a mis pies, veo que está despierto. Deseo ser capaz de leer lo que pasa por su mente, poder entrar y desenmarañar el lío de mentiras. Pero entonces, me conformo con algo que en realidad puedo hacer.

—¿Comiste algo ya? —le pregunto. Una leve sacudida de su cabeza indica que no lo ha hecho. Abro una lata de sopa de pollo y arroz y se la entrego, quedándome con la tapa, en caso de que piense cortarse las muñecas con ella o algo. Él se incorpora e inclina la lata, tomando la sopa sin molestarse realmente en masticar. El fondo de la lata refleja las luces de las máquinas, y de pronto

recuerdo algo que ha estado dando vueltas en el fondo de mi mente desde ayer—. Peeta, cuando preguntaste acerca de lo que le sucedió a Darius y Lavinia, y Boggs te dijo que fue verdadero, tú dijiste que así lo creías. Porque no había nada brillante acerca de ello. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Ah. No sé exactamente cómo explicarlo —me dice—. Al principio, todo fue una confusión total. Pero ahora puedo separar ciertas cosas. Creo que comienza a surgir un patrón. Las memorias que alteraron con el veneno de rastrevíspula tienen esta extraña cualidad. Como que son demasiado intensas o las imágenes no son estables. ¿Recuerdas cómo era cuando fuimos picados?

—Árboles rompiéndose. Gigantes mariposas de colores. Me caí en un hoyo de burbujas naranjas —pienso acerca de ello—. Brillantes burbujas naranja.

—Correcto. Pero nada acerca de Darius o Lavinia era como eso. Creo que no me habían dado el veneno todavía —dice.

—Bien, eso es bueno, ¿verdad? —pregunto—. Si puedes separar los dos, entonces puedes averiguar cuál es verdad.

—Sí. Y si pudiera hacer que me crezcan alas, podría volar. Sólo que a las personas no les crecen alas —dice—. ¿Real o no real?

—Real —digo—. Pero las personas no necesitan alas para sobrevivir.

—Los Sinsajos sí. —Termina la sopa y me devuelve la lata.

En la luz fluorescente, los círculos bajo sus ojos parecen magulladuras.

—Aún hay tiempo. Deberías dormir. —Sin resistirse, se echa hacia atrás, pero sólo mira fijamente la aguja en una de las esferas mientras se mueve de un lado al otro. Lentamente, como lo haría con un animal herido, extiendo mi mano y toco una onda de pelo de su frente. Él se congela por mi toque, pero no se aleja. Entonces, continúo acariciando suavemente su cabello hacia atrás. Es la primera vez que lo he tocado voluntariamente desde la última arena.

—Tú aún intentas protegerme. ¿Real o no real? —susurra.

—Real —contesto. Parece requerir más explicación—. Porque eso es lo que tú y yo hacemos. Nos protegemos el uno al otro. —Después de unos minutos, él se duerme.

Poco antes de las siete, Pollux y yo nos movemos entre los otros, despertándolos. Están los bostezos y los suspiros usuales que acompañan al despertar. Pero mis oídos recogen algo más, también. Casi como un silbido.

Quizás es sólo vapor que escapa por un tubo, o el soplido lejano de uno de los trenes….

Hago callar al grupo para escucharlo un poco mejor. Hay un silbido, sí, pero no es un sonido prolongado. Son múltiples exhalaciones que forman palabras. Una única palabra. Resonando a través de los túneles. Una palabra. Un nombre. Repetido una y otra y otra vez.

Katniss.







Traducido por Unstoppable

Corregido por cYeLy DiviNNa

El período de armonía había terminado. Tal vez Snow había estado cavando durante toda la noche. Tan pronto como el fuego se apagó, de todos modos. Encontraron los restos de Boggs, brevemente se tranquilizó, y entonces, cuando pasaban las horas sin más trofeos, comenzó a sospechar. En algún momento, se dieron cuenta de que habían sido engañados. Y el Presidente Snow no puede tolerar que le hagan parecer un tonto. No importa si nos seguían al segundo apartamento o asumían que fuimos directamente bajo tierra. Ellos saben que estamos aquí y han liberado algo, una manada de mutos probablemente, empeñados en encontrarme.

—Katniss. —Salto por la proximidad del sonido. Buscando desesperadamente su fuente, con el arco cargado, buscando un objetivo para golpear—. Katniss. —Los labios de Peeta apenas se mueven, pero no hay duda, el nombre salió de él.

Justo cuando pensé que parecía un poco mejor, cuando yo pensaba que podría estar acercándose por el camino de vuelta a mí, aquí está la prueba de la profundidad del veneno de Snow.

—Katniss. —Peeta está programado para responder al coro de silbidos, para unirse en la búsqueda. Está empezando a moverse. No hay elección. Posiciono mi arco para que entre en su cerebro. Apenas va a sentir nada. De pronto, él está sentado, con los ojos muy abiertos en alarma, con dificultades para respirar—. ¡Katniss!

Él azota la cabeza hacia mí, pero no parece darse cuenta de mi arco, la flecha que espera.

—¡Katniss! ¡Sal de aquí!

No me atrevo. Su voz se escucha alarmada, pero no enloquecida.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo ese sonido?

— No lo sé. Sólo sé que tiene que matarte —dice Peeta—. ¡Corre! ¡Fuera! ¡Vete!

Después de mi propio momento de confusión, mi conclusión es que no tengo que dispararle. Relajo la cuerda del arco. Disfruto de los rostros ansiosos a mí alrededor.

—Sea lo que sea, está detrás de mí. Puede ser que sea un buen momento para separarnos.

—Pero somos tu defensa —dice Jackson.

—Y tu equipo —añade Cressida.

—No voy a dejarte —dice Gale.

Miro al equipo, armados únicamente con cámaras y libretas de apuntes. Y ahí está Finnick con dos pistolas y un tridente. Le sugiero que le dé una de sus armas a Castor. Extraigo el cartucho vacío de Peeta, lo cargo con uno de verdad, y le doy un arma a Pollux. Ya que Gale y yo tenemos arcos, entregamos nuestras armas a Messalla y a Cressida. No hay tiempo para mostrarles otra cosa que la forma de apuntar y apretar el gatillo, pero en lugares cerrados, puede ser suficiente. Es mejor que estar indefensos. Ahora el único sin una arma es Peeta, pero cualquiera susurrando mi nombre con un grupo de mutos no la necesita de todos modos.

Salimos de la habitación, libres de todo menos de nuestro rastro. No hay forma de borrarlo por el momento. Estoy adivinando de qué es el silbido de las cosas que nos están siguiendo, porque no hemos dejado mucho de una pista física.

La nariz de los mutos se considera anormalmente aguda, pero posiblemente el tiempo que pasamos arrastrándonos por el agua en el desagüe ayudará a echarlos.

Fuera del murmullo de la sala, el silbido se vuelve más claro. Pero también es posible obtener un mejor sentido de la ubicación de los mutos. Están detrás de nosotros, todavía un buen tramo. Snow probablemente los había puesto en libertad a un metro cerca del lugar donde encontró el cuerpo de Boggs. En teoría, deberíamos tener una buena ventaja sobre ellos, aunque estoy segura de que son mucho más rápidos que nosotros. Mi mente se distrae con las criaturas como lobos en la arena en primer lugar, los monos en el Quater Quell, las

monstruosidades que he visto con los años en la televisión, y me pregunto qué forma tomarán estos mutos. Lo que sea que Snow piensa me va a asustar al máximo.

Pollux y yo elaboramos un plan para la siguiente etapa de nuestro viaje, ya que nos alejamos de la silbidos, no veo ninguna razón para modificarlo. Si nos movemos con rapidez, tal vez podamos llegar a la mansión de Snow antes que los mutos lleguen a nosotros. Pero hay un descuido que venía con velocidad: el puesto de arranque mal colocado que resulta en un chapoteo, el accidental sonido metálico de un arma de fuego contra un tubo, y mis propias órdenes, emitidas en voz muy alta pero con discreción.

Cubrimos alrededor de tres bloques más a través de un tubo desbordado y una sección de vía de tren olvidada cuando comienzan los gritos. Graves y guturales. Rebotando en las paredes del túnel.

—Avoxes —dice Peeta inmediatamente—. Así sonó cuando torturaron a Darius.

—Los mutos deben haberlos encontrado —dice Cressida.

—Así que ellos no están sólo detrás de Katniss —dice Leeg 1.

—Probablemente, no matarán a nadie. Es sólo que no se detendrán hasta llegar a ella —dice Gale. Después de su hora de estudio con Beetee, probablemente está en lo cierto.

Y aquí estoy de nuevo. Con gente que muere por mí. Amigos, aliados, completos extraños, perdiendo sus vidas por el Sinsajo.

—Déjame ir sola. Llévalos fuera. Voy a transferir el Holo a Jackson. El resto de ustedes pueden terminar la misión.

—Nadie va a aceptar eso —dice Jackson, exasperada.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —dice Finnick.

—Escucha —Peeta susurra.

Los gritos han cesado, y en su ausencia mi nombre ha vuelto, sorprendiéndome por su proximidad. Está por debajo, como si estuviera detrás de nosotros ahora.

—Katniss.

Empujo a Pollux en el hombro y empezamos a correr. El problema es que habíamos planeado descender a un menor nivel, pero eso es imposible ahora. Cuando llegamos a la escalera que desciende, Pollux y yo estamos buscando una alternativa posible dentro del Holo cuando empiezo a tener arcadas.

—¡Máscaras puestas! —ordena Jackson.

No hay necesidad de máscaras. Todo el mundo está respirando el mismo aire. Yo soy la única que está por perder el estofado porque soy la única que reacciona a los olores. Derivando desde el hueco de la escalera. Cortando a través de las rosadas aguas residuales. Comienzo a temblar.

Me desvío lejos del olor y me tambaleo hacia la derecha sobre el Transfer. Hay lisas calles de azulejos color pastel, al igual que las anteriores, pero rodeadas por paredes de ladrillo blanco en vez de casas. Un camino donde los vehículos de reparto pueden manejar con facilidad, sin la congestión del Capitolio. Está vacío ahora, de todo, menos de nosotros. Me balanceo hasta mi arco y vuelo el primer dispositivo con una flecha explosiva, que mata el nido de las ratas come-carne en el interior. Entonces, corro a toda velocidad por la siguiente intersección, donde sé que un paso en falso hará que la tierra debajo de nuestros pies se desintegre, alimentándonos dentro de algo etiquetado como Moledora de Carne. Grito una advertencia a los demás de quedarse conmigo. Planeo que rodemos la vuelta de la esquina y luego detonemos la Moledora de Carne, pero otro dispositivo sin marcar nos acecha.

Sucede en silencio. Yo me lo perdería por completo si Finnick no me tirara a una parada.

—¡Katniss!

Vuelvo a moverme alrededor, la flecha preparada para el vuelo, pero *¿qué se puede hacer?* Dos flechas de Gale ya se encuentran inútiles al lado del eje del abanico de luz dorada que se irradia desde el techo hasta el piso. Dentro, Messalla está como una estatua, en posición sobre el balón con un pie, la cabeza inclinada hacia atrás, cautiva por la viga. No puedo decir si él está gritando, aunque la boca se estira a lo ancho. Vemos, completamente indefensos, cómo la carne se funde con su cuerpo como cera de vela.

—¡No podemos ayudarlo! —Peeta comienza a dar empujones a la gente delante—. ¡No podemos! —Asombrosamente, él es el único que sigue lo suficientemente funcional para movernos. No sé por qué él está bajo control, cuando debería estar actuando de forma poco seria y golpeándome en el cerebro, pero eso podría ocurrir en cualquier momento. A la presión de su mano en mi hombro, me aparto de la cosa espeluznante que era ahora Messalla; puedo hacer que mis pies vayan hacia delante, rápido, tan rápido que apenas puedo deslizarme a una parada antes de la próxima intersección.

Un rocío de disparos hace que caiga una lluvia de yeso. Tiro la cabeza de lado a lado, en busca del dispositivo, antes de ver pasar al equipo de Agentes de la Paz golpeando el Transfer hacia nosotros. Con el dispositivo de la Moledora de Carne cerrándonos el paso, no hay nada que hacer, sino devolver el fuego. Ellos nos superan en número de dos a uno, pero todavía nos quedan seis miembros originales del Escuadrón Estrella, que no están tratando de correr y disparar al mismo tiempo.

Los peces en un barril, creo, han manchado como flores rojas sus trajes blancos. Tres cuartas partes de ellos han bajado y muerto, cuando empiezan a llegar más de un lado del túnel, el mismo a través del que me lancé para alejarme del olor, de la…

Esos no son Agentes de la Paz.

Ellos son de color blanco, con cuatro patas, del tamaño de un humano que ha crecido por completo, pero ahí es donde las comparaciones paran. Están desnudos, con largas colas de reptil, espaldas arqueadas, y cabezas que sobresalen hacia adelante. Ellos se mueven de un lado para el otro entre los Agentes de la Paz, vivos y muertos, afianzando el cuello con la boca y arrancándoles la cabeza con el casco.

Al parecer, tener un linaje del Capitolio es tan inútil aquí como lo fue en 13. Parece tomar sólo unos segundos antes de que los Agentes de la Paz sean decapitados. Los mutos caen a su vientre y saltan hacia nosotros en cuatro patas.

—¡]Por aquí! —grito pegada a la pared y hago un giro afilado a la derecha para evitar el dispositivo. Cuando todo el mundo se une a mí, disparo hacia la intersección, y activo la maquina Moledora de Carne. Una enorme explosión

mecánica de dientes estalla a través de la calle y mastica el azulejo hasta el polvo. Eso debería hacer que sea imposible que los mutos nos sigan, pero no lo sé. El lobo y los monos que he encontrado podían saltar increíblemente lejos.

El silbido me quema las orejas, y el olor de las rosas hace girar las paredes.

Me agarro del brazo de Pollux.

—Olvídate de la misión. ¿Cuál es el camino más rápido en el área?

No hay tiempo para comprobar el Holo. Seguimos a Pollux diez metros sobre lo largo del Transfer y pasamos a través de una puerta. Soy consciente del azulejo cambiando por concreto, arrastrándonos a través de un apretado, y maloliente tubo en una cornisa sobre un pie de ancho. Estamos en la alcantarilla principal. Una yarda debajo, hay un brebaje venenoso de desechos humanos, basura, y burbujas de residuos químicos que vienen por nosotros. Las partes de la superficie están en llamas, las otras emiten el aspecto de malignas nubes de vapor. Una mirada dice que si te caes ahí, nunca saldrás. Moviéndonos con la rapidez a la que nos atrevemos en el borde resbaladizo, nos abrimos paso a un estrecho puente y lo cruzamos. En una alcoba en el lado opuesto, Pollux golpea una escalera con la mano y apunta hacia arriba del eje. Esto es todo. Nuestra forma de salir.

Un vistazo rápido a nuestra partida me dice que algo está mal.

—¡Espera! ¿Dónde están Jackson y Leeg 1?

—Se quedaron en el molino para sostener a los mutos otra vez —dice Homes.

—¿Qué? —Estoy arremetiendo de nuevo hacia el puente, no dispuesta a dejar a nadie a esos monstruos, cuando me tiran de la espalda.

—No pierdas tu vida, Katniss. Es demasiado tarde para ellos. ¡Mira! —Homes cabecea a la tubería, donde los mutos se deslizan sobre la cornisa.

—¡Atrás! —Gale grita. Con su explosiva punta de flechas, arrancándolos lejos del comienzo del puente. El resto se hunde en las burbujas, cuando los mutos lo alcanzan.

Por primera vez, doy una buena mirada en ellos. Una mezcla de humano y lagarto y quién sabe cuántas cosas más.

Blancos, reptiles de piel apretada manchada de sangre, manos y pies con garras, con las caras de un lío de características en conflicto. Silbando, gritando mi nombre ahora, ya que sus cuerpos se contorsionan con rabia. Amarrando con las colas, garras, tomando enormes trozos unos de otros o de sus cuerpos con anchas y espumosas bocas, enloquecidos por su necesidad de destruirme. Mi aroma debe ser lo más sugerente a ellos como ellos lo son para mí. Más aún, porque a pesar de su toxicidad, los mutos comienzan a echarse en la sucia cloaca.

A lo largo de nuestra orilla, todo el mundo abre fuego. Elijo mis flechas sin discreción, enviando puntas de flecha, fuego, explosivos contra los cuerpos de los mutos. Son mortales, pero por poco. Nada natural podía manterse viniendo con dos docenas de balas en él. Sí, eventualmente podemos matarlos, sólo que hay tantos, una fuente sin fin que brota de la tubería, que ni siquiera duda en llevarlos a las aguas residuales.

Pero no es su número lo que hace que mis manos tiemblen así.

Los mutos no son buenos. Todos tienen el propósito de dañar. Algunos toman tu vida, como los monos. Otros tu razón, como las rastrevíspulas. Sin embargo, las atrocidades, las más tenebrosas, se incorporan en un perverso giro psicológico diseñado para aterrorizar a la víctima. La vista de los lobos mutos con los ojos de los tributos muertos. El sonido de charlajos replicando los torturados gritos de Prim. El olor de las rosas de Snow mezclado con la sangre de las víctimas. Filtrado a través del alcantarillado. Cortando a través incluso de esta inmundicia. Haciendo mi corazón correr salvajemente, mi piel se convertirá en hielo, en mis pulmones no puede penetrar el aire. Es como si la respiración de Snow estuviera en mi cara, diciéndome que es mi tiempo de morir.

Los otros me gritan, pero me parece que no puedo responder. Brazos fuertes me levantan con la explosión en la cabeza de un muto cuyas garras me rozan el tobillo. Estoy golpeando contra la escalera. Manos empujándome contra los peldaños. Ordenándome subir. Soy de madera, los hilos de los títeres me obligan a obedecer. Un movimiento lento me lleva de nuevo a mis sentidos. Detecto una persona por encima de mí. Pollux. Peeta y Cressida están por debajo. Llegamos a una plataforma.

Cambio a una segunda escalera. Los peldaños están cubiertos de sudor y de moho. En la siguiente plataforma, mi cabeza se ha despejado y la realidad de lo que ha pasado me golpea. Empiezo a subir a la gente frenéticamente sobre la escalera.

Peeta. Cressida. Eso es todo.

¿Qué he hecho? ¿He abandonado a los demás? Estoy luchando por bajar la escalera cuando una de mis botas patea a alguien.

—¡Sube! —Gale me ladra. Ya estoy de vuelta arriba, arrastrándome con él, mirando en la oscuridad por más—. No. —Gale vuelve mi cara hacia él y niega con la cabeza. Con su uniforme rallado. Con una herida abierta en el costado de su cuello.

Hay un grito humano desde abajo.

—Alguien todavía está vivo —declaro.

—No, Katniss. No están subiendo —dice Gale—. Son sólo los mutos.

No lo puedo aceptar, la luz de la pistola de Cressida brilla en el eje. Muy lejos, puedo distinguir a Finnick, luchando por aferrarse cuando tres mutos lo atacan. Cuando uno tira la cabeza hacia atrás para tomar la mordida de la muerte, algo extraño sucede. Es como si yo fuera Finnick, viendo imágenes de mi vida pasar por delante. El mástil de un barco, un paracaídas de plata, Mags riendo, un cielo de color rosa, el tridente de Beetee, Annie en su vestido de novia, las olas rompiendo sobre las rocas. Luego se acaba.

Deslizo el Holo de mi cinturón y digo asfixiándome: *"nightlock, nightlock, nightlock"*. Lo libero. Me acerco a la pared con los demás, cuando las rocas de la plataforma explotan y pedazos de carne humana y de los mutos se disparan fuera de la tubería y nos bañan.

Hay un ruido metálico cuando Pollux cierra de un golpe la cubierta sobre la tubería y lo bloquea en su lugar. Pollux, Gale, Cressida, Peeta, y yo. Somos todo lo que queda. Más tarde, los sentimientos humanos vendrán. Ahora estoy consciente sólo de una necesidad de mantener los restos de nuestro equipo con vida.

—No podemos detenernos aquí.

Alguien viene con un vendaje. Lo envolvemos alrededor del cuello de Gale. Conseguimos ponerlo de pie. Sólo queda una figura acurrucada contra la pared.

—Peeta —le digo. No hay respuesta. ¿Había perdido el conocimiento? Me agacho delante de él, sacando las manos esposadas en su rostro—. ¿Peeta? —Sus ojos son como piscinas negras, las pupilas dilatadas de manera que los irises azules desaparecen. Los músculos de las muñecas son duros como el metal.

—Déjame —susurra—. No puedo aguantar.

—Sí. ¡Tú puedes! —le digo.

Peeta sacude la cabeza.

—Lo estoy perdiendo. Me volveré loco. Al igual que ellos.

Al igual que el muto. Al igual que una bestia rabiosa doblada que me corta la garganta. Y aquí, finalmente, aquí en este lugar, en estas circunstancias, realmente voy a tener que matarlo. Y Snow va a ganar. Caliente, el odio a través de mis venas amargándome. Snow ha ganado mucho ya el día de hoy.

Es una posibilidad muy remota, es un suicidio tal vez, pero es lo único en que puedo pensar. Me inclino y beso de lleno a Peeta en la boca. Todo su cuerpo comienza a estremecerse, pero sigo con mis labios apretándolos contra él hasta que tengo que separarme por aire. Mis manos se deslizan hacia las muñecas para estrecharlas.

—No dejes que te aleje de mí.

Peeta jadea duro como cuando lucha con los estragos de las pesadillas en su cabeza.

—No. Yo no quiero...

Aprieto sus manos hasta el punto de dolor.

—Quédate conmigo.

Sus pupilas se dilatan más precisamente, se dilatan más rápidamente, y luego regresan a algo parecido a la normalidad.

—Siempre —murmura.

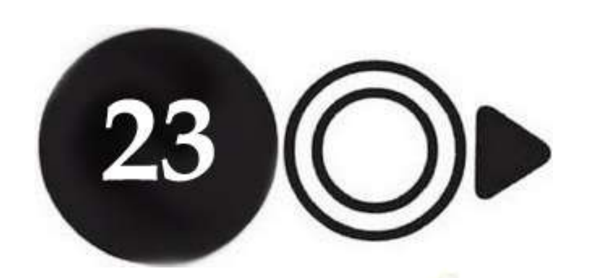
Ayudo a Peeta y me dirijo a Pollux.

—¿A qué distancia estamos de la calle? —Él indica que está sólo por encima de nosotros. Subo la última escalera y empujo la tapa del lavadero de alguien. Estoy llegando a mis pies cuando una mujer se arroja abriendo la puerta. Ella lleva un vestido color turquesa de brillante seda bordada con pájaros exóticos. Su cabello color magenta está ahuecado como una nube y decorado con mariposas doradas. La grasa de la salchicha medio comida por ella permanece sobre su lápiz de labios. La expresión de su cara dice que me reconoce. Ella abre la boca para llamar, para pedir ayuda.

Sin dudarlo, le disparo a través del corazón.







Traducido por cYeLy DiviNNa

Corregido por Virtxu

A quien estaba llamando la mujer seguía siendo un misterio, porque después de buscar en el apartamento, nos encontramos con que estaba sola. Tal vez su grito era para un vecino cercano, o era simplemente una expresión de temor. En cualquier caso, no había nadie más que la escuchara.

Este apartamento sería un lugar con clase para refugiarse por un rato, pero eso es un lujo que no podemos permitirnos.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de descubrir que algunos de nosotros podrían haber sobrevivido? —pregunto.

—Creo que podrían estar aquí en cualquier momento —responde Gale—. Ellos sabían que nos dirigíamos a las calles. Probablemente, la explosión los desconcierte por unos minutos, luego empezarán a buscar nuestro punto de salida.

Voy a una ventana que da a la calle, y cuando miro a través de las persianas, no estoy frente a los Agentes de la Paz sino frente a una multitud de gente llevando sus asuntos. Durante nuestro viaje bajo tierra, hemos dejado las zonas evacuadas y muy por detrás de la superficie una sección ocupada del Capitolio. Este grupo ofrece nuestra única oportunidad de escapar. No tengo un Holo, pero tengo a Cressida. Ella se une a mí en la ventana, confirmando que conoce nuestra ubicación, y me da las buenas noticias de que no está a muchas cuadras de la mansión presidencial.

Una mirada a mis compañeros me dice que este no es momento para un ataque furtivo a Snow. Gale sigue perdiendo sangre de la herida del cuello, que ni siquiera hemos limpiado. Peeta está sentado en un sofá de terciopelo con los dientes aprisionados sobre una almohada, ya sea luchando contra la locura o conteniendo un grito. Pollux llora frente a la repisa de una chimenea adornada.

Cressida permanece determinadamente a mi lado, pero está tan pálida que sus labios están sin sangre. Estoy corriendo por el odio. Cuando la energía pare de fluir, voy a estar sin valor.

—Vamos a revisar sus armarios —le digo.

En una habitación, encontramos cientos de trajes de mujer, abrigos, pares de zapatos, un arco iris de pelucas, maquillaje suficiente como para pintar una casa. En un dormitorio al otro lado del pasillo, hay una selección similar para los hombres. Tal vez pertenezcan a su marido. Tal vez a un amante que tuvo la suerte de estar fuera esta mañana.

Llamo a los otros a vestirse. Al ver las ensangrentadas muñecas de Peeta, busco en el bolsillo la llave de las esposas, pero él las sacude lejos de mí.

—No —dice—. No lo hagas. Ayudan a mantenernos juntos.

—Es posible que necesites las manos —dice Gale.

—Cuando me siento ir, tengo mis muñecas dentro de ellas, y el dolor me ayuda a concentrarme —dice Peeta. Le dejo tenerlas.

Afortunadamente, hace frío, así que podemos ocultar la mayor parte de los uniformes y las armas bajo capas y capas de ropa. Colgamos nuestras botas en el cuello por los cordones y las escodemos, tomando unos tontos zapatos para reemplazarlas. El verdadero desafío, por supuesto, es la cara. Cressida y Pollux corren el riesgo de ser reconocidos por conocidos, Gale podría resultar familiar por los propos y las noticias, y Peeta y yo somos conocidos por todos los ciudadanos de Panem. Tenemos prisa por ayudarnos unos a otros aplicando gruesas capas de maquillaje, pelucas y poniéndonos gafas de sol. Cressida envuelve pañuelos sobre mi nariz y boca y las de Peeta.

Puedo sentir el tic-tac del reloj en la distancia, pero me detengo por tan sólo unos minutos para guardar en los bolsillos paquetes con alimentos y suministros de primeros auxilios.

—Permanezcan juntos —les digo en la puerta principal. Luego marchamos a la derecha en la calle. Los copos de nieve han comenzado a disminuir. La gente se agita como remolinos alrededor de nosotros, hablando de los rebeldes y el hambre y cómo me afectó el Capitolio. Cruzamos la calle, pasando unos pocos

apartamentos más. Justo al doblar la esquina, tres docenas de Agentes de la Paz nos salen al paso. Salimos de su camino, al igual que hacen los verdaderos ciudadanos, esperamos hasta que la multitud vuelve a su flujo normal, y nos ponemos en movimiento—. Cressida —susurro—. ¿Puedes pensar en alguna parte?

—Estoy tratando —dice.

Cubrimos una cuadra más y comienzan las sirenas. A través de una ventana del apartamento, veo un informe de emergencia y fotos de nuestras caras parpadeando. Ellos no han identificado quiénes de nuestro grupo han muerto ya, porque veo a Castor y a Finnick entre las fotos. Pronto cada transeúnte será tan peligroso como un Agente de la Paz.

—¿Cressida?

—Hay un solo lugar. No es lo ideal. Pero podemos intentarlo —dice. Seguimos unas cuadras más y giramos a través de una puerta de lo que parece ser una residencia privada. Es una especie de acceso directo, sin embargo, porque después de caminar por un jardín muy cuidado, salimos a otra puerta en una calle pequeña que conecta dos avenidas principales. Hay unas pocas tiendas, una que compra productos usados, otra que vende joyas falsas. Sólo hay un par de personas por allí, y ellos no nos prestan atención. Cressida comienza a balbucear en un tono de voz alto acerca de la ropa interior de piel, lo esencial que es durante los meses fríos—. ¡Espera hasta que veas los precios! ¡Créeme, es la mitad de lo que pagas en las avenidas!

Nos detenemos ante un escaparate lleno de sucios maniquíes con ropa interior afelpada. El lugar ni siquiera parece abierto, pero Cressida empuja la puerta principal, lo que desata un tintineo disonante. Dentro de la oscura tienda, estrechos bastidores alinean la mercancía, el olor de las pieles llena mi nariz. La empresa debe ir lenta, ya que nosotros somos los únicos clientes. Cressida se encamina directamente hacia una figura encorvada en el asiento trasero. Sigo, arrastrando los dedos por las suaves prendas a medida que avanzamos.

Detrás de un mostrador se encuentra la persona más extraña que he visto nunca. Es un ejemplo extremo de que la mejora quirúrgica ha ido mal, porque seguramente ni siquiera en el Capitolio podría ser asumido este rostro como atractivo. La piel ha sido recogida de forma firme y tatuada a rayas negro y oro.

La nariz ha sido arrasada hasta que apenas existe. He visto bigotes de gato en las personas del Capitolio antes, pero ningunos tan largos. El resultado es una máscara grotesca, semi-felino, que ahora mira de reojo con desconfianza hacia nosotros.

Cressida se quita la peluca, revelando sus cabellos.

—Tigris —dice—. Necesitamos ayuda.

Tigris. En lo profundo de mi cerebro, el nombre hace sonar una campana. Era un artefacto, una versión más joven y menos molesta de sí misma, en los primeros Juegos del Hambre que puedo recordar. Una estilista, creo. No recuerdo de qué distrito. No del 12. Entonces, ella debe haber tenido una operación de más y cruzó la línea de la repelencia.

Así que aquí es donde van cuando los estilistas han sobrevivido a su uso. A tristes tiendas de ropa interior donde esperan la muerte. Fuera de la vista del público.

Fijo la mirada en su rostro, preguntándome si en realidad sus padres la llamaron Tigris, por su mutilación inspiradora, o si ella eligió el estilo y cambió su nombre para que coincida con sus rayas.

—Plutarch dijo que podías ser de confianza —añade Cressida.

Genial, es una de las personas de Plutarch. Así que si su primer paso no es entregarnos al Capitolio, sí será notificarle a Plutarch, y por extensión a Coin, sobre nuestro paradero. No, la tienda de Tigris no es ideal, pero es todo lo que tenemos en este momento. Si aún nos ayuda. Ella está mirando entre un viejo televisor en su mostrador y nosotros, como si tratara de elegir. Para ayudarla, tiro hacia abajo mi bufanda, quito mi peluca, y doy un paso más para que la luz de la pantalla caiga sobre mi rostro.

Tigris da un gruñido sordo, no muy diferente al que podría darme Buttercup. Se escurre hacia abajo de su taburete y desaparece detrás de un estante forrado de piel de polainas. Hay un sonido de deslizamiento, y luego su mano emerge y nos hace señas de avanzar. Cressida me mira, como si preguntara *¿estás segura?* Pero, ¿qué opción tenemos? Volver a las calles en estas condiciones, garantiza nuestra captura o muerte. Empujo las pieles y veo que Tigris ha deslizado un

panel en la base de la pared. Detrás de este parece estar la parte superior de una escalera de piedra empinada. Ella hace gestos para que entre.

Toda la situación es aterrorizante. Tengo un momento de pánico y me encuentro dirigiéndome hacia Tigris, buscando sus ojos leonados. ¿Por qué hace esto? Ella no es Cinna, alguien dispuesto a sacrificarse por los demás. Esta mujer es la encarnación de la superficialidad del Capitolio. Ella fue una de las estrellas de los Juegos del hambre hasta que... hasta que no lo fue. ¿Así que esto qué es, entonces? ¿Amargura? ¿Odio? ¿Venganza? En realidad, estoy reconfortada por la idea. La necesidad de venganza puede quemar largo tiempo con su calor. Sobre todo si cada mirada en un espejo la refuerza.

—¿Te ha excluido Snow desde los Juegos? —le pregunto. Ella sólo me mira fijamente de vuelta. En algún lugar, su cola se mueve con desagrado—. Porque voy a matarlo, ya lo sabes. —Su boca se extiende en lo que tomo por una sonrisa. Segura de que esto no es una completa locura, me arrastro por el espacio.

A mitad de camino por las escaleras, mi cara se encuentra con una cadena colgando y tiro de ella, iluminando el escondite con una bombilla fluorescente parpadeante. Es una pequeña bodega sin puertas ni ventanas. Poco profunda y ancha. Probablemente, sólo una franja entre los dos sótanos reales. Un lugar cuya existencia podía pasar desapercibida a menos que tuvieras un ojo agudo para las dimensiones. Hace frío y está húmedo, con pilas de pieles que supongo que no han visto la luz del día en años. A menos que Tigris nos delate, no creo que nadie nos encuentre aquí. En el momento en que alcanzo el suelo de cemento, mis compañeros están en los escalones. El panel se desliza en su lugar. Escucho el perchero de ropa interior ajustándose sobre las chirriantes ruedas. Tigris está de vuelta a su taburete. Hemos sido tragados por su tienda.

Justo a tiempo, también, porque Gale se ve al borde del colapso. Hacemos un lecho de pieles, para quitarle los estratos de las armas, y le ayudamos a ponerse de espaldas. Al final de la bodega, hay un grifo a un pie del suelo con un desagüe debajo de él. Giro la llave y, después de mucho chisporroteo y un montón de oxido, agua limpia empieza a fluir. Nosotros limpiamos la herida del cuello de Gale y me doy cuenta de que las vendas no serán suficientes. Va a necesitar unas cuantas puntadas. Hay un hilo y aguja estéril en el botiquín de primeros auxilios, pero lo que nos falta es un curandero. Por mi mente pasa Tigris alistándose. Como estilista, ella debe saber cómo trabajar con una aguja.

Pero eso no dejaría a nadie manejando la tienda, y ella ya está haciendo suficiente. Acepto que soy probablemente la más calificada para el trabajo, aprieto los dientes, y hago una línea de suturas dentadas. No es bonito pero es funcional. Lo froto con la medicina y lo envuelvo. Le doy unos calmantes.

—Descansa ahora. Es seguro aquí —le digo. Él se apaga como una luz.

Mientras Cressida y Pollux hacen nidos de piel para cada uno de nosotros, atiendo las muñecas de Peeta. Enjuago la sangre, poniendo antiséptico y un vendaje debajo de los puños.

—Hay que mantenerlos limpios, de lo contrario, la infección puede propagarse y…

—Sé lo que es el envenenamiento de la sangre, Katniss —dice Peeta—. Incluso si mi madre no es una sanadora.

Soy sacudida hacia atrás en el tiempo, a otra herida, otra serie de vendas.

—¿Me dijiste lo mismo en los primeros Juegos del Hambre? ¿Real o no real?

—Real —dice—. ¿Y arriesgaste tu vida consiguiendo la medicina que me salvó?

—Real —Me encojo de hombros—. Tú eras la razón por la que estaba viva para hacerlo.

—¿Era yo? —El comentario lo arroja a la confusión. Algún recuerdo brillante debe estar luchando por su atención, porque su cuerpo se pone tenso y se raspa las muñecas recién vendadas contra las esposas de metal. Entonces, saca toda la energía de su cuerpo—. Estoy tan cansado, Katniss.

—Vete a dormir —le digo. Él no lo hará hasta que haya amarrado las esposas y los grilletes a uno de los soportes de la escalera. No puede estar cómodo, tumbado con los brazos sobre su cabeza. Pero en pocos minutos, él se deja ir también.

Cressida y Pollux habían hecho las camas para nosotros, dispuesto nuestros alimentos y suministros médicos, y ahora me preguntan lo que quiero hacer con respecto al establecimiento de una guardia. Miro la palidez de Gale, las restricciones de Peeta. Pollux no ha dormido durante días, y Cressida sólo ha dormido la siesta por un par de horas. Si una tropa de Agentes de la Paz entrara

por esa puerta, estaríamos atrapados como ratas. Estamos completamente a merced de una decrépita mujer tigre de la que sólo podemos esperar una pasión devoradora por la muerte de Snow.

—Yo honestamente no creo que haya ninguna razón para establecer una guardia. Vamos a tratar de dormir un poco —le digo. Ellos asienten aturdidos, y nos metemos en nuestras pieles. El fuego dentro de mí se apaga, y con él mi fuerza. Me entrego a la suave piel, al moho y al olvido.

Sólo tengo un sueño que yo recuerde. Una cosa larga y agotadora en el que estoy tratando de llegar al Distrito 12. El hogar que yo busco está intacto, la gente viva. Effie Trinket, visible con una peluca rosa brillante y un traje a medida, viaja conmigo. Sigo tratando de perderla en algunos lugares, pero inexplicablemente reaparece a mi lado, insistiendo en que como mi escolta ella es responsable de que esté a la hora prevista. El horario cambia constantemente, descarrilándose por nuestra falta de un sello de un funcionario o retrasado cuando Effie se rompe uno de sus altos tacones. Acampamos de día en un banco en una estación gris en el Distrito 7, en espera de un tren que nunca llega. Cuando me despierto, de alguna manera me siento aún más drenada por estas más que habituales carreras nocturnas en sangre y terror.

Cressida, la única persona despierta, me dice que es tarde. Como una lata de caldo de res y me limpio con una gran cantidad de agua. A continuación, me apoyo en la pared del sótano, volviendo sobre los acontecimientos del último día. Pasando de muerte a muerte. Contando para arriba en mis dedos. Uno, dos—Mitchell y Boggs perdidos en el bloque. Tres—Messalla desapareciendo por el dispositivo. Cuatro, cinco—Leeg 1 y Jackson sacrificándose a ellos mismos en la Moledora de Carne. Seis, siete, ocho—Castor, Homes y Finnick decapitados por las rosas perfumadas de los mutos lagarto. Ocho muertos en veinticuatro horas. Sé que pasó, y sin embargo, no parece real. Sin duda, Castor se encuentra dormido bajo aquel montón de pieles, Finnick vendrá saltando por las escaleras en un minuto, Boggs me dirá su plan para escapar.

Creer que ellos están muertos es aceptar que yo los maté. Bueno, tal vez no a Mitchell y a Boggs —ellos murieron en una misión real. Pero los otros perdieron la vida defendiéndome en una misión que yo fabriqué. Mi plan de atentado contra Snow parece tan estúpido ahora. Tan estúpido que siento escalofríos en esta bodega, marcando nuestras pérdidas, toqueteando las plateadas borlas de

las botas que robé en la casa de la mujer. Oh, sí, me olvidé de eso. La maté a ella también. Estoy acabando con ciudadanos desarmados ahora.

Creo que es hora de que me dé por vencida.

Cuando todo el mundo finalmente se despierta, lo confieso. Cómo mentí acerca de la misión, cómo puse en peligro a todos en mi búsqueda de venganza. Hay un largo silencio después de que termine. Luego Gale dice:

—Katniss, todos sabíamos que estabas mintiendo acerca de que Coin te mando a asesinar a Snow.

—Tú lo sabías, tal vez. Los soldados del 13 —le dije.

—¿De verdad crees que Jackson creía que tenías órdenes de Coin? — pregunta Cressida—. Por supuesto que no lo hizo. Pero ella confiaba en Boggs, y él claramente quería seguir adelante.

—Yo ni siquiera le dije a Boggs lo que planeaba hacer —les digo.

—Se lo dijiste a todo el mundo en el Comando —dice Gale—. Fue una de tus condiciones para ser el Sinsajo. *"Yo mataré a Snow"*.

Eso parecen dos cosas desconectadas. Negociar con Coin por el privilegio de matar a Snow después de la guerra y este vuelo no autorizado por el Capitolio.

—Pero no de esta forma —le digo—. Ha sido un completo desastre.

—Creo que sería considerada una misión muy exitosa —dice Gale—. Nos hemos infiltrado en el campamento enemigo, demostrando que las defensas del Capitolio pueden ser incumplidas. Hemos logrado obtener imágenes de nosotros mismos en todas las noticias del Capitolio. Hemos llevado a toda la ciudad al caos intentando encontrarnos.

—Confía en mí, Plutarch estará emocionado —añade Cressida.

—Eso es porque a Plutarch no le importa quién muera —le digo—. No, siempre que sus Juegos sean un éxito.

Cressida y Gale dan vueltas y vueltas tratando de convencerme. Pollux asiente con la cabeza respaldando sus palabras. Sólo Peeta no ofrece una opinión.

—¿Qué piensas, Peeta? — le pregunto finalmente.

—Creo que... todavía no tienes ni idea. Del efecto que puedes tener. —Él desliza sus puños hasta el apoyo y se empuja a sí mismo a una posición sentada—. Ninguna de las personas que hemos perdido era idiota. Ellos sabían lo que estaban haciendo. Te siguieron porque realmente creían que podrías matar a Snow.

No sé por qué su voz me llega cuando nadie más puede. Pero si tiene razón, y creo que así es, les debo a los demás una deuda que sólo puede ser pagada de una manera. Saco mi mapa de papel del bolsillo de mi uniforme y lo extiendo en el suelo con una nueva determinación.

—¿Dónde estamos, Cressida?

La tienda de Tigris se encuentra a unas cinco cuadras desde el Círculo de la ciudad y la mansión de Snow. Estamos en un paseo por una zona en la que los dispositivos se desactivan por la seguridad de los residentes. Tenemos disfraces que, tal vez con algunos adornos de las existencias peludas de Tigris, podrían llevarnos con seguridad allí. Pero entonces, ¿qué? La mansión seguramente estará fuertemente custodiada, bajo vigilancia con cámaras durante todo el día, y cubierta con dispositivos que podrían estallar con el simple accionamiento de un interruptor.

—Lo que necesitamos es sacarlo al aire libre —me dice Gale—. Entonces, uno de nosotros podría atraparlo.

—¿Ha vuelto a aparecer en público alguna vez? —pregunta Peeta.

—No creo —dice Cressida—. Al menos en todos los discursos recientes que he visto, desde que él está en la mansión. Incluso antes de que los rebeldes llegaran hasta aquí. Me imagino que se hizo con más vigilantes después de que Finnick transmitiera sus crímenes.

Eso es. No es sólo Tigris la única del Capitolio que odia a Snow ahora, sino una red de gente que sabe lo que le hizo a sus amigos y familiares. Tendría que ser algo con limítrofes milagrosos lo que le hiciera salir fuera. Algo así como...

—Apuesto a que saldría por mí —le digo—. Si yo fuera capturada. Él querría que fuera tan público como fuera posible. Querría ejecutarme en sus escalones

de la entrada. —Les dejo que se den cuenta de esto—. Entonces Gale podría dispararle desde la audiencia.

—No. —Peeta sacude la cabeza—. Hay demasiados finales alternativos a ese plan. Snow podría decidir torturarte para obtener información. O ejecutarte públicamente sin estar presente. O matarte dentro de la mansión y mostrar tu cuerpo al frente.

—¿Gale? —le digo.

—Parece una solución extrema para saltar hacia ella de inmediato —dice—. Tal vez si todo lo demás falla. Vamos a seguir pensando.

En la quietud que sigue, se oyen las suaves pisadas de Tigris sobre nuestras cabezas. Debe ser la hora del cierre. Ella ha de estar cerrando, cerrando las persianas tal vez. Unos minutos más tarde, el panel en la parte superior de la escalera se abre.

—Ven —dice una voz grave—. Tengo un poco de comida para ti. —Es la primera vez que ha hablado desde que llegamos. Ya sea natural o por años de práctica, no sé, pero hay algo en su manera de hablar que sugiere el ronroneo de un gato.

Al subir las escaleras, Cressida pregunta:

—¿Te comunicaste con Plutarch, Tigris?

—No hay manera. —Tigris se encoge de hombros—. Él se imaginará que están a salvo en alguna casa. No te preocupes.

¿Preocuparse? Me siento inmensamente aliviada por la noticia de que no lo haya hecho y tenga que ignorar las órdenes directas del 13. O hacer un poco de defensa viable para las decisiones que he hecho en el último par de días.

En la tienda, en el mostrador hay unos trozos de pan rancio, una cuña de queso enmohecido, y la mitad de una botella de mostaza. Me recuerda que no todo el mundo en el Capitolio ha tenido el estómago lleno estos días. Me siento obligada a decirle a Tigris sobre nuestros suministros de alimentos que quedan, pero ella manda mis objeciones lejos.

—Casi no como —dice ella—. Y cuando lo hago, sólo carne cruda. —Esto parece un poco demasiado para su personaje, pero no la cuestiono. Pensé en raspar el molde del queso y repartir la comida entre el resto de nosotros.

Mientras comemos, vemos la cobertura de las últimas noticias del Capitolio. El gobierno ha reducido la supervivencia de rebeldes a nosotros cinco. Grandes recompensas se ofrecen por información que conduzca a nuestra captura. Hacen hincapié en lo peligrosos que somos. Muestran el intercambio de disparos con los Agentes de la paz, aunque no a los mutos arrancando las cabezas. Hacen un homenaje a la trágica mujer que dejamos allí, con mi flecha todavía en su corazón. Alguien ha rehecho su maquillaje para las cámaras.

Los rebeldes dejan al Capitolio emitir sin interrumpirles.

—¿Harán los rebeldes una declaración hoy? —le pregunto a Tigris. Ella niega con la cabeza—. Dudo que Coin sepa qué hacer conmigo, ahora que todavía estoy viva.

Tigris da una ronca carcajada.

—Nadie sabe qué hacer contigo, chica.

Entonces ella me hace tomar un par de polainas de piel a pesar de que no puedo pagar por ellas. Es el tipo de regalo que tienes que aceptar. Y, además, hace frío en el sótano.

En la planta baja después de la cena, seguimos quebrando nuestros cerebros buscando un plan. Nada bueno, pero estamos de acuerdo que ya no podemos salir como un grupo de cinco, y que debemos tratar de infiltrarnos en la mansión del presidente antes de que me convierta en un cebo. Doy mi consentimiento en ese segundo punto para evitar algún argumento más. Si decido entregarme, no necesitaré permiso de nadie o la participación de nadie.

Cambiamos vendas, las esposas de Peeta vuelven a su soporte, y nos disponemos a dormir. Unas horas más tarde, me deslizo hacia la conciencia y soy testigo de una tranquila conversación. Peeta y Gale. No puedo dejar de espiar.

—Gracias por el agua —dice Peeta.

—No hay problema —responde Gale—. Me despierto diez veces en la noche de todos modos.

—¿Para asegurarte de que Katniss está todavía aquí? —pregunta Peeta.

—Algo así —admite Gale.

Hay una larga pausa antes de que Peeta hable de nuevo.

—Eso fue divertido, lo que dijo Tigris. Acerca de que nadie sepa qué hacer con ella.

—Bueno, *nosotros* nunca lo hacemos—dice Gale.

Ambos ríen. Es tan extraño escucharlos hablar así. Casi como amigos. Cuándo no lo son. Nunca lo han sido. Aunque no son exactamente enemigos.

—Ella te ama, lo sabes —dice Peeta—. Es tan buena que me lo dijo después de llorar por ti.

—No lo creas —responde Gale—. La forma en que te beso en el Quarter Quell... bueno, nunca me dio un beso así.

—Fue sólo una parte del espectáculo —le dice Peeta, aunque hay un borde de duda en su voz.

—No, tú te la ganaste. Renunciaste a todo por ella. Tal vez esa es la única manera de convencerla de que la amas. —Hay una larga pausa—. Debería haberme ofrecido como voluntario para tomar tu lugar en los primeros Juegos. Para protegerla luego.

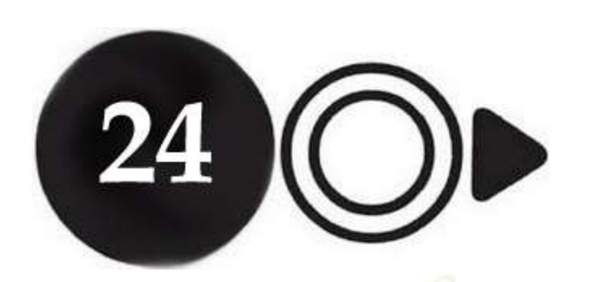
—No podrías —dice Peeta—. Ella nunca te hubiera perdonado. Tenías que cuidar de su familia. Importan más para ella que su vida.

—Bueno, eso no será un problema por mucho más tiempo. Creo que es poco probable que los tres estemos vivos al final de la guerra. Y si lo estamos, creo que es problema de Katniss a quién elegir. —Gale bosteza—. Tenemos que dormir un poco.

—Sí. —Oigo las esposas de Peeta deslizarse por el apoyo mientras él se instala—. Me pregunto cómo hará para decidirse.

—Oh, qué se yo. —Sólo puedo escuchar las últimas palabras de Gale través de la capa de piel—. Katniss escogerá a quien piense que no puede sobrevivir sin él.





Traducido por Virtxu y ANDRE_G

Corregido por Vanille

Un escalofrío me recorre. ¿Soy realmente tan fría y calculadora? Gale no dijo: "Katniss escogerá el que sea que rompa su corazón si le abandona", o incluso "al que no pueda vivir sin él". Aquello hubiera implicado que fui motivada por una especie de pasión. Pero mi mejor amigo predice que voy a elegir a la persona que crea que yo "no puedo sobrevivir sin él". No hay la menor indicación de que el amor o el deseo, o incluso la compatibilidad me influyeran. Voy a realizar una evaluación insensible de lo que mis potenciales compañeros puedan ofrecerme. Como si al final, la cuestión fuera si un panadero o un cazador me permitirán vivir más. Es una cosa horrible para que Gale la diga, para que Peeta no le refute. Especialmente, cuando todas las emociones que tengo han sido tomadas y explotadas por el Capitolio o los rebeldes. Por el momento, la elección sería sencilla. Puedo sobrevivir perfectamente sin ninguno de ellos.

Por la mañana, no tengo tiempo ni energía para preocuparme por los sentimientos heridos. Durante un desayuno antes del amanecer compuesto de paté de hígado y galletas de higo, nos reunimos alrededor de la televisión de Tigris para una de las entradas de Beetee. Ha habido un nuevo acontecimiento en la guerra. Aparentemente inspirado en la ola negra, a algunos emprendedores comandantes rebeldes se les ocurrió la idea de confiscar los automóviles abandonados por las personas y enviarlos sin tripulación por las calles. Los coches no activan cada uno de los dispositivos, pero sin duda funcionan con la mayoría. Alrededor de las cuatro de la mañana, los rebeldes comenzaron a forjar tres caminos separados (se refieren a ellos simplemente como las líneas A, B, C) hacia el corazón del Capitolio. Como resultado, han asegurado un bloque tras otro, con muy pocas bajas.

—Esto no puede durar —dice Gale—. De hecho, me sorprende que hayan llegado tan lejos. El Capitolio regulará la desactivación de dispositivos

específicos y luego dispararán manualmente cuando sus objetivos estén dentro de su alcance.

Casi a pocos minutos de su predicción, vemos que esto mismo sucede en la pantalla. Un escuadrón envía un coche por una calle, lo que desata cuatro dispositivos. Todo parece estar bien. Tres exploradores siguen y llegan sanos y salvos hasta el final de la calle. Pero cuando un grupo de veinte soldados rebeldes les siguen, son golpeados por una hilera de macetas de rosales delante de una tienda de flores.

—Apuesto a que está matando a Plutarch no ser el único que controle esto —dice Peeta.

Beetee da la emisión de nuevo al Capitolio, donde un periodista de rostro sombrío anuncia los bloques que los civiles están evacuando. Entre su actualización y la historia anterior, soy capaz de marcar en mi mapa de papel las posiciones relativas de los ejércitos enfrentados.

Oigo pelea en la calle, voy a la ventana y miro por una rendija de la persiana. A la luz de la mañana, veo un extraño espectáculo. Los refugiados de los ahora ocupados bloques están fluyendo hacia el centro del Capitolio. La mayoría debido el pánico están usando nada más que camisones y pantuflas, mientras que los más preparados están envueltos en capas de ropa. Llevan todo, desde perros falderos a cajas de joyería pasando por macetas de plantas. Un hombre con una bata suave y esponjosa tiene solamente un plátano maduro. Confundidos, los niños somnolientos van a trompicones detrás de sus padres, la mayoría están demasiado aturdidos o demasiado desconcertados para llorar. Pedazos de ellos pasan por mi línea de visión. Un par de grandes ojos marrones. Un brazo agarrando su muñeca favorita. Un par de pies descalzos, azulados por el frío, capturando las piedras irregulares del pavimento del callejón. Al verlos, me recuerda a los niños del 12 que murieron huyendo de las bombas incendiarias. Me aparto de la ventana.

Tigris se ofrece a ser nuestra espía por el día ya que es la única de nosotros sin una recompensa por su cabeza. Después de asegurarnos escaleras abajo, ella sale hacia el Capitolio para recoger toda la información útil.

Abajo, en la bodega, voy de un lado a otro, conduciendo a los demás a la locura. Algo me dice que no aprovechar el flujo de refugiados es un error. ¿Qué mejor

cobertura podríamos tener? Por el contrario, todas esas personas desplazadas merodeando en las calles significan otro par de ojos en busca de los cinco rebeldes desaparecidos. Por otro lado, ¿qué ganamos al permanecer aquí? Todo lo que estamos haciendo en realidad es agotar nuestro pequeño alijo de comida y esperando a... ¿qué? ¿A que los rebeldes tomen el Capitolio? Podrían pasar semanas antes de que eso ocurra, y no estoy muy segura de lo que haría si lo consiguieran. No saldría corriendo y los saludaría. Coin me hubiera llevado de nuevo al 13 antes de que pudiera decir "*nightlock, nightlock, nightlock*". No he venido hasta aquí, y he perdido a toda esa gente, para volver de nuevo con esa mujer. Mataré a Snow. Además, hay un montón de cosas que no puedo explicar fácilmente sobre los últimos días. Varias de las cuales, si salen a la luz, probablemente me quitarían el derecho de la inmunidad a los vencedores. Y dejándome a un lado, tengo la sensación de que algunos de los otros van a necesitarla. Como Peeta. A quién, no importa cómo lo cuentes, se le puede ver en la cinta tirando a Mitchell en esa red de dispositivos. Me puedo imaginar lo que el tribunal de guerra de Coin va a hacer con eso.

Al caer la tarde, estamos empezando a dar muestras de nerviosismo sobre la larga ausencia de Tigris. Damos vueltas a las posibilidades de que ella haya sido detenida y arrestada, de que se volviera contra nosotros de forma voluntaria o simplemente que haya sido herida en la ola de refugiados. Pero alrededor de las seis, oímos su regreso. Hay algo resolviéndose arriba de las escaleras, luego se abre el panel. El olor maravilloso de carne a la plancha llena el ambiente. Tigris nos ha preparado un picadillo de jamón y patatas. Es la primera comida caliente que hemos tenido en días, y mientras espero a que ella llene mi plato, estoy realmente en peligro de babear.

Mientras mastico, trato de prestar atención a Tigris mientras nos dice cómo lo ha adquirido, pero lo principal que recojo es que la ropa interior de piel es un tema valioso para comerciar en este momento. Especialmente para las personas que abandonaron sus hogares desvestidos. Muchos todavía están en la calle, tratando de encontrar un refugio para la noche. Los que viven en los selectos apartamentos del centro de la ciudad no han abierto sus puertas para albergar a los desplazados. Por el contrario, la mayoría de ellos han atornillado sus cerraduras, bajado sus contraventanas, y fingieron estar fuera. Ahora, el Círculo de la Ciudad está lleno de refugiados, y los Agentes de la Paz van de puerta en puerta, irrumpiendo en los hogares, si tienen que hacerlo, para asignarles invitados.

En la televisión, vemos a un lacónico Jefe de los Agentes de la Paz establecer las reglas específicas sobre el número de personas por metro cuadrado que se espera que cada residente tenga. Él les recuerda a los ciudadanos del Capitolio que las temperaturas caerán muy por debajo de la congelación esta noche y les advierte que su Presidente espera que estén no sólo dispuestos, sino que sean anfitriones entusiastas en este momento de crisis. A continuación, se muestran algunos planos muy bien elegidos de ciudadanos preocupados dando la bienvenida a los refugiados en sus hogares. El Jefe de los Agentes de la Paz, dice que el propio presidente ha ordenado que parte de su mansión se prepare para recibir mañana a los ciudadanos. Él agrega que los comerciantes también deben estar preparados para prestar su espacio en el suelo si así se solicita.

—Tigris, esa podrías ser tú —dice Peeta. Me doy cuenta de que tiene razón. Que incluso este estrecho pasillo de una tienda podría ser apropiado para la numerosa ola. Entonces, vamos a estar realmente atrapados en el sótano, en peligro constante de que nos descubran. ¿Cuántos días tenemos? ¿Uno? ¿Tal vez dos?

El Jefe de los Agentes de la Paz vuelve con más instrucciones para la población. Parece que esta tarde se produjo un lamentable incidente donde una multitud golpeó a un joven que se parecía a Peeta. A partir de entonces, todos los avistamientos de rebeldes se comunicarán inmediatamente a las autoridades, los cuales se ocuparán de la identificación y detención del sospechoso. Muestran una foto de la víctima. Aparte de algunos rizos, obviamente, blanqueados, se parece casi tanto a Peeta como yo.

—La gente se está volviendo salvaje —murmura Cressida.

Vemos una instrucción rebelde mediante la cual nos enteramos de que varios bloques más han sido tomados hoy. Yo tomo nota de las intersecciones en mi mapa y lo estudio.

—La línea C está a sólo cuatro cuadras de aquí —anuncio. De alguna manera, esto me provoca más ansiedad que la idea de los Agentes de la Paz buscando en las viviendas. Empiezo a ser muy útil—. Déjame lavar los platos.

—Te echo una mano. —Gale recoge los platos.

Siento los ojos de Peeta siguiéndonos fuera de la habitación. En la estrecha cocina en la parte trasera de la tienda de Tigris, lleno el fregadero con agua caliente y espuma.

—¿Crees que es cierto? —le pregunto—. ¿Eso de que Snow les permitirá refugiarse en la mansión?

—Creo que lo hará ahora, al menos para las cámaras —dice Gale.

—Me voy por la mañana —le digo.

—Voy contigo —dice Gale—. ¿Qué debemos hacer con los otros?

—Pollux y Cressida podrían ser útiles. Son buenos guías —le digo. Pollux y Cressida no son realmente el problema—. Pero Peeta es demasiado...

—Imprevisible —termina Gale—. ¿Crees que él aún nos dejará dejarlo atrás?

—Podemos usar el argumento de que él nos pone en peligro —le digo—. Podría quedarse aquí, si somos convincentes.

Peeta es bastante racional acerca de nuestra sugerencia. Él está de acuerdo en que su compañía podría poner fácilmente en peligro al resto de nosotros. Estoy pensando en que todo esto puede funcionar, que él se mantendrá fuera de la guerra permaneciendo en el sótano de Tigris, cuando anuncia que se va por su cuenta.

—¿Para hacer qué? —pregunta Cressida.

—No estoy seguro exactamente. Lo único en lo que todavía puedo ser útil es causando una distracción. Ya vieron lo que pasó con ese chico que se parecía a mí —dice.

—¿Qué pasaría si... pierdes el control? —digo yo

—¿Quieres decir…convirtiéndome en muto? Bueno, si siento que eso regresa, voy a tratar de volver aquí —me asegura.

—¿Y si Snow te captura de nuevo? —pregunta Gale—. Ni siquiera tienes un arma.

—Tomaré mis propios riesgos —dice Peeta—. Al igual que el resto de ustedes.

Ellos dos intercambian una larga mirada, y luego Gale busca en el bolsillo. Él pone la pastilla de nightlock en la mano de Peeta. Peeta permite que se la ponga en la palma abierta, sin rechazarla ni aceptarla.

—¿Y tú?

—No te preocupes. Beetee me enseñó cómo detonar los explosivos de mis flechas con la mano. Si eso no funciona, tengo mi cuchillo. Y voy a tener a Katniss —dice Gale con una sonrisa—. Ella no les dará la satisfacción de atraparme con vida.

El pensamiento de los Agentes de la Paz arrastrando lejos a Gale hace que la melodía comience a sonar en mi cabeza otra vez....

Tú estás, tú estás

llegando al árbol…

—Tómala, Peeta —le digo con voz tensa. Extiendo la mano y le cierro los dedos sobre la píldora—. Nadie estará allí para ayudarte.

Pasamos una noche irregular, despertando por las pesadillas de los demás, con las mentes zumbando con los planes del día siguiente. Me siento aliviada cuando son alrededor de las cinco y podemos empezar todo lo que este día tiene para nosotros. Comemos una mezcolanza de nuestros alimentos restantes (melocotones en conserva, galletas, y caracoles) dejando una lata de salmón para Tigris en señal de agradecimiento por todo lo que ella ha hecho. El gesto parece llegarle de alguna manera. Su cara se contorsiona en una expresión extraña y se pone rápidamente en acción. Pasa la siguiente hora haciendo una nueva versión de nosotros cinco. Nos repara la ropa para ocultar nuestros uniformes, antes incluso de ponernos nuestros abrigos y capas. Cubre las botas militares con algún tipo de zapatillas de peluche. Asegura nuestras pelucas con alfileres. Limpia los llamativos restos de pintura que nos aplicamos en nuestros rostros y nos los pinta de nuevo. Hace cortinas en nuestras prendas de abrigo para ocultar las armas. Luego nos da unos bolsos y paquetes de chucherías para llevar. Al final, nos vemos exactamente como los refugiados que huían de los rebeldes.

—Nunca subestimes el poder de un estilista brillante —dice Peeta. Es difícil de decir, pero creo que en realidad Tigris podría haberse ruborizado bajo sus rayas.

No hay ninguna actualización útil en la televisión, pero el callejón parece tan atestado de refugiados como la mañana anterior. Nuestro plan es entrar en la multitud en tres grupos. En primer lugar, Cressida y Pollux, que actuarán como guías, manteniéndose a una distancia prudencial de nosotros. A continuación, Gale y yo, con la intención de posicionarnos entre los refugiados asignados a la mansión hoy día. Luego Peeta, que se arrastrará detrás de nosotros, preparado para crear una perturbación, si fuera necesario.

Tigris observa a través de las persianas esperando el momento perfecto, descorre el pestillo de la puerta, y asiente con la cabeza a Cressida y Pollux.

—Tengan cuidado —dice Cressida, y desaparecen.

Vamos a estar siguiéndolos en un minuto. Saco la llave, abro las esposas de Peeta, y las meto en el bolsillo. Él se frota las muñecas. Flexionándolas. Siento una especie de desesperación levantándose en mí. Es como si estuviera de vuelta en el Quarter Quell, con Beetee dándonos a Johanna y a mí esa bobina de alambre.

—Oye —le digo—. No hagas nada estúpido.

—No, ese es el último recurso. Completamente —dice él.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, siento sus brazos vacilar antes de que me abrace. No tan estable como alguna vez lo fue, pero aun así cálido y fuerte. Miles de momentos surgen a través de mí. Todas las veces que estos brazos fueron mi único refugio del mundo exterior. Tal vez no los aprecié por completo en ese entonces, pero es tan dulce en mi memoria, y ahora se han ido para siempre.

—Muy bien, entonces.

—Ya es hora —dice Tigris. Yo beso su mejilla, abrocho mi capa de capucha roja, coloco mi bufanda sobre mi nariz, y sigo a Gale afuera dentro del frígido aire.

Cortantes, helados copos de nieve muerden mi piel expuesta. El creciente sol está tratando de romper a través de la penumbra pero no está teniendo mucho

éxito. Hay suficiente luz como para ver los bultos de las formas que están más cercanas a ti y un poco más. Las condiciones perfectas, en serio, excepto porque no puedo localizar a Cressida y Pollux. Gale y yo bajamos nuestras cabezas y arrastramos los pies junto a los refugiados. Puedo escuchar lo que me perdí ayer mirando a través de los postigos. Llantos, gemidos, respiraciones dificultosas. Y no muy lejos, disparos de armas.

—¿Tío, para dónde vamos? — un pequeño chico tiritando le pregunta a un hombre que va cargando una pequeña caja fuerte.

—A la mansión del presidente. Ellos nos van a asignar un nuevo lugar para vivir —resopla el hombre.

Nosotros giramos saliendo del callejón y nos esparcimos dentro de una de las avenidas principales.

—¡Manténganse por el lado derecho! —ordena una voz, y yo veo a los Agentes de Paz intercalándose entre la multitud, dirigiendo el flujo del tráfico humano. Rostros asustados se asoman por las placas de vidrio de las ventanas de las tiendas, las cuales ya están siendo invadidas por los refugiados. A este paso, Tigris podría llegar a tener huéspedes nuevos para el almuerzo. Fue bueno para todos que hayamos salido cuando lo hicimos.

Ahora el día está más brillante, incluso con la nieve aumentando. Yo logro ver a Cressida y a Pollux a eso de treinta metros enfrente de nosotros, caminando lentamente con la multitud. Estiro mi cuello para ver si puedo localizar a Peeta. No puedo hacerlo, pero logro vislumbrar a una pequeña chica de aspecto curioso en un abrigo amarillo limón. Codeo a Gale y bajo ligeramente el paso, para permitir que una pared de personas se formen entre nosotros.

—Podríamos tener que separarnos —digo bajo mi aliento—. Hay una chica…

Disparos rompen a través de la multitud, y varias personas que están cerca de mi caen al suelo. Los gritos rasgan el aire cuando una segunda ronda acribilla a otro grupo detrás de nosotros. Gale y yo nos tiramos al suelo, nos escabullimos los diez metros hasta las tiendas, y nos cubrimos detrás de una vitrina de botas de tacón de aguja fuera de una venta de zapatos.

Una fila de calzado de plumas bloquea la vista de Gale.

—¿Quién es? ¿Lo puedes ver? —él me pregunta. Lo que yo puedo ver, entre pares alternativos de botas de pluma de color lavanda y verde menta, es una calle llena de cuerpos. La pequeña chica que me estaba mirando está arrodillada al lado de una mujer inmóvil, chillando y tratando de despertarla. Otra ola de balas corta a través de su abrigo amarrillo, manchándolo de rojo, tirando a la chica de espaldas. Por un momento, observando su pequeña forma arrugada, pierdo la habilidad de formar palabras. Gale me picha con su codo—. ¿Katniss?

—Están disparando desde el techo encima de nosotros —le digo a Gale. Veo otras cuantas rondas, veo los blancos uniformes pasando por las nevadas calles—. Tratando de eliminar a los Agentes de Paz, pero ellos no son exactamente un tiro fácil. Deben ser los rebeldes. —No siento una precipitación de alegría, a pesar de que teóricamente mis aliados han penetrado las defensas enemigas. Estoy paralizada por ese abrigo amarillo.

—Si nosotros comenzamos a disparar, eso es todo —Gale dice—. Todo el mundo sabría que somos nosotros.

Eso es cierto. Solamente estamos armados con nuestros fabulosos arcos. Liberar una flecha sería como anunciar a ambos lados que estamos aquí.

—No —digo enérgicamente—. Tenemos que llegar a Snow.

—Entonces es mejor que comencemos a movernos antes de que la cuadra entera estalle —dice Gale. Abrazando la pared, seguimos por la calle. Sólo que la pared es más que todo vitrinas. Un patrón de palmas sudadas y enormes rostros esta presionados contra el cristal. Yo jalo mi bufanda más arriba sobre mis pómulos mientras nosotros nos disparamos entre las vitrinas exteriores. Detrás de un estante de fotos de Snow, encontramos a un Agente de Paz herido apoyado contra una franja de muro de ladrillo. Él nos pide ayuda. Gale le da un rodillazo a un lado de su cabeza y toma su arma. En la intersección, le dispara a un segundo Agente de Paz y ambos tenemos armas de fuego.

—¿Entonces, quien se supone que somos ahora? —pregunto.

—Ciudadanos desesperados del Capitolio —dice Gale—. Los Agentes de Paz pensarán que estamos de su lado, y con un poco de suerte los rebeldes tendrán objetivos más interesantes.

Estoy reflexionando sobre la sabiduría de este ultimo papel cuando corremos por la intersección, pero para el momento en que alcanzamos la siguiente cuadra, ya no importa quiénes somos nosotros. Quién es cualquiera. Porque nadie está mirando los rostros. Los rebeldes están aquí, muy bien. Lloviendo por la avenida, cubriéndose en las puertas de entrada, tras los vehículos, armas encendidas, roncas voces gritando ordenes mientras ellos se preparaban para encontrarse con un ejército de Agentes de Paz marchando hacia nosotros. Atrapados en medio del fuego, están los refugiados, desarmados, desorientados, y muchos de ellos heridos.

Un dispositivo es activado enfrente de nosotros, liberando vapor a borbotones que cocina a todos en su camino, dejando a las victimas con los intestinos por fuera y muy muertos. Después de eso, el poco sentido de orden que queda se deshace. Los restantes arabescos de vapor se entremezclan con la nieve, visiblemente se extienden hasta el final de mi cañón. Agentes de paz, rebeldes, ciudadanos, ¿quién sabe? Todo lo que se mueve es un objetivo. La gente dispara como reflejo, y yo no soy la excepción. Con el corazón palpitando, la adrenalina ardiendo a través de mí, todo el mundo es mi enemigo. Excepto Gale. Mi compañero de caza, la única persona que cuida mi espalda. No hay nada más que hacer que moverse hacia adelante, matando a quien sea que se atraviese en nuestro camino. Gente gritando, gente sangrando, gente muerta por todos lados. Cuando llegamos a la siguiente esquina, la cuadra entera que está enfrente de nosotros se ilumina con un rico brillo púrpura. Damos marcha atrás, resguardándonos en unas escaleras, y entrecerramos los ojos por la luz. Algo les está sucediendo a aquellos que están siendo iluminados por la luz. ¿Están siendo agredidos por… qué? ¿Un sonido? ¿Una ola? ¿Un laser? Las armas caen de sus manos, los dedos agarran sus rostros, mientras la sangre sale a chorros de todos los orificios visibles: ojos, narices, bocas, orejas. En menos de un minuto, todo el mundo está muerto y el brillo se desvanece. Yo hago rechinar mis dientes y corro, saltando sobre los cuerpos, los pies escabulléndose en la sangre espesa.

El viento azota la nieve en remolinos cegadores pero no bloquea el sonido de otra ola de botas viniendo en nuestra dirección.

—¡Agáchate! —le siseo a Gale. Nos tiramos al suelo donde estamos. Mi rostro aterriza en una piscina de sangre de alguien que aún está caliente, pero me hago la muerta, manteniéndome inmóvil mientras las botas marchan sobre

nosotros. Algunos evitan los cuerpos. Otros machacan mi mano, mi espalda, patean mi cabeza en su paso. Cuando las botas se retiran, yo abro los ojos y asiento hacia Gale.

En la siguiente cuadra, encontramos más refugiados aterrorizados, pero pocos soldados, justo cuando parece que hemos dado con un descanso, hay un sonido crujiente, como un huevo golpeando el lado de un tazón pero magnificado miles de veces. Nos detenemos, buscando el dispositivo alrededor. No hay nada. Entonces, siento que las puntas de mis botas se comienzan a inclinar ligeramente.

—¡Corre! —le grito a Gale. No hay tiempo para explicar, pero en unos cuantos segundos la naturaleza del dispositivo se vuelve clara para todos. Una veta se ha abierto en el centro de la cuadra. Los dos lados de la calle inclinada están plegando hacia abajo como alas, vaciando lentamente a las personas dentro de lo que sea que hay debajo.

Estoy dividida entre irme derecho hacia la siguiente intersección y tratar de llegar a las puertas que lindan la calle y hacerme camino hacia el interior de un edificio. Como resultado, termino moviéndome en una ligera diagonal. Mientras el ala continua bajando, encuentro mis pies luchando, más y más fuerte, por encontrar un apoyo en las inclinaciones resbaladizas. Es como estar corriendo por el lado de una colina de hielo que se va volviendo más empinada con cada paso. Ambos destinos (la intersección y los edificios) están a unos pocos pasos cuando siento el ala ceder. No hay nada más que hacer que usar mis últimos segundos de conexión con las losas para lanzarme por la intersección. Cuando mis manos agarran el lado, me doy cuenta que las alas se habían balanceado directamente hacia abajo. Mis pies cuelgan en el aire, sin tener ningún agarre. Desde quince metros hacia abajo, una asquerosa fetidez golpea mi nariz, como cuerpos podridos en el calor del verano. Negras formas se arrastran por las sombras, silenciando a quien sea que haya sobrevivido a la caída.

Un grito estrangulado sale de mi garganta. Nadie va a venir a ayudarme. Estoy perdiendo mi agarre en el alfeizar helado, tratando de bloquear los aterradores sonidos de abajo. Cuando mis manos se asientan sobre el borde, yo balanceó mi bota derecha subiéndola por un lado. Se agarra de algo y yo laboriosamente me arrastro hasta el nivel de la calle. Jadeando, temblando, me deslizo y agarro mi mano de una farola para sujetarme, aunque el suelo está perfectamente plano.

—¿Gale? —llamo al interior del abismo, haciendo caso omiso de poder ser reconocida—. ¿Gale?

—¡Por aquí! —Miro desconcertada hacia mi izquierda. El ala dejó todo sostenido en la base de los edificios.

Una docena o algo así de personas lograron llegar así de lejos y ahora cuelgan de cualquier cosa que les provea sostén. Pomos de puerta, aldabas, ranuras del correo. Tres puertas hacia abajo de donde me encuentro yo, Gale se aferra al hierro decorativo que rodea la puerta de un apartamento. Él podría entrar fácilmente si está estuviera abierta. Pero a pesar de las repetitivas patadas a la puerta, nadie sale a su auxilio.

—¡Cúbrete! —Levanto mi arma. Él se voltea y yo perforo la cerradura hasta que la puerta vuela hacia adentro. Gale se balancea dentro de la puerta, aterrizando en una pila sobre el suelo. Por un momento, experimento la euforia de su rescate. Luego, las manos con guantes blancos se ponen sobre él.

Gale encuentra mis ojos, me articula algo con la boca que yo no puedo descifrar, yo no sé qué hacer. No puedo dejarlo, pero tampoco puedo llegar hasta él. Sus labios se vuelven a mover. Yo niego con la cabeza para indicarle mi confusión. En cualquier minuto, ellos se darán cuenta de a quién han capturado. Ahora los Agentes de Paz lo están arrastrando hacia el interior.

—¡Vete! —Le escucho gritar.

Me giró y corro lejos del dispositivo. Ahora estoy completamente sola. Gale es un prisionero. Cressida y Pollux pueden haber muerto más de diez veces. ¿Y Peeta? No he puesto los ojos en él desde que dejamos la casa Tigris. Me apego a la idea de que él se pudo haber regresado. Sentir que venía un ataque y retraerse al sótano mientras aún tenía el control. Darse cuenta que no había necesidad de una distracción cuando el capitolio había provisto tantas. Ninguna necesidad de ser el cebo y tener que tomar el nightlock. ¡El nightlock! Gale no tiene ninguno. Y por toda esa plática de detonar sus flechas a mano, él nunca tendrá la oportunidad. La primera cosa que los Agentes de Paz van a hacer, es quitarle sus armas.

Me caigo en una entrada, con lágrimas ardiendo en mis ojos. *Dispárame*. Eso era lo que él me estaba articulando. ¡Se suponía que yo le disparara! Ese era mi trabajo. Esa era nuestra promesa tácita, para todos nosotros, de uno al otro. Y yo

no lo hice y ahora el Capitolio lo matará o lo torturará o le hará hijack o… la grieta se empieza abrir dentro de mí, amenazando romperme en pedazos. Sólo tengo una esperanza. Que el Capitolio caiga, dejen sus armas, y suelten sus prisioneros antes de que hieran a Gale. Pero no puedo ver que eso llegue a suceder mientras Snow esté vivo.

Un par de Agentes de Paz pasan corriendo, apenas se voltean a mirar a la chica del Capitolio acurrucada lloriqueando en una entrada. Yo ahogo mis lágrimas, limpio las existentes de mi rostro antes de que puedan congelarse, y me recompongo. Muy bien, sigo siendo un refugiado anónimo. ¿O será que los Agentes de Paz me alcanzaron a dar un vistazo mientras huía? Yo me quito mi capa y la pongo al revés, dejando el forro negro a la vista en lugar del rojo exterior. Arreglo la capucha para que esta pueda disimular mi rostro. Agarrando mi pistola cerca de mi pecho, inspecciono la cuadra. Sólo hay un puñado de rezagados con aspecto aturdido. Yo sigo de cerca el rastro de un par de ancianos que no me notan. Nadie esperaría que yo estuviera con ancianos. Cuando alcanzamos el final de la siguiente intersección, se detienen y yo casi me doy contra ellos. Es el Circulo de la Ciudad. Al otro lado de la amplia extensión rodeada por grandes edificios, se asienta la mansión del presidente.

El circulo está lleno de gente pululando alrededor, gimiendo, o sólo sentada y dejando que la nieve se apile a su alrededor. Yo encajo. Empiezo a serpentear mi camino hacia la mansión, tropezando con tesoros abandonados, y extremidades congeladas. A eso de medio camino, me doy cuenta de la barricada de concreto. Es como de un metro veinte de altura y se extiende en un gran rectángulo enfrente de la mansión. Pensarías que está vacía, pero está llena de refugiados. ¿Tal vez este sea el grupo que ha sido escogido para ser protegido en la mansión? Pero mientras me voy acercando más, noto otra cosa. Todas las personas al interior de la barricada son niños. De infantes a adolescentes. Asustados y congelados. Acurrucados en grupos o meciéndose entumecidos en el suelo. A ellos no se les está permitiendo entrar a la mansión. Están acorralados en el interior, con Agentes de Paz haciéndoles guardia por todos lados. Inmediatamente sé que no es para su protección. Si el Capitolio quisiera asegurarlos, ellos estarían abajo en algún lugar en un bunker bajo tierra. Esto es para protección de Snow. Los niños forman su escudo humano.

Hay una conmoción y la multitud surge a la izquierda. Estoy atrapada por largos cuerpos, corriendo de lado, apartada del curso. Escucho gritos de "¡Los

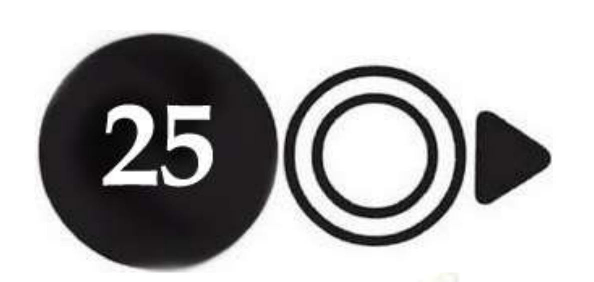
rebeldes! ¡Los rebeldes!" y se que ellos debieron haberse abierto paso. El momento me golpea contra el asta de una bandera y yo me trepo a ella. Usando la tela que cuelga de la cima, me arrastro hacia arriba fuera de la colisión de cuerpos. Sí, puedo ver el ejército de rebeldes entrando a cantaros en el Círculo, llevando a los refugiados de vuelta a las avenidas. Escaneo el área buscando los dispositivos que seguramente se estarán detonando. Pero eso no sucede. Esto es lo que sucede.

Un aerodeslizador marcado con el sello del Capitolio se materializa directamente sobre la barricada de los niños. Decenas de paracaídas plateados llueven sobre ellos. Incluso en este caos, los niños saben lo que contienen los paracaídas plateados. Comida. Medicina. Regalos. Ellos los recogen con impaciencia, dedos congelados luchando con las cintas. El aerodeslizador se desvanece, cinco segundos han pasado, y entonces como veinte paracaídas explotan simultáneamente.

Un gemido se levanta de la multitud. La nieve esta roja y cubierta con partes de cuerpos de todos los tamaños. Muchos de los niños mueren inmediatamente, pero otros yacen en agonía sobre el suelo. Algunos se tambalean alrededor en silencio, mirando fijamente a los restos de paracaídas en sus manos, como si aún pudieran tener algo precioso en su interior. Puedo ver que los Agentes de Paz no sabían que esto iba venir por la forma que están saltando lejos de las barricadas, haciendo un sendero para los niños. Otra multitud de uniformes blancos se extienden por el exterior. Pero estos no son Agentes de Paz. Son médicos. Médicos rebeldes. Yo reconocería los uniformes en cualquier lugar. Ellos pululan entre los niños. Blandiendo kits médicos.

Primero, obtengo un vistazo de la trenza rubia bajando por su espalda. Luego, mientras ella se quita el abrigo para cubrir a un niño gimiendo, noto la cola de pato formada por su camisa que está fuera de sus pantalones. Tengo la misma reacción que tuve el día que Elffie Trinket dijo su nombre en la cosecha. Al menos, se me debieron debilitar los músculos, porque me encuentro a mí misma en la base del asta de la bandera, incapaz de explicármelo por los últimos segundos. Luego, estoy empujando a través de la multitud, justo como lo hice antes. Tratando de gritar su nombre sobre el rugido. Casi estoy allí, casi en la barricada, cuando creo que ella me escucha. Porque por un momento, ella me ve, sus labios forman mi nombre.

Y ahí es cuando el resto de los paracaídas estallan.



Traducido por kuami

Corregido por Virtxu

¿Real o no real? Estoy en el fuego. Las bolas de fuego que hacían erupción de los paracaídas son diaparadas encima de las barricadas, a través del aire cubierto de nieve, y aterrizan sobre la multitud. Yo estoy apartándome cuando uno me agarra, recorriendo con su lengua hasta la parte posterior de mi cuerpo, y transformándome en algo nuevo. Una criatura tan insaciable como el sol.

Un estúpido fuego que sólo conoce una sola sensación: la agonía. Ni la vista, ni el sonido, ningún sentimiento, excepto la quemadura incesante de la carne. Es posible que haya períodos de inconsciencia, pero ¿qué importa si no puedo encontrar refugio en ellos? Soy como el ave de Cinna, encendida, volando frenéticamente para escapar de algo ineludible. Las plumas en llamas creciendo de mi cuerpo. Batir mis alas sólo aviva las llamas. Consumiéndome, pero sin ningún fin.

Finalmente, mis alas empiezan a fallar, y pierdo altura, la gravedad me tira en un mar espumoso del color de los ojos de Finnick. Y floto sobre mi espalda que continúa ardiendo bajo el agua, pero la agonía silencia al dolor. Cuando estoy a la deriva y soy incapaz de navegar, es cuando vienen. Los muertos.

Los que amaban vuelan como pájaros al aire libre sobre mí. Volando, entrelazándose, mientras me llaman para unirme a ellos. Quiero desesperadamente seguirlos, pero el agua de mar satura mis alas, lo que hace imposible levantarlas. Los que más odiaba me llevan al agua, cosas horribles que escalan desgarrando mi carne salada con sus dientes afilados. Mordiendo una y otra vez.

Arrastrándome bajo la superficie.

El pequeño pájaro blanco teñido de rosa se sumerge, hundiendo sus garras en mi pecho, y tratando de mantenerme a flote.

—*¡No, Katniss! ¡No! ¡No te puedes ir!*

Pero los que yo odiaba están ganando, y si ella se aferra a mí, estará perdida también.

—*¡Prim, déjame ir!* —Y finalmente, ella lo hace.

En las profundidades del agua, soy abandonada por todos. Sólo está el sonido de mi respiración, el enorme esfuerzo que se necesita para sacar el agua, empujarla hacia fuera de mis pulmones. Quiero detenerme, tratando de mantener mi respiración, pero el mar se abre camino dentro y fuera contra mi voluntad.

—*¡Déjame morir! ¡Déjame seguir a los otros!* —Ruego a lo que sea que me mantiene aquí. No hay respuesta.

Atrapada durante días, años, siglos quizá. Muerta, pero sin permitirme morir. Viva, pero como si estuviera muerta. Tan sola que cualquier persona, cualquier cosa no importa cuán odioso fuera, sería bienvenida. Pero cuando por fin tengo un visitante, es dulce. El morphling. Corriendo por mis venas, aliviando el dolor, aligerando mi cuerpo de manera que se eleva hacia el aire y se apoya de nuevo en la espuma.

Espuma. Realmente estoy flotando en la espuma. Puedo sentirla debajo de la punta de mis dedos, acunando partes de mi desnudo cuerpo. Hay mucho dolor pero también hay algo parecido a la realidad. El papel de lija de mi garganta. El olor de las quemaduras granuladas en primer lugar. El sonido de la voz de mi madre. Estas cosas me dan miedo, y trato de regresar a las profundidades para darles sentido. Pero no hay vuelta atrás. Poco a poco, me veo obligada a aceptar lo que soy. Una niña con quemaduras graves, sin alas. Sin fuego. Y sin hermana.

En el deslumbrante hospital blanco del Capitolio, los médicos practican su magia sobre mí. Cubriendo mi carne viva con sabanas nuevas de piel. Persuadiendo a las células a pensar que son mías. Manipulando partes de mi cuerpo, doblando y estirando las extremidades para asegurar un buen ajuste. He oído una y otra vez la suerte que tengo. Mis ojos se salvaron. La mayor parte de mi cara está a salvo. Mis pulmones están respondiendo al tratamiento. Estaré tan bien como nueva.

Cuando mi delicada piel ha endurecido lo suficiente como para soportar la presión de las sabanas, llegan más visitantes. El morphling abre la puerta a los muertos y a los vivos por igual. Haymitch, amarillo y sin sonrisa. Cinna, cosiendo un nuevo vestido de novia. Delly, parloteando sobre la amabilidad de la gente. Mi padre canta las cuatro estrofas de "El árbol de la ejecución" y me recuerda que mi madre (que duerme en una silla entre los turnos) no sabía al respecto.

Un día me despierto esperanzadoramente y sé que no se me permitirá vivir en mi tierre de ensueños. Tengo que tomar alimentos por la boca. Mover mis propios músculos. Hacer mi camino al baño. Mantenerme derecha para una breve aparición de la Presidenta Coin.

—No te preocupes —dice ella—. Lo he salvado para ti.

La perplejidad de los médicos crece sobre por qué soy incapaz de hablar. Me hacen muchas pruebas, y si bien no hay daño en mis cuerdas vocales, eso no lo explica. Por último, el Dr. Aurelius, un médico de cabecera, aparece con la teoría de que me he convertido en una mental, no física, Avox. Que mi silencio ha sido provocado por un trauma.

Aunque se ha presentado con un centenar de soluciones propuestas, él les dice que me dejen en paz. Así que a pesar de que no pregunto por nadie o algo, la gente me trae un flujo constante de información. Sobre la guerra: El Capitolio cayó el día que los paracaídas cayeron, la Presidenta Coin lleva Panem ahora, las tropas han sido enviadas para sofocar al resto de los pequeños focos de resistencia del Capitolio. El Presidente Snow: está preso, en espera de juicio y lo más seguro de ejecución. En mi equipo de asesinos: Cressida y Pollux han sido enviados a los distritos para cubrir los restos de la guerra. Gale, quien recibió dos balas en un intento de fuga, limpia el distrito 2 de Agentes de la Paz. Peeta todavía está en la unidad de quemados. Él hizo esto por el Círculo de la Ciudad después de todo. En mi familia: Mi madre entierra su pena en su trabajo.

Al no tener trabajo, el dolor me entierra. Todo lo que me mantiene con vida es la promesa de Coin. Que puedo matar a Snow. Y cuando esté hecho esto, no quedará nada.

Con el tiempo, soy dada de alta del hospital y me dan una habitación en la mansión del presidente para compartir con mi madre. Ella casi nunca está ahí,

toma sus comidas y duerme en el trabajo. Le corresponde a Haymitch vigilarme, asegurarse que estoy comiendo y tomando mis medicinas. No es un trabajo fácil. Vuelvo a mis viejos hábitos del Distrito 13.

Vagando sin autorización a través de la mansión. En los dormitorios y oficinas, salones de baile y baños. Buscando pequeños espacios escondidos. Un armario de pieles. Un armario en la biblioteca. Una bañera olvidada en una descartada habitación de muebles usados. Mis lugares son oscuros y callados e imposibles de encontrar. Me hundo, me hago más pequeña, intentando desaparecer por completo. Envuelta en el silencio, deslizo mi pulsera en la que se lee *mentalmente desorientada* alrededor de mi muñeca.

Mi nombre es Katniss Everdeen. Tengo 17 años. Mi casa es el Distrito 12. No hay ningún Distrito 12. Soy el Sinsajo. Yo hice caer el Capitolio. El Presidente Snow me odia. Él mató a mi hermana. Ahora voy a matarlo. Y entonces, los Juegos del Hambre habrán terminado...

Periódicamente, me encuentro de vuelta en mi habitación, sin saber si fui impulsada por la necesidad de morphling o por si Haymitch me descubría. Como la comida, tomo la medicina, y me obligo a bañarme. No es que el agua me importe, sino que el espejo que refleja mi cuerpo desnudo me impulsa. Los injertos de piel todavía conservan un color rosado de bebé recién nacido. La piel considerada dañada pero rescatable se ve roja, caliente y fundida en algunos lugares. Los parches de mi antiguo yo brillan blancos y pálidos. Soy como una colcha de retazos de piel extraña. Partes de mi pelo están chamuscadas por completo, el resto ha sido cortado en longitudes impares. Katniss Everdeen, la chica que estaba en llamas. No importa mucho, excepto cuando la visión de mi cuerpo trae a la memoria el dolor. Y por qué estaba con dolor. Y lo que ocurrió justo antes de que comenzara el dolor. Y cuando vi a mi hermana pequeña convertirse en una antorcha humana.

Cerrar los ojos no ayuda. El fuego arde más brillante en la oscuridad.

El Dr. Aurelius a veces aparece. Me gusta porque no dice cosas estúpidas como que estoy totalmente a salvo, o que él sabe que aunque no pueda verlo voy a ser feliz de nuevo algún día, ni siquiera que las cosas van a ser mejor en Panem ahora. Él simplemente pregunta si tengo ganas de hablar, y cuando no respondo, él se queda dormido en su silla. De hecho, creo que sus visitas son en

gran parte motivadas por su necesidad de una siesta. El arreglo funciona para los dos.

La hora se acerca, aunque no pueda dar la hora exacta y los minutos. El Presidente Snow ha sido juzgado y encontrado culpable, sentenciado a ser ejecutado. Haymitch me lo dice, he oído hablar de él a los guardias cuando voy a la deriva por los pasillos. Mi traje de Sinsajo llega a mi habitación. También mi arco, mirándolo no está muy desgastado, pero no tiene la funda de flechas. Ya sea porque estaban dañadas o más probablemente porque no debería tener armas. Me pregunto vagamente si debería estar preparándome para el evento de alguna manera, pero nada me viene a la mente.

Al final de la tarde, después de un largo período en un asiento acolchado de la ventana detrás de un biombo pintado, salgo y giro a la izquierda en vez de a la derecha. Me encuentro en una parte extraña de la mansión, y de inmediato pierdo la orientación. A diferencia de la zona donde estoy en la habitación, no parece haber nadie alrededor para preguntarle. Me gusta, sin embargo. Ojalá lo hubiera encontrado antes.

Es muy tranquilo, con las gruesas alfombras y pesados tapices que absorben el sonido. Una tenue iluminación. Colores apagados. Pacífico.

Hasta que huelo las rosas. Me zambullo detrás de unas cortinas, temblando demasiado fuerte, mientras espero a los mutos. Finalmente, comprendo, no viene ningún muto. Entonces, ¿qué huelo? ¿Rosas reales? ¿Podría ser que esté cerca del jardín donde crecen las cosas malas?

Cuando me arrastro por el pasillo, el olor se vuelve insoportable. Tal vez no sea tan fuerte como el de un muto real, pero más puro, porque no está compitiendo con las aguas residuales y los explosivos. Doblo una esquina y me encuentro mirando fijamente a dos guardias sorprendidos. No son Agentes de la Paz, por supuesto. Ya no hay más Agentes de la Paz. Pero no son soldados del estado, ni soldados del distrito 13 tampoco. Estos dos, un hombre y una mujer, llevan puesta la andrajosa ropa de los rebeldes reales. Aún vendados y demacrados, ahora están vigilando la puerta de las rosas. Cuando me muevo para entrar, sus armas forman una X delante de mí.

—Usted no puede entrar, señorita —dice el hombre.

—Soldado —lo corrige la mujer—. Usted no puede entrar, Soldado Everdeen. Órdenes de la presidenta.

Estoy de pie, esperando pacientemente allí a que ellos bajen sus armas, para que entiendan, sin que les diga, que detrás de esas puertas hay algo que necesito. Sólo una rosa. Una sola flor. Para colocar en la solapa de Snow antes de dispararle. Mi presencia parece preocupar a los guardias. Están discutiendo si llamar a Haymitch, cuando una mujer habla detrás de mí.

—Déjenla entrar.

Conozco la voz pero no puedo ubicarla inmediatamente. No es de la Veta, ni del 13, definitivamente no es del Capitolio. Vuelvo mi cabeza y me encuentro cara a cara con Paylor, la comandante del 8. Ella parece aún más golpeada de lo que estaba en el hospital, pero ¿quién no?

—Bajo mi autoridad —dice Paylor—. Ella tiene derecho a cualquier cosa detrás de esa puerta. —Éstos son sus soldados, no de Coin. Ellos dejan caer sus armas sin preguntar y me permiten pasar.

Al final de un corto pasillo, empujo las puertas de cristal y camino dentro. Ahora el olor es tan fuerte que comienza a descender, como si mi nariz no pudiera absorber más. La humedad del aire suave se siente bien en mi piel caliente.

Y las rosas son gloriosas. Fila tras fila de flores suntuosas, en un exuberante rosa, naranja puesta de sol, e incluso azul pálido.

Deambulo por los pasillos de las plantas cuidadosamente podadas, mirando pero sin tocar, porque he aprendido por las malas lo mortal que estas bellezas pueden ser. Sé cuando la encuentro, mientras corono la cima de un arbusto delgado. Un magnífico brote blanco empezando a abrirse. Tiro de mi manga izquierda por encima de mi mano para que mi piel no tenga que tocarlo realmente, tomo un par de tijeras de podar, y la posiciono simplemente sobre el tallo cuando él habla.

—Ésa es bonita.

Mi mano da un tirón, las tijeras se cierran de golpe, cortando el tallo.

—Los colores son hermosos, por supuesto, pero nada dice perfección como el blanco.

Todavía no puedo verlo, pero su voz parece surgir de una cama al lado de las rosas rojas. Delicadamente, pellizco el tallo del brote a través de la tela de mi camisa, me muevo lentamente alrededor de la esquina y lo encuentro sentado en un taburete contra la pared.

Él está bien arreglado y bien vestido como siempre, pero lastrado con esposas, grilletes en los tobillos, con dispositivos de localización. En la brillante luz, su piel es de un color verde pálido, enfermizo. Él sostiene un pañuelo blanco manchado con sangre fresca. Incluso en su estado de deterioro, sus ojos de serpiente brillan luminosos y fríos.

—Estaba esperando que encontraras la manera de llegar a mi habitación.

Su habitación. He entrado ilegalmente en su casa, de la misma forma en la que él se deslizó en la mía el año pasado, siseando amenazas con su sangrienta y rosada respiración. El invernadero es una de sus habitaciones, tal vez su favorita, tal vez en los buenos tiempos cuidaba las plantas él mismo. Pero ahora es parte de su prisión. Es por eso que los guardias me detuvieron. Y por eso Paylor me dejó entrar.

Yo suponía que él iba a estar confinado en el calabozo más profundo que el Capitolio ofreciera, no acunado en un regazo de lujo. Sin embargo, Coin lo dejó aquí. Para establecer un precedente, supongo. Por si en el futuro alguna vez cayera en desgracia, se entendería que los presidentes —incluso los más despreciables— recibían un trato especial. ¿Quién sabe, después de todo, cuando su propio poder podría desvanecerse?

—Hay tantas cosas que debemos discutir, pero tengo la sensación de que tu visita será breve. Así que, primero lo primero. —Él comienza a toser, y cuando se quita el pañuelo de su boca, es más rojo—. Quería decirte que siento mucho lo de tu hermana.

Incluso en mi débil condición, drogada, esto envía una punzada de dolor a través de mí. Recordándome que no hay límites para su crueldad. Y cómo se irá a la tumba tratando de destruirme.

—Así que tanto despilfarro, tan innecesario. Cualquiera podía ver que el juego había terminado en ese momento. De hecho, estaba a punto de emitir una rendición oficial cuando ellos lanzaron esos paracaídas. —Sus ojos están clavados en mí, sin pestañear, para no perderse ni un segundo de mi reacción. Pero lo que él dice no tiene sentido. ¿Cuándo *ellos* soltaron los paracaídas?—. Bueno, realmente no pensaste que daría la orden, ¿verdad? Olvida el hecho evidente de que, si hubiera tenido un aerodeslizador activo a mi disposición, lo habría utilizado para escapar. Pero dejando eso a un lado, ¿qué propósito podría haber servido? Ambos sabemos que no estoy por encima de matar a niños, pero no soy un despilfarrador. Tomo la vida por razones muy específicas. Y no había ninguna razón para que destruyera un redil lleno de niños del Capitolio. Ninguno en absoluto.

Me pregunto si pondrá en escena el próximo ataque de tos para que pueda tener tiempo de absorber sus palabras. Está mintiendo. Por supuesto que está mintiendo. Pero hay algo que lucha por liberarse de la mentira también.

—Sin embargo, debo reconocer que fue un movimiento magistral por parte de Coin. La idea de que yo estaba bombardeando a nuestros propios niños indefensos inmediatamente rompió la frágil fidelidad de las personas que todavía creían en mí. No hubo resistencia real después de eso. ¿Sabías que se transmitió en directo? Puedes ver la mano de Plutarch allí. Y en el paracaídas. Bueno, esa es la forma de pensar que buscas en un líder organizador, ¿no? —Snow da golpecitos en las comisuras de su boca—. Estoy seguro de que él no abrió fuego contra tu hermana, pero estas cosas pasan.

Ya no estoy con Snow ahora. Estoy en Armamento Especial de regreso al 13 con Gale y Beetee. Mirando los diseños basados en las trampas de Gale. Eso jugó con las simpatías humanas. La primera bomba mató a las víctimas. La segunda, a los rescatadores. Recuerdo las palabras de Gale.

—Beetee y yo hemos estado siguiendo el mismo libro de reglas que el Presidente Snow utilizó cuando él secuestró a Peeta.

—Mi fracaso —dice Snow—, es que fui muy lento en comprender el plan de Coin, para que el Capitolio y los distritos se destruyeran entre sí, y después pasar a tomar el poder con el 13 sin apenas rasgar la superficie. No te equivoques, tenía la intención de tomar mi lugar desde el principio. No debería sorprenderme. Después de todo, fue el 13 quien inició la rebelión que llevó a los

Días Oscuros, y luego abandonó al resto de los distritos cuando la marea se volvió en contra. Pero yo no estaba mirando a Coin. Estaba mirándote a ti, Sinsajo. Y tú estabas mirándome a mí. Me temo que a ambos se nos ha juzgado por tontos.

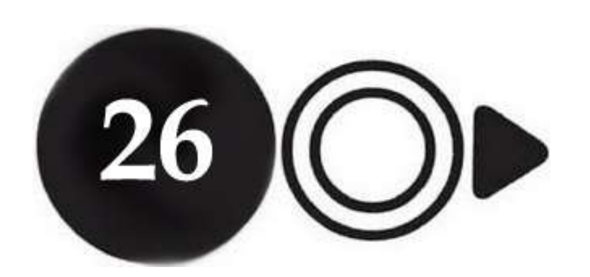
Me niego a que eso sea verdad. Hay cosas a las que ni siquiera yo puedo sobrevivir. Y pronuncio mis primeras palabras desde la muerte de mi hermana.

—No lo creo.

Snow agita su cabeza con una desilusión simulada.

—Oh, mi querida Señorita Everdeen. Pensé que habíamos acordado no mentirnos el uno al otro.





Traducido por Virtxu

Corregido por Andre27xl

En el pasillo, me encuentro a Paylor de pie exactamente en el mismo lugar.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me pregunta.

Sostengo el capullo blanco en respuesta y paso tropezando por delante de ella. Debo haber regresado a mi cuarto, porque lo siguiente que sé, es que estoy llenando un vaso con agua del grifo del baño y poniendo la rosa en él. Me hundo hasta las rodillas en la fría baldosa y entrecierro los ojos en la flor, mientras la blancura parece hacer difícil concentrarse en la cruda luz fluorescente. Mi dedo se atora en el interior de mi pulsera, girándolo como un torniquete, dañando mi muñeca. Estoy esperando que el dolor me ayude a aferrarme a la realidad de la manera en que lo hizo Peeta. Tengo que aguantar. Debo saber la verdad sobre lo que ha sucedido.

Hay dos posibilidades, aunque los detalles asociados a ellas pueden variar. En primer lugar, como he creído, el Capitolio envió ese aerodeslizador, dejó caer los paracaídas, y sacrificaron la vida de sus niños, sabiendo que los rebeldes recién llegados iban en su ayuda. Hay evidencias para apoyar esto. El sello del Capitolio en el aerodeslizador, la falta de cualquier intento de golpe del enemigo desde el cielo, y su larga historia usando a los niños como peones en su batalla contra los distritos. Luego está la versión de Snow. Que un aerodeslizador del Capitolio tripulado por rebeldes bombardearon a los niños para poner fin rápidamente a la guerra. Pero si este fuera el caso, ¿por qué el Capitolio no abrió fuego contra el enemigo? ¿El factor sorpresa los desconcertó? ¿No les quedaban defensas? Los niños son algo muy preciado en el 13, o al menos eso ha parecido siempre. Bueno, no yo, tal vez. Una vez que había cumplido mi cometido, era prescindible. Aunque creo que ha pasado mucho tiempo desde que he sido considerada una niña en esta guerra. ¿Y por qué iban a hacer eso a sabiendas que sus propios médicos probablemente responderían y morirían en la segunda explosión? Ellos no lo harían. No podían. Snow está

mintiendo. Manipulándome como siempre lo ha hecho. Con la esperanza de ponerme en contra de los rebeldes y posiblemente destruirlos. Sí. Por supuesto.

Entonces, ¿qué me molesta? Esas bombas de doble explosión, por ejemplo. No es que el Capitolio no pudiera tener el mismo tipo de arma, es sólo que estoy segura de que los rebeldes las hicieron. Es una creación de Gale y de Beetee. Luego está el hecho de que Snow no hizo ningún intento de fuga, cuando yo lo conozco por ser un superviviente consumado. Parece difícil de creer que no tuviera un retiro en alguna parte, algún búnker repleto de provisiones donde podría vivir el resto de su pequeña vida de serpiente. Y, por último, está su evaluación de Coin. Qué irrefutable es que ella haya hecho exactamente lo que él dijo. Dejar que el Capitolio y los distritos peleen unos contra otros por el terreno y luego pasando a tomar del poder. Incluso si ese era su plan, no significa que ella tirara los paracaídas. La victoria ya estaba en sus manos.

Todo estaba en sus manos.

Excepto yo.

Recuerdo la respuesta de Boggs cuando yo admití que no había pensado mucho en el sucesor de Snow. *"Si tu respuesta inmediata no es Coin, entonces eres una amenaza. Eres el rostro de la rebelión. Puedes tener más influencia que cualquier otra persona. Exteriormente, lo mejor que tú has hecho es tolerarla."*

De pronto, estoy pensando en Prim, que aún no tenía catorce años, no tenía la edad suficiente para que le concedieran el título de soldado, pero de alguna manera estaba trabajando en las líneas del frente. ¿Cómo sucedió una cosa así? Que mi hermana hubiera querido estar allí, no tengo ninguna duda. Que sería más capaz que muchos que eran más mayores, eso es un hecho. Pero para todo eso, alguien de un rango muy alto tuvo que aprobar el poner a alguien de trece años en el combate. ¿Lo hizo Coin, con la esperanza que la pérdida de Prim me empujara completamente al borde? ¿O, al menos, firmemente de su lado? Ni siquiera tendría que presenciar eso en persona. Numerosas cámaras estarían cubriendo el Círculo de la Ciudad. Capturando el momento para siempre.

No, ahora me estoy volviendo loca, cayendo en un estado de paranoia. Demasiada gente sabría de la misión. Las palabras se escaparían. ¿O no? ¿Quién iba a saberlo, además de Coin, Plutarch, y una pequeña tripulación, leal o fácilmente desechable?

Necesito ayuda para trabajar esto hacia fuera, todos en los que confío están muertos. Cinna. Boggs. Finnick. Prim. Está Peeta, pero él no puede hacer más que especular, y quién sabe en qué estado estará su mente, de todos modos. Y eso me deja sólo con Gale. Él está muy lejos, pero incluso si estuviera a mi lado, ¿podría confiar en él? ¿Qué podía decirme, con qué frase podría expresarlo, sin que ello implicara que fue su bomba la que mató a Prim? La imposibilidad de esa idea, más que otra cosa, es la razón por la que Snow debe estar mintiendo.

En última instancia, sólo hay una persona que pueda saber lo que pasó y puede que siga estando de mi lado.

Abordar el tema sería un riesgo. Pero aunque creo que podría jugarme con Haymitch mi vida en la arena, no creo que él delatara a Coin. Cualquier problema que podamos tener el uno con el otro, preferimos resolver nuestras diferencias de una en una.

Me levanto del suelo, salgo por la puerta, y voy todo el pasillo hasta su habitación. Cuando no hay respuesta a mi llamada, me empujo dentro. Ugh. Es increíble lo rápido que se puede manchar un espacio. Platos de comida a medio comer, botellas de licor hechas añicos y pedazos de muebles rotos en un arrebato de borracho están dispersos por su cuarto. Él está tendido, descuidado y sin lavar, en una maraña de sábanas en la cama, desmayado.

—Haymitch —digo, moviéndole la pierna. Por supuesto, eso no es suficiente. Pero le doy unos cuantos intentos más antes de volcarle la jarra de agua en la cara. Él viene en sí con un jadeo, cortando a ciegas con su cuchillo. Al parecer, el fin del reinado de Snow no vino a significar el final de su terror.

—Oh. Tú —dice. Puedo decir por su voz que él todavía está borracho.

—Haymitch —empiezo.

—Escucha eso. El Sinsajo encontró su voz. —Se ríe—. Bueno, Plutarch va a estar feliz. —Él toma un trago de una botella—. ¿Por qué estoy empapado?

Yo sin convicción dejó caer la jarra detrás de mí en una pila de ropa sucia.

—Necesito tu ayuda —le digo.

Haymitch eructa, llenando el aire con gases de licor blanco.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Más problemas de chicos? —No sé por qué, pero esto me daña de una manera en la que rara vez Haymitch puede hacerlo. Esto se ha de reflejar en mi cara, porque incluso en su estado de embriaguez, trata de volver atrás—. Está bien, no es gracioso. —Ya estoy en la puerta—. ¡No tiene gracia! ¡Vuelve! —Por el ruido sordo de su cuerpo al caer al suelo, supongo que él trata de seguirme, pero ese no es el punto.

Zigzagueo a través de la mansión y desaparezco en un armario lleno de cosas de seda. Las saco de los ganchos hasta que hay un montón y luego me escondo en ellas. En el forro de mi bolsillo, encuentro una tableta de morphling perdida y la trago en seco, dejando a un lado mi creciente histeria. No es suficiente para que las cosas mejoren, sin embargo. Oigo a Haymitch llamándome en la distancia, pero en su estado no me va a encontrar. En especial, no en este nuevo lugar. Envuelta en seda, me siento como una oruga en un capullo esperando la metamorfosis. Siempre supuse que sería una condición pacífica. Al principio lo es.

Pero a medida que se hace de noche, me siento más y más atrapada, asfixiada por los enlaces resbaladizos, sin poder salir hasta que me haya transformado en algo bello. Me retuerzo, tratando de deshacerme de mi cuerpo en ruinas y abriendo el secreto de las impecables alas crecientes. A pesar del enorme esfuerzo, sigo siendo una criatura horrible, lanzada a mi forma actual por la explosión de las bombas.

El encuentro con Snow abre la puerta a mi viejo repertorio de pesadillas. Es como ser picada por las rastrevíspulas de nuevo. Una ola de imágenes horripilantes con un breve respiro el cual confundo con despertar, sólo para encontrar otra ola llamándome de nuevo. Cuando los guardias finalmente me localizan, estoy sentada en el suelo del armario, enredada en seda, gritando con mi cabeza fuera. Peleo con ellos en un principio, hasta que me convencen de que están tratando de ayudarme, retiran las prendas asfixiantes y me acompañan de regreso a mi habitación. En el camino, pasamos una ventana y veo un gris amanecer cubierto de nieve que se extiende por el Capitolio.

Un Haymitch con resaca me espera con un puñado de pastillas y una bandeja de comida que ninguno de nosotros tiene el estómago para comer. Él hace un débil intento de hacerme hablar de nuevo, pero, viendo que no tiene sentido, me manda a un baño que alguien ha preparado. La bañera es profunda, con tres escalones hasta el fondo. Entro fácilmente en el agua caliente y me siento, con la

espuma hasta el cuello, con la esperanza de que los medicamentos funcionen pronto. Mis ojos se enfocan en la rosa, la cual ha extendido sus pétalos durante la noche, llenando el aire húmedo con su fuerte perfume. Me levanto y alcanzo una toalla para ahogarlo, cuando alguien llama tentativamente y la puerta del baño se abre, revelando tres caras conocidas. Tratan de sonreírme, pero incluso Venia no puede ocultar su conmoción por mi devastado cuerpo de muto.

—¡Sorpresa! —chilla Octavia, y luego rompe a llorar. Estoy dándole vueltas a su reaparición cuando me doy cuenta de lo que debe ser esto, el día de la ejecución. Han venido a prepararme para las cámaras. Convertirme en una Belleza de Base Cero. No es de extrañar que Octavia esté llorando. Es una tarea imposible.

Apenas pueden tocar mi mosaico de piel por miedo a hacerme daño, así que me enjuago y me seco sola. Les digo que casi no noto el dolor ahora, pero Flavius todavía hace una mueca mientras me rodea con una túnica. En el dormitorio, encuentro otra sorpresa. Sentada en posición vertical en una silla. Brillante con su dorada peluca metálica a juego con sus altos zapatos de charol, sujetando un portapapeles. Cabe destacar que sin cambios, excepto por la mirada vacía en sus ojos.

—Effie —digo.

—Hola, Katniss. —Se pone en pie y me besa en la mejilla como si nada hubiera ocurrido desde nuestra última reunión, la noche antes del Quarter Quell—. Bueno, parece que tenemos otro gran, gran, gran día por delante. Así que, ¿por qué no comenzamos tu preparación y destapamos y vemos sobre los preparativos?

—Muy bien —le digo de vuelta.

—Dicen que Plutarch y Haymitch han tenido dificultades para mantenerla con vida —comenta Venia en voz baja—. Ella fue encarcelada después de tu fuga, así que eso ayuda.

Eso me tranquiliza un poco. Effie Trinket, rebelde. Pero no quiero que Coin la mate, así que hago una nota mental para presentarla de esa manera si pregunta.

—Creo que es bueno que Plutarch los secuestrara a los tres después de todo.

—Somos el único equipo de preparación que sigue vivo. Todos los estilistas desde el Quarter Quell están muertos —dice Venia. Ella no dice específicamente quién los mató. Estoy comenzando a preguntarme si importa. Ella toma con cuidado una de mis manos con cicatrices y la sostiene inspeccionándola—. Ahora, ¿qué piensas sobre las uñas? ¿Rojas o tal vez un negro azabache?

Flavius realiza un milagro de belleza en mi cabello, despejando incluso el frente mientras que le lleva algo más de tiempo el ocultar las calvas en la parte posterior. Mi cara, ya que se salvó de las llamas, no presenta más que los desafíos de siempre. Una vez que estoy en el traje de Sinsajo de Cinna, las cicatrices son visibles sólo en el cuello, los antebrazos y las manos. Octavia se asegura de poner mi insignia de Sinsajo encima de mi corazón y damos un paso atrás para mirarme en el espejo. No puedo creer lo normal que me han hecho parecer en el exterior cuando internamente soy un terreno baldío.

Hay un golpe en la puerta y Gale entra.

—¿Puedo tener un minuto? —pregunta.

En el espejo, veo a mi equipo de preparación. No están seguros de a dónde ir, chocan entre sí unas cuantas veces y luego se encierran en el baño. Gale se pone detrás de mí y examinamos los reflejos el uno del otro. Estoy buscando algo para agarrarme, alguna señal de la niña y el niño que se conocieron por casualidad en el bosque hace cinco años y se hicieron inseparables. Me pregunto qué hubiera sido de ellos si los Juegos del Hambre no se hubieran llevado a la chica. Si ella se hubiera enamorado del chico, incluso se hubiera casado con él. Y en algún momento en el futuro, cuando los hermanos y hermanas se hubieran levantado, se escaparía con él al bosque y dejaría atrás para siempre el 12. ¿Habrían sido felices, en la naturaleza, o en la oscuridad, incluso si la tristeza trenzada entre ellos hubiera crecido sin la ayuda del Capitolio?

—Te he traído esto. —Gale sostiene una funda. Cuando la tomo, me doy cuenta de que posee una sola y ordinaria flecha—. Se supone que es simbólico. Tienes que disparar el último tiro de la guerra.

—¿Qué pasa si la pierdo? —digo yo—. ¿Coin la recuperará y me la traerá? ¿O simplemente disparará ella misma a la cabeza de Snow?

—Así no la perderás. —Gale ajusta la funda en mi hombro.

Estamos allí, cara a cara, sin encontrar los ojos del otro.

—No viniste a verme en el hospital. —Él no contesta, así que finalmente acabo de decir—: ¿Fue tu bomba?

—No lo sé. Tampoco Beetee —dice—. ¿Acaso importa? Siempre pensarás eso.

Él espera que yo lo niegue, quiero negarlo, pero es verdad. Incluso ahora puedo ver el destello de ella quemándose, sentir el calor de las llamas. Y nunca voy a ser capaz de separar ese momento de Gale. Mi silencio es mi respuesta.

—Eso era lo que yo tenía a mi favor. Cuidar a tu familia —dice—. Dispara recto, ¿de acuerdo? —Me toca la mejilla y se va. Quiero llamarlo y decirle que estaba equivocado. Que voy a buscar la manera de estar en paz con esto. Recordar las circunstancias en que se creó la bomba. Tomar en cuenta mis propios crímenes inexcusables. Desenterrar la verdad acerca de quién dejó caer el paracaídas. Demostrar que no fueron los rebeldes. Perdonarle. Pero como no puedo, sólo voy a tener que lidiar con el dolor.

Effie viene para conducirme a algún tipo de reunión. Recojo mi arco y en el último minuto recuerdo la rosa, brillando en su vaso de agua. Cuando abro la puerta del baño, me encuentro a mi equipo de preparación sentados en fila en el borde de la bañera, encorvados y vencidos. Recuerdo que yo no soy la única que ha sido despojada de su mundo.

—Vamos —les digo—. Tenemos un público esperándonos.

Estoy esperando un encuentro en producción en el que Plutarch me enseñe dónde ponerme y me de mi señal para disparar a Snow. En su lugar, me envían a una habitación donde seis personas se sientan alrededor de una mesa. Peeta, Johanna, Beetee, Haymitch, Annie, y Enobaria. Todos llevan el uniforme gris de los rebeldes del 13. Nadie se ve muy bien.

—¿Qué es esto? —digo yo.

—No estamos seguros —responde Haymitch—. Parece ser una reunión de los vencedores restantes.

—¿Somos todos los que quedamos? —pregunto.

—El precio de la fama —dice Beetee—. Éramos el objetivo de ambas partes. El Capitolio mató a los vencedores de los que sospechaban que eran rebeldes. Los rebeldes mataron a los que creían que se habían aliado con el Capitolio.

Johanna frunce el ceño hacia Enobaria.

—Entonces, ¿qué está haciendo ella aquí?

—Ella está protegida por lo que llamamos el Trato Sinsajo —dice Coin mientras entra detrás de mí—. Ese en el qué Katniss Everdeen estuvo de acuerdo en apoyar a los rebeldes a cambio de la inmunidad de los vencedores capturados. Katniss ha mantenido su parte del trato, y yo también.

Enobaria sonríe a Johanna.

—No pongas esa cara de suficiencia —dice Johanna—. Vamos a matarte de todos modos.

—Siéntate, por favor, Katniss —dice Coin, cerrando la puerta. Tomo asiento entre Annie y Beetee, colocando cuidadosamente la rosa de Snow encima de la mesa. Como de costumbre, Coin va directamente al grano—. Les he pedido que vengan aquí para resolver un debate. Hoy vamos a ejecutar a Snow. En las semanas anteriores, cientos de sus cómplices en la opresión de Panem han sido juzgados y ahora esperan su propia muerte. Sin embargo, el sufrimiento en los distritos ha sido tan extremo que estas medidas parecen ser insuficientes para las víctimas. De hecho, muchos están pidiendo una completa aniquilación de los que tenían la ciudadanía del Capitolio. Sin embargo, en el interés de mantener una población sostenible, no nos podemos permitir esto.

A través del agua del vaso, veo una imagen distorsionada de una de las manos de Peeta. Las marcas de quemaduras. Los dos somos mutos de fuego ahora. Mis ojos viajan hasta donde las llamas lamieron su frente, chamuscando las cejas pero sin tocar los ojos. Los mismos ojos azules que se solían encontrar con los míos y luego revoloteaban hacia el colegio. Así como lo hacen ahora.

—Por lo tanto, una alternativa se ha puesto sobre la mesa. Dado que mis colegas y yo no podemos llegar a ningún consenso, se ha acordado que vamos a dejar que los vencedores decidan. Con una mayoría de cuatro se aprobará el plan. Nadie podrá abstenerse de votar —dice Coin—. Lo que se ha propuesto es que en lugar de eliminar a toda la población del Capitolio, tendremos unos

finales y simbólicos Juegos del Hambre, usando a los niños directamente relacionadas con aquellos que tenían más poder.

Los siete nos volvemos hacia ella.

—¿Qué? —dice Johanna.

—Tener otros Juegos del Hambre utilizando a los niños del Capitolio —dice Coin.

—¿Estás bromeando? —exige Peeta.

—No, también les digo que si hacemos los Juegos, se sabrá que se hicieron con nuestra aprobación, aunque el detalle individual de sus votos será mantenido en secreto por su propia seguridad —nos dice Coin.

—¿Esta idea fue de Plutarch? —pregunta Haymitch.

—Fue mía —dice Coin—. Parece equilibrada entre la necesidad de venganza con la menor pérdida de vidas. Pueden emitir su voto.

—¡No! —estalla Peeta—. ¡Yo voto que no, por supuesto! ¡No podemos tener otros Juegos del Hambre!

—¿Por qué no? —replica Johanna—. A mí me parece muy justo. Snow incluso tiene una nieta. Yo voto que sí.

—Yo también —dice Enobaria, casi con indiferencia—. Que tomen un trago de su propia medicina.

—¡Esta es la razón por la que nos rebelamos! ¿Se acuerdan? —Peeta mira al resto de nosotros—. ¿Annie?

—Yo voto que no con Peeta —dice—. Es lo que Finnick haría si estuviera aquí.

—Pero no lo está, porque los mutos de Snow lo mataron —le recuerda Johanna.

—No —dice Beetee—. Sería un mal precedente. Tenemos que dejar de vernos los unos a los otros como enemigos. En este punto, la unidad es esencial para nuestra supervivencia. No.

—Vamos con Katniss y Haymitch —dice Coin.

¿Fue así entonces? ¿Hace setenta y cinco años o más? ¿Un grupo de personas se sentaron y emitieron sus votos para iniciar Los Juegos del Hambre? ¿Hubo desacuerdos? ¿Alguien en un caso de misericordia fue aplastado por las convocatorias hacia la muerte de los niños de los distritos? El aroma de la rosa de Snow llega hasta mi nariz, hasta mi garganta, apretándola fuertemente por la desesperación. Todas aquellas personas que amé, han muerto, y estamos hablando de los próximos Juegos del Hambre en un intento de evitar el desperdicio de vida. Nada ha cambiado. Nada va a cambiar ahora.

Mido mis opciones con cuidado, pasando a través de todo. Manteniendo los ojos fijos en la rosa, digo:

—Yo voto que sí... por Prim.

—Haymitch, te toca —dice Coin.

Un furioso Peeta martillea a Haymitch con la atrocidad que él podría comenzar a partir de ahora, pero puedo sentir a Haymitch mirándome. Es en este momento, entonces. Cuando nos damos cuenta de exactamente cuán parecidos somos, y de lo mucho que él realmente me comprende.

—Estoy con el Sinsajo —dice.

—Excelente. Eso aprueba la votación —dice Coin—. Ahora deberíamos ocupar nuestros lugares para la ejecución.

Cuando ella me pasa, levanto el vaso con la rosa.

—¿Puedes asegurarte que Snow esté usando esto? ¿Sobre su corazón?

Coin sonríe.

—Por supuesto. Y me aseguraré de que él se entere sobre los Juegos.

—Gracias —le digo.

La gente se mueve en la habitación, rodeándome. Tras el último toque de maquillaje, Plutarch me da instrucciones mientras soy guiada a las puertas de la mansión. El Círculo de la ciudad se desborda, la gente se agolpa por las calles laterales. Los demás toman sus lugares fuera. Guardias. Funcionarios. Líderes de los rebeldes. Vencedores. Oigo los gritos que indican que Coin ha aparecido en el balcón. Entonces, Effie me da un golpecito en mi hombro, y salgo a la luz

del sol invernal. Camino hacia mi posición, acompañada por el rugido ensordecedor de la multitud. Según las instrucciones, me doy la vuelta para que me vean de perfil, y espero.

Cuando Snow sale por la puerta, el público se vuelve loco. Aseguran sus manos detrás de un poste, lo cual no es necesario. Él no va a ir ninguna parte. No hay ningún sitio a donde ir. Este no es el amplio escenario antes del Centro de Entrenamiento, sino la estrecha terraza en frente de la mansión presidencial. No es de extrañar que nadie se molestara en hacerme practicar. Él está a diez metros de distancia.

Siento al arco ronronear en mi mano. Lo echo hacia atrás y agarro la flecha. Posicionándola, apuntando a la rosa, pero mirando su cara. Tose y baba sangrienta corre por su barbilla. Pasa la lengua por sus hinchados labios. Busco en sus ojos la menor señal de algo, miedo, remordimiento, cólera. Pero sólo tienen el mismo aspecto divertido con el que terminaron nuestra última conversación. Es como si estuviera diciendo las palabras de nuevo. *"Oh, mi querida señorita Everdeen. Pensé que habíamos acordado no mentirnos el uno al otro."*

Él tiene razón. Lo hicimos.

La punta de mi flecha se vuelve hacia arriba. Suelto la cuerda. Y la presidenta Coin se derrumba sobre el lado del balcón y se precipita hacia el suelo. Muerta.





Traducido por Cowdiem

Corregido por Selune

En la sorprendida reacción que sigue, estoy consciente de un sonido. La risa de Snow. Un desagradable gorgoteo crepitante acompañado de una erupción de sangre espumosa cuando la tos comienza. Lo veo doblarse hacia adelante, escupiendo su vida, hasta que sus guardias lo bloquean de mi vista.

Mientras los uniformes grises comienzan a converger en mí, pienso en lo que implica mi breve futuro como la asesina de la presidenta de Panem. La interrogación, la probable tortura, la cierta ejecución pública. Teniendo, aún de nuevo, que decir mis palabras finales al pequeño montón de gente que aún es querida en mi corazón. La prospectiva de enfrentar a mi madre, la cual estará ahora completamente sola en el mundo, lo decide.

—Buenas noches —susurro al arco en mi mano y siento cómo se queda tranquilo. Elevo mi brazo izquierdo y giro mi cuello hacia la abertura en la manga de mi camisa. En vez de eso, mis dientes se hunden en carne. Elevo de un tirón mi cabeza confundida para encontrarme mirando en los ojos de Peeta, sólo que ahora sostienen mi mirada. La sangre corre desde las marcas de mis dientes en la mano que él ha puesto sobre mi *nightlock*—. ¡Déjame ir! —le gruño, tratando de arrancar mi brazo de su agarre.

—No puedo —él dice. Mientras me alejan de él, siento que tiran del bolsillo de mi manga, veo la píldora violeta oscuro caer a la tierra, veo al último regalo de Cinna ser aplastado bajo la bota del guardia. Me transformo en un animal salvaje, pateando, arañando, mordiendo, haciendo lo que sea para liberarme de la red de manos mientras la multitud se empuja para entrar. Los guardias me levantan sobre la refriega, donde continuo destruyendo mientras soy transportada sobre la aglomeración de personas. Comienzo a gritar por Gale. No puedo encontrarlo en la multitud, pero sabrá lo que quiero. Un buen y limpio disparo para terminarlo todo. Sólo que no hay ninguna flecha, ninguna

bala. ¿Es posible que no pueda verme? No. Sobre nosotros, en las gigantescas pantallas puestas alrededor del Circulo de la Ciudad, todos pueden ver todo lo que está montándose. Él ve, él sabe, pero no da el paso. Justo como yo no lo hice cuando él fue capturado. Pobres excusas de cazadores y amigos. Ambos.

Estoy sola.

En la mansión, ellos me atan las manos y me ciegan. Soy medio arrastrada, medio llevada a través de largos pasajes, arriba y debajo de ascensores, y depositada en un suelo alfombrado. Los grilletes son removidos y la puerta se cierra de golpe tras de mí. Cuando empujo la venda hacia arriba, me encuentro en mi vieja habitación en el Centro de Entrenamiento. En la cual viví durante esos últimos preciosos días antes de mis primeros Juegos del Hambre y el Quarter Quell. La cama vacía sólo con el colchón, las puertas del armario abiertas, mostrando el vacio dentro, pero conocería esta habitación de cualquier forma.

Es una lucha ponerme de pie y sacarme el traje de Sinsajo. Estoy gravemente herida y podría tener un dedo roto o dos, pero es mi piel la que ha pagado de peor forma por mi resistencia ante los guardias. La nueva cosa rosada ha sido desgarrada como si fuera papel de seda y la sangre se filtra a través de las células crecidas en laboratorio. Ningún médico aparece, sin embargo, y estoy demasiado lejos para que me importe, me arrastro sobre la cámara, esperando sangrar hasta morir.

No hay tanta suerte. Para la noche, los coágulos de sangre me dejan rígida, adolorida y pegajosa, pero viva. Cojeo dentro de la ducha y programo el ciclo más suave que puedo recordar, libre de jabón y productos para el cabello, y me agacho bajo el tibio rocío, los codos en mis rodillas, la cabeza en mis manos.

Mi nombre es Katniss Everdeen. ¿Por qué no estoy muerta? Debería estar muerta. Sería lo mejor para todos si estuviera muerta…

Cuando salgo hacia la alfombra, el aire caliente cocina mi piel herida hasta secarla. No hay nada limpio para ponerme. Ni siquiera una toalla para poner a mí alrededor. De vuelta en la habitación, encuentro que el traje de Sinsajo ha desaparecido. En su lugar, hay una bata de papel. Una comida ha sido dejada desde una misteriosa cocina y un recipiente con mis medicamentos como

postre. Avanzo y como la comida, tomo las píldoras, froto la pomada en mi piel. Necesito focalizarme ahora en la manera de suicidarme.

Me acurruco de vuelta en el colchón manchado de sangre, sin frío pero sintiéndome tan desnuda con solo el papel para cubrir mi delicada piel. Saltar para morir no es una opción, el vidrio de la ventana debe ser de un pie de grosor. Puedo hacer un excelente lazo pero no tengo de donde colgarme. Es posible que pueda guardar mis píldoras y luego noquearme con una dosis letal, excepto que estoy segura que estoy siendo observada a lo largo del reloj. Por todo lo que sé, estoy en televisión en vivo en este momento mientras los comentaristas tratan de analizar qué es lo que posiblemente me ha motivado para matar a Coin. La vigilancia hace cada intento de suicidio casi imposible. Tomar mi vida es el privilegio del Capitolio. De nuevo.

Lo que puedo hacer es rendirme. Resuelvo quedarme en la cama sin comer, beber, o tomar los medicamentos. Puedo hacerlo también. Sólo morir. Si no fuera por la carencia de morphling. No paso a paso como en el hospital del 13, sino pavo frio. Debo de haber estado con una enorme dosis porque cuando la necesidad por ella golpea, acompañada de temblores, y dolores lacerantes, y un frío insoportable, mi resolución se rompe como una cáscara de huevo. Estoy en mis rodillas, arañando la alfombra con mis uñas para encontrar las preciosas píldoras que lancé lejos en un momento más fuerte. Modifico mi plan a una muerte lenta por morphling. Me transformaré en una bolsa amarilla de huesos, con ojos enormes. Estoy un par de días en el plan, haciendo buenos progresos, cuando algo inesperado sucede.

Comienzo a cantar. En la ventana, en la ducha, en mi sueño. Horas tras horas de baladas, canciones de amor, aires de montaña. Todas las canciones que mi padre me enseñó antes de que muriera, ciertamente ha habido muy poca música en mi vida después de eso. Lo increíble es cuan claro las recuerdo. La melodía, la letra. Mi voz, al principio áspera y quebrándose en las notas altas, mejora hasta algo esplendido. Una voz que haría a los sinsajos quedarse callados y luego acercarse para unirse. Los días pasan, semanas. Miro la nieve caer en el alfeizar de mi ventana. Durante todo ese tiempo, mi voz es la única que escucho.

¿Qué están haciendo, a todo esto? ¿Qué se levanta ahí a fuera? ¿Cuán difícil puede ser arreglar la ejecución de una chica asesina? Continúo con mi propio aniquilamiento. Mi cuerpo está más delgado de lo que alguna vez ha estado y

mi batalla contra el hambre es tan fiera que a veces la parte animal en mí se rinde a la tentación de pan con mantequilla o carne asada. Pero aun así, estoy ganando. Por unos pocos días me siento un poco mal y pienso que podría finalmente estar viajando fuera de esta vida, cuando me doy cuenta que mis tabletas de morphling se está encogiendo. Ellos están tratando de lentamente quitarme esa cosa. Pero ¿por qué? Seguramente un Sinsajo drogado será más fácil de eliminar en frente de una multitud. Y luego un pensamiento terrible me golpea: ¿Qué tal si ellos no van a matarme? ¿Qué tal si ellos tiene otros planes para mí? ¿Una nueva forma de reformularme, entrenarme y usarme?

No lo haré. Si no puedo matarme a mí misma en esta habitación, tomaré la primera oportunidad que tenga afuera para finalizar el trabajo. Ellos pueden engordarme. Pueden darme un pulido en todo el cuerpo, vestirme, y hacerme hermosa de nuevo. Pueden diseñar armas de ensueño que vienen a la vida en mis manos, pero nunca jamás me van a lavar el cerebro de nuevo hacia la necesidad de usarlos. Ya no siento ninguna alianza hacia esos monstruos llamados seres humanos, a pesar de ser uno de ellos. Creo que Peeta estaba pensando en algo sobre nosotros destruyéndonos unos a otros para dejar a algunas especies decentes hacerse con el control. Porque algo está significativamente mal con estas criaturas que sacrifican la vida de sus niños para resolver sus diferencias. Puedes girarlo de cualquier forma que quieras. Snow pensaba que los Juegos del Hambre eran una forma eficiente de control. Coin pensaba que los paracaídas harían la guerra más expedita. Pero al final, ¿quién se beneficia? Nadie. La verdad es, que no beneficia a nadie vivir en un mundo donde estas cosas pasan.

Después de dos días yaciendo en el colchón sin ninguna intención de comer, beber, o incluso tomar una tableta de morphling, la puerta de mi habitación se abre. Alguien cruza alrededor de la cama dentro de mi campo de visión. Haymitch.

—Tu juicio se ha acabado —él dice—. Vamos. Nos vamos a casa.

¿Casa? ¿De qué está hablando? Mi casa se ha ido. E incluso si fuera posible ir a ese lugar imaginario, estoy muy débil para moverme. Extraños aparecen. Me rehidratan y me alimentan. Me bañan y visten. Uno me levanta como una muñeca de trapo y me lleva al techo, dentro de un aerodeslizador, y me asegura en el asiento. Haymitch y Plutarch se sientan frente a mí. En unos pocos momentos, estamos en el aire.

Nunca había visto a Plutarch de tan buen humor. Estaba realmente brillando.

—¡Debes tener millones de preguntas! —Cuando no respondo, las responde de todos modos.

Después de que disparara a Coin, se desató un pandemonio. Cuando el lío se asentó, ellos descubrieron el cuerpo de Snow, aún colgado al poste. Las opiniones difieren en si se ahogó hasta la muerte mientras reía o si fue aplastado por la multitud. A nadie le importa realmente. Una elección de emergencia fue montada y Paylor fue votada como presidenta. Plutarch fue apuntado como secretario de comunicaciones, lo cual significa que arregla la programación de las ondas. El primer gran evento televisado fue mi juicio, en el cual también era un testigo estrella. En mi defensa, por supuesto. Aunque la mayoría del crédito de mi exoneración debe ser dado al Dr. Aurelius, quien aparentemente se ganó sus siestas presentándome como una lunática desesperanzada y consternada hasta la medula. Una condición para mi liberación fue que continuara bajo su cuidado, aunque tendrá que ser por teléfono porque él nunca ha vivido en un lugar abandonado como el 12, y estoy confinada ahí hasta nuevo aviso. La verdad es, nadie sabe qué hacer conmigo ahora que la guerra se ha acabado, aunque si otra tiene que florecer, Plutarch asegura que encontrará un lugar para mí. Luego Plutarch se ríe un buen rato. Nunca parece molestarlo cuando nadie se ríe de sus bromas.

—¿Estas preparando una nueva guerra, Plutarch? —pregunto.

—Oh, no ahora. No cuando estamos en el dulce periodo donde todos están de acuerdo que nuestros recientes horrores nunca deben ser repetidos —dice—. Pero el pensamiento colectivo es usualmente de corta vida. Somos seres estúpidos e inestables con una pobre memoria y un gran don de auto-destrucción. Aunque, ¿quién sabe? Quizás esto sea el final, Katniss.

—¿Qué? —pregunto.

—Quizás esta vez se mantenga. Quizás estamos presenciando la evolución de la raza humana. Piensa en eso. —Y luego él me pregunta si me gustaría participar en un nuevo programa de canto que está lanzando en unas pocas semanas. Algo optimista sería bueno. Él enviará al equipo a mi casa.

Aterrizamos brevemente en el distrito 3 para dejar a Plutarch. Él se va a encontrar con Beetee para actualizar la tecnología del sistema de emisión. Sus palabras de despedidas son: "No seas una extraña".

Cuando estamos de vuelta entre las nubes, miro a Haymitch.

—Entonces, ¿por qué estás volviendo al 12?

—Tampoco parecen poder encontrar un lugar para mí en el Capitolio —dice.

Al principio, no lo cuestiono. Pero las dudas comienzan a asomarse. Haymitch no ha asesinado a nadie. Él puede ir a donde quiera. Si él está volviendo al 12 es porque ha sido ordenado a hacerlo.

—Tienes que cuidarme, ¿cierto? ¿Como mi mentor? —Se encoje de hombros. Luego me doy cuenta de lo que significa—. Mi madre no va a volver.

—No —dice. Saca un sobre del bolsillo de su chaqueta y me lo pasa. Examino la delicada y perfectamente formada escritura—. Está ayudando a iniciar un hospital en el Distrito 4. Quiere que la llames tan pronto como lleguemos. —Mi dedo traza la graciosa curva de las letras—. Tú sabes por qué no puede volver. —Sí, sé por qué. Porque entre mi padre y Prim y las cenizas, el lugar es demasiado doloroso para soportarlo. Pero aparentemente no para mí—. ¿Quieres saber quien más no estará ahí?

—No —digo—. Quiero la sorpresa.

Como un buen mentor, Haymitch me hace comer un sándwich y luego finge que cree que estoy dormida por el resto del viaje. Se ocupa a sí mismo yendo a través de cada compartimento del aerodeslizador, encontrando licor, y metiéndolo en su bolsa. Es de noche cuando aterrizamos en los prados verdes de la Aldea de los Vencedores. La mitad de las casas tienen luz en las ventanas, incluyendo la de Haymitch y la mía. No en la de Peeta. Alguien ha encendido un fuego en mi cocina. Me siento en la mecedora ante él, apretando la carta de mi madre.

—Bien, te veo mañana —dice Haymitch.

Mientras el repiqueteo de su mochila llena de botellas de licor se disipa, susurro:

—Lo dudo.

Soy incapaz de moverme de la silla. El resto de la casa se vuelve fría y vacía y oscura. Tiro de un viejo chal alrededor de mi cuerpo y miro las llamas. Supongo que duermo, porque la siguiente cosa que sé, es que es de mañana y Sae la Grasienta está moviéndose alrededor de la cocina. Me hace huevos y tostadas y se sienta hasta que me los he comido todos. No hablamos mucho. Su pequeña nieta, la única que vive en su propio mundo, toma una brillante bola azul de hilo de la caja de tejido de mi madre. Sae la Grasienta le dice que la devuelva, pero le digo que puede tenerla. Nadie en esta casa puede tejer de nuevo. Luego del desayuno, Sae la Grasienta limpia los platos y se va, pero vuelve a la hora de almuerzo para hacerme comer de nuevo. No sé si ella sólo está siendo amable o si es una de las contrataciones del gobierno, pero se aparece dos veces al día. Ella cocina, yo consumo. Trato de planear mi siguiente movimiento. No hay obstáculo ahora en suicidarme. Pero parezco estar esperando por algo.

A veces el teléfono suena, suena y suena, pero no lo contesto. Haymitch nunca me visita. Quizás ha cambiado de idea y se fue, aunque sospecho que sólo está ebrio. Nadie viene más que Sae la Grasienta y su nieta. Luego de meses de solitario confinamiento, parecen una multitud.

—La primavera está en el aire hoy. Tienes que salir —dice—. Ve a cazar.

No he dejado la casa. Ni siquiera he dejado la cocina excepto para ir al pequeño baño a sólo unos pasos fuera de ella. Estoy con las mismas ropas con las que dejé el Capitolio. Lo que hago es sentarme junto al fuego. Mirando las cartas no abiertas que llenan el mantel.

—No tengo un arco.

—Mira en el pasillo —dice.

Después de que se va, considero un viaje por el pasillo. Lo descarto. Pero después de muchas horas, lo hago de todos modos, caminando en mis silenciosos pies envueltos en calcetines, de modo que no despierte a los fantasmas. En el estudio, donde tuve mi té con el Presidente Snow, encuentro la caja con la chaqueta de caza de mi padre, nuestro libro de plantas, la foto de la boda de mis padres, el casquillo que Haymitch me envió, y el broche que Peeta me dio en el reloj de arena. Ambos arcos y la bolsa de flechas que Gale rescató en la noche del ataque con bombas, descansan en el escritorio. Me pongo la

chaqueta de caza y dejo el resto de las cosas sin tocar. Me quedo dormida en el sofá en la formal sala de estar. Una terrible pesadilla sigue, donde estoy yaciendo en el fondo de una profunda sepultura, y cada persona muerta que conozco por nombre viene y me lanza una pala llena de cenizas. Es un sueño bastante largo, considerando la lista de gente, y mientras más profundo soy enterrada, más difícil es respirar. Trato de gritar, pidiéndoles que se detengan, pero las cenizas llenan mi boca y mi nariz y no puedo hacer ningún sonido. Y las palas continúan resonando y resonando una y otra vez…

Me despierto de un salto. La pálida luz de la mañana se asoma por los límites de las persianas. El raspar de las palas continua. Aún en medio de la pesadilla, corro por el pasillo, hacia la puerta del frente, y alrededor del lado de la casa, porque estoy muy segura que puedo gritarle a los muertos. Cuando lo veo, me detengo de inmediato. Su rostro está sonrojado por haber estado cavando en la tierra bajo las ventanas. En la carretilla, hay cinco arbustos ralos.

—Volviste —digo.

—El Dr. Aurelius no me dejó irme del Capitolio hasta ayer —Peeta dice—. En relación a eso, él me dijo que no puede fingir que te está tratando por siempre. Tienes que contestar el teléfono.

Él se ve bien. Delgado y cubierto por cicatrices de quemadura como yo, pero sus ojos han pedido esa imagen torturada y nublada. Sin embargo, está frunciendo el ceño ligeramente mientras me mira. Hago un esfuerzo de corazón para sacar el cabello de mis ojos y darme cuenta de que está enmarañado en nudos. Me siento a la defensiva.

—¿Qué estás haciendo?

—Fui al bosque esta mañana a desenterrar estas. Para ella —dice—. Pensé que podíamos plantarlas a lo largo del costado de la casa.

Miro a los arbustos, los montones de tierra colgando de sus raíces, y mi aliento se frena cuando la palabra rosa se registra. Estoy a punto de gritar cosas desagradables a Peeta cuando el nombre completo viene a mí. No sólo rosa sino primrose de la noche. La flor por la que fue llamada mi hermana. Le doy a Peeta un asentimiento y me apresuro dentro de la casa, trabando la puerta detrás de mí. Pero la cosa maldita está dentro, no fuera. Temblando con debilidad y ansiedad, corro subiendo las escaleras. Mi pie se atrapa en el último

peldaño y me golpeo en el piso. Me fuerzo a mí misma a levantarme y entrar en mi habitación. El aroma es muy delicado pero aún lacera el aire. Ahí está. La rosa blanca en medio de las flores secas en el florero. Marchita y frágil, pero aferrándose a esa innatural perfección cultivada en el invernadero de Snow. Tomo el florero, corro a la cocina, y tiro el contenido dentro de las ascuas. Mientras las flores se incendian, un destello de llama azul envuelve la rosa y la devora. El fuego vence a las rosas de nuevo. Quiebro el florero en el piso por precaución.

De vuelta arriba, abro las ventanas para eliminar el resto de la fetidez de Snow. Pero aún perdura, en mi ropa, en mis poros. Me desvisto y trozos de piel del taañode cartas de juego quedan unidos a los ropajes. Evitando el espejo, me meto en la ducha y friego las rosas de mi cabello, de mi cuerpo, mi boca. Brillante de rosa y estremeciéndome, encuentro algo para secar el agua. Me toma media hora desenredar mi cabello. Sae la Grasienta abre la puerta. Mientras me hace el desayuno, alimento el fuego con las ropas que tenía. A su sugerencia, corto mis uñas con un cuchillo.

Sobre los huevos, le pregunto:

—¿Dónde fue Gale?

—Distrito 2. Obtuvo un lujoso trabajo ahí. Lo veo de vez en cuando en la televisión —dice.

Rebusco dentro de mí, tratando de registrar rabia, odio, anhelo. Sólo encuentro alivio.

—Voy a cazar hoy —digo.

—Bueno, no me importaría algo de juego fresco respecto a eso —responde.

Me armo a mí misma con un arco y flechas y salgo, intentando salir del 12 por la Pradera. Cerca de la plaza están los grupos de gente enmascarada y enguantada con carros tirados por caballos. Cernidos sobre lo que yace bajo la nieve este invierno. Recolectando los restos. Un carro aparcado en frente de la casa del Alcalde. Reconozco el de Thom, el viejo amigo de Gale, pausando un momento para limpiar el sudor de su rostro con un trapo. Recuerdo haberlo visto en el 13, pero él debe de haber vuelto. Sus saludos me dan el coraje de preguntar.

—¿Encontraron a alguien ahí dentro?

—La familia completa. Y dos personas que trabajaban para ellos —Thom me dice.

Madge. Tranquila y amable y valiente. La chica que me dio el prendedor que me dio un nombre. Trago con fuerza, me pregunto si ella se estaría uniendo al grupo de mis pesadillas esta noche. Paleando cenizas dentro de mi boca.

—Pensé que quizás, ya que era el Alcalde…

—No creo que ser el Alcalde del 12 pusiera las cartas a su favor —dice Thom.

Asiento y sigo moviéndome, cuidadosa de no mirar en la parte trasera del carro. A lo largo de la ciudad y la Veta es lo mismo. La siega de la muerte. Mientras me acerco a las ruinas de mi vieja casa, el camino se vuelve lleno de carros. La pradera se ha ido, o al menos ha sido dramáticamente alterada. Un foso profundo ha sido cavado, y lo están llenando con huesos, una fosa común para mi gente. Paso bordeando el agujero y entro en los bosques por mi lugar habitual. No importa, sin embargo. La reja ya no está cargada y ha sido levantada con largas ramas para defendernos de los depredadores. Pero los viejos hábitos mueren lentamente. Pienso en ir al lago, pero estoy tan débil que apenas consigo llegar a mi lugar de reunión con Gale. Me siento en la roca donde Cressida nos filmó, pero parece tan amplia sin su cuerpo junto a mí. Muchas veces cierro mis ojos y cuento hasta diez, pensando que cuando los abra él se materializará sin un sonido como siempre hacía. Tengo que recordarme que Gale está en el 2 con un trabajo lujoso, probablemente besando otro par de labios.

Es el tipo de día favorito de la vieja Katniss. Comienzos de primavera. Los bosques despertando después del largo invierno. Pero el chorro de energía que comienza con las primroses se desvanece. Para el momento que logro volver a la reja, me siento enferma y mareada, Thom tiene que llevarme a casa en el carro de la gente muerta. Ayudarme hasta el sofá de mi sala de estar, donde veo las motas de polvo girar en la suave luz de la tarde.

Mi cabeza se gira con fuerza ante el siseo, pero me toma un poco para creer que él es real. ¿Cómo puede haber llegado aquí? Miro las marcas de garras de algún animal salvaje, la pata trasera que se sostiene delicadamente sobre la tierra, los huesos prominentes de su rostro. Ha venido a pie entonces, todo el camino

desde el 13. Quizás echado o quizás sólo porque no podía soportar estar ahí sin ella, así que vino en su búsqueda.

—Fue un viaje en vano. Ella no está aquí —le digo. Buttercup sisea de nuevo—. No está aquí. Puedes sisear todo lo que quieras. No encontrarás a Prim. —A su nombre, está alerta. Eleva sus orejas flácidas. Comienza a maullar esperanzado—. ¡Sal! —Esquiva la almohada que le lanzo—. ¡Vete! ¡No hay nada aquí para ti! —Comienzo a temblar, furiosa con él—. ¡Ella no va a volver! ¡Ella no va a volver nunca más de nuevo! —Tomo otra almohada y me pongo de pie para mejorar mi objetivo. De ninguna parte, las lágrimas comienzan a derramarse por mis mejillas—. Ella está muerta. —Aprieto mi estómago para anular el dolor. Me hundo en mis talones, meciendo la almohada—. Ella está muerta, gato estúpido. Ella está muerta.

Un nuevo sonido, parte llanto, parte canción, sale de mi cuerpo, dándole voz a mi desesperación. Buttercup comienza a gemir también. Sin importar lo que haga, no se irá. Me rodea, fuera de alcance, mientras ola tras ola de sollozos agitan mi cuerpo, hasta que eventualmente caigo inconsciente. Pero debe entender. Debe saber que lo impensado ha pasado y que para sobrevivir se requerirán actos previamente impensables. Porque horas más tarde, cuando voy a mi cama, él está ahí en la luz de la luna. Acurrucado junto a mí, los ojos amarillos alerta, resguardándome de la noche.

En la mañana, se sienta estoicamente mientras le limpio los cortes, pero quitarle la espina de su pata acarrea una ronda de esos maullidos de gatito. Ambos terminamos llorando de nuevo, sólo que esta vez nos confortamos uno al otro. Con la fuerza de esto, abro la carta que Haymitch me dio de mi madre, marco el número de teléfono y lloro con ella también. Peeta, llevando una hogaza de pan, aparece con Sae la Grasienta. Ella nos hace el desayuno y le doy todo mi tocino a Buttercup.

Lentamente, con muchos días perdidos, vuelvo a la vida. Trato de seguir el consejo del Dr. Aurelius, sólo pasar por las propuestas de resolución, sorprendida de que una finalmente tenga significado. Le digo mi idea sobre el libro, una enorme caja de hojas de pergamino llega para mí en el próximo tren del Capitolio.

Obtuve la idea del libro de plantas de nuestra familia. El lugar donde plasmábamos esas cosas que no puedes confiar a la memoria. Las páginas

comienzan con la imagen de la persona. Una fotografía si podemos encontrarla. Si no, un bosquejo o pintura de Peeta. Luego, en mi escritura más cuidadosa, vienen todos los detalles que sería un crimen olvidar. Lady lamiendo la mejilla de Prim. La risa de mi padre. El padre de Peeta con las galletas. El color de los ojos de Finnick. Lo que Cinna podía hacer con un trozo de seda. Boggs reprogramando el Holo. Rue suspendida en sus dedos, los brazos ligeramente extendidos, como un pájaro a punto de volar. Uno tras otro. Sellamos las páginas con agua salada y prometemos vivir correctamente para darle valor a sus muertes. Haymitch finalmente se nos une, contribuyendo con veintitrés años de tributos que él fue forzado a guiar. Las adiciones disminuyen. Los viejos recuerdos emergen. Una primrose tardía preservada en las páginas. Pequeños trozos de felicidad, como la foto del hijo recién nacido de Finnick y Annie.

Aprendemos a mantenernos ocupados de nuevo. Peeta hornea. Yo cazo. Haymitch bebe hasta que se queda sin licor, y luego cría gansos hasta que el próximo tren llega. Afortunadamente, los gansos pueden cuidarse perfectamente a sí mismos. No estamos solos. Unos pocos cientos también han regresado porque, lo que sea que haya pasado, este es nuestro hogar. Con las minas cerradas, ellos quitan las cenizas de la tierra y plantan comida. Máquinas del Capitolio rompen la tierra para una nueva fábrica donde haremos medicinas. Aunque nadie la alimenta, la pradera se vuelve verde nuevamente.

Peeta y yo volvemos a unirnos. Aún hay momentos donde él aprieta la parte trasera de la silla y se sostiene hasta que los recuerdos se han terminado. Yo despierto gritando de pesadillas sobre mutos y niños perdidos. Pero sus brazos están ahí para confortarme. Y finalmente sus labios. En la noche en que siento esa cosa de nuevo, el hambre que me controló en la playa, sé que esto habría pasado de todas formas. Que lo que necesito para sobrevivir no es el fuego de Gale, encendido por la rabia y el odio. Tengo bastante fuego en mí misma. Lo que necesito es el diente de león en la primavera. El amarillo brillante que significa renacer en vez de destrucción. La promesa de que la vida puede continuar, sin importar lo malo de nuestras pérdidas. Que puede ser buena de nuevo. Y sólo Peeta puede darme eso.

Así que después, cuando él susurra:

—Tú me amas. ¿Real o no real?

Le digo:

—Real.



EPÍLOGO

Traducido por: Vanille

Corregido por: Andy Parth

Ellos juegan en la Pradera. La chica bailando con cabello negro y ojos azules. El chico con rizos rubios y ojos grises, luchando por mantener el paso de ella con sus regordetas piernas de niño pequeño. Tomó cinco, diez, quince años para que yo estuviera de acuerdo. Pero Peeta los quería tanto. Cuando sentí por primera vez el movimiento de la niña dentro de mí, fui consumida por un terror que se sentía tan viejo como la vida misma. Sólo la dicha de sostenerla en mis brazos logró aplacarlo. Estar embarazada de él fue un poco más fácil, pero no mucho.

Las preguntas están sólo comenzando. Las arenas han sido completamente destruidas, los monumentos construidos, ya no hay más Juegos del Hambre. Pero les enseñan sobre ellos en la escuela, y la niña sabe que nosotros interpretamos un papel en ellos. El niño lo sabrá en unos cuantos años más. ¿Cómo puedo contarles sobre ese mundo sin asustarlos de muerte? Mis hijos, quienes subestiman las palabras de la canción:

En lo más profundo del prado, bajo el sauce

Hay un lecho de hierba, una almohada verde suave;

Recuesta tu cabeza y cierra tus adormilados ojos

Y cuando los abras de nuevo, el sol estará en el cielo.

Aquí es seguro, aquí es cálido

Aquí las margaritas te protegen de cualquier daño

Aquí tus sueños son dulces y mañana se harán realidad

Y mi amor por ti aquí perdurará.



Mis hijos, que no saben que juegan sobre un cementerio.

Peeta dice que todo estará bien. Nos tenemos el uno al otro. Y al libro. Podemos hacerles entender de alguna forma que los vuelva más valientes. Pero un día tendré que explicarles sobre mis pesadillas. Por qué vienen. Por qué en realidad nunca se irán.

Les diré cómo sobreviví. Les diré que en las malas mañanas, se siente imposible encontrar placer en algo porque tengo miedo de que pueda serme arrebatado. Ahí es cuando hago una lista en mi cabeza de cada acto de bondad que he visto a alguien hacer. Es como un juego. Repetitivo. Incluso un poco tedioso después de más de veinte años.

Pero hay juegos mucho peores que jugar.

EL FIN.



SOBRE LA AUTORA…

SUZANNE COLLINS



Desde 1991, Suzanne Collins se ha dedicado a escribir para televisión para niños y jóvenes. Ha sido guionista de carios programas de la cadena Nickelodeon, incluyendo la exitosa "Clarisa lo explica todo", nominada al Emmy, y "The Mystery Files of Shelby Woo". Para un público aún menor, ha escrito varios episodios de "Little Bear" y "Oswald", producciones igualmente nominadas al Emmy.

Mientras trabajaba en una seri ede Warner Brothers llamada "Generation 0!", Suzanne conoció a James Proimos, quien la convenció de intentar escribir un libro para jóvenes. Y un día, pensando en "Alicia en el país de las maravillas", Suzanne se dio cuenta de lo sorprendente que podría resultar el escenario campestre a los chicos que, como sus hijos, vivían en entornos urbanos. En Nueva York, es mucho más probable caer en una madriguera urbana que en una de concejos, y no será gente tomando el té lo que encuentres… "¿Qué puedes encontrar? Pues eso es lo que dio lugar a la primera serie juvenil que escribió. Aunque su consagración literaria ha sido con "Los Juegos del Hambre", un libro con el que es imposible quedarse indiferente y que es el primero de una trilogía.

En la actualidad vive en Connecticut con su familia y un par de gatos silvestres que encontraron en el jardín.

Información sacada de su página web.

Para más información:

http://www.losjuegosdelhambre.com/

VISITANOS EN...

http://purplerose1.activoforo.com/

